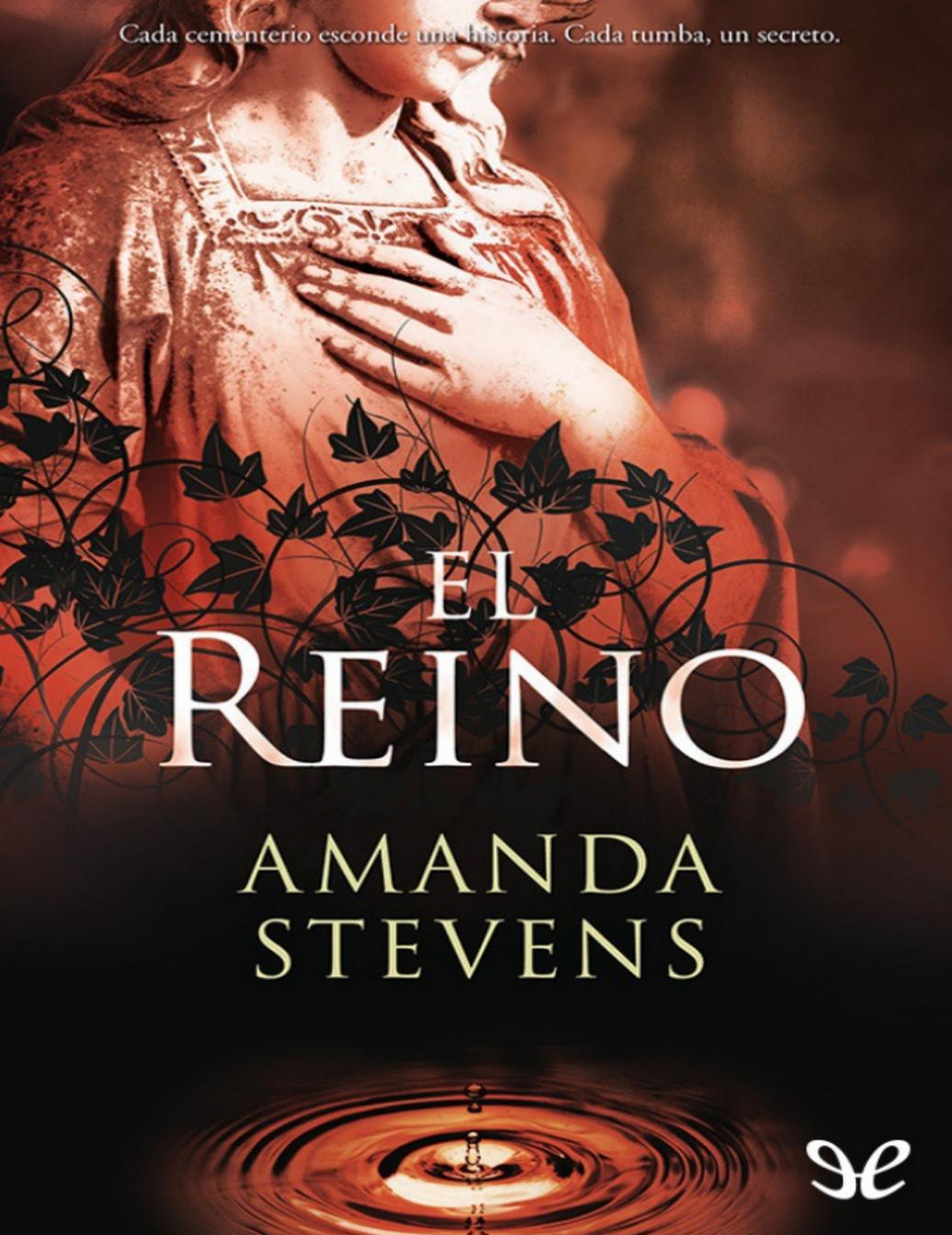


Cada cementerio esconde una historia. Cada tumba, un secreto.



EL
REINO

AMANDA
STEVENS



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Tras aceptar un trabajo de restauración en Asher Falls, Carolina del Sur, lo devastado que está este pueblo le llega al corazón a Amelia, así como el lamentable estado de los dos cementerios que allí se encuentran, uno de los cuales quedó hundido bajo las aguas. La pequeña ciudad, rodeada de lagos y montañas, tiene un aura de misterio innegable y la única manera de llegar a ella es a través de un ferry. Todo esto le viene de maravilla a Amelia quien, aunque no quiera admitirlo, está huyendo de Charleston y de lo que le sucedió con el detective del que está enamorada, Devlin, un hombre acechado por sus fantasmas. Necesita volver a centrarse en su trabajo y obedecer a pies juntillas las reglas que su padre le impuso en su día para protegerse de su don: ser capaz de percibir la presencia de los espíritus.

Sin embargo, nada más poner un pie en el pueblo, se da cuenta de que hay muchos que no la quieren allí, que no quieren que restaure el cementerio, y Amelia empieza a percibir un aura de mal a su alrededor...

L=LIBROS

Amanda Stevens

El reino

La reina del cementerio - 2

Capítulo 1

El sol brillaba con toda su fuerza, pero, aun así, la brisa que soplaba desde el agua era fría. Todavía faltaban varias horas para el crepúsculo, para que el velo que separaba nuestro mundo y el más allá se estrechara. Y, sin embargo, empezaba a notar aquel habitual hormigueo en la nuca, ese que casi siempre acompañaba la presencia de un espíritu.

Resistí la tentación de mirar por encima del hombro. Tras tantos años de vivir entre fantasmas, había adquirido una gran disciplina. Había aprendido a no reaccionar ante aquellas entidades ávidas y codiciosas, así que me apoyé sobre la barandilla del muelle y contemplé las profundidades verdosas del lago. Después, me fijé en el resto de los pasajeros del ferri.

Los susurros íntimos y las sonrisas cómplices de la pareja que había a mi lado despertaron en mí una inesperada melancolía y, de repente, pensé en John Devlin, el detective de Homicidios que había dejado atrás, en Charleston. En ese momento seguramente estaría trabajando. Me lo imaginé encorvado sobre un escritorio abarrotado de papeles, repasando informes de autopsias y fotografías de escenas de crímenes. ¿Se acordaría de mí alguna vez? Qué importaba. Era un hombre acechado por sus difuntas esposa e hija, y yo veía fantasmas. Mientras siguiera anclado a su pasado, y mientras su pasado siguiera anclado a él, no podría formar parte de su vida.

Así que no tenía sentido que me mortificara por Devlin, o por la terrible puerta que mis sentimientos hacia él habían abierto. Hacía meses que no le veía. Por fin había recuperado mi vida y una rutina normal. Cuando menos, normal para mí. Seguía viendo fantasmas, pero aquellas entidades más oscuras (los otros, como decía mi padre) se habían escurrido al inframundo turbio al que pertenecían; cada día rezaba para que no volvieran a salir de allí. Los recuerdos, en cambio, seguían vivos en mi memoria. Recuerdos de Devlin, de las víctimas y de un asesino atormentado que me había perseguido como un cazador a su presa. Por mucho que tratara de deshacerme de ellas, las pesadillas siempre regresaban en cuanto cerraba los ojos.

Sin embargo, por ahora, lo único que quería era disfrutar de mi aventura. Empezar un proyecto nuevo me llenaba de emoción. Estaba ansiosa por descubrir la historia de otro cementerio, por sumergirme en las vidas de todos los

que allí descansaban. Siempre digo que la restauración de un cementerio es mucho más que limpiar restos de basura y maleza. Consiste en restaurar.

Todavía sentía ese inconfundible cosquilleo en la nuca.

Pasaron varios minutos antes de que, de manera casual, echara un rápido vistazo a la fila de coches. Mi todoterreno plateado era uno de los cinco vehículos que habían subido al ferri; el resto eran una furgoneta verde de una mujer de mediana edad que parecía absorta en una novela de bolsillo, un todoterreno de una pareja y una camioneta descolorida de un anciano que estaba tomándose un café en un vaso desechable. Y, por último, un clásico deportivo negro. La pintura metálica me llamó enseguida la atención. Con la luz del sol, el brillo de la carrocería me recordaba las escamas de una serpiente. Y justo cuando admiraba las líneas del capó sentí un escalofrío en la espalda. Tenía los cristales ahumados, lo cual me impedía vislumbrar el interior del automóvil, pero me imaginé al conductor tamborileando los dedos sobre el volante con impaciencia mientras el ferri cruzaba hacia el otro lado. Hacia Asher Falls. Hacia el cementerio de Thorngate, mi destino.

Me pasé la mano por la nuca y desvié de nuevo la mirada hacia el agua, mientras rumiaba los chismorreos que había recopilado gracias a mi minuciosa búsqueda. Ubicada en las frondosas faldas de Blue Ridge, en Carolina del Sur, Asher Falls había sido una de las comunidades más prósperas del país. Sin embargo, a mediados de los ochenta, uno de los ciudadanos más famosos de la zona, Pell Asher, firmó un acuerdo más que desfavorable. Vendió grandes propiedades al Estado para usarlas como embalse, pero, al abrir las presas, toda la zona se inundó, incluida la carretera principal que llegaba a Asher Falls. Bordeado por un nuevo sistema de autovías, el pueblo cayó en el olvido. La única forma de llegar y salir era por mar, o por carreteras secundarias, así que, al cabo de poco tiempo, la mayor parte de la población abandonó la zona. Asher Falls pasó a formar parte de la extensa lista de comunidades rurales abandonadas.

Era mi primera visita al pueblo. Ni siquiera había realizado una valoración preliminar del cementerio. Una agente inmobiliaria, una tal Luna Kemper, me había contratado sin someterme siquiera a una entrevista previa. Por lo visto, también era la bibliotecaria del pueblo y la administradora única de una generosa donación que se había otorgado, de forma anónima, a las Hijas de Nuestros Valientes Héroe, una sociedad histórica o club de jardinería cuyo propósito era embellecer el cementerio de Thorngate. La oferta de Luna no habría podido llegar en mejor momento. Necesitaba tener un nuevo proyecto entre manos y cambiar de aires. Por eso acepté la propuesta de inmediato.

A medida que nos fuimos acercando al muelle, el capitán apagó los motores y el ferri se quedó casi quieto. Las majestuosas sombras que proyectaban los árboles a la orilla del lago ennegrecían las aguas hasta tal punto que no podía ver el fondo. Por un segundo, habría jurado ver algo, a alguien, bajo la superficie del

lago. Un rostro blanquecino que me observaba...

Se me paralizó el corazón. Me incliné sobre la barandilla para escudriñar las profundidades oscuras del lago. Cualquiera sin mi habilidad habría creído que el juego de luces y sombras le había engañado o confundido. O peor aún, que había divisado un cadáver que la estela del ferri había arrastrado hasta la orilla. Enseguida pensé en un fantasma, así que me pregunté a quién de los que íbamos a bordo podría atormentar esa aparición de cabellera dorada que flotaba bajo el agua.

—Creo que esto es suyo.

Una voz masculina me hizo apartar de la barandilla... y del lago. Presentía que era el tipo del coche deportivo. Tanto él como el vehículo tenían el mismo aire: oscuro y elegante. Deduje que rondaba mi edad, veintisiete. Tenía la mirada tan turbia como las aguas de un pantano revuelto. Era alto, aunque no tanto como Devlin, ni tan esbelto. Años de constante acecho habían convertido al detective en un tipo ojeroso, demacrado y cadavérico. Sin embargo, el extraño que tenía ante mí parecía la viva imagen de la salud: delgado, vigoroso y bronceado.

—¿Perdone?

El tipo extendió la mano; al principio pensé que quería presentarse, pero abrió la palma y vi mi collar.

Casi de forma automática me llevé una mano a la garganta.

—¡Oh! Se habrá roto la cadena —dije, y después cogí el collar y lo examiné de cerca. La cadena estaba en perfecto estado, y el cierre también—. Qué raro —murmuré mientras abría el cierre y me ponía la cadena de plata alrededor del cuello—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Estaba tirado en la cubierta, justo detrás de usted —contestó el desconocido al mismo tiempo que la piedra pulida se acomodaba en el hueco de mi garganta.

De repente, el corazón se me quedó helado. ¿Una advertencia?

—Gracias —dije con cierta incomodidad—. No me habría gustado perderlo.

—Es una gema interesante —comentó examinando la reliquia—. ¿Un amuleto?

—Podría decirse, sí.

De hecho, había encontrado aquella piedra en el suelo sacro de un cementerio donde mi padre había trabajado como conserje cuando era una niña. Ahora bien, no tenía la menor idea de si aquel talismán poseía alguna propiedad protectora de Rosehill. Pero me daba la sensación de que, cuando lo llevaba, era más fuerte. Quería contemplar el lago una vez más, pero hubo algo en la mirada de aquel extraño, un brillo misterioso, que captó mi atención.

—¿Está bien?

No me esperaba esa pregunta.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué lo dice?

Señaló con la barbilla la borda de la embarcación.

—Cuando he subido a cubierta, me ha parecido que estaba demasiado inclinada sobre la barandilla. Al ver el collar tirado en el suelo, pensé que quizás estuviera contemplando la posibilidad de arrojarlo al agua.

—Ah, eso. —Suspiré y me encogí los hombros—. Creí haber visto algo debajo del agua. Supongo que era una sombra, nada más.

El brillo que antes había percibido en su mirada se intensificó.

—No esté tan segura. Le sorprendería saber lo que yace en las profundidades de este lago. A veces, incluso, sale a la superficie.

—¿Como por ejemplo?

—Escombros, sobre todo. Botellas de vidrio, ropa antigua. Un día llegué a ver una mecedora navegando a la deriva hacia la orilla.

—¿Y de dónde sale todo eso?

—De casas inundadas.

En cuanto se giró aproveché para estudiar su perfil, realzado por la suave luz del atardecer. Los mechones cobrizos le daban un aura de calidez que en absoluto encajaba con su mirada esmeralda.

—Antes de que se construyera la presa, este lago apenas era la mitad de lo que es ahora. Cuando el nivel del agua aumentó, muchas propiedades quedaron arrasadas.

—Pero eso sucedió hace muchos años. ¿Las casas siguen ahí abajo?

Procuré aguzar la vista, pero tan solo vi algas y plantas acuáticas. Ni siquiera atisbé el rostro fantasmagórico que minutos antes me observaba desde el fondo del lago.

—Casas, coches... y un antiguo cementerio.

—¿Un cementerio?

—El cementerio de Thorngate. Otra víctima de la avaricia Asher.

—Pero tenía entendido que...

Y entonces empecé a angustiarme. Era una de las mejores en mi profesión, pero recuperar un cementerio submarino no era precisamente mi punto fuerte.

—He visto fotografías recientes de Thorngate, y me pareció que estaba en lo alto de una colina.

—Hay dos Thorngates —contestó—. Y le aseguro que uno de ellos descansa bajo nuestros pies.

—¿Cómo sucedió?

—El cementerio original apenas se utilizaba. Había caído en el olvido más absoluto. A nadie se le ocurría ir allí, ni visitarlo..., hasta que vino el agua.

Le miré horrorizada.

—¿Me está diciendo que no trasladaron los cadáveres antes de agrandar el lago?

El desconocido se estremeció.

—Después, la gente empezó a ver cosas, a oír cosas.

Me palpé la piedra que colgaba del collar.

—¿Como qué?

Él vaciló durante un instante, con la mirada todavía clavada en el agua.

—Si busca esta cuenca en cualquier mapa de Carolina del Sur, encontrará como embalse de Asher. Pero los que vivimos por la zona la llamamos lago Bell.

—¿Por qué?

—Antiguamente, los ataúdes se equipaban con un sistema de aviso; por si se producía algún entierro precipitado, se colocaba en la tumba una cadena atada a una campanita (*bell*, en inglés). Dicen que, por la noche, cuando cae la niebla, se pueden escuchar los repiques de varias campanas —susurró, con la mirada perdida—. Los muertos que yacen ahí abajo no quieren caer en el olvido... nunca más.

Capítulo 2

Un escalofrío me recorrió el cuerpo; justo entonces el extraño me miró divertido.

—Lo siento —dijo conteniendo una sonrisilla—. Folclore local. No he podido resistirme.

—¿Entonces no es cierto?

—Oh, sí. El cementerio está ahí, junto con los coches, las casas y Dios sabe qué más. Hay quien asegura haber visto ataúdes flotando en la superficie, sobre todo después de una tormenta. Pero las campanas... —Hizo una pausa—. A ver. He pescado en este lago desde que era un crío, y nunca las he oído.

¿Y la cara que había visto bajo el agua? ¿Era real o producto de mi imaginación?

Su mirada persistente me incomodaba, aunque no sabía por qué. La mirada de aquel tipo era demasiado turbia, demasiado enigmática, como el fondo del lago Bell.

El desconocido se inclinó y apoyó los antebrazos sobre la barandilla. Llevaba pantalones vaqueros y un jersey negro que abrigaba su torso tonificado. Sentí unas inesperadas mariposas en el estómago y de inmediato aparté la mirada, pues lo último que necesitaba era complicarme la vida de ese modo. Todavía no había superado mi historia con Devlin y temía que nunca pudiera pasar página. Un atractivo desconocido tan solo aliviaría mi anhelo momentáneamente, pero no ayudaría en nada a mitigar el dolor casi físico que se había instalado en mi pecho desde la noche que hui despavorida de la casa que Devlin había compartido con la hermosa y difunta Mariama.

—Y bien, ¿qué le trae a Asher Falls? —preguntó—. Espero que no le importe que se lo pregunte; la verdad es que no recibimos muchas visitas. Este lugar está bastante apartado.

Aunque su voz sonaba agradable, detecté cierta segunda intención en sus palabras.

—Me han contratado para restaurar el cementerio de Thorngate. El que está seco.

No contestó y, después de varios segundos, su silencio me indujo a mirarle. Me estaba observando con detenimiento; todavía tenía ese brillo en la mirada, pero esta vez no era de divertimento ni de curiosidad, sino de rabia. La emoción

enseguida se desvaneció. No se dio cuenta de que no se me había pasado por alto su enfado.

Procuré no darle más vueltas al asunto. No habría sido la primera vez que algún local se oponía a la tarea para la que me habían contratado. La gente tiende a ser muy protectora, a veces incluso excesivamente supersticiosa, con los cementerios. De modo que empecé a justificar mi buen hacer como restauradora. Thorngate estaría en buenas manos. Pero no tardé ni un minuto en cambiar de opinión; ese trabajo le correspondía a la señora que me había encargado el proyecto. Ella sabría cómo calmar las preocupaciones de los ciudadanos mucho mejor que yo.

—Así que ha venido a restaurar Thorngate —murmuró—. ¿De quién fue la idea?

—Mi persona de contacto es Luna Kemper. Si tiene más preguntas, le sugiero que se las haga llegar a ella.

—Oh, lo haré —prometió con una sonrisa forzada.

—¿Algún problema? —pregunté sin más rodeos.

—Todavía no, pero vaticino que habrá tensión. Thorngate, el Thorngate seco, solía ser el cementerio particular de la familia Asher. Después de que el cementerio original se inundara, se donó ese camposanto al pueblo, junto con varias propiedades. Todavía hay gente muy molesta por eso.

—¿Los Asher regalaron su cementerio familiar? Es un poco raro, ¿no? ¿Por qué no cedieron parte de sus tierras para construir uno nuevo?

—Porque, después de lo que hizo el viejo, todos esperaban un gesto por su parte —explicó. Su mirada verde se ennegreció y prosiguió—: En realidad, no fue más que un resarcimiento. Lo más irónico, por supuesto, es que los ostentosos monumentos junto con el mausoleo de la familia solo sirven para resaltar todavía más el abismo que separa a los Asher del resto del pueblo.

—¿Pell Asher sigue vivo?

—Oh, sí, sigue vivito y coleando.

Y una vez más percibí el destello de una emoción.

—¿Y a qué se dedica en Asher Falls? Espero que no le importe que se lo pregunte —dije imitando lo que él me había dicho antes, pero, por lo visto, no se dio cuenta.

—Bebo... —contestó— y mato el tiempo.

Se dio media vuelta y sentí la caricia fría de una pluma por la espalda. Había algo en su voz, un trasfondo oscuro que me hacía pensar en cementerios sumergidos y secretos enterrados. Quería mirar hacia otra lado, pero aquella mirada tan hipnótica me desarmaba.

—Por cierto, soy Thane Asher. Heredero del moribundo imperio Asher; al menos hasta que el abuelo vuelva a modificar su testamento. Siempre duda entre mi tío y yo. Esta semana yo soy el elegido, pero quién sabe si habrá cambiado

de opinión el jueves que viene.

No supe qué decir a eso, así que me limité a extender la mano.

—Amelia Gray.

—Un placer —murmuró, y me estrechó la mano.

Tenía la palma cálida y suave de los privilegiados. En ella no palpé los callos que, después de muchos años de arrancar malas hierbas y levantar lápidas, se notaban en mis manos.

Pensé en Devlin otra vez, y creí percibir el cosquilleo de sus dedos sobre mis hombros.

Reprimí un estremecimiento y traté de soltarme de la mano de Thane Asher, pero, por lo visto, él no estaba dispuesto a dejarme marchar. Clavó su mirada en la mía hasta que el ferri, tras un ligero impacto, atracó en el muelle. Y por fin me soltó.

—Ya hemos llegado —dijo con tono alegre—. Asher Falls. Bienvenida a nuestro reino, Amelia Gray.

Capítulo 3

Desembarqué detrás de la furgoneta y aparqué en la cuneta de la carretera para reiniciar el sistema de navegación del vehículo. Por las ventanillas se colaba una brisa fresca que arrastraba la esencia de la vegetación que crecía en el interior de la isla. Ese año, la época veraniega se había extendido hasta septiembre, así que la bergamota y las ortigas estaban en plena floración, cubriendo las praderas de un manto color lavanda. El paisaje que se asomaba entre las pequeñas colinas me parecía hermoso, pero más allá, entre montañas afiladas, se expandían oscuros y tenebrosos bosques de pinos y cicutas que me resultaban desconocidos. Mi querido hogar, con sus pantanos humeantes y sus corrientes marinas, estaba muy lejos de allí.

El rugido de un motor me trajo de vuelta al mundo real. Justo cuando torcí el retrovisor para echar un vistazo a la carretera, el deportivo negro pasó como una bala de cañón junto a mí, dejando tras de sí una estela polvorienta.

—Bienvenida a nuestro reino —murmuré mientras observaba a Thane Asher tomar una curva pronunciada sin frenar.

Fue una maniobra muy imprudente. Oí chirriar los neumáticos y, por un segundo, me deslumbró la pintura brillante de la chapa. El motor lanzó un aullido y, en un abrir y cerrar de ojos, el coche se desvaneció. El silencio que quedó a mi alrededor me pareció pesado y siniestro, como si fuera fruto de un oscuro hechizo.

Me quedé observando el ferri por el espejo en un intento de recordar mentalmente mi ruta hacia Charleston. Hacia Devlin. Pero ahora estaba allí, y no había vuelta atrás. Así que me armé de valor y seguí las marcas de las ruedas de Thane Asher en dirección al pueblo.

En otra época, Asher Falls había sido un pueblecito pintoresco de calles adoquinadas y edificios de estilo clásico construidos alrededor de una preciosa plaza, donde majestuosos robles ofrecían sombra y cobijo a sus visitantes. Evocador: esa fue la palabra que enseguida me vino a la mente. Sin embargo, a medida que uno se iba acercando, empezaba a detectar las marcas inconfundibles del deterioro de una comunidad agonizante: ventanas recubiertas

de tablillas, alcantarillas destrozadas y el reloj de la hermosa torre, que había dejado de marcar las horas.

Rodeé la plaza con el coche, pero no vi a nadie. Si no hubiera sido por los vehículos que había esparcidos por la zona, habría creído que aquel lugar estaba abandonado. El silencio que reinaba en las calles era sepulcral; los escaparates se veían vacíos, oscuros. Aquel pueblo destilaba desolación y soledad absoluta.

Aparqué el coche y bajé. Luna me había enviado por correo electrónico la dirección de su oficina inmobiliaria, y no tardé en localizarla. Empujé la puerta, pero alguien había echado el pestillo, así que me asomé por la ventana. No distinguí movimiento alguno. Piqué en el cristal y esperé durante unos segundos. Al lado de la oficina se alzaba una impresionante edificación de tres plantas con arcos y columnas que albergaba una biblioteca. Aquella construcción me recordó a algunos de mis edificios favoritos de Charleston.

Una muchacha de unos dieciséis años estaba ordenando una pila de libros detrás del mostrador. Levantó la vista al oírme entrar, pero no esbozó ni una triste sonrisa ni murmuró un saludo de bienvenida. Se limitó a reanudar su tarea, y punto. Me fijé en su cabellera rubio platino. La llevaba cortada como un duendecillo, lo que destacaba todavía más su rostro anémico. Disfruté durante unos segundos del familiar aroma que se respiraba en la biblioteca antes de acercarme a su escritorio. Siempre me había fascinado el olor a libros y documentos viejos, y por ello no me importaba sumergirme durante horas en archivos polvorientos y mohosos. Restaurar cualquier cementerio era una tarea que requería una investigación exhaustiva. Cada vez que revolvía entre estanterías combadas por el peso de los libros y alcobas misteriosas sentía una incontrolable emoción por lo que podía descubrir, tanto en la biblioteca como en el cementerio.

Me acerqué al mostrador. Las antiguas tablas de madera crujían con cada paso que daba. La chica alzó la mirada, pero no la cabeza. Tenía unos ojos azul cristalino, como el cielo en plena primavera. Estaba muy delgada, pero en ningún caso la creí frágil. Aparentaba cierta presencia, una seriedad muy sutil, lo cual era poco habitual, y a la vez un tanto inquietante, en una chica de su edad.

Todavía no se había dignado a abrir la boca, pero no me tomé aquel silencio como una insolencia por su parte. De hecho, aquella chica me pareció cautelosa y precavida, dos características que compartimos todos los que pasamos demasiado tiempo encerrados en nuestro propio mundo.

—Me llamo Amelia Gray. He venido a ver a Luna Kemper. Me está esperando.

La jovencita asintió con la cabeza y acabó de ordenar los libros. Después, se dio media vuelta y se encaminó hacia una puerta cerrada. Llamó una sola vez y se escurrió hacia dentro. Unos instantes más tarde reapareció y, con un gesto, me invitó a pasar. Se hizo a un lado para permitirme entrar en el despacho. Al pasar

por su lado, me di cuenta de que tenía la mirada clavada en algo; pero presentía que si me giraba para averiguar qué estaba contemplando no encontraría nada. Fue una sensación algo perturbadora, porque, salvo en algunas excepciones, siempre soy yo quien ve cosas que los demás no pueden ver.

Antes de que pudiera seguir pensando sobre el extraño comportamiento de aquella chica, Luna Kemper se levantó para ahuyentar a un precioso gato atigrado y rodeó el escritorio para saludarme. De repente, me embriagó una deliciosa esencia a flores silvestres, como si cada poro de su piel rezumara gotas de esa fragancia. Distinguí un jarrón repleto de dedaleras violetas (a las que mi padre solía llamar campanillas de bruja) en una de las esquinas del escritorio, pero sabía que ese aroma no provenía de allí. De hecho, no conocía ninguna flor que exhalara un perfume tan mordaz.

Luna debía de rondar los cuarenta. Una morena sensual de tez lustrosa y con los ojos del mismo color que una nube de tormenta.

—Bienvenida, Amelia. Me alegro de conocerla en persona finalmente.

Extendió la mano. Se la estreché. Iba vestida con una falda de tubo de color carbón y un jersey lavanda sobre el que destacaba un gigantesco colgante de piedra lunar. Aquella sonrisa tan desenfadada y el trato amigable nada tenían que ver con el carácter de la sumisa ayudante, que vestía muy parecido a mí: camiseta negra, vaqueros y una chaqueta.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Luna mientras apoyaba una curvilínea cadera sobre el escritorio.

—Muy bien. Hacía mucho que no viajaba hasta aquí. Me había olvidado de lo bonitos que están los valles en esta época del año.

—Si tiene la oportunidad, debería visitar las cascadas. Es uno de los rincones más hermosos de este estado. Bueno, supongo que no puedo ser muy imparcial. Nací y crecí en los valles de estas montañas. Mi madre solía decir que, el día que no pudiera corretear por el bosque, me marchitaría como una flor. Aunque reconozco que me encanta pasar algún fin de semana en la playa. Uno de mis primos tiene una casa en Santa Helena. ¿Alguna vez ha estado allí?

—La verdad es que no. Siempre estoy muy ocupada.

—La entiendo perfectamente. Gestionar un negocio propio no permite tener tiempo libre. No recuerdo la última vez que disfruté de unas vacaciones de verdad. Quizás el próximo verano... —susurró. Después deslizó la mirada hacia la puerta, donde la bibliotecaria rubia seguía merodeando—. Sidra, te presento a Amelia Gray, la restauradora de cementerios de la que te hablé. Ella es Sidra Birch. Ayuda en las tareas de la biblioteca después de clase y, a veces, los fines de semana.

Eché un vistazo a la puerta y asentí.

—Hola, Sidra.

Por lo visto se negaba a musitar palabra, pero al menos esta vez ladeó la

cabeza. Sin embargo, tras ese breve saludo me estudió con tal detenimiento que me hizo sentir incómoda. Había algo raro en aquella chica, algo que me resultaba familiar y desagradable al mismo tiempo. Tenía el aspecto de alguien que sabía cosas oscuras. Como yo.

Reprimí un estremecimiento y me giré de nuevo hacia Luna.

—Estoy segura de que está deseando instalarse —dijo de repente—. Se hospedaré en casa de Floyd Covey. Está en Florida atendiendo a su madre, que, por lo visto, se ha roto la cadera. Así que supongo que estará fuera un par de meses, como mínimo...

Un ruido en el umbral llamó nuestra atención. Sidra estaba observando a Luna con una expresión que fui incapaz de descifrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luna.

—¿Por qué vas a dejar que se quede allí?

—¿Y por qué no? —respondió ella con cierta irritación.

La mirada cian de Sidra se posó en mí.

—Es espeluznante.

—Tonterías. Está al lado del lago, y la casa es muy bonita. Además, la ubicación es perfecta, pues está a medio camino del pueblo y del cementerio. Creo que va a estar muy cómoda allí.

—Seguro que sí.

Pero el comentario de Sidra junto con la historia que Thane Asher me había contado sobre las almas que merodeaban por las aguas del lago Bell habían plantado una semilla insidiosa en mi interior.

Luna se irguió.

—¿Por qué no se pone cómoda mientras voy a buscar la llave? Podemos revisar los contratos y los permisos. Y, si le parece bien, después la llevaré a ver la casa.

Sidra se había esfumado, así que deduje que había vuelto al trabajo, detrás del mostrador. Cuando Luna se fue, me asaltaron las dudas. No sabía si salir a recepción y preguntar a la muchacha a qué se refería con la casa de Covey. Al final decidí que lo mejor sería esperar y formar mi propia opinión.

Para matar el tiempo eché un vistazo al despacho de Luna. Era uno de esos lugares eclécticos y atiborrado de libros por los que sentía especial predilección. Había un montón de tesoros interesantes y poco comunes que admirar, desde un escritorio de madera tallada a mano hasta una campana de barco de latón que colgaba sobre la puerta. No me había fijado en la campana antes, pero ahora oía un suave tintineo, como si una brisa estuviera agitando el badajo. Reparé en una segunda puerta, más estrecha que la principal, con la parte superior arqueada y una bocallave ornamentada. Sentía curiosidad por averiguar adónde conducía esa puerta.

Poco a poco fui escudriñando la sala, apreciando el sinfín de piezas que

atestaban los armarios de caoba: figuritas de vidrio soplado, relojes de bolsillo antiguos, fósiles, caracolas y toda una exposición de cuchillos con formas imposibles. De las paredes colgaban varias fotografías enmarcadas. La mayoría eran instantáneas de edificios históricos locales, pero lo que captó mi interés fueron los retratos personales. De hecho, hubo uno en particular que me dejó fascinada. En la fotografía aparecían tres chicas abrazadas que observaban el objetivo con aire soñador. Reconocí a una Luna adolescente y me percaté de que una de las muchachas guardaba un asombroso parecido con Sidra, pero sabía que no era ella. Se llevaban al menos veinticinco años y, además, el corte de pelo y la ropa que llevaban las jovencitas de la fotografía decían a gritos que aquellos eran los años ochenta. Sidra ni siquiera había nacido.

Al fondo, entre las sombras, se veía a una cuarta jovencita cuya cabellera ondulada flotaba a su alrededor. Ella también tenía los ojos fijos en la lente. Y entonces, mientras estudiaba aquella expresión glacial, noté un pinchazo en el pecho que duró varios segundos. Durante ese tiempo no fui capaz de recuperar el aliento ni de dejar de observar aquella mirada amenazadora y salvaje.

—¿Te encuentras bien?

Retrocedí un paso. La voz de Sidra rompió el efecto hechizante de aquella fotografía. Me observaba desde el umbral. Los rayos de sol que se colaban por la ventana iluminaban sus mechones plateados. Creaban una ilusión etérea que, junto con su palidez, me hacían dudar de si era un fantasma. Ya me habían engañado antes, pero, puesto que Luna también interactuaba con ella, las posibilidades de que fuera un espíritu eran muy escasas.

—¿Por qué me miras así?—preguntó con el ceño arrugado.

—Perdona —dije procurando mantener la calma—. Tan solo estaba pensando en lo mucho que te pareces a la chica de esta fotografía.

Se acercó a mí.

—Es mi madre, Bryn —aclaró. Después señaló a la pelirroja que posaba junto a su madre—. Esta es Catrice... y, bueno, ya conoces a Luna. Eran uña y carne en el instituto. Bueno, supongo que todavía lo son.

—¿Viven en Asher Falls?

Sidra vaciló.

—Ya has oído lo que ha dicho Luna. Si se alejara de las montañas, se moriría. Y mi madre también, o eso creo. Ninguna duraría mucho en el mundo real.

—¿Acaso esto no es el mundo real?

—Dios, espero que no —murmuró.

—¿No te gusta este lugar?

—¿Gustarme? Es un pueblo fantasma —dijo. Hubo algo en su voz que me hizo estremecer.

—Por lo visto, Luna está muy ocupada.

—Oh, sí. Luna es una mujer muy ocupada.

Las dos observábamos con suma atención la fotografía. Entonces capté el pálido reflejo en el cristal.

—Me gusta su nombre —dije—. Es poco habitual, pero le va como anillo al dedo. El tuyo tampoco es muy común, ¿verdad?

—Le debo mi nombre a Luna. Sidra significa «de las estrellas», así que... —dijo, y encogió los hombros—. Es bastante cursi, pero siempre les ha interesado el rollo místico.

—¿Quién es la cuarta chica?

Me pareció que Sidra contenía la respiración. Ladeé la cabeza y vi que la embargaba cierta emoción. Tenía los ojos como platos y la mano en el corazón. Tragó saliva en un intento de recuperar la normalidad.

—¿Qué chica? —preguntó con un hilo de voz.

—La que está al fondo. Esta —dije. Señalé la silueta sobre el cristal y acto seguido noté una avalancha de algo muy desagradable en mi interior.

Sidra se quedó muda. En mitad de aquel silencio, oí el tintineo de la campana. El sonido fue tan débil que, por un momento, creí que me lo había imaginado.

—No hay nadie más en esta fotografía —sentenció al fin—. No sé de qué estás hablando.

Podía ver con perfecta claridad aquel semblante furioso que se asomaba al fondo. Y de repente lo entendí. Fuera quien fuese, ya estaba muerta cuando se tomó la instantánea. El fotógrafo había capturado su fantasma.

Era el mejor retrato de una entidad que jamás había visto.

Pero... si yo era la única que veía fantasmas, ¿por qué Sidra estaba tan angustiada?

—Debe de ser una sombra, o algún truco de la luz —insistió—. No hay nadie más en la fotografía.

Cruzamos las miradas y asentí.

—Sí, tienes razón —acepté mientras unos dedos gélidos trepaban por mi espalda.

Capítulo 4

Un poco más tarde, me subí al coche y seguí al Volvo de Luna para no perderme por el laberinto de callejuelas del pueblo. Durante todo el trayecto no dejé de pensar en la reacción de Sidra cuando mencioné a la cuarta chica que aparecía en la fotografía. Había asumido que mi habilidad de ver fantasmas era poco común y, por culpa de las advertencias de mi padre, había llevado una vida muy solitaria. No tenía amigos íntimos, ni confidentes; tan solo podía compartir mi secreto con él. Había pasado la mayor parte de mi existencia tras los muros de cementerios, confinada y protegida en mis reinos. A veces, esa soledad se me había hecho insoportable.

Y ahora ansiaba averiguar si Sidra también podía verlos. No sabía qué pensar sobre esa posibilidad. Ver fantasmas era una carga muy pesada, una condena que no deseaba ni al peor de mis enemigos.

De pronto rememoré mi primer encuentro con un espíritu. Recordaba aquel día como si hubiera sido el anterior. En mi memoria seguía vivo aquel atardecer, aquella aura que brillaba bajo los árboles del cementerio de Rosehill y la inconfundible silueta de aquel anciano. Por alguna razón inexplicable, deduje que aquella figura era un fantasma, y eso me horripilaba. Después, mi padre se sentó conmigo para explicármelo. Me aseguró que no todo el mundo poseía ese don y me repitió varias veces que jamás, bajo ningún concepto, les revelara que podía verlos. También me confesó que los fantasmas eran peligrosos, porque si algo anhelaban era que una persona de carne y hueso los reconociera. Así podrían sentir que formaban parte de nuestro mundo. Y para mantener esa presencia terrenal, se aferraban como parásitos a los vivos, nutriéndose de su energía y absorbiéndoles su vitalidad, como un vampiro se alimenta de sangre.

Mi padre se había pasado muchas tardes enseñándome a protegerme de los fantasmas. Me había transmitido una serie de normas que siempre había acatado a lo largo de mi vida: «Nunca reconozcas la presencia de un fantasma, nunca te alejes demasiado de un campo sagrado, nunca te relaciones con aquellos que están acechados, y nunca, bajo ninguna circunstancia, tientes al destino».

Había seguido todas esas normas al pie de la letra hasta el día en que conocí a John Devlin. Entonces perdí el norte. Permití que los fantasmas que le atormentaban entraran en mi mundo, me alejé, y mucho, de suelo sacro, y, por

culpa de mi debilidad y de nuestra pasión descontrolada, abrí una puerta.

Si hubiera prestado atención a la advertencia de mi padre...

Si no hubiera desobedecido ninguna de sus normas...

Sin embargo, me comporté como una estúpida y bajé la guardia. Y ahora no podía ignorar aquello de lo que me di cuenta la noche que hui despavorida de la casa de Devlin.

Él seguía siendo mi debilidad. Y si algo había aprendido en los últimos meses, era que necesitaba apuntalar mis defensas contra él... y contra sus fantasmas. Y estaba dispuesta a todo.

Sin perder el Volvo de vista, de repente vislumbré un destello metálico y una estética *vintage* por el rabillo del ojo. El coche de Thane Asher estaba aparcado delante de un bar llamado Half Moon Tavern. Sus palabras resonaron en mi cabeza: « Bebo... y mato el tiempo » .

No podía concebir una existencia más desoladora, pero no sabía nada de su familia ni conocía su pasado, así que no era quien para juzgarle.

Observé que la taberna se iba empequeñeciendo poco a poco en el espejo retrovisor y procuré apartar a Thane Asher... y a Devlin de mi cabeza. Me concentré en el paraje que me rodeaba. A ambos lados de la carretera se extendía un bosque impenetrable. A medida que avanzábamos, las pintorescas casitas de madera fueron desapareciendo. Durante varios kilómetros no advertí ninguna señal de vida humana, tan solo un elevador de grano abandonado y un cobertizo deteriorado y casi en ruinas. Bajé la ventanilla y de inmediato se filtró un débil pero ubicuo olor a moho y abono.

A unos metros de distancia, Luna giró hacia la izquierda, tomó un camino sin asfaltar de una sola dirección y se adentró en el bosque. Asomándose entre las copas de los árboles avisté las puntas de un tejado.

Un momento más tarde, aparqué detrás del Volvo y bajé del coche. Admiré durante unos segundos los ventanales arqueados y los gabletes de aquella casa. Luna me estaba esperando en el porche principal, con la llave en la mano, pero preferí tomarme mi tiempo para estudiar la casa. Además, quería orientarme y conocer un poco los alrededores.

Me rodeé la cintura con los brazos y dejé que aquel silencio absoluto me abrumara. La inmensidad de la naturaleza más salvaje envolvía aquel lugar, aunque no escuché el canto de los pájaros ni observé pisadas de animales entre la maleza. El único sonido que percibí fue el susurro de la brisa agitando las hojas.

Al girarme pillé a Luna observándome algo extrañada y acariciando el cabujón de piedra lunar que llevaba alrededor del cuello. Me dio la impresión de que estaba... desconcertada, como si no comprendiera mi comportamiento.

—¿Y bien? —preguntó. Se cruzó de brazos y apoyó un hombro sobre una de las columnas del porche—. ¿Qué le parece?

—Es muy tranquilo.

Luna esbozó una sonrisa soñadora y miró al cielo.

—Es lo que más me gusta de este lugar.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que tenía la voz ronca. De hecho, ahora me parecía una persona completamente distinta de la que había conocido horas antes. No, distinta no era la palabra. Parecía... más. Exhibía una figura más curvilínea, una tez más aterciopelada, un cabello más frondoso y más oscuro. Aquel cambio me resultó tan exagerado que incluso llegué a pensar que se había puesto una peluca. Todos los rasgos de Luna —el brillo de su mirada, la enigmática forma de sus labios, aquella sensualidad terrenal— parecían intensificarse en aquel entorno tan natural y silvestre.

De forma inconsciente, recordé la fotografía de su despacho, con aquel rostro furioso merodeando al fondo. Y justo cuando estaba echando un segundo vistazo a la casa oí de nuevo la brisa soplando entre los árboles.

—Aquí había una iglesia, ¿verdad?

Inclinó la cabeza sin esconder su asombro.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por la arquitectura. Juraría que es carpintería gótica, ¿me equivoco? En el siglo XIX se utilizaba mucho para construir pequeñas iglesias.

No pude evitar darle vueltas a la elección de mi alojamiento temporal. El campo sagrado de iglesias y ciertos cementerios me protegían de los fantasmas. Pero ¿cómo era posible que Luna Kemper lo supiera?

—¿Qué sucedió? —quise saber.

Aquellos ojos grisáceos me miraron con curiosidad.

—Nada siniestro. La congregación fue menguando con el paso de los años, así que se consideró que era mejor que los creyentes acudieran a una iglesia más grande, en Woodberry. Esta capilla estuvo vacía durante varios años, hasta que Floyd Covey decidió adquirirla y restaurarla por completo. La equipó con las instalaciones más modernas. Creo que estará bastante... cómoda aquí.

Asentí con la cabeza. En ese instante me percaté de que Luna vacilaba, pero le resté importancia a ese detalle y la seguí. Me detuve unos instantes en el umbral y dejé que la paz del campo santo me envolviera. Aquí estaría cómoda, sin duda, pero más importante aún, estaría a salvo de los fantasmas. De nuevo pensé en por qué Luna Kemper había escogido, precisamente, esa casita para mí.

—Cuando hablamos por teléfono mencionó algo sobre una donación anónima —dije mientras la observaba paseándose con elegancia por la sala. Por lo visto, disfrutaba del sol de media tarde que se colaba por los ventanales. Aquella imagen me recordó al gato atigrado que había espantado en su despacho: sofisticada, exótica y un tanto altiva. Me preguntaba hasta qué punto estaría Luna involucrada en el proyecto—. No soy la única restauradora de cementerios del estado. ¿Quién tomó la decisión de contratar mis servicios?

Luna sonrió.

—¿Acaso importa?

—Supongo que no, pero me gustaría saber cómo pasó.

—No es ningún misterio. Fue tal y como le expliqué —dijo.

—¿Y esta casa...? ¿Fue también idea suya?

—Soy la única agente inmobiliaria de Asher Falls. ¿Quién mejor que yo para buscarle una propiedad disponible? Pero si no está satisfecha con el alojamiento...

—No, no es eso. De hecho, este lugar es perfecto.

La sonrisa se tornó cómplice.

—Entonces permítame que le enseñe el resto de la casa.

Una vez más, no tuve más remedio que seguirla. Las habitaciones y el baño estaban en un lado de la casa; el salón y la cocina, en el otro. Se había construido un porche en la parte trasera: en cuanto lo vi, me imaginé tomando mi té de la mañana ahí fuera, mientras admiraba el amanecer.

Avanzamos en fila india por un caminito de baldosas que conducía hasta el lago y paseamos durante un buen rato por el muelle privado de la casa. El sol empezaba a esconderse tras los árboles. De inmediato noté el ya familiar cosquilleo del recelo, ese espeluznante escalofrío que me recorría la espalda y que anunciaba el crepúsculo, ese momento en que los fantasmas se deslizaban por el velo que separaba ambos mundos.

Al fondo del embarcadero había una barquita que se mecía sobre las olas. Fue el único movimiento que logré atisbar. El silencio era sepulcral. En ese momento intermedio de luz y oscuridad, las criaturas nocturnas todavía no se habían despertado.

El aire refrescó el ambiente, y me alegré de haberme traído la chaqueta. Inmóvil, observé el lago y vi que algo flotaba sobre la superficie. Al principio, creí que se trataba de otra aparición fantasmal, pero enseguida reparé en que era mi propio reflejo.

Me giré para decirle algo a Luna. Pero, justo en ese instante, vislumbré algo extraño por el rabillo del ojo: un chucho escuálido de color marrón, mitad pastor alemán, nos vigilaba desde el otro extremo del muelle de madera. El perro estaba tan raquítico que podía distinguir cada una de sus costillas bajo aquel pelaje tan áspero y mugriento. Pero lo que más me perturbó fue la deformación que padecía el miserable animal. Le faltaban las dos orejas y tenía el morro repleto de horribles cicatrices, sin duda consecuencia de algún trauma.

—¿Qué le ha pasado a ese pobre perro? —murmuré.

No quería asustarlo, pero, en cuanto Luna se dio media vuelta, empezó a ladrar.

Con asco y desagrado, frunció el ceño.

—Parece un perro de pelea.

—¿Un qué?

—¿Qué sabes de las peleas de perros?

De inmediato se me revolvió el estómago.

—Sé que es una práctica ilegal. Me pone enferma.

Distraída, Luna asintió.

—Suelen cortarles las orejas, para evitar heridas innecesarias. Además, les atan el hocico con cinta aislante para que no muerdan a los otros perros. Cuando el propietario estima que ya no es útil para la lucha, lo abandona a su suerte.

Empezaba a ponerme furiosa.

—¿Cómo es posible que alguien sea tan cruel?

—No estamos en Charleston —avisó—. Es muy probable que, durante su estancia aquí, vea cosas que no comprenda.

—¿Y qué hay aquí que no comprenda? —pregunté con aversión—. Alguien se ha aprovechado de ese perro. Necesita un veterinario.

—¿Un veterinario? Tendríamos que recorrer varios kilómetros para encontrar uno. Lo mejor será que lo dejemos en paz. Al final volverá al bosque.

—Pero necesita ayuda.

Quise acercarme a él, pero Luna me sujetó por el brazo para impedírmelo.

—Yo de usted no lo haría. ¿No ve lo rabioso que está?

—No está rabioso, está hambriento.

—Por el amor de Dios, ¡ni se atreva a dar de comer a esa criatura!

Su vehemencia me dejó atónita. Tenía las mejillas al rojo vivo; me sentía impotente y enojada.

Antes de que pudiera detenerla, Luna se puso a dar palmadas para asustar al pobre perro.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

—¡No haga eso!

Y sin pensármelo dos veces, la agarré del brazo. Fue entonces cuando atisé aquella mirada encendida, aquella sonrisa maliciosa. Sentí un escalofrío. Estuve a punto de retroceder varios pasos, pero me contuve. Nos desafiamos con la mirada durante unos segundos, que a mí se me hicieron eternos. Pero Luna suavizó la expresión de una forma tan súbita y rápida que, por un instante, pensé que me había imaginado toda la confrontación.

—Me temo que el abandono de mascotas es muy común por aquí —se lamentó, mostrando cierto arrepentimiento—. No puede alimentarlos a todos, ni tampoco permitirse ser demasiado sentimental. Lo siento, pero tendrá que aprender a ser menos solidaria.

No quería ponerme a discutir, así que dejé el tema. El perro ya se había escondido tras los arbustos del bosque y nos observaba atentamente desde las sombras. En un abrir y cerrar de ojos, se desvaneció.

Luna comprobó la hora.

—Debería regresar al pueblo. Esta noche tengo una reunión.

Rodeamos la casa y la acompañé hasta el coche.

—Si necesita cualquier cosa, tiene mi número —recordó. Abrió la puerta del coche con apremio, como si ansiara ponerse en marcha lo antes posible—. Tilitia Pattershaw es la vecina más cercana. Todo el mundo la llama Tilly. Se encarga de echar un vistazo a la casa cuando Floyd no está. De hecho, ayer le pedí que se pasara para quitarle un poco el polvo. Me dijo que había dejado algo de comida en la nevera. Vive justo allí, al final de este camino —dijo señalando hacia el bosque—. Quizá venga a hacerle una visita. No se asuste. Es un poco... peculiar, pero no tiene mala intención.

—Estaré atenta.

Luna sonrió y desvió la mirada hacia el bosque.

—Oh, no verá a Tilly hasta que ella considere que esté preparada.

Escudriñé la arboleda que se alzaba frente a mí. ¿Acaso aquella mujer estaba ahí, ahora?

—El cementerio está a dos escasos kilómetros —dijo Luna—. Hay un desvío justo después de la primera curva. Ya lo verá.

—Gracias.

Se subió al coche, arrancó el motor y se marchó. El sonido de las ruedas pisando la gravilla fue desapareciendo poco a poco, al mismo tiempo que el silencio se iba haciendo más profundo. Y una vez más me giré para estudiar el paisaje.

Capítulo 5

Después de que Luna se marchara, trasladé todo mi equipaje a la que sería mi habitación. Hice un último viaje hasta el coche para asegurarme de que no me había dejado nada. Cuando me alejé del vehículo, volví a sentir ese cosquilleo. Y entonces advertí que estaba a punto de anochecer. La tarde era tranquila, aunque había dejado de ser silenciosa. A lo lejos, oí el gorjeo de un somorgujo y, aún más lejos, el espeluznante aullido de un perro. Pensé en el chuchó que se había escabullido entre los árboles minutos antes y me pregunté dónde se habría ido.

Una vez dentro, subí directa a la habitación y deshice la maleta. Coloqué mi ropa en el armario, dejé el neceser en el lavabo y decidí dar otra vuelta por toda la casa para familiarizarme con los recovecos y grietas, y también para cerciorarme de que todas las puertas y ventanas fueran seguras. Acabé mi pequeña excursión en la cocina, donde comprobé la nevera para ver qué me había dejado Tilly Pattershaw para cenar. Aparté el papel de aluminio que tapaba la misteriosa cacerola, olfateé el contenido y esboqué una mueca de disgusto. Por suerte, el último cajón de la nevera estaba a rebosar de verduras y hortalizas. En un santiamén me preparé una deliciosa ensalada que preferí comer en la terraza, donde había una mesita con vistas al lago. Desde ahí también veía el bosque; de hecho, podía distinguir el sendero que Luna había mencionado y que conducía hasta la casa de Tilly. El inconfundible sonajero de las ramas removándose llamó mi atención. Sentí que se trataba de una advertencia. Lo cierto es que no advertí nada específico, pero sospechaba que había algo ahí fuera. ¿Tilly?

No quería mirar fijamente hacia el bosque por miedo a que mi visitante no perteneciera a este mundo, así que fingí admirar los últimos rayos de sol sobre el agua mientras estudiaba mis alrededores. Un instante más tarde, una sombra se deslizó en dirección a la casa.

Acto seguido se me aceleró el corazón, hasta que me di cuenta de que no era más que aquel perro maltratado. Como era evidente, antes se había escondido entre los arbustos, esperando a que Luna se marchara para hacer otra cautelosa incursión en el jardín. Olisqueó el suelo, con el hocico pegado a las hojas secas; no descubrió nada que le interesara. Y así, sin más, se dejó caer en mitad del jardín. Apenas lucía el sol, pero, con todo, pude apreciar una vez más la

prominencia de su caja torácica y su cabeza mutilada. Era evidente que había pasado un verdadero infierno, pero su porte demostraba una gran dignidad, una gran alma.

Me levanté y rebusqué en la nevera algo que ofrecerle. Al final serví un plato de aquel guiso tan poco apetecible con arroz y volví a salir. Consciente del inminente crepúsculo, bajé los escalones con sumo cuidado y dejé el plato a medio camino entre el porche y donde se había recostado el perro. El animal no se movió hasta verme tras la puerta de tela metálica del porche. Después, salió como un cohete a olfatear el contenido del plato. En cuestión de segundos, el plato quedó limpio. El chuchó se quedó mirándome con unos ojos oscuros y limpidos.

Sin reparar en la amenaza del perro y del ocaso, empujé la puerta y descendí la escalinata. El animal echó un vistazo al plato vacío, soltó un gemido y se acercó a mí para acariciarme la mano con el hocico. Le rasqué detrás de los dos bultos donde deberían estar las orejas y le sostuve el morro entre las manos. Volvió a gimotear, pero esta vez de alegría, o eso pensé mientras le pasaba una mano por el costado, palpando cada uno de sus huesos.

—¿Te has quedado con hambre? No te preocupes. Hay mucho más. Pero esperaremos un poco, no vaya a ser que te siente mal. Mañana iré al pueblo y te compraré comida de verdad.

Sentía el morro frío y húmedo sobre la piel.

—Me gustaría saber cómo te llamas. Porque te pusieron un nombre, ¿verdad? Tienes pinta de llamarte *Angus*. Un nombre fuerte y noble. *Angus*. Suena bien.

Seguí cotorreando en voz baja. Tras unos segundos, el perro se tumbó a mis pies, así que tuve que inclinarme para poder rascarle la espalda. Nos quedamos así un buen rato, hasta que percibí que se ponía tenso. Casi de forma automática, el pelaje que le cubría la columna vertebral se le encrespó y empezó a emitir un gruñido amenazador.

Continué con los mimos. De repente, se puso en pie y ladeó la cabeza hacia el lago. Entre las pestañas, miré al horizonte, pero no vi nada. Y entonces, cuando por fin me acostumbré a la tenue luz del crepúsculo, se me erizó el vello de todo el cuerpo.

Ahí estaba. Al final del muelle. Una silueta diáfana que se balanceaba como el coral azotado por una corriente marina. Mantuve la expresión neutra, aunque el corazón me estaba amartillando el pecho. Había logrado apaciguar al perro después de que se lanzara como un loco hacia el lago y enseñara los dientes. Los animales, tanto domésticos como salvajes, detectan las presencias fantasmales. No solo las ven, también las perciben. Ese fue uno de los motivos por los que mi padre nunca me había dejado tener una mascota. Me había costado muchísimo aprender a hacer caso omiso de los fantasmas, de modo que él no estaba dispuesto a tener que enseñarme también a ignorar la reacción de un animal

hacia ellos.

—¿Qué pasa? —le pregunté a *Angus*—. No te asusta la oscuridad, ¿verdad? Ahí no hay más que ardillas, conejos y puede que un par de zarigüeyas.

Y un fantasma.

No conseguí verle el rostro, pero tenía la impresión de que había muerto muy joven. Lucía una cabellera larga y ondulada que le llegaba hasta los hombros. Llevaba un vestido negro que parecía demasiado austero para su complexión, espigada y esbelta. Aquel espíritu era exactamente lo que cualquiera desearía concebir como fantasma; una figura efímera y encantadora, sin aparentes señales de los daños físicos que podía haber sufrido en vida.

Y entonces desvió su mirada de muerta hacia mí. No la estaba observando, pero sentí sus ojos clavados en mí. Como una orden. « ¡Mírame! » .

Aquello era una locura, porque era imposible que ella supiera que podía verla. No había hecho nada que pudiera delatarme. Y, sin embargo, sentía algo dentro de mi cabeza, como un tentáculo nebuloso que me producía escalofríos. Nunca había vivido algo parecido, ni siquiera con los fantasmas de Devlin. Shani, su hija fantasma, se había puesto en contacto conmigo en al menos dos ocasiones, y el espectro de Mariama había intentado manipularme en la casa que había compartido con Devlin. Pero nunca me había ocurrido nada parecido a esto. Lo que sentía ahora no era posesión, sino una especie de vínculo telepático que me permitía revivir la perplejidad del fantasma. Aquella conexión me aterrorizaba, pero hice apremio de mi fuerza de voluntad y no salí escopetada a esconderme entre las paredes de aquella casa. No podía cometer ese error. Lo más peligroso que podía hacer era delatarme y reconocer que veía fantasmas.

Mientras tanto, *Angus*, que seguía temblando, se había colocado entre aquella aparición y yo. Fuerte y noble, sin duda. No podía estarle más agradecida; en aquel preciso instante, cualquiera habría jurado que éramos amigos de toda la vida. Estaba convencida de que *Angus* habría preferido darse media vuelta y correr hacia el bosque.

—Buen chico —murmuré.

Empezó a soplar una suave brisa que agitó las hojas. Y entonces los árboles empezaron a susurrar. « ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? » .

No tardé en ponerme en pie y entrar en casa. El fantasma seguía allí, al final del muelle, vigilándome. *Angus* soltó un quejido, así que deslicé la puerta de malla metálica para que pudiera acompañarme. Eché el pestillo y otro soplo de aire alborotó el bosque.

« ¿De veras eres tú? » .

Hasta donde me alcanzaba la memoria, los fantasmas siempre habían formado parte de mi mundo. Mi padre solía llevarme al cementerio el domingo

por la tarde. Le ayudaba a limpiar los sepulcros mientras esperábamos el atardecer, ese momento del día en que el velo es tan fino que los muertos pueden colarse en el mundo de los vivos. Al principio, procuré evitar aquellas excursiones, pero enseguida me di cuenta de que era la forma en que mi padre me estaba enseñando a convivir con mi habilidad. Pasados varios años, me acostumbré a estar rodeada de multitud de espectros, así que nunca reaccionaba a su presencia, ni siquiera cuando sentía su gélido aliento en la nuca o sus dedos deslizándose por mi cabello. Podía caminar entre ellos sin delatarme.

Pero entonces conocí a Devlin, y las reglas de mi padre dejaron de protegerme. Sus fantasmas habían traspasado mi línea de defensa. Y ahora otro fantasma se había adentrado en mi mundo; una entidad que, por lo visto, poseía un extraño don que me permitía experimentar su confusión. Y sospechaba que ella también podía notar la mía. Esa unión tan intuitiva era algo nuevo para mí. Era algo que me asustaba. Ahora no solo tenía que vigilar mis reacciones físicas, sino también mis pensamientos. ¿Qué me quedaba por proteger? ¿Mi alma?

Me acosté, pero no fui capaz de conciliar el sueño. Estaba preocupada por las mismas preguntas de siempre. No entendía cuál era mi sitio en este mundo... o en el más allá. ¿Por qué me habían concedido aquel don? Tenía que haber un propósito, pero mi padre nunca me facilitó una respuesta. No le gustaba charlar de fantasmas. Era nuestro secreto. La cruz con la que teníamos que cargar. Y jamás, bajo ningún concepto, podíamos contárselo a mi madre, porque no lo entendería.

Eché la vista atrás. Mi padre jamás se había atrevido a hablar abiertamente sobre los fantasmas, sobre mi nacimiento, sobre nada. Él y mi madre me habían adoptado días después de nacer, pero seguía sin tener ni idea de cómo habían llegado a mí. Tampoco sabía nada acerca de mis padres biológicos. Siempre que preguntaba algo me topaba con un muro de recelo y cautela que me hacía sentir tan incómoda que al final opté por dejar de preguntar. Pero sabía que me escondían secretos. En especial, mi padre. Nunca había mencionado ese reino de fantasmas desconocidos, los otros. Y cuando lo hizo, ya fue demasiado tarde, porque ya me había enamorado de Devlin. Estaba obsesionada por descubrir qué más me había ocultado a lo largo de los años. ¿Qué otros terrores me esperaban?

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas. En cierto momento de la noche me quedé dormida, pero poco después me despertó un lejano repiqueteo de campanas. En aquel estado confuso y soñoliento, creí que aquel tintineo podía provenir de un carillón de viento colgado de algún árbol del bosque que quizá perteneciera a Tilly Pattershaw. Pero los repiques eran separados y nítidos, como si varios campaneros estuvieran tocando al mismo tiempo. El sonido, sin embargo, no era en absoluto melódico, sino más bien discordante, furibundo incluso.

Me levanté de la cama y, descalza, recorrí la casa a oscuras. Me alegré de

haberme tomado un tiempo para familiarizarme con la distribución. Con tan solo los rayos de la luna como punto de luz, me deslicé sin problema alguno de habitación en habitación.

Me detuve frente a la ventana de la cocina y eché un vistazo al porche trasero, donde había dejado a *Angus*. A él también le habían despertado las campanas. O lo que fuese. El perro se había plantado frente a la puerta. Esperaba que, en cualquier momento, un fantasma traspasara la malla metálica. Vislumbré su cabeza mutilada; por lo visto, estaba vigilando el jardín y el caminito de piedras que conducía hacia el lago, donde una espesa neblina había caído sobre la superficie. ¿O habría brotado del inframundo?

La bruma amortiguaba el sonido de las campanas. Ahora apenas podía oírlas. Tan solo un débil repique de vez en cuando. Minutos después, el sonido se apagó por completo.

Me quedé allí, temblando en mi pequeño trozo de campo sagrado y observando el lago. Aunque el entorno parecía estar sumido en una quietud absoluta, reparé en una brisa apenas perceptible que se abría camino entre la niebla. Tras aquella miasma, creí distinguir una figura humana, un espíritu inquieto que se retorció entre la bruma.

Y entonces me di cuenta de que el cementerio submarino yacía justo detrás del umbral de mi casa.

Capítulo 6

Cuando me desperté la mañana siguiente, la luz seguía grisácea, pero un aura dorada se cernía sobre el horizonte. Si bien el ocaso alimentaba mis miedos más profundos, el amanecer siempre arrastraba consigo cierta anticipación, y me regocijaba a sabiendas de que a lo largo del día no vería ningún fantasma.

Después de una ducha rápida, me serví una taza de té que saqué en el porche, mientras admiraba el alba. Unos galones de bruma colgaban de las copas de los árboles, pero la mayor parte de la neblina ya se había desvanecido. El aire se respiraba fresco y puro, como el aroma a ropa secada al sol. Me di cuenta de que el otoño había llegado. Durante la noche, retales de color carmesí y dorado parecían haberse tejido en el telón verde oscuro del bosque.

Persuadí a *Angus* con el resto del guiso y le dejé disfrutando de su desayuno mientras recogía todas mis herramientas antes de acudir al cementerio. Era muy temprano; de hecho, era la única en la carretera a esas horas. Aunque, por lo que había oído, en aquella zona nunca había tráfico. Al igual que el pueblo, la zona rural estaba desierta, pero no estaba sola. Bajé la ventanilla y de inmediato distinguí el olor a madera quemada que salía de alguna chimenea. Hacía un día precioso, y no quería arruinarlo con mis dudas nocturnas. Sumergirme en un nuevo proyecto era la excusa perfecta para una renovación. Para una restauración.

En cuanto tomé la primera curva, vi el desvío. El cementerio estaba enclavado en la ladera de una colina escarpada y abrupta, medio escondido tras unos matorrales de cedro, una planta de hoja perenne que solía asociarse con ataúdes y piras funerarias por su aroma especiado y su resistencia a la corrosión.

Había zonas donde los árboles eran tan gruesos que ni siquiera el sol podía escabullirse entre las ramas. Sin embargo, de vez en cuando la luz hallaba un hueco por donde colarse y me deslumbraba. Me sorprendí al percatarme de que avanzaba con suma cautela para no pisar a un conejo atrapado entre la maleza. Aquella arboleda estaba repleta de vida salvaje. Me detuve en la puerta de entrada y vislumbré a un zorro correteando entre dos cicutas venenosas. De repente, el trino cantor de varios tordos inundó el ambiente.

Armada con el teléfono móvil, la cámara y una libreta de dibujo, me apeé del todoterreno. Había una puerta, pero no estaba cerrada con llave. Luna y a me

había comentado que antes el cementerio solía cerrar sus puertas después del anochecer, pero que ahora nadie se molestaba en echar el cerrojo. Sin embargo, me había facilitado varias copias de los permisos y otros documentos pertinentes por si alguien desconfiaba de mi presencia allí. Me pregunté si le habrían llegado algunas objeciones específicas contra la restauración. Thane Asher había insinuado que aquel proyecto traería problemas consigo.

Cerré la puerta tras de mí y eché un vistazo a mi alrededor. Thorngate era minúsculo como cementerio público, pero descomunal como sepulcro familiar. Me resultó bastante sencillo localizar la línea divisoria. Habían allanado el terreno más cercano a la verja, al igual que también habían nivelado todas las lápidas y cortado el césped. No había vallas ni muros que separaran las parcelas y ninguna tumba mostraba adornos excesivos, aunque atisé algunos recuerdos personales esculpidos sobre las lápidas. Se trataba de un cementerio moderno que tenía muy en cuenta el espacio, que no inspiraba la tranquilidad y sosiego de mis cementerios favoritos. En cambio, el sepulcro familiar original era exuberante, frondoso y de estilo gótico, clara influencia de las percepciones victorianas del romance, la muerte y la melancolía.

La primera tarea que me habían asignado consistía en recorrer el cementerio y apuntar cualquier característica especial y anomalía para elaborar un mapa nuevo del lugar. Mientras deambulaba por la zona pública, advertí un par de lápidas con apellidos familiares: Birch y Kemper. Más tarde, vi una tumba reciente muy cerca de la verja. La tierra estaba amontonada y cubierta de flores marchitas.

En cuanto crucé el arco techado hacia la sección de los Asher, el paisaje escaso de vegetación cambió por completo. El caminito de piedras parecía hundido en un manto de musgo y, tras deslizarme entre cortinas de hiedra, atisé los vestigios de lo que en su día debió de ser un jardín blanco protegido por un círculo de magníficos ángeles de piedra. Las cabezas de las esculturas miraban hacia el este, hacia el alba; las ramas dobladas de un majestuoso cedro eclipsaban los primeros rayos de sol que bañaban sus rostros. Pero la expresión de aquellas figuritas no era serena ni desolada, como la del resto de los ángeles de cementerio. En mi modesta opinión, era arrogante. Puede que incluso desafiante. Y esas estatuas señalaban el lugar de reposo de los Asher más jóvenes. Los restos de la familia más reciente descansaban en un gigantesco mausoleo decorado con relieves elaborados y portales decorados con vidrieras.

La puerta estaba abierta, así que la empujé suavemente para asomar la cabeza. Lo primero que llamó mi atención fue la ausencia de muros entre criptas. El mausoleo consistía en una fachada para una tumba subterránea, pero prefería dejar la inspección para luego, cuando estuviera mejor equipada y pudiera enfrentarme a las serpientes que quizás hubieran elegido ese lugar para hibernar. Los aposentos funerarios eran unas guardias excelentes, por no

mencionar que también eran el lugar idóneo para la cría de arañas. Durante mi infancia sufrí la asquerosa picadura de una viuda negra, lo cual me había provocado una aracnofobia aberrante; una ansiedad muy poco conveniente para alguien que se dedica a restaurar cementerios, pero lo cierto era que había aprendido a convivir con ella.

Salí del mausoleo, cerré la puerta y me sacudí el cabello para librarme de todas las telarañas que se me habían quedado enganchadas. Y entonces me quedé petrificada. Había un tipo junto a la verja, observándome por encima de las lápidas. Me recordó al fantasma de aquel anciano que solía rondar por el cementerio de Rosehill. De lejos, parecía tener un aspecto bastante parecido: alto, atrofiado y vestido con ropa oscura. Pero este hombre lucía una melena gris que le llegaba a la altura de los hombros. Además, llevaba un abrigo de lana gruesa. Yo iba en manga corta, así que me pareció un tanto peculiar que se hubiera vestido con esa chaqueta en un día tan caluroso.

En ningún momento creí que fuera un fantasma, pero, desde el momento en que conocí a Devlin, las normas habían cambiado. Aquel desconocido no tenía aura, de modo que no era humano. Parecía una estatua, así que concluí que se trataba de un espectro.

Mientras bajaba con indecisión los escalones del mausoleo, la criatura hizo algo que no era propio de un humano ni de un fantasma. Se dejó caer sobre el suelo y se escurrió por debajo de la verja apoyándose sobre las manos y los pies, como una araña cuando se escapa hacia un matorral.

No daba crédito a lo que acababa de presenciar. De inmediato se me puso la piel de gallina. Qué raro, y desesperante, que aquella visión imitara mis pensamientos sobre serpientes y arañas. Me puse a temblar. Seguro que era pura coincidencia. Volví a pensar en el fantasma que había visto sobre el muelle la noche anterior. No podía sacarme de la cabeza el comportamiento tan grotesco que había mostrado aquella aparición. Me dejó con una sensación horrible, como si me hubiera transmitido un mensaje. El único problema era que no sabía interpretarlo.

No me deshice de la premonición hasta que acabé mi ronda de reconocimiento. Durante todo el tiempo, no bajé la guardia. No solté el bote de gas lacrimógeno, por si acaso. Me había acostumbrado a ser más precavida cuando tenía que trabajar en cementerios aislados, pero ahora debía tener más cuidado que nunca. Meses antes me había topado con un asesino. Eso me había convertido en una persona más cautelosa y recelosa. Y ahora la aparición de ese tipo tan extraño. Cada vez que pensaba en él, me ponía a temblar.

Dado que trabajaba bien por la tarde, utilicé banderitas de colores para trazar un mapa de las distintas tumbas que me ayudaría a mantener un registro una vez que empezara a hacer las fotografías. Tras varias horas, un hambre voraz me hizo regresar al coche. Tras un bocado rápido, decidí ir hacia el pueblo para

hacer unas investigaciones en la biblioteca. Además, creí que sería un buen momento para presentarme en la comisaría. No solo por mi propia seguridad, sino porque era un mero acto de cortesía. En pueblos tan pequeños como Asher Falls, la gente tiende a desconfiar de los forasteros, sobre todo si los ven merodeando por un cementerio. Con el paso de los años he aprendido que ese tipo de sospechas pueden evitarse si se entabla una relación cordial con el cuerpo de policía.

Mientras conducía por la carretera, volví a ver al tipo de cabello gris. Estaba caminando por la cuneta arrastrando una carretilla de juguete oxidada tras él. El abrigo que llevaba era tan largo que rozaba el suelo. Se quedó mirándome fijamente cuando pasé por su lado. Aunque no me atreví a mirarlo, me dio la impresión de que mostraba unos ojos pálidos, unos pómulos prominentes y la nariz de un halcón. Tenía la ventanilla bajada. De repente, distinguí un olor a carne podrida, justo antes de ver el cadáver de un animal en la carretilla que transportaba. No pude ver lo que era, pero tenía el tamaño de una zarigüeya o de un mapache.

Enseguida subí la ventanilla, y sin querer dejé una mosca atrapada en el coche. Aquel bicho no paró de fastidiarme durante el resto del viaje.



En cuanto entré en el pueblo, volví a fijarme en las calles vacías. Había varios coches aparcados alrededor de la plaza, pero no vi a ningún transeúnte de camino a la biblioteca. Entré. El silencio me embriagó. No era la clásica quietud de una biblioteca, sino el silencio profundo que emana de un lugar abandonado. Y eso era absurdo, porque había conocido a Sidra y a Luna precisamente ahí el día anterior. Deduje que Sidra estaría en clase y asumí que Luna estaría en el despacho contigo. Me convencí de que su ausencia no estaba relacionada con nada siniestro, pero al oír el crujido de las tablas del suelo no pude evitar sentir cierta angustia.

No tenía la menor idea de dónde buscar los registros del cementerio, pero, aun así, decidí explorar un poco. Las pegatinas de colores que marcaban cada estantería me guiaron a través de volúmenes de ficción, no ficción y biografías hasta los pasillos que contenían libros de religión e historia, donde me detuve a buscar títulos locales. Junto a las copias de *La guía turística de Carolina del Sur* y *Flores silvestres de las montañas Blue Ridge* se apilaban ejemplares más esotéricos: *Magia de montaña*, *Folclore de los Apalaches* y *La rama dorada* de Frazer, que había leído en una de mis clases de antropología para subir nota. Lo cogí del estante para echar una ojeada a la introducción y oí a alguien reírse. Era una risotada gutural femenina que de inmediato me puso la piel de gallina.

Me di la vuelta. Nada. Rodeé la estantería y me asomé por el siguiente

pasillo. Nadie.

Y entonces levanté la mirada. El gato atigrado que había visto en el despacho de Luna me observaba desde lo más alto de un armario.

Retomé la lectura. Entonces, oí la voz de un hombre, burlona y furtiva. La biblioteca estaba despejada, pero no era la única que estaba allí. Avancé por el pasadizo mirando entre las pilas de libros. Cuando llegué al fondo, pude oír las voces alto y claro. Y entonces advertí una rejilla que cubría un antiguo conducto de ventilación. Había alguien en otra habitación del edificio. Aquella tubería arrastraba sus voces hasta mí. Si hubiera estado en otra parte de la biblioteca seguramente no los habría oído.

Dudé si decir algo. ¿Debía aclararme la garganta para alertarlos de mi presencia?

No sabía cuál sería el protocolo más apropiado. Y de forma súbita, los susurros se convirtieron en gemidos. Roncos, sexuales y muy agresivos.

Retrocedí varios pasos para alejarme del conducto de ventilación, pero el sonido parecía perseguirme. Dejé *La rama dorada* en el estante y, sin querer, desplacé otro volumen que, para mi consternación, se desplomó sobre el suelo provocando un estruendo similar al de un disparo.

—¿Qué ha sido eso?—espetó la voz masculina, y me sobresalté—. Me habías asegurado que nadie venía aquí a estas horas.

—Y es verdad —respondió la mujer—. Lo más probable es que sea un pájaro que se ha colado por una ventana.

—Oh, y eso es lo más normal cuando andas por aquí.

—Ocurren muchas cosas cuando ando por aquí.

—Sí —dijo él—, y la mayoría no son buenas.

Estaba bastante segura de que la mujer era Luna, pero no esperé a escuchar su respuesta. Procurando no hacer más ruido, salí del edificio y cerré la puerta. La voz masculina me resultó algo familiar, y ese detalle me inquietaba. Miré a un lado y otro de la calle en busca del destello de un capó metálico. Quizás el deportivo de Thane Asher estuviera aparcado cerca de la biblioteca, pero no logré localizarlo. Pero qué más daba. De todas formas, si mantenía una relación con Luna Kemper, no era asunto mío.

Salí corriendo de allí, pero el eco de aquellos gemidos salvajes me pisaba los talones.

La comisaría estaba a varias manzanas, ubicada en un gigantesco edificio antiguo que, en época de más prosperidad, había alojado el palacio de justicia del condado. A pesar de la decadencia que transmitía, los diseños esculpidos y las solemnes columnas hacían que aquella construcción conservara su vieja dignidad, su espectacularidad. A medida que me fui acercando, no pude evitar

fijarme en la escena que representaba el arquitrabe: un águila con una rama de palmito entre las garras. Se trataba de un símbolo que se popularizó durante la reconstrucción y que solía aparecer en numerosos edificios públicos de todo el estado.

Entré y seguí los carteles que colgaban de un pasillo infinito y pasé por varios portones de madera donde se leía COMISARÍA DE POLICÍA. La recepción estaba desatendida, y tampoco vi a nadie pululando por el vestíbulo embaldosado. No quería que se volviera a repetir la situación de la biblioteca, así que llamé:

—¿Hola?

De inmediato, de una de las salas traseras, apareció un tipo. Estaba a contraluz, así que tan solo pude distinguir la silueta de un hombre de compleción media.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, hola. Tan solo venía a presentarme. Soy Amelia Gray. Voy a estar trabajando en el cementerio de Thorngate durante las próximas semanas, así que he creído conveniente informarles de antemano por si reciben alguna llamada o queja al respecto.

—¿Y qué va a hacer en el cementerio? —preguntó el agente. La voz de aquel desconocido me enervaba. El tono era agradable, pero detecté cierta nota de molestia.

—Lo restauraré —dije.

—¿Restaurarlo? Supongo que eso se traduce en quitar las malas hierbas, ¿no?

—Más o menos...

Por fin salió de la penumbra para acercarse al mostrador y le pude ver con claridad. Supuse que debía de rondar los cuarenta y pico. Tenía el pelo oscuro y unas entradas pronunciadas. Tras unas pestañas espesas y oscuras, me observaban unos ojos hundidos y azules. Estaba segura de que, años atrás, aquella mirada había sido el rasgo más atractivo de un rostro hermoso. Una mirada que las cicatrices habían desdibujado; cinco señales dentadas que nacían en el párpado derecho y se extendían hasta el cuero cabelludo, recorriéndole toda la mejilla. Al principio creí que eran marcas de zarpas. Algo había estado a punto de arrancarle la cara a tiras. Dios mío.

Teniendo en cuenta la premisa de que un atractivo exagerado siempre ponía las cosas más fáciles, me puse a pensar en cómo habría sido la vida de aquel tipo antes y después del ataque. Dado que presumía de una belleza natural, intuí que no habría sido un camino fácil. Este cúmulo de hipótesis me pasó por la mente como un rayo. Tras años de práctica, había aprendido muy bien a ocultar mis sentimientos, así que el agente no se percató de mi perplejidad.

—¿Quién la ha autorizado? —interrogó.

—Luna Kemper se puso en contacto conmigo.

—¿Luna está detrás de esto? Cómo no.

El desdén de su voz me pilló por sorpresa.

—¿Perdón?

—¿Cómo se está financiando ese proyecto? —exigió saber.

Sentí que aquello no era asunto de su incumbencia.

—Lo siento. Veo que este proyecto le preocupa. Si surgiera algún problema, agente... —Eché un vistazo a la placa de identificación que llevaba en el bolsillo de su uniforme: Wayne Van Zandt.

—Comisario —dijo con frialdad.

—Se lo aseguro, todos los permisos están en orden, comisario Van Zandt.

Entonces hizo un gesto despectivo que fue grácil y amenazador al mismo tiempo.

—No son los permisos lo que me preocupa, sino cómo va a reaccionar la gente. Ese cementerio todavía despierta sentimientos muy fuertes.

—Eso he oído, y justamente por esa razón he venido a verle. No quiero causar ningún problema, ni a usted ni a la comunidad. Tan solo deseo realizar mi trabajo en paz.

Apretó los labios.

—Saber quién está detrás de todo esto me ayudaría mucho a mantener la paz. Reflexioné unos instantes y después asentí.

Quizá tuviera parte de razón.

—La sociedad histórica local es quien financia el proyecto.

—¿Sociedad histórica?

—Las Hijas de Nuestros Valientes Héroes.

Me fulminó con la mirada.

—¿De veras cree que Las Hijas es una sociedad histórica?

—¿Acaso no lo es?

Soltó una carcajada.

No entendí la broma. Era obvio que el comisario Van Zandt estaba resentido por algo, pero sentía cierta empatía hacia él, así que decidí ser tolerante.

—No le robaré más tiempo. Si alguien le llama para hacerle preguntas, ya sabe dónde encontrarme. Oh, y una última cosa —dije, y retrocedí varios pasos —: Esta mañana he visto a un hombre en el cementerio que se comportaba de un modo muy extraño.

—¿A qué se refiere?

—Cuando me vio, se deslizó por debajo de la verja y se escabulló hacia los matorrales.

Alzó una ceja.

—¿Se deslizó?

—Se deslizó, se escurrió, como quiera llamarlo. Más tarde le vi arrastrando un animal muerto en un camión de juguete.

Se encogió de hombros.

—Suenan un tanto peculiar, pero estas montañas están llenas de tipos raros. Lo único que quieren es que se les deje en paz. Muchos de ellos se pasan meses enclaustrados en casa, sin hablar con nadie, así que, el día que deciden salir a la calle, no saben cómo actuar.

—Entonces, ¿cree que es un ermitaño?

—Lo que creo es que un bicho raro que arrastra un camión de juguete debería de ser la última de sus preocupaciones en estas montañas —respondió. Esta vez, su voz destilaba algo similar a una advertencia. ¿O era una amenaza?

—¿Qué quiere decir con eso?

—En los bosques de esta isla habitan todo tipo de animales salvajes...

De repente, se quedó callado. En ese silencio deliberado, se palpó una de las cicatrices.

—¿Qué tipo de animales salvajes?

—Pumas, coyotes... —Un segundo titubeo—. De hecho, este año también se han visto varios osos negros.

No pude contenerme y estudié todas las cicatrices que le marcaban el rostro.

—Pero los osos negros no suelen atacar a los humanos, ¿verdad?

—Los animales son impredecibles. Si le preguntara a cualquier experto, le diría que, en esta parte del país, los lobos se extinguieron hace décadas, pero, en realidad, siguen aquí. Yo mismo los he visto.

Recordé el espeluznante aullido que había oído la noche anterior.

—Hablando de vida salvaje —dije—, me hospedé en la casa de Floyd Covey. Anoche había un perro abandonado merodeando por ahí. Tenía señales de maltrato y tortura. Luna me comentó que era un perro de pelea.

—Así que le dijo eso, ¿eh? —murmuró mientras se tocaba otra cicatriz—. Le aconsejo que se olvide de lo que Luna le dijo. Y, dicho sea de paso, que también se olvide de ese chuchó.

—Pero no puedo ignorar el asunto de las peleas de perros —repliqué indignada—. Asumí que si ese espectáculo bochornoso y atroz ocurría en su jurisdicción, querría saberlo.

Pero el comisario se mostró indiferente.

—Preguntaré por ahí, a ver qué me dicen de las perreras. Es todo lo que puedo hacer. La gente de aquí es muy reservada y discreta con este tipo de asuntos, aunque no les afecte de forma directa. No quieren meterse en líos. Cualquier interrogatorio les incomoda, sobre todo si es un desconocido quien hace las preguntas.

Eso sí que fue una advertencia.

—Lo tendré presente —dije con frialdad.

—Mientras tanto... —añadió mirándome de arriba abajo—, ¿quiere que me pase por su casa y me ocupe de ese problema?

—¿Qué problema?

—El perro de pelea.

—Cuando dice ocuparse, ¿se refiere a sacrificarlo?—pregunté horrorizada.

De repente me fijé en un tic en el rabillo del ojo.

—Considérelo un acto de bondad.

Me moría de ganas de decirle que *Angus* no necesitaba su espléndido acto de bondad. Me habría encantado preguntarle cómo se sentiría él si alguien le hubiera hecho lo mismo que a ese miserable perro.

Sin embargo, mantuve la boca cerrada, pues no me fiaba de Wayne Van Zandt. No me inspiraba ni una pizca de confianza. Era una corazonada, instinto. Como cuando a un animal se le eriza el pelaje del pescuezo cuando presiente peligro.

—Gracias, pero no será necesario —dije—. Estoy segura de que a estas horas ese perro ya estará muerto.

Capítulo 7

De camino a casa, paré en un pequeño mercado que había visto antes para comprar algo de fruta y verdura para mí, y una bolsa de pienso para *Angus*. No había mucho donde elegir, pero bastaría hasta que pudiera encontrar un hueco en mi apretada jornada laboral para cruzar el lago en ferri y llenar la nevera.

Cuando salí de la tienda, vi a Sidra y a otra chica apoyadas en mi coche. A pesar de llevar el mismo uniforme de falda escocesa y americana azul marino, no se parecían en nada. La compañera de Sidra era altísima, con el pelo oscuro y liso. Me observaba con una curiosidad taciturna a través del flequillo, que le rozaba las pestañas. Asentí y les di los buenos días mientras dejaba las bolsas en el maletero. Con un pie sobre el guardabarros, la extraña adolescente se encendió un cigarrillo. Fue entonces cuando reparé en el perfilador corrido que le manchaba los ojos y en el rosa pálido de sus labios. Dos rasgos que se veían dramáticos sobre su tez bronceada. Aunque lucía aquel uniforme tan remilgado y puritano, desde un principio pensé que era fría, calculadora, provocadora y aburrida, el tipo de chica que me habría aterrorizado en mi época de instituto si no hubiera estado tan obsesionada con los fantasmas.

—¿Puedes llevarnos? —preguntó arrastrando las palabras. Luego dio una profunda calada al cigarrillo y expulsó la nube de humo con suma lentitud, dejando que los zarcillos se enroscaran entre sus pestañas.

—Claro. Pero tendrás que tirar eso.

La chica lanzó el cigarrillo con un capirotozo deliberado. Miré de reojo a Sidra y me dio la sensación de que procuraba escapar de su dominante compañera. No parecía intimidada ni acobardada, pero su comportamiento dejaba entrever cierta ansiedad, como si deseara desvincularse de una situación ajena a ella pero no supiera cómo hacerlo.

—¿Dónde queréis ir? —pregunté.

—Puedes dejarnos en casa de Sid.

—Ya te lo he dicho..., no le coge de camino —le dijo Sidra.

—No me importa, de veras. —No tenía que fichar en el trabajo, y nadie me esperaba en casa. Además, la compañía de dos adolescentes era justo lo que necesitaba para quitarme el mal sabor de boca que me había dejado mi visita a comisaría—. Subid.

—*Merci beaucoup.*

La chica me dedicó una sonrisa melosa, abrió la puerta del copiloto y se acomodó. A regañadientes, Sidra se subió detrás. Al ponerme al volante, ajusté el espejo retrovisor con la esperanza de poder asegurarle otra vez que no me importaba llevarlas a su casa. Pero se giró hacia la ventana y se quedó inmóvil. Eso me llevó a pensar si Sidra podía ver algo ahí fuera que me estuviera pasando desapercibido.

Encendí el motor.

—Necesito indicaciones.

—Primero ve hacia el norte y, en el primer cruce, gira a la derecha. Después sigue recto hasta que te diga que pares —ordenó la muchacha de oscura cabellera—. Por cierto, soy Ivy.

—Amelia.

—Ya sé quién eres —espetó. Después se giró y me repasó con los ojos entrecerrados—. Sid dice que trabajas en cementerios, o algo así.

—Soy restauradora de cementerios.

—Suenan... interesante.

Sonreí con educación.

—Para mí lo es.

—¿No te dan miedo?

—A veces, pero reconozco que siempre me han parecido lugares muy tranquilos. Algunos de los cementerios más antiguos están contruidos sobre campo sagrado. —Eché un fugaz vistazo al retrovisor para ver la reacción de Sidra, pero su mirada seguía clavada en la ventanilla.

—No es el caso de Thorngate —dijo Ivy—. Quiero decir que no está contruido sobre campo sagrado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se levantó sobre suelo Asher, y todo lo que toca esa familia está maldito.

—Ivy.

El tono amenazador de Sidra me sorprendió, pero su amiga se limitó a encogerse de hombros. La miré con cierta inquietud.

—¿A qué te refieres con maldito?

Sacó la mano por la ventanilla y señaló el paisaje.

—Mira a tu alrededor. ¿Ves todas esas casas abandonadas? ¿Los tablones de las ventanas? ¿Los tejados derrumbados? ¿Huelen esa peste? Es el olor de los condenados —dijo con una despreocupación calculada. Después se desabrochó una bota para comprobar lo que, a simple vista, parecía un tatuaje reciente en el tobillo. Al darse cuenta de que me había fijado en el dibujo, lo cual presentía que había sido su intención desde el primer momento, su sonrisa se tornó petulante—. No tienes ni idea de lo que es, ¿verdad?

—No puedo verlo desde aquí.

—Es uno de los símbolos labrados en el acantilado, junto a las cascadas. Nadie sabe de dónde provienen ni qué significan, pero este en particular me pareció que sería un tatuaje genial, ¿no crees?

No me dio la oportunidad de responder.

—Tuve que escaparme hasta Greenville para poder hacérmelo. Mi madre se pondría histórica si se enterara. Y eso, por cierto, sería muy hipócrita por su parte, porque ella también tiene uno. Según ella, soy demasiado joven. Pues, ¿sabes qué?, ella es demasiado vieja.

Admiró el tatuaje unos segundos más y volvió a subirse la cremallera de la bota. Miré por el espejo retrovisor. Me sobresalté al ver que Sidra me observaba con detenimiento. ¿Qué estaría pensando? ¿Y por qué había tratado de impedir que Ivy hablara sobre los Asher?

Ivy descansó la espalda sobre el respaldo.

—En mi opinión, esa idea del suelo sagrado es una rotunda estupidez.

Tardé unos instantes en redirigir mi tren de pensamientos.

—¿Por qué?

—¿Cómo es posible que un lugar se convierta en sagrado solo porque hubo gente que falleció allí o porque un sacerdote roció unas gotas de agua bendita? Si de veras te gustan los sitios espirituales, deberías darte una vuelta por las cascadas.

—He oído que el paisaje es precioso allí arriba.

—Es más que precioso. Hay quien asegura que es un lugar angosto.

Me giré, asombrada.

—¿Un lugar angosto?

—No me digas que tampoco sabes eso.

Por lo visto, Ivy disfrutaba de su superioridad, así que decidí seguirle el juego.

—¿Qué tal si me lo explicas?

Bajó el tono de voz.

—Es el punto de unión entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Es donde..., bueno, da lo mismo. La gente solía subir hasta allí para vislumbrar el Paraíso. Ahora, en cambio, no se atreven a acercarse porque les asusta que...

Ivy se quedó callada de repente. Se giró para mirar a Sidra, que seguía inmóvil en el asiento trasero. La observé por el retrovisor y vi que negaba con la cabeza.

—¿Qué les asusta? —insistí.

—Nada. Y hablando de demonios —murmuró mientras se incorporaba en su asiento.

Justo en la curva estaba aparcado el deportivo de Thane Asher. Estaba agachado frente a la rueda trasera, tratando de cambiar un neumático pinchado. De forma inconsciente, recordé el episodio de la biblioteca. Todavía oía esos

gemidos salvajes de fondo.

—Deberíamos parar —propuso Ivy.

—Creía que habías dicho que la familia Asher estaba maldita.

Me fulminó con la mirada. Después, bajó la ventanilla y lo llamó por el nombre. Cuando Asher se giró, no pude hacer otra cosa que frenar y aparcar el coche junto a su deportivo.

Se levantó, caminó hacia el auto y se inclinó para mirarnos por la ventanilla. Llevaba una camisa verde oscuro que resaltaba su mirada y una chaqueta de cuero marrón que, con los años, se había agrietado y se veía desgastada. El deportivo también mostraba las huellas del paso del tiempo, un detalle del que no me había percatado en el ferri. Recorrí la pintura metalizada y distinguí una abolladura y alguna que otra mancha de óxido.

—Hola —saludó.

—Hola —respondí con una sonrisa evasiva.

Ivy le miraba boquiabierto. Sospeché que estaba coladita por él. Eso explicaría por qué se había olvidado con tal facilidad de la maldición de esa familia. A decir verdad, la comprendía a la perfección. ¿Acaso no había actuado y o igual con Devlin? ¿No había dejado de lado toda cautela movida por la pasión? Y Thane Asher estaba tremendamente atractivo con aquella chaqueta de cuero. No era el encanto oscuro de Devlin, pero había algo en él que me llamaba la atención. Además, no tenía fantasmas merodeando a su alrededor. Eso era un punto a su favor, desde luego. Pero entonces me acordé de que no podría saber si era un hombre acechado hasta después del atardecer.

—¿Algún problema con el coche? —preguntó Ivy.

—Un pinchazo. Supongo que he pisado un clavo.

—¿Necesitas que te llevemos a algún sitio?

—Gracias, pero cambiaré la rueda en un periquete.

Ivy se atusó el pelo y le atravesó con la mirada.

—¿Estás seguro de que no quieres que te ayudemos con las tuercas de la rueda? Cuesta muchísimo desatornillarlas.

Increiblemente, con solo dos frases consiguió insinuarse sexualmente a Asher, pero lo cierto es que lo logró.

Thane parecía desconcertado... y receloso. Miró el reloj.

—Por cierto, chicas, ¿no deberíais estar en clase? —preguntó. Me dio la impresión de que aquella pregunta era un intento consciente de poner a Ivy en el sitio que le correspondía. Un esfuerzo valiente, sin duda, pero inútil, puesto que la muchacha continuó coqueteando con él, esta vez jugueteando con un mechón de cabello.

—Hoy hemos acabado pronto —respondió—. Teníamos cosas mejores que hacer, ¿verdad, Sid?

Las dos adolescentes intercambiaron miradas. Ivy sonrió.

Thane me observaba con aquellos ojos en cuyo interior ardía la llama de algo oscuro. No sabía qué pensar de aquella mirada. No me fiaba de Asher, del mismo modo que él no se fiaba de Ivy, pero por razones bien diferentes.

—¿Usted también ha participado en estas travesuras?

—En absoluto. Yo tan solo las llevo a casa.

—Esperemos que el tipo que se encarga de los alumnos que hacen novillos crea su versión —dijo con tono de mal agüero, pero en broma—. ¿Cómo va la restauración del cementerio?

—Apenas he empezado. Tan solo llevo un día aquí.

—Quizá me pase un día a verla. Hace años que no voy por allí.

De inmediato, a Ivy se le borró la sonrisa de la cara y me atravesó con la mirada. No era la clase de chica que se siente cómoda compartiendo la atención, y mucho menos cediéndosela a alguien como yo.

—¿Qué tiene de fascinante un puñado de viejas lápidas? —preguntó poniendo los ojos en blanco.

—Es historia —respondió Thane—. ¿Cómo puedes saber quién eres si desconoces de dónde provienes?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa. La idea reflejaba a la perfección las dudas e incertidumbres que tenía sobre mi proceso de adopción, algo sobre lo que había estado meditando justo la noche anterior. De repente, me sentí incómoda, así que coloqué una mano sobre el cambio de marchas.

—No le robaremos más tiempo.

Asintió.

—Vayan con cuidado, señoritas.

Se apartó de la curva y, cuando arranqué el coche, resistí la tentación de mirarle, aunque presentía que nos vigilaba. Habría puesto la mano en el fuego. Ivy se retorció en el asiento.

—¿Cómo has conocido a Thane Asher?

—No lo conozco mucho, la verdad. Coincidimos ayer en el ferri.

—¿Y por qué no lo has mencionado antes?

Alcé los hombros.

—No venía al caso.

La jovencita se cruzó de brazos, enfadada.

—Yo, en tu lugar, no me haría muchas ilusiones. Thane jamás escogería a alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Una forastera —contestó con desdén.

—Qué suerte la mía, entonces, porque no he venido aquí a hacer amigos. Tan solo quiero hacer mi trabajo y volver a casa.

—Pues eso es lo que deberías hacer. Irte a casa.

La conversación había tomado un rumbo que no me gustaba en absoluto. No

veía el momento de dejarlas en casa de Sidra y volver al bosque. Aunque en ese instante lo que más me apetecía era seguir el consejo de Ivy y regresar a Charleston.

Había algo en ese pueblo que no cuadraba. Lo noté mientras navegaba por el lago Bell. Las sombras parecían más oscuras; las noches, más largas; los secretos, más ancestrales. Incluso el viento se sentía diferente allí. Sin olvidar el tipo repugnante del cementerio que había parodiado mis peores miedos, o el fantasma que, de forma inexplicable, me había transmitido su confusión.

Según Ivy, Asher Falls estaba situado cerca de un lugar angosto. ¿Eso explicaría la extraña naturaleza del pueblo y de sus habitantes? Quizás había una actividad paranormal en la zona. Tendría que preguntárselo al doctor Shaw en mi próxima visita a Charleston. Dirigía el Instituto de Estudios Parapsicológicos de Charleston, y siempre tenía respuestas lógicas a todas mis preguntas, aunque no siempre eran las que yo quería escuchar.

Con sumo esfuerzo, desvié mi atención a la carretera. Pasamos junto a un edificio de cemento gris rodeado de campos de viñedos. Vimos a un grupo de chicas que estaban dando un paseo por allí. Advertí que todas llevaban el mismo uniforme que Ivy y Sidra.

—¿Es el instituto? —pregunté.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Ivy escurriéndose en el asiento—. Date prisa, acelera antes de que alguien nos vea. Se supone que estamos enfermas.

—¿Las dos?

—Hay una epidemia. Llevan todo el día enviando a alumnos a casa. Nos hemos marchado después del almuerzo.

—¿Habéis fingido estar enfermas?

—Es bastante fácil aparentar una enfermedad cuando la enfermera de la escuela es medio ciega —presumió entre risas.

—¿Y dónde habéis ido?

—Hemos estado dando vueltas por ahí. Eso sí, como la madre de Sid se entere de que no nos hemos ido a casa directas, estamos muertas.

—Seguramente ya esté al corriente —intervino Sidra—. Todavía no entiendo que me convencieras para que nos saltáramos las clases para subir hasta allí...

—Chis —la amonestó Ivy, que enseguida le lanzó una mirada amenazadora—. Tranquilízate. Ni que te fueran a expulsar.

—Ojalá lo hicieran —farfulló Sidra.

—¿Y por qué solo expulsarían a una de las dos? —quise saber.

—La madre de Sid es la directora de Pathway —aclaró Ivy—. Es una verdadera bruja, ya sabes. Está deseando librarse de mí. Según ella, soy una mala influencia para su hija.

—¿Y aun así has hecho novillos? Qué valiente —dije, y eché un vistazo al espejo retrovisor para estudiar la reacción de Sidra después de una crítica tan

dura hacia su madre. Parecía agitada, pero intuía que las palabras de Ivy no tenían nada que ver.

—No fue valiente, sino estúpido —puntualizó.

Ivy se encogió de hombros.

—Nadie te ha obligado. Además, me da igual que me expulsen. Llamaré a mi padre y punto. Es un hombre muy importante aquí. De hecho, es uno de los abogados más poderosos del estado —dijo. Sabía que eso último iba por mí.

—¿Pathway es un instituto privado? —pregunté.

—Privado y *très exclusif* —recalcó Ivy—. Los que no pueden pagarse la matrícula no tienen más remedio que coger el ferri para cruzar el lago y después montarse en un autobús hasta Woodberry.

Así que Asher Falls no podía permitirse una escuela pública, ni una clínica veterinaria, ni un triste supermercado, pero sí podía costearse una escuela privada para los más privilegiados. Aquel lugar cada vez me resultaba más peculiar.

Seguí conduciendo en silencio, hasta que Sidra, desde el asiento trasero, dijo:

—Mi casa es la de la esquina. La blanca.

Aparqué en la curva, contenta de haber llegado por fin. Las chicas se apearon del coche y bajé la ventanilla para contemplar la vivienda. Era una casa de tres plantas, de estilo victoriano y con un porche enorme. El jardín se veía cuidado, vigoroso y todavía verde, pero el avellano de bruja había empezado a dorarse, así que las ardillas rebuscaban frutos en un árbol que crecía en un rincón del porche, una especie típica de Carolina del Sur con campanitas blancas. Estaba estudiando el curioso tejadito frontal cuando vi a una mujer rubia tras un cristal del segundo piso. Un segundo después, se apartó y la cortina de lazo volvió a su lugar.

Oh, oh. Por lo visto, las habían pillado.

Tras articular la palabra gracias, Ivy se encaminó hacia la entrada sin mirar atrás, pero, para mi sorpresa, Sidra se acercó a la ventanilla. Su mirada era de un azul cristalino; bajo el sol de media tarde, su tez alabastro parecía casi translúcida. No llevaba maquillaje, aunque tampoco lo necesitaba. Cualquier cosmético tan solo menguaría los rasgos etéreos que la hacían tan llamativa.

—¿Te has olvidado algo? —pregunté.

—No..., quiero decirte algo.

Me miró a los ojos y de inmediato sentí un cosquilleo en la espalda.

—¿Qué ocurre?

—¿Te has fijado en la torre del reloj que ocupa la plaza?

—Sí, es muy bonita.

—Está construida sobre campo sagrado. Por lo visto, allí se libró una batalla.

En fin, pensé que deberías saberlo.

Y, de repente, se dio media vuelta y se escabulló.

—¡Espera! ¿Cómo sabes que ese campo es sagrado?

Se detuvo en la acera y me miró por encima del hombro. Tenía una expresión enigmática. Jamás sabré qué iba a decirme, porque en ese preciso instante la mujer que había entrevisto en la ventana salió al porche y la llamó.

Sidra se quedó petrificada.

—¿Es tu madre?

—Ha llegado pronto a casa. Sabe que no hemos venido directas de la escuela.

—¿Te has metido en un buen lío?

—No lo sé. Será mejor que entre en casa.

La chica estaba aterrorizada, y la verdad es que no me extrañó. Cuando la mujer me miró, sentí que un horrible escalofrío me recorría todo el cuerpo.

Capítulo 8

¿Sidra podía ver fantasmas? ¿Qué otro motivo la habría empujado a decirme que la torre del reloj se alzaba sobre campo sagrado? ¿Por qué había esperado a que Ivy se bajara del coche para revelarme esa información? Si veía espectros, una habilidad que exigía buscar campo sagrado como único escudo de protección, era de sentido común pensar que no querría que nadie se enterara, en particular su madre. Eso podía comprenderlo. Aunque lo más sensato habría sido alegrarme de que la joven hubiera compartido ese detalle conmigo, me sentía incómoda y más desorientada que nunca.

Serpenteando entre las calles del pueblo, me asaltó una extraña sensación de familiaridad, de destino. Quizás estuviera allí por un motivo. Pero mi conjetura no se sostenía por ningún lado. Nunca antes había estado en Asher Falls, ni tampoco había conocido a nadie de allí. Era un lugar solitario y aislado por un lago. ¿Acaso era de extrañar que la gente que vivía allí fuera tan peculiar?

Tomé la carretera. A lo lejos se veían las montañas. Aunque el cielo estaba despejado, sobre la cima se había formado una nube de tormenta que, poco a poco, se fue deslizado sobre los árboles. Un segundo más tarde reparé en que no era un nubarrón, sino una bandada de pájaros que volaba hacia el sur para guarecerse del invierno.

La brisa que se colaba por la ventanilla se sentía fresca. Pese a que los últimos días habían sido calurosos, el otoño estaba a la vuelta de la esquina, y tenía la soledad que siempre acarrea el invierno. Preferí no pensar en el futuro. ¿Para qué? Todavía faltaban varias horas hasta el crepúsculo, la carretera estaba vacía y solo tenía que disfrutar del paisaje.

Volví a pensar en Sidra e Ivy. Qué extraña pareja de amigas. Sidra, con el cabello dorado rapado y su porte esquelético; e Ivy, con aquellos rasgos marcados y su exagerado hastío. Ahora me arrepentía de no haberles sonsacado más información acerca de las cataratas. Deseaba averiguar por qué ese lugar asustaba a todo el mundo, sobre todo después de que Luna me recomendara visitarlo. ¿Habrían estado hoy allí?

Sabía muy bien en qué consistían los lugares angostos, por supuesto: paisajes intermedios donde el velo que separaba ambos mundos era muy muy delgado. Los celtas consideraban que por esos lugares no solo se deslizaban fantasmas,

sino también demonios. En la noche del Samhain, se disfrazaban con máscaras aterradoras para aplacar las fuerzas del caos. Estaba rememorando esas viejas leyendas que mi padre solía contarme cuando me vino a la mente la imagen de Wayne Van Zandt. Me costaba creer que se hubiera provocado esas tremendas cicatrices para alejar a los espíritus malignos, pero...

De repente, algo se estrelló contra mi parabrisas. El estruendo me sacó de mi ensoñación. Solté un grito y, de forma instintiva, levanté una mano para protegerme la cara. Enseguida me di cuenta de qué era: un pájaro había chocado contra el cristal. Miré por el espejo retrovisor y advertí una manta de plumas en mitad de la carretera. A juzgar por el color, debía de ser un cuervo.

Aparqué en la cuneta y me acerqué con cierto recelo. El pobre animal no se movía, pero albergaba la esperanza de que tan solo estuviera aturdido. A veces se golpeaban con el cristal de una ventana y tras unos segundos de atontamiento volvían a alzar el vuelo. Pero supuse que el impacto de precipitarse sobre un vehículo en marcha sería mayor que toparse con una pared de vidrio.

No sangraba y no parecía tener el cuello roto. Sin saber qué hacer, recogí con sumo cuidado al animal y lo dejé sobre un lecho de tréboles que había junto a la cuneta. Me quedé allí sentada un buen rato, vigilando el pájaro inmóvil. Levanté la cabeza y me quedé boquiabierta. Con un sigilo propio de un felino, docenas de cuervos se habían posado sobre las ramas y el cableado eléctrico. Contuve la respiración y de inmediato pensé en aquella nube oscura que minutos antes había sobrevolado la ladera. Había muchos más. Decenas de cientos. No temía que pudieran atacarme, pero la idea de que se hubieran agolpado para espiarme me inquietaba.

Casi a cámara lenta, me levanté y me subí al coche. Arranqué el motor, subí las ventanillas y pisé el acelerador. Por suerte, los cuervos no me siguieron.

Faltaban pocos metros para el desvío. Me estaba dejando llevar por la imaginación. Tenía que centrarme. Me convencí de que los cuervos ya estaban allí cuando llegué con el coche. Sencillamente, no había reparado en ellos. Y, si era una chica inteligente, no daría demasiada importancia al antiguo mito que juraba que los pájaros no solo presagiaban muerte, sino también locura. No quería relacionar una bandada de cuervos con la sucesión de extraños acontecimientos que me habían pasado desde mi llegada a Asher Falls. Tampoco me obsesionaría con la extravagante conducta del tipo que se había presentado en el cementerio ni con la advertencia de Van Zandt sobre los animales que correteaban por el bosque. Ni me obnubilaba pensando por qué me habían contratado para ese proyecto o por qué Luna Kemper se había encargado de buscarme una casa ubicada en suelo sacro.

Y, sobre todo, no perdería ni un instante pensando en el encuentro fortuito con Thane Asher.

A última hora de la tarde, llamé por teléfono a mi madre. No le apetecía mucho hablar después de la sesión de quimioterapia. Desde que le diagnosticaron el cáncer la primavera anterior, pasaba la mayor parte del tiempo en Charleston, en casa de mi tía Lynrose, para estar más cerca del hospital. Al principio me dolió que no hubiera aceptado quedarse conmigo, pero ahora veía que había tomado la mejor decisión. Lynrose estaba jubilada y podía dedicarse por completo a la recuperación de su hermana. Y, a decir verdad, estaban más unidas de lo que jamás podríamos estarlo mi madre y yo. Aun así, la quería con todo mi corazón.

Charlé con mi tía unos minutos. Tras colgar el teléfono, *Angus* y yo salimos al porche trasero a cenar.

El pienso no era el mejor del mercado, pero le importó menos que a mí el plátano pasado de mi macedonia. Dejó el cuenco limpio como una patena. Luego nos sentamos sobre los escalones para admirar el atardecer. A pesar de las aventuras que me habían pasado desde que llegué al pueblo, gocé de aquel momento con profunda alegría.

En pocos días me había encariñado mucho con *Angus*, lo cual no era nada típico de mí. Era el compañero perfecto. Noble y fiel. Además, no tenía que esconderle mi secreto, porque sabía que veía fantasmas.

Articulé su nombre en voz baja para poner a prueba su oído. Se giró al oír mi voz y apoyó el hocico sobre mi rodilla. La forma en que me miraba me conmovía. Le rasqué tras las orejas y acomodé la mejilla sobre su cabeza. Su pelaje se sentía áspero y apelmazado. Desde luego, no era el perro con mejor olor del mundo. Pero quería ganarme su confianza antes de llegar al momento crítico del baño.

Permanecemos sobre los peldaños un buen rato. Contemplé maravillada el caleidoscopio de luces y colores que se reflejaba sobre el lago sin dejar de acariciarle la espalda. No esperé a que cayera la noche. Entré en casa, a salvo de los fantasmas. Escuché algo de música, leí el capítulo de un libro y me metí en la cama pronto. Me dormí enseguida. No me despertó el repique de las campanas ni el frío de una presencia fantasmal tras mi ventana, pero en mis sueños doblaban las campanas y me acechaban los espectros.

Capítulo 9

Al día siguiente me llevé a *Angus* al cementerio. Después de la conversación con Wayne Van Zandt, quería tenerle cerca, no perderle de vista durante mucho tiempo. Además, pensé que podría servir como sistema de alarma en caso de que apareciera algún desconocido.

Teniendo en cuenta el calvario por el que habría pasado, supuse que tardaría semanas, si no meses, en recuperarse del todo. Sin embargo, me quedé asombrada cuando bajó del coche aquella mañana y se puso a retozar por el cementerio. Mientras él perseguía ardillas, me puse manos a la obra. Empecé por la tarea más laboriosa, fotografiar cada tumba y lápida desde todos los ángulos para crear un registro anterior a la restauración para los archivos. Era un trabajo tedioso para una sola persona. La parte más nueva del cementerio fue relativamente rápida, pero, en cuanto me deslicé hacia la propiedad de los Asher, las sombras que dibujaban los árboles y matorrales me obstaculizaron, y mucho, la labor. Allí donde el líquen y el musgo tapaban las inscripciones, tenía que utilizar un espejo para reflejar la luz sobre la piedra. En principio, era un truco ideado para emplear entre dos, pero había aprendido a apañármelas sola.

Trabajé sin cesar durante toda la mañana. Sobre la una del mediodía hice una pausa para almorzar. Abrí el maletero del todoterreno y me senté sobre el parachoques a comerme una manzana. Le lancé unos trocitos a *Angus*, que los devoró con gran entusiasmo. Le di un poco de agua fresca y poco después encontró un rincón soleado donde se tumbó a descansar. Volví al trabajo. La tarde transcurrió sin incidentes. Estaba tan absorta en disparar instantáneas a todos aquellos rostros angélicos y desconocidos que perdí la noción del tiempo. El sol ya había empezado a esconderse tras las copas de los árboles cuando decidí recoger mis herramientas y guardarlas en el coche. Justo al salir del cementerio escuché el lejano ladrado de *Angus*. El sonido provenía del bosque.

Preocupada, arrojé la bolsa al maletero del todoterreno y corrí hacia la valla para llamarle. Al escuchar mi voz, los aullidos sonaron más frenéticos, más agitados, pero seguía sin verle.

El límite forestal yacía entre sombras. Habría preferido no adentrarme en la arboleda, pero no podía abandonar a *Angus* a su suerte. Algo le estaba impidiendo salir de allí. Quizás había visto una ardilla o una zarigüeya. Puede que a un puma

o a un oso...

—¡*Angus!* ¡Ven aquí!

De pronto, escuché un bramido. Pero no sabía si era *Angus* el que aullaba u otra cosa. A lo mejor había uno de esos lobos escurridizos merodeando por allí. Tenía los nervios a flor de piel. Palpé el teléfono móvil y el gas lacrimógeno en el bolsillo, pero me asustaba pensar que, en cuestión de segundos, podía verme obligada a utilizarlo contra alguien... o algo.

Seguí el sendero que atravesaba el bosque, pero tenía que desviarme continuamente porque tropezaba con ramas caídas. El hedor a hojas podridas y a tierra húmeda se mezclaba con el aroma silvestre de los árboles de hoja perenne. En cuanto empecé a descender por el otro lado de la montaña, los cedros y las cicutas fueron desapareciendo poco a poco. Tras varios metros, me vi avanzando por un túnel de brezales donde azaleas, adelfas y laureles de montaña crecían con tremenda densidad. Entre tantas plantas, era muy fácil desorientarse. Padre había confesado que una vez se había perdido en una maraña de matorrales. Lo había bautizado como el infierno de laurel. Quizás el laberinto de zarzas y maleza no ocupaba más de un kilómetro cuadrado, pero tardó casi todo el día en encontrar la salida. Y eso que era un hombre que se había criado entre montañas.

Mientras procuraba abrirme paso, las raquíticas azaleas se me enredaban entre el pelo y me agujereaban la ropa. La fronda colgaba tan baja que los rayos de sol apenas se filtraban entre las ramas. Aquel lugar era espeluznante. Oscuro y solitario. Me detuve para escuchar el silencio. Me invadió una sensación de desolación. No oía el canto de los pájaros ni crujidos entre los hierbajos; no se escuchaba nada, tan solo el sonido lejano de una cascada. Me pregunté si habría alguna cueva por ahí cerca, porque el aire rezumaba el hedor sulfúrico del salitre.

Para romper el silencio, volví a llamar a *Angus*. Me respondió con un ladrido, cosa que me tranquilizó. Después de arrastrarme por la cresta de la montaña, repleta de rocas puntiagudas, por fin le vi. Tenía la mirada clavada en un peñasco que se alzaba detrás de mí, así que me giré con la esperanza de toparme con un animal poco peligroso, como un mapache arrinconado. Aunque si se sienten amenazados, los mapaches pueden ser criaturas muy violentas. Escudriñé los alrededores y, al principio, no vi nada peculiar, tan solo el rastro púrpura de una dedalera que había conseguido sobrevivir en aquel entorno tan hostil. Entonces me fijé en el patrón que dibujaban varias decenas de piedras y caracolas marinas sobre un pequeño montículo. Caí en la cuenta de que estaba ante una sepultura, escondida y protegida por un saliente rocoso. No me explicaba cómo *Angus* había encontrado ese lugar. Dudaba de que la tumba fuera reciente. Aparte del olor a salitre, no detecté otro aroma.

Me acerqué varios pasos y enseguida reparé en que la tierra que rodeaba el sepulcro estaba removida. No era reciente, pero era evidente que la habían

rascado con bastante frecuencia para evitar que crecieran malas hierbas. De hecho, era una tradición funeraria que se había ido perdiendo con el paso del tiempo, aunque había visto otros sepulcros así en el Georgia Piedmont. Aquel mantenimiento tan meticuloso también me pareció curioso.

Con sumo cuidado, aparté las hojas secas y escombros y descubrí una lápida. La piedra estaba muy hundida en la tierra, lo que la hacía invisible, a menos que uno supiera dónde tenía que mirar. Saqué un cepillo de hebras suaves del bolsillo y limpié con esmero la gruesa capa de mugre para poder leer la inscripción. Pero no había un nombre ni una fecha de nacimiento o muerte. Lo único que se había tallado sobre la superficie de la lápida era el tallo espinoso de una rosa con dos flores, una en plena floración y la otra todavía cerrada, un símbolo que en ocasiones se utilizaba para el doble entierro de una madre y su hijo. Pero ¿por qué descansaban en un lugar tan solitario y apartado?

El hecho de que el sepulcro estuviera tan aislado, y teniendo en cuenta la orientación de la lápida, podría indicar que se trataba de un suicidio. Sin embargo, la tradición de enterrar en lugares remotos a los difuntos que habían decidido quitarse la vida había quedado obsoleta hacía años. A juzgar por las condiciones de la inscripción y por su estilo moderno, estaba segura de que no era una tumba tan antigua. Tendría veinte o treinta años a lo sumo, así que ni la Iglesia católica habría obedecido a esa vieja tradición. ¿Por qué escoger este lugar tan desolado cuando Thorngate estaba a tan solo unos metros?

Pasé un dedo por el tallo. Y se me encogió el corazón. De repente sentí una asfixia espantosa y empecé a jadear. Se me nubló la vista y traté de apoyarme en algo firme para mantener el equilibrio. Lo siguiente que recuerdo es el hocio húmedo de *Angus* olisqueándome. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Estaba tumbada sobre el suelo. No tenía la menor idea de lo que me había ocurrido, pero supuse que había sido un desmayo momentáneo. No estaba en absoluto desorientada. Sabía exactamente dónde estaba.

Pero el aire había cambiado. Ahora la brisa arrastraba algo frío, húmedo y ancestral de las montañas.

Una violenta ráfaga de aire agitó las hojas secas de la tumba. Habría jurado que oí el susurro de mi nombre entre los árboles. Se me erizó el vello de la nuca y se me aceleró el pulso. Me agaché y, consternada, miré a mi alrededor. Al despertarme después del desmayo no me había sentido en absoluto confundida, pero ahora no era capaz de localizar el caminito que había seguido para llegar allí. La frondosidad de los matorrales y arbustos me hacía sentir atrapada, vulnerable.

Entonces volví a llamar a *Angus*. En un abrir y cerrar de ojos apareció a mi lado.

—¡Corre! —ordené.

Salió disparado hacia los árboles, abriendo así un camino para mí. Estaba

débil y casi sin fuerzas, de modo que *Angus* podría haberme dejado rezagada; sin embargo, se mantuvo a mi lado en todo momento, parándose cada vez que tropezaba y gruñendo a lo que fuera que nos estaba espiando.

Mientras procurábamos zafarnos de los laureles y las azaleas, empecé a dudar de si lograríamos salir de aquel horripilante lugar. Era como nadar en un charco de barro. Cuando por fin dejamos atrás aquel túnel claustrofóbico, las piernas me temblaban y sentía que en cualquier momento me explotarían los pulmones. Pero la tranquilidad de la naturaleza duró bien poco. En el corazón del bosque, trastabillaba constantemente con raíces y ramas caídas. Los rayos de sol no podían colarse entre la espesura del follaje, así que el paisaje parecía estar en un ocaso prematuro.

Corrimos sin cesar. Al fin logramos salir de aquella arboleda, y suspiré aliviada. Pero el viento no nos concedió una tregua. De repente, se levantó una ráfaga de tierra y arenilla que a punto estuvo de dejarme ciega. Troté hacia el coche, con *Angus* siguiéndome el paso, busqué la llave en el bolsillo y pulsé el botón del mando a distancia. En cuanto abrí la puerta, *Angus* voló como un cohete hacia el asiento del copiloto. Subí al coche y cerré de un portazo. Con las manos temblorosas, arranqué el motor y apreté el acelerador a fondo, rociando las tumbas más cercanas a la verja de gravilla.

El azote del viento sacudía el todoterreno. Por un momento pensé que saldríamos volando, así que sujeté el volante con más firmeza. Escaparíamos de allí de una forma u otra. En cuanto tomé la carretera principal, el viento desapareció. La puesta de sol cubría con un manto dorado el paisaje, tan pastoril como siempre. Miré de reojo a *Angus*. Desde su asiento parecía estudiar la carretera.

—Eso no han sido imaginaciones mías, ¿verdad?

Soltó varios quejidos y se acomodó en el asiento. Le rasqué el lomo. Los dos seguíamos tiritando, y con razón. Algo nos había perseguido en aquella cima desnuda. Un mal amorfo al que no osaba poner un nombre. No había sido producto de mi imaginación. *Angus* también había notado su presencia. Y seguía tan perturbado como yo.

Mi instinto me empujaba a seguir conduciendo hasta alejarnos lo más posible de aquel lugar. Añoraba mi hogar. Me habría gustado estar en Charleston, en mi santuario particular, protegida de la entidad que había levantado esa ventisca de arena. Pero no podía permitirme marcharme de allí. Tenía trabajo que hacer. Presentía que me había desplazado hasta allí por un propósito que todavía no había descubierto. Pretendía quedarme en Asher Falls, pero para ello tendría que controlar el miedo. Después de todo, contaba con años de práctica, así que no me resultaría difícil. Desde muy pequeña había aprendido a mantener la compostura cada vez que veía un fantasma, pues no había otro modo de vivir con esa carga.

Acaricé el amuleto que llevaba alrededor del cuello. En aquella maraña de

matas, algo me había escudado. Quizá fuera la piedra del cementerio de Rosehill que usaba como colgante, o *Angus*, o mi propia fortaleza. No lo sabía. Pero estaba sana y salva, a excepción de algunos arañazos en los brazos, sin heridas graves.

A medida que nos aproximábamos al desvío para ir a la casa de Covey, me fui calmando. Fui recuperando mis pulsaciones. Cuanto más acortábamos la distancia que nos separaba del campo sagrado, mi santuario temporal, más fuerte me sentía.

—Ya ha pasado —susurré, más bien para mí que para *Angus*.

Capítulo 10

Cuando llegué a casa, Thane Asher me estaba esperando en el porche. Abrí la puerta del coche y *Angus* salió disparado como una bala antes de que pudiera sujetarle. Le llamé varias veces, pero fue inútil. Tras un ladrido de advertencia y un breve tanteo, rodeó a Thane y se sentó para que le acariciara la espalda.

Vaya perro guardián, pensé. Pero entonces recordé mi primera noche allí. *Angus*, en un acto de valentía y fidelidad, se había interpuesto entre el fantasma que se agazapaba tras los arbustos y yo. Además, hacía tan solo unos minutos, me había ayudado a salir de aquella espeluznante selva. ¿Qué habría hecho sin él? Con toda probabilidad seguiría en aquel matorral, perdida y confundida.

—¿Quién es? —preguntó Thane desde el porche.

—*Angus*.

Al escuchar su nombre, o quizá mi voz, correteó hacia mi lado. Me agaché para rascarle la tripa y hacerle varios mimos.

—¿Qué le ha pasado?

—Según Luna Kemper, lo más seguro es que lo usaran como perro de pelea.

Thane no alteró la expresión en ningún momento, pero me dio la impresión de que algo oscuro y malicioso se cernía tras aquella mirada azul. Me pregunté si, tras su fachada suave e impenetrable, yacía un alambre de cuchillas. Sentí que me atravesaba con los ojos. Fue una sensación tan electrizante que me pilló desprevenida. Sin articular palabra, se arrodilló junto al perro. Con una ternura infinita, le acarició las prominentes costillas mientras le susurraba palabras reconfortantes. No pude oír lo que decía, pero *Angus* le pasó el hocico por la mano, agradecido.

Eché un vistazo a uno de los rasguños del brazo. El escozor era insoportable.

—Le conté al comisario Van Zandt lo de las peleas de perros. Creí que le gustaría saberlo.

—¿Y qué dijo?

Thane se dedicó a examinar las orejas, el hocico y los dientes de *Angus*, que apenas se quejó.

—Que mantendría una vigilancia sobre las perreras de la zona, aunque no sé si creerle.

—No se preocupe —resolvió Thane. Se puso de pie y se sacudió las manos en

los vaqueros. Llevaba el mismo suéter negro que el día en que le conocí; no pude evitar fijarme en la tersura que adoptaba la tela alrededor de sus hombros. Me imaginé lo formidable que estaría con el suéter atado sobre el pecho—. Si de veras se celebran peleas de perros por aquí, lo averiguaré y pondré punto final a ese asunto.

—¿Cómo?

Volví a mirarme con detenimiento.

—No quiero abrumarla con los detalles.

Algo en su voz me alarmó, un casi imperceptible chasquido que destapó el alambre de cuchillas. Cuando me enteré de lo que le había pasado a *Angus*, también me enfurecí, pero el impasible Thane Asher era un hombre de recursos ilimitados por aquellos lares, así que no tenía la menor idea de cómo pensaba desatar su rabia.

Enterré la mano entre el pelaje de *Angus* porque no quería que se diera cuenta de que estaba temblando. Me había pegado un buen susto en el bosque, y la verdad es que seguía paralizada. Pero se me daba muy bien esconder mis sentimientos, así que no me acobardé cuando Thane me observó de pies a cabeza. Me pareció que se le suavizaban los rasgos del rostro, pero, por lo visto, fueron imaginaciones mías.

—¿Qué le ha pasado a usted?—preguntó.

No tenía intención de revelarle nada de lo ocurrido. Si nunca había tenido un encuentro paranormal, no lo comprendería. Describirle un viento infernal tan solo suscitaba carcajadas, o, peor aún, compasión, y en ese momento no me apetecía quedar en ridículo. Siempre había sido una chica reservada. Mi habilidad de ver fantasmas era, tanto por necesidad como por decisión propia, algo muy personal. Tampoco estaba preparada para contarle que había hallado un sepulcro. Todavía no. Prefería tomarme un tiempo para meditarlo.

Así que pasé mi mano mugrienta por el pelo y encogí los hombros.

—Un escaramujo. Gajes del oficio.

—Debería entrar en casa y curarse esos arañazos.

—Después —dije.

—O sea, que está esperando a que me marche.

Esbocé una tímida sonrisa.

—Por favor, disculpe mis modales. Acabo de llegar a casa después de un largo día de trabajo y, la verdad, no esperaba compañía.

Por lo visto, mi reproche tuvo el efecto que pretendía. Por un solo instante, Thane pareció arrepentido.

—Perdóneme por haber venido sin avisar, pero prometo que no le robaré mucho tiempo —dijo, y señaló el porche—. ¿Le importaría que charláramos un minuto?

Vacilé. El sol apenas brillaba en el horizonte. No tardaría en anochecer.

Aunque sabía cómo protegerme de los fantasmas, nunca había vivido tan cerca de un cementerio profanado. Lo más prudente era no correr ningún riesgo.

—Le aseguro que no me quedará mucho tiempo —insistió—. Me gustaría hablarle de Thorngate.

Suspiré. Lo único que quería en ese momento era un buen baño de agua caliente y una taza de camomila mientras *Angus* vigilaba el porche trasero. Pero como buena hija, había heredado la cortesía sureña de mi madre y la aplicaba con la misma rigidez que las reglas de mi padre. Asentí y subí las escaleras.

El ambiente se había enfriado. La luz del día se iba apagando y el bosque parecía cernirse sobre nosotros. Distinguí el aroma de las plantas de hoja perenne, que se alzaban en hileras como gigantescos centinelas. Nos acomodamos en las sillas del porche. Llamé a *Angus* para que se tumbara a mi lado.

—¿Qué es eso tan importante que quiere contarme? —pregunté.

Se quedó callado durante unos segundos, escudriñando el paisaje. Presentía que no sabía por dónde empezar.

—Hace años que no voy hasta allí arriba. ¿Está en muy mal estado?

—He visto lugares peores —respondí, perpleja. Seguía con la mirada perdida y la expresión inescrutable. Pero el instinto me decía que el cementerio no era, en absoluto, la mayor de sus preocupaciones, así que empecé a ponerme ansiosa. ¿Por qué había venido?

Sin previo aviso, se giró y me pilló observándole. Aparté la mirada enseguida, avergonzada.

—Le contaré un pequeño secreto sobre Thorngate —dijo—. El único modo de contemplarlo en su plenitud es bajo la luz de la luna. Hay una zona cerca del mausoleo que se diseñó específicamente para gozar de una panorámica nocturna perfecta.

Pensé en las esculturas de ángeles, mirando hacia el cielo; en la maleza plateada que recubría el lugar. Salvia, ajeno y aquileia.

—Reconocí los vestigios de un jardín blanco —comenté—. Tengo uno en casa, así que puedo imaginarme lo hermoso que es el cementerio por la noche, sobre todo con esas estatuas. Los rostros son extraordinarios.

—Sí —dijo con cierta indiferencia—. A los Asher siempre nos ha gustado construir monumentos hermosos en nuestro honor.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Nada, supongo. Salvo que nuestro ego ha llevado la ostentación a otro nivel. A veces me pregunto si todo el dinero invertido en los muertos no podría ser de más utilidad para los vivos.

—Pero los cementerios son para los vivos —intercedí—. Los que rinden tributo a los muertos suelen tener un gran respeto por la vida.

Me echó una mirada que no pude interpretar.

—No sabe mucho sobre nosotros, ¿verdad?

Sonaba frágil. Me pregunté qué tipo de relación mantendría con su familia, pero me limité a encoger los hombros.

Angus se había plantado en medio de nuestras sillas, al alcance de todas las caricias. No tenía ni un pelo de tonto. Le rasqué detrás de los bultos de las orejas. Thane se dedicó a deslizar la palma de su mano a lo largo de su lomo. Aquel movimiento rítmico me pareció tan reconfortante que por fin empecé a relajarme.

—¿Cómo comenzó en el negocio de los cementerios? —preguntó.

—Mi padre trabajó como conserje de varios cementerios durante muchos años. Me transmitió su aprecio por los antiguos cementerios del sur del país. Cuando no era más que una niña, solía creer que el cementerio que se extendía junto a mi casa estaba encantado. Era mi lugar favorito para jugar. Le llamaba «mi reino».

—¿Por eso es conocida como la Reina de los cementerios?

—¿Cómo diablos ha descubierto eso? —repliqué, sorprendida.

—He hecho mis averiguaciones.

—¿Y?

—Para alguien de su edad, es toda una experta. Licenciada en Antropología por la Universidad de Carolina del Sur y con un máster en arqueología en Chapel Hill. Se pasó dos años trabajando en la Oficina Estatal de Arqueología antes de fundar su propia empresa. Un currículo impresionante, la verdad.

—Veo que se ha tomado muchas molestias para conocer toda esa información —dije con frialdad.

—No crea. Todo estaba en su página web.

—Ah, claro.

Thane sonrió. No pude evitar fijarme en lo joven y atractivo que estaba cuando sonreía. Debería hacerlo más a menudo. Y entonces me vino a la mente que lo mismo podría decirse de mí.

—¿Le preocupaban mis credenciales? —proseguí.

—No. Sentía curiosidad por usted.

Eso me dejó sin respuesta. No le estaba mirando, pero sentía sus ojos clavados en mí del mismo modo que el escorzo de los arañazos.

—De hecho, no solo he leído su página web —confesé—. Navegando por la Red me he encontrado con un artículo de un periódico local sobre la restauración del cementerio de Charleston que se llevó a cabo la primavera pasada.

—Oak Grove —puntalicé. Al pronunciar ese nombre, se me heló la sangre. Siempre que recordaba ese capítulo de mi vida, me ocurría lo mismo.

El forcejeo con el cuchillo de un asesino me había dejado una tremenda cicatriz en un brazo. Hacía meses que el corte se había cerrado, pero las heridas internas eran mucho más profundas. El miedo había menguado, al menos

durante las horas de sol, pero el recuerdo de mi encierro perduraría muchos años más, mortificándome incansablemente todas las noches que me costara conciliar el sueño.

Thane debió de percatarse de mi reticencia a desenterrar esa pesadilla en particular, porque no insistió en el tema. Pero me miraba con tanta ternura que por un momento anhelé confesarle toda la historia. De pronto, sentí la imperiosa necesidad de desahogarme y explicarle las desdichas que me habían pasado en los últimos meses, pero apenas conocía a aquel tipo. No podía hablar de asuntos tan personales con él. Y, en especial, de Devlin.

Nos quedamos callados durante unos minutos. Thane seguía acariciándole el lomo a *Angus*. Durante esos instantes de silencio, me sosegué todavía más. Quizá después del vía crucis que había sufrido atravesando la maraña de maleza estaba demasiado cansada para contestarle. Si no hubiera sido porque estaba anocheciendo, me habría encantado quedarme tal y como estaba. Pero, a medida que pasaban los minutos, empecé a sospechar el verdadero propósito de su visita.

—No ha venido hasta aquí para hablarme de Thorngate, ¿verdad? —dije—. Dígame la verdad, ¿por qué está aquí?

Dejó de acariciar a *Angus* y me fulminó con la mirada.

—Necesito un favor.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tipo de favor?

—¿Qué planes tiene para esta noche?

No me esperaba esa pregunta. No quedó ni rastro de la cordialidad que Thane había demostrado antes, así que empecé a retorcerme en el asiento.

—Cenar pronto y acostarme —respondí—. Pretendo levantarme a primera hora de la mañana.

—¿Y no podría hacer una excepción? Me gustaría invitarla a una fiesta esta noche en la mansión Asher. Solemos celebrar este tipo de fiestas muy a menudo. Mi abuelo inauguró la tradición hace muchos años. El pueblo estaba pasando una época de vacas flacas. Apenas había trabajo, así que muchos empezaron a emigrar. Mi abuelo quería encontrar una forma de mostrar su solidaridad con los ciudadanos. Un gesto noble, supongo, pero, con el paso de los años, esas veladas han ido degenerando. Ahora apenas asisten un puñado de invitados. Un engorro, si quiere que le sea sincero. Estamos desesperados por sangre fresca.

Una brizna de aire frío me hizo estremecer.

—Gracias, pero no me gustan las fiestas. Además, no tengo ropa apropiada. Solo he traído ropa de trabajo.

Me miró de arriba abajo.

—Por lo que a mí respecta, puede ir así vestida.

Solté una carcajada para disimular mi incomodidad.

—Creo que al menos tendría que ducharme.

—¿Eso es un sí?

Meneé la cabeza.

—Lo siento, pero no estoy de humor para fiestas. Ha sido un día muy largo.

Y necesitaba pasar tiempo a solas para digerir todo lo que había sucedido esa tarde.

—Entonces supongo que no tendré más remedio que ser un poco más persuasivo —susurró.

—¿Perdone?

—Tengo algo que usted quiere.

Aquel tono siniestro me aceleró el pulso, aunque intuía que me estaba tomando el pelo.

—¿Y qué es?

—La mayoría de los registros del antiguo cementerio están guardados en la mansión Asher. Podría mover unos cuantos hilos y dejar que usted les echara un vistazo.

—Luna me dijo que los registros están almacenados en la biblioteca local.

—Algunos sí, pero no los que usted quiere consultar. Si viene a la fiesta, le aseguro que tendrá acceso a toda la documentación.

—Eso suena a un soborno en toda regla —le acusé.

Thane esbozó una sonrisa juguetona.

—¿Captaría su interés si le dijera que existen imágenes, fotografías reales, del cementerio de finales del siglo XIX? El mapa original debe de rondar también por allí y, quién sabe, quizás hasta podamos sacar a la luz la Biblia familiar.

Pensé en aquella cripta escondida una vez más. Dudaba de que hubiera algún registro de esa lápida en los archivos de la familia Asher. Quería saber quién estaba allí enterrado. De hecho, tenía que saberlo. Las tumbas sin identificar eran para mí como un anatema.

—Es usted un hueso duro de roer —dije con un suspiro.

Se le iluminaron los ojos.

—¿La recojo a las ocho menos cuarto?

—No, gracias. Iré en coche.

Me miró con complicidad.

—¿Para poder irse cuando le apetezca?

Me encogí de hombros y él asintió.

—Me parece bien. Así pues, la veré a las ocho. Es imposible perderse. La casa está pasado el cementerio. Cruce el riachuelo... y está justo ahí.

Capítulo 11

Puesto que el estatuario del cementerio era un tributo al ego del linaje Asher, imaginé que la casa sería todo un homenaje al orgullo desmedido de la familia. No andaba desencaminada. El edificio era descomunal, una bestia que se erigía sobre un escarpado acantilado. Los tres pisos estaban rodeados de balcones y porches, y la docena de columnas iluminadas sobre las que se alzaba la construcción parecía medir al menos un kilómetro. Esperaba encontrarme con una gran casa, pero no con algo tan monumental y desmesurado. También me sorprendió la ilusión flotante que creaba la luz de la luna junto con una iluminación deliberada.

Un camino circular me condujo hasta la entrada principal de la mansión. Mi primer impulso fue dar la vuelta a la plazoleta y hacer como si nada. Por una razón que todavía hoy no logro explicar, me sentí intimidada, y no entendí por qué. La posición social me importaba bien poco. Me había criado con una madre dulce y cariñosa que parecía la personificación de las cualidades más refinadas de una belleza sureña, pero también con un padre que había nacido en las montañas de Carolina del Norte y que trabajaba con las manos. Era una mezcla de ambos y me sentía orgullosa de ello. Así pues, ¿por qué estar nerviosa? ¿A qué venía esa premonición que me impulsaba a alejarme de esa casa y de los Asher?

Admiré la fachada del edificio mientras me apeaba del coche. El porche de la planta baja estaba bien iluminado, pero los balcones superiores estaban sumidos en la oscuridad. Sin embargo, creí avistar una sombra que me vigilaba desde una de esas ventanas. ¿Un fantasma? No me sorprendería. No en esa casa. No en ese acantilado. Toda esa zona parecía estar bajo un hechizo oscuro, algún encantamiento maligno. Cualquier persona que me oyera pensaría que me había vuelto loca, salvo mi padre. Pero no podía subestimar mis instintos. Ya me habían ocurrido varias cosas extrañas en los pocos días que llevaba en Asher Falls.

Subí la escalera y llamé al timbre. No llevaba el atuendo que exigía la ocasión, y eso me hacía sentir insegura. La única prenda decente que había traído era un vestido negro que solía llevar cuando me invitaban a dar una conferencia, o cuando daba alguna entrevista. Si hubiera estado en Charleston, me habría puesto pendientes de perla y unos buenos tacones, pero esa noche tuve que conformarme con zapatos planos y una chaqueta de punto.

Una criada ataviada con el clásico uniforme me abrió la puerta con una reverencia de cortesía y le entregué el bolso. Apenas tuve tiempo de contemplar las arañas de cristal que iluminaban una magnífica escalera de dos alas porque enseguida la criada me escoltó hacia un recibidor inmenso. Caminando junto a ella, no pude evitar deslizar la mirada hacia los retratos descoloridos que colgaban de la pared. Supuse que encarnaban las distintas generaciones del apellido. Me llamó la atención que el papel brocado que adornaba las paredes empezara a despegarse y que el techo mostrara manchas de humedad. A pesar de su grandeza, la casa olía a vejez y humedad, y la atmósfera se sentía tan fría como el interior de una tumba. En aquella mansión, el tiempo se había detenido. Era un hogar más apropiado para los muertos que para los vivos.

La criada se detuvo frente a una entrada arqueada y me hizo un gesto invitándome a entrar. En cuanto crucé el umbral, toda la sala se quedó en silencio. Busqué a Thane entre la multitud, pero enseguida vi a Luna Kemper, que estaba impresionante con aquel vestido de raso color lavanda. Sonrió y asintió, pero me dio la sensación de que no esperaba encontrarme allí. La acompañaban dos mujeres. De inmediato reconocí a la madre de Sidra, a quien había visto el día anterior, y a la pelirroja de la fotografía que Luna tenía sobre el escritorio. Aquella instantánea había captado un fantasma al fondo. De forma inconsciente, busqué ese semblante ceñudo en la ventana que había detrás de ellas. Pero lo único que vi fue el reflejo de la luz de las velas.

La madre de Sidra llevaba un vestidito blanco y varios collares de plata alrededor del cuello; la pelirroja lucía un vestido de cóctel de estilo *vintage* color verde esmeralda. Las tres me miraban cautelosas, como cuando uno echa un vistazo a lo que está creciendo en una placa de Petri. Entonces pillé a la madre de Sidra tocándole el brazo a Luna y murmurándole algo al oído. Me puse más nerviosa y me arrepentí de no haber seguido mi impulso inicial de dar media vuelta y regresar a casa. De eso y de no haber sido más cuidadosa con el maquillaje, de haberme hecho algo distinto en el pelo. Qué ridiculez, pensé. ¿Desde cuándo me preocupaba tanto mi aspecto físico? Al igual que mi padre, trabajaba con las manos, así que no necesitaba tener el armario lleno de ropa elegante. Los vestidos que lucían eran preciosos, pero estaba segura de que no me quedarían bien. De todos modos, en el fondo sabía que la tensión que me había causado ese nudo en el estómago poco tenía que ver con mi apariencia. Esa preocupación por mi sencilla vestimenta no era más que una manifestación del oscuro desasosiego que me acosaba.

El trío rodeaba a un tipo alto y de hombros anchos que estaba de espaldas a mí. Era la única persona de la sala que no se había girado cuando llegué. Había una cuarta mujer, pero pasaba muy desapercibida. Era esbelta y anodina, y su desafortunada elección de vestuario (un vestido de terciopelo marrón) la engullía. Era evidente que se sentía incómoda, fuera de lugar. No se imaginaba hasta qué

punto la comprendía.

Tras esta breve valoración, Thane se materializó a mi lado, engalanado con un traje de color negro y una corbata estrecha de color turquesa que resaltaba su mirada.

—Nos ha encontrado —saludó.

—Por supuesto. Sus indicaciones han funcionado a la perfección. Además, sería muy difícil no ver esta casa —dije mirando a mi alrededor—. No he llegado tarde, ¿verdad?

—Justo a tiempo. Aunque debo admitir que estaba empezando a preocuparme. Por un momento pensé que había cambiado de opinión.

—He estado a punto.

—Por suerte para los dos, no lo ha hecho. Acompáñeme. Primero me encargaré de hacer las pertinentes presentaciones y después le serviré una copa.

Entrelacé mi brazo con el suyo y avanzamos hacia el otro lado de la sala. Los ventanales franceses estaban abiertos de par en par, dejando así que la brisa nocturna refrescara la sala. El aroma a flores silvestres me abrumó. ¿Era el perfume de Luna? Se separó del grupo y vino a saludarnos a solas. La tela liviana de su vestido ondeaba con elegancia a su paso. Me fascinó el corte de su vestido, con un hombro al descubierto. El contraste de su cabellera oscura con su tez blanquecina era hipnótico. Se había acicalado a conciencia. El peinado, el maquillaje, las uñas... Todo estaba perfecto. Sin embargo, había algo salvaje en su mirada y en su forma de caminar que me recordó a un gato montés jalando de un collar de piedras preciosas.

Me remonté a mi primer día en la casa de Covey. Luna había sufrido una completa transformación. La naturaleza que nos envolvía había realzado todos los rasgos de esa mujer. No me había olvidado de la actitud que mostró hacia el pobre *Angus*, por lo que, de inmediato, mi aprecio por ella se desvaneció.

—Ya conoce a Luna, por supuesto —comentó Thane.

Asentí con una sonrisa educada y forzada al mismo tiempo. Presentía que su saludo sería igual de tenso.

—Un placer volverla a ver, Amelia, aunque nunca me hubiera esperado encontrarla aquí —puntualizó, y dedicó a Thane una mirada inquisitiva—. No sabía que os conocierais.

—Nos conocimos en el ferri —dijo él.

—Eso lo explica todo —contestó Luna con una sonrisa tan amable y benévola como la brisa del ocaso.

Y justo en ese instante recordé algo más de Luna Kemper. Se puso como una furia cuando decidí llevarle la contraria sobre *Angus*. Era una mujer con carácter. Desde luego, no era alguien que quisiera como enemiga.

—¿Qué tal se encuentra en la casa de Covey? —preguntó—. Espero que no esté demasiado lejos del pueblo.

—No, es perfecta. Gracias por haberse encargado de eso. Aunque...

Ladeó la cabeza y me observó confundida, como si todavía no confiara en mí.

—¿Sí?

Quería preguntarle por qué no me había dicho desde un principio que estaba tan cerca del cementerio Thorngate original, pero no me atrevía a sacar el tema hasta que tuviera alguna explicación alternativa que justificara cómo me había enterado. Después de todo, no podía desvelarle que había oído el tintineo de las campanillas mientras almas agitadas deambulaban entre la niebla.

—Da lo mismo —murmuré—. No es importante.

—Si usted lo dice —replicó molesta, pero enseguida cambió de tema—. Por cierto, ¿ha pasado Tilly a verla?

—No que yo sepa.

Luna suspiró con fastidio.

—Le pedí expresamente que pasara por su casa..., por si necesitaba alguna cosa. Incluso pensé que le echaría una mano en el cementerio. Siempre está al acecho de trabajos extraños.

—No sería mala idea —opinó Thane—. Tilly es una trabajadora incansable. Hablaré con ella, si a usted le parece bien.

La mujer rubia se desplazó junto a Luna con la frente arrugada.

—Perdonadme... No he podido evitar oídos. Supongo que te estás refiriendo a Tilly Pattershaw. Puede que sea una trabajadora incansable, pero me preocupa su estabilidad mental.

—Bryn —reprendió Luna.

—No me regañes. Tan solo estoy diciendo lo que todos llevamos años pensando. Esa mujer es muy rara. Ha vivido demasiados años en ese bosque, y eso le ha afectado la cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio en el pueblo? No quiero ni pensar de qué vive.

—No hace daño a nadie —intercedió Thane—, así que no veo cuál es el problema.

—Quizá no sea un problema todavía, pero eso no significa que no haya estado cuerda desde...

—Por el amor de Dios, ¿dónde están mis modales? —interrumpió Luna—. Estamos aquí de cháchara y ni siquiera os he presentado. Amelia, me gustaría que conociera a una de mis mejores amigas de la infancia, Bryn Birch. El otro día, le presenté a su hija, Sidra, en la biblioteca.

Antes de que pudiera extender la mano, Bryn alzó la cabeza, como si me mirara por encima del hombro.

—De hecho, me da la sensación de que ya nos conocemos. Ayer trajo a mi hija a casa. Ivy y ella no dejaron de hablar de usted —dijo. Después miró a Luna de reojo y añadió—: Fingieron estar enfermas para salir antes de clase.

—Eso no es muy típico de Sidra —opinó Luna.

—Es esa chica —replicó Bryn con mordacidad. Luego se giró hacia mí—. Estoy segura de que usted no fue cómplice de su pequeña travesura.

—Lo único que hice fue llevarlas directamente a casa.

Detestaba sonar tan agresiva, pero Bryn Birch se lo merecía. Era una mujer hermosa, fría, arrogante y distante; encarnaba todas las cualidades que me resultaban intimidantes. La perfecta directora de colegio.

—¿Dónde las recogió?

—En el pequeño mercado que hay junto a la calle principal.

—¿Y no sabe dónde estuvieron toda la tarde?

—No me lo dijeron.

Intercambió otra mirada con Luna. No sabía si le habría desvelado el paradero de las dos muchachas aunque lo hubiera sabido. Tanto profesional como personalmente, tenía todo el derecho a estar preocupada, pero había algo extraño en aquel tercer grado al que me estaba sometiendo. En lugar de despertar mi empatía, estaba estimulando mis sospechas.

En ese instante, la pelirroja se unió a nosotras. De inmediato, me estrechó la mano.

—¡Amelia, bienvenida! Soy Catrice Hawthorne —se presentó. El saludo fue cálido y firme, un alivio después del interrogatorio de Bryn. Sus ojos marrones destellaban buen humor—. Luna nos dijo que vendría. Tenía unas ganas locas de conocerla.

—Ah..., bueno..., gracias.

Sus palabras efusivas me pillaron desprevenida.

—He estado leyendo su blog —prosiguió—. *Cavando tumbas...*, qué nombre tan acertado. Por lo visto, usted es toda una celebridad.

—No es para tanto. Solo me dedico al blog en mi tiempo libre.

—Pues diría que su afición se ha convertido en todo un éxito. Uno de los vídeos que subió ha tenido más de un millón de visitas.

—Es de una entrevista que di en Samara, en Georgia —expliqué—. La cámara captó una luz que se reflejaba en el cementerio y colgaron el vídeo en distintas páginas de cazafantasmas. En realidad, no tenía nada que ver conmigo.

—Cat también es una celebridad por estos lares —apuntó Luna—. Es una ornitóloga destacada y una artista con mucho talento.

—Traducción: observadora de aves que pinta —bromeó Catrice, en un intento de quitarse importancia.

—No seas tan modesta —insistió Luna—. Uno de sus cuadros está colgado en la mansión del gobernador. Y eso es todo un honor.

—Me encantaría ver parte de su obra —dije.

—Pásese por mi estudio cuando quiera. Pero dejemos de hablar de mí —murmuré, y guiñó el ojo—. Creo que no conoce a Hugh y a su encantadora

esposa.

Entonces noté la mano de Thane apretándome el codo.

—Amelia, me gustaría presentarle a mi tío, Hugh Asher.

Durante las presentaciones, me había fijado en el tipo que merodeaba por detrás del grupo, pero hasta ahora no había podido verle con claridad. Traté de no quedarme embobada, pero no fue sencillo. Tenía el aspecto sofisticado de las antiguas estrellas de cine: cabello oscuro, ojos penetrantes... Un Adonis maduro de sonrisa fácil y con una virilidad inquieta que de inmediato me puso alerta.

—Bienvenida a la mansión Asher —saludó. Una parte de mí esperaba que me cogiera la mano y la besara. Por suerte, no lo hizo.

—Gracias por invitarme.

Me desconcertaban sus rasgos, perfectos del primero al último. No pude resistir la tentación de buscar un defecto mientras me estrechaba la mano. Distinguí una imperfección en la suavidad de su mandíbula, así como una mínima hinchazón de las ojeras, lo que sugería que era propenso a la bebida.

—Mi esposa, Maris —dijo, y se hizo a un lado para presentar a la diminuta mujer que se escondía tras él.

Me llamó la atención que fuera más joven que su marido. Debía de rondar la edad de Thane. También me fijé en cómo se anclaba del brazo de Hugh mientras miraba a todas las mujeres de su alrededor, como si se sintiera amenazada.

—¿Nos perdonáis? —preguntó Thane, cogiéndome del brazo otra vez—. Amelia todavía no ha conocido al abuelo.

—Suerte con eso —farfulló Hugh Asher alzando la copa.

—¿Qué ha querido decir con eso? —pregunté mientras nos alejábamos.

—No le dé importancia —respondió Thane—. Mi abuelo y él tienen una relación muy complicada. De hecho, ahora que lo pienso, todos la tenemos...

Se quedó callado. Miró atrás y, en ese preciso instante, noté un extraño cosquilleo en la espalda. De forma instintiva, me giré hacia los ventanales franceses, que seguían abiertos de par en par. Algo se había deslizado con la brisa. Un murmullo perverso...

Capítulo 12

Busqué entre la penumbra, pero no vi nada. Después un ligero movimiento. Y justo entonces distinguí la silueta de una silla de ruedas. Me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí, envuelto de oscuridad. ¿Había estado observándonos durante todo ese tiempo?

Se deslizó hacia el salón. Las ruedas emitían un suave sonido sibilante sobre los lustrosos tablones de madera. A pesar de estar sentado, parecía alto y corpulento. Iba impecablemente vestido con un traje negro que resaltaba su cabello plateado. Tenía el rostro arrugado y la mirada más oscura que el hollín. Guardaba cierto parecido con su hijo, pero, a diferencia de Hugh, era mucho más imponente y atractivo. Y, pese a su edad, no había suavidad en su mandíbula ni otra debilidad más allá de las piernas que medio escondía bajo un chal de cachemira.

—Abuelo, me gustaría presentarte a Amelia Gray —dijo Thane.

Di un paso al frente para saludarle.

—¿Cómo está, señor Asher?

Sujetaba un libro de cubierta de cuero que dejó a un lado para estrecharme la mano. Vislumbré una estampación dorada sobre la cubierta, un emblema que despertó un recuerdo lejano y esquivo. Esa imagen desapareció en cuanto me rozó la mano. De repente, un curioso estremecimiento me heló toda la espalda, hasta la nuca. Mi primer impulso habría sido apartarme de él, pero no lo hice por educación.

—Déjanos a solas —ordenó.

—¿Perdone? —pregunté.

—Se refiere a mí —dijo Thane.

—Ah...

—¿Le apetece una copa? —preguntó con tono alegre, como si la brusquedad de su abuelo no le hubiera afectado en lo más mínimo—. ¿Qué le traigo?

—¿Vino blanco?

Miró a su abuelo.

—¿Abuelo?

El anciano respondió con un gesto imperioso y Thane se marchó. Me senté junto a la silla de ruedas, apoyándome en uno de los reposabrazos, tan incómoda

como un conejo encerrado en una trampa.

—Así que usted es la restauradora de la que tanto he oído hablar —dijo—. La salvadora de nuestro pequeño cementerio.

Le miré con detenimiento, tratando de encontrar signos de resentimiento o sarcasmo, pero sus ojos negros tan solo transmitían una inmensa curiosidad.

—No sé nada de eso. Tan solo he venido a hacer el trabajo para el que me han contratado.

—¿Ya ha visto el cementerio?

Su voz traicionó su fragilidad. Sonaba quebradiza, una característica que no podía disfrazarse con un chal.

—Ya que lo menciona, he pasado el día allí, fotografiando lápidas.

—¿Y qué le ha parecido?

Era la pregunta que me había hecho Thane por la tarde. Tuve la misma corazonada. Thorngate tan solo era una excusa. Aquel tipo andaba detrás de otro asunto. Y entonces me inquieté. Quizá mi incomodidad, más que sus palabras, había creado una sospecha algo infundada.

—Esta misma tarde le he comentado a Thane cuánto me han impresionado las estatuas. Tienen rostros muy expresivos. Me han recordado a algunas estatuas que una vez vi en un cementerio de París.

—¿Père Lachaise?

—Sí —confirmé—. ¿Ha estado allí?

Asintió.

—Tiene usted muy buen ojo, querida. Muchas de las esculturas que adornan nuestro cementerio fueron esculpidas por artistas europeos. Su valor es incalculable.

—Dé gracias de que no hayan sufrido los destrozos de los vándalos —dije—. No se imagina el daño que puede provocar un bote de pintura.

—Nadie se atrevería a hacerlo.

Su comentario fue tan inesperado que casi paso por alto aquella arrogancia sin límites. Pero ahí estaba, en el brillo altanero de esos ojos de color obsidiana y también en la triste sonrisa, que me produjo otro escalofrío en la espalda. No había ido hasta allí con la expectativa de conocer a un Pell Asher encantador. Su avaricia había destruido un cementerio y, desde mi punto de vista, ese era un pecado imperdonable. Pero a pesar de sus hazañas pasadas y de la pomposidad de la velada, aquel anciano me intrigaba. Aunque había algo en él que me repelía, no podía dejar de sentirme atraída por su aura de misterio.

—Cuénteme más sobre sus viajes —me animó—. Como puede imaginar, no viajo mucho. Ahora siempre dependo de alguien. Pero usted ha mencionado París. ¿Suele viajar al extranjero?

—Siempre que puedo. Pero visité París hace ya mucho tiempo. Fue un regalo de graduación de mi tía.

—Un regalo muy generoso, me atrevería a decir.

Ahora me sonreía con ternura, incluso con entusiasmo. De modo que no pude negarme a contestarle.

—Demasiado generoso, según mi padre.

Lo solté sin pensar.

Él levantó una ceja, con compasión.

—¿No quería que fuera?

—Siempre ha sido muy... protector.

Y me negué a hablar más del tema. Mi relación con mi padre era un asunto privado, pero aquella breve conversación había despertado ciertos recuerdos. Mi padre se había empeñado en no dejarme aceptar el regalo. Nunca lo había visto tan enfadado. Ahora, echando la vista atrás, por fin comprendía su reacción. La idea de que su pequeña se alejara tanto del campo sagrado del cementerio de Rosehill debía de aterrorizarle. Siempre me había vigilado muy de cerca, pero mi madre y mi tía Lynrose insistieron hasta el agotamiento. Ellas también se preocupaban por mí. Ni por asomo se figuraban que veía fantasmas, así que les costaba entender por qué una chica de mi edad se conformaba con encerrarse en un viejo cementerio con un puñado de libros como única compañía. Era el momento de vivir una aventura, o eso decían. Un poco de cultura. Así que me fui a París. Y mientras mi tía visitaba el Louvre y Notre Dame, yo me dediqué a pasear por los senderos del Père Lachaise, donde los cuerpos sin vida de Chopin, Jim Morrison y Édith Piaf descansaban en paz. A pesar de los fantasmas que habitaban la capital francesa, disfruté como una niña. Cuando regresé a casa, el abismo que me separaba de mi padre se hizo todavía más grande. Ni siquiera hoy puedo entender el motivo de ese distanciamiento. Tampoco me explico por qué el primer día que vi un fantasma nuestra relación cambió para siempre.

El dolor se desvaneció cuando Thane me ofreció una copa de vino blanco. Le miré con una sonrisa.

—Gracias.

Me miraba con atención.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Está segura?

Asentí con la cabeza.

—Deberías comprobar qué tal está Maris —dijo su abuelo con tono sombrío—. Ha empezado a beber. Todos sabemos que no tiene medida con el alcohol. Por favor, ve y evita que quede en ridículo.

—Veré lo que puedo hacer —murmuró Thane.

Tomé un sorbo de vino, un Riesling seco y muy fresco. Saboreé la acidez mientras contemplaba a Thane desde la barandilla. Fue directo a Maris. Se inclinó para murmurarle algo al oído. La mujer dibujó una amplia sonrisa y

asintió al mismo tiempo que jugueteaba con la manga de su camisa. Eso me hizo pensar en lo rápido que *Angus* se había encariñado de él. Por lo visto, tenía buena mano con las ovejas descarriadas. Me habría gustado saber si me veía como tal.

Hugh se había deslizado hacia el porche, donde estaba Luna. Puesto que las ventanas seguían abiertas, los vi charlando. No aprecié ningún detalle inapropiado en cómo la miraba. Nada particularmente íntimo en la embaucadora sonrisa de Luna. Pero, de repente, caí en la cuenta de que Hugh Asher era el hombre con quien había compartido aquella tórrida escena en la biblioteca. Reviví una vez más las risas y susurros cómplices, aquellos gemidos salvajes de placer. Su voz no se parecía a la de su sobrino, pero ambos tenían un acento similar, una entonación especial en las vocales que me llevó a una primera conclusión equivocada.

Desvié la mirada hacia Maris. ¿Se olía algo? Quizá por ese motivo se había agarrado tanto del brazo de Hugh en mi presentación. Pero ¿permitir que la amante de su marido entrara en su casa? No concebía peor humillación. Sin embargo, no era quién para juzgar su matrimonio ni su contención. Sentía compasión por esa pobre mujer. Y un creciente aprecio por Thane, quien se las había arreglado para sacarle una sonrisa y animarla un poco.

Pell Asher me dijo algo, pero estaba tan absorta en mis pensamientos que no le escuché.

—Lo siento. Estaba admirando este salón. La casa es increíble. Ni punto de comparación con mi modesto apartamento.

Se ajustó el chal sobre las piernas.

—Thane me ha comentado que es usted de Charleston.

—Ahora vivo allí, pero me crie en Trinity. Es un pueblecito al norte de...

—Ya sé dónde está Trinity —me cortó—. Una buena amiga mía vivió allí muchos años. Cuando murió, solía ir a visitar su tumba bastante a menudo.

—¿Dónde la enterraron? —pregunté.

—En el cementerio de Rosehill. ¿Lo conoce?

Arqueé las cejas, perpleja.

—Mi padre trabajó como conserje de Rosehill durante años. Crecí en la casita blanca que hay junto a la valla.

Esbozó otra de aquellas extrañas sonrisas.

—Recuerdo aquel cementerio como si hubiera estado ayer. Siempre se veía muy cuidado. Cada vez que iba me preguntaba cuántas horas de extenuante trabajo se necesitarían para mantener aquellas lápidas tan prístinas.

—Y no era el único cementerio del que se ocupaba —comenté orgullosa—. Pero Rosehill era, sin duda, el más grande.

—Si no me falla la memoria, le vi en varias de mis visitas —murmuró Pell Asher—. Alto, con los hombros caídos y el pelo tan blanco como el algodón. Un día hablamos. Un tipo muy serio.

—Sí, ese es mi padre —admití sintiendo una pizca de soledad.

—A veces le acompañaba una niña. Una cría rubia muy formal que parecía sentirse como pez en el agua paseándose entre los muertos.

Qué forma tan peculiar de decirlo, pensé. Y qué inquietante que un desconocido fuera testigo de mi infancia. Aquella conversación empezaba a ser surrealista. Había conocido a Pell Asher por casualidad hacía muchísimos años.

—¿Sus padres aún están vivos? —quiso saber.

—Sí. Mi padre está jubilado, pero sigue ayudando en el cementerio de vez en cuando.

—Puede considerarse afortunada por tenerlos tan cerca. Charleston está..., ¿a cuánto? ¿A una hora en coche de Trinity?

—No llega, pero no voy todo lo que me gustaría. Incluso cuando trabajo en Charleston, las horas se hacen muy largas.

—Pues debería encontrar tiempo. Sin el apoyo de la familia, la vida se desequilibra.

—Supongo que tiene razón.

—Desde luego que tengo razón —contestó—. La sangre y la tierra son los lazos más fuertes. Son constantes. El amor romántico, en cambio, es efímero.

No estaba del todo de acuerdo, probablemente porque no tenía lazos de sangre y la única tierra por la que sentía cierto apego era suelo sacro. De amor, en cambio, sí sabía algo. La unión que había sentido con Devlin había sido tan inmediata e irrevocable que incluso ahora, meses después, no podía dejar de pensar en él. De desearle. De quererle. Era un dolor constante.

Miré a Pell Asher por el rabillo del ojo. Me observaba con atención. Una vez más noté aquel extraño estremecimiento por todo el cuerpo.

—Sangre y tierra —repetió—. Por eso valoramos tanto nuestro cementerio. Muertos o vivos, los Asher estamos obligados a volver a casa.

Me llamó la atención que no se refiriera al cementerio por su nombre. Era evidente que Thorngate era un lugar muy apreciado. De hecho, Pell Asher lo había regalado para expiar sus pecados. No sabía si la familia se encargaba del mantenimiento, pero, en ese instante, se me ocurrió que el abuelo Asher podía ser el benefactor secreto. ¿Quién, si no, estaría dispuesto a donar una suma tan cuantiosa a las Hijas de Nuestros Valientes Héroes para una restauración? ¿Quién aparte de él tendría la discreción necesaria para evitar abrir viejas heridas?

—Es un lugar de descanso muy bonito —murmuré, sin saber qué más añadir.

—¿Ha estado en el mausoleo?

—Me asomé, aunque no bajé a la tumba. Por experiencia, es mejor no explorar aposentos subterráneos a solas. Uno nunca sabe si son estables.

Entre otros peligros.

—La entiendo —dijo—, pero, si le preocupa bajar allí, pídale a Thane que la acompañe. No puede perderse las criptas. La de Julia, mi esposa, es preciosa.

Estoy convencido de que mi nieto querrá mostrarle la Novia Durmiente.

—¿Es otra estatua?

—No, querida, la Novia Durmiente es mi tía abuela, Emelyn Asher, la hermana pequeña de mi abuelo. Falleció el día de su boda, pisoteada por una tropilla de caballos desbocados. La familia decidió guardar su cuerpo en un ataúd de cristal, donde todavía yace, tan perfecta como el día en que murió. Thane le contará el resto de la historia. Le fascinaba cuando era niño.

Y no era de extrañar.

—¿Se crio aquí?

—Se mudó conmigo cuando tenía siete años. Su madre estuvo casada con mi hijo Edward un tiempo. Cuando falleció, Thane se quedó con mi hijo porque no tenía dónde ir. Pero Edward tampoco permaneció mucho tiempo en este mundo. —Su voz transmitía un dolor profundo—. Después de su diagnóstico, trajo a Thane aquí. Con el tiempo, llegué a quererlo como si fuera de mi sangre. Dios sabe que ha hecho más para restaurar las propiedades familiares que mi propio hijo.

Desvié la mirada hacia Thane. Su abuelo había descrito a una persona muy distinta de la que conocí en el ferri. Apenas había cruzado más de cuatro palabras con Thane, pero le consideraba un tipo superficial y sin rumbo, propenso a la bebida y a esperar que su abuelo muriera. Ahora, en cambio, empezaba a verle desde un ángulo completamente diferente.

—Es muy joven, pero ha sufrido mucho.

Tomé otro sorbo de vino y opté por no contestar. Estábamos adentrándonos en un terreno que no quería explorar. La historia familiar de los Asher no era asunto mío. Me horrorizaría enterarme de que mi madre o mi padre habían explicado a alguien detalles de mi vida personal. Sabía que no lo harían. Los Gray éramos muy reservados, incluso entre nosotros. A pesar de mi incomodidad, escuchaba con atención. Aquellos ojos negruzcos resplandecían, como si notara mi desasosiego y disfrutara con ello.

—Thane perdió a su madre y al único padre que había conocido cuando no era más que un crío. Se recuperó, por supuesto, porque está hecho un superviviente. Pero entonces murió Harper...

Estaba segura de que se había quedado callado a propósito, para avivar mi interés. Pell Asher era consciente de lo que estaba haciendo, igual que yo, pero decidí morder el anzuelo.

—¿Harper?

—La chica con la que quería casarse. Fueron inseparables durante un tiempo. Pero esa pareja estaba condenada.

Aquello me sonó de lo más prepotente y desconsiderado.

—¿Qué le ocurrió?

—Sufrió un accidente de coche. Conducía demasiado rápido y llovía a

cántaros..., no vio una curva y... —Suspiró—. Esa noche había venido a ver a Thane. Se sintió culpable por dejarla marchar con la tormenta que estaba cayendo. Pero Harper era una chica testaruda, por decirlo de manera educada. En realidad, era una desequilibrada. Aquella insensata estaba tan fuera de control que era un peligro para todos. Thane se negaba a verlo, como era de esperar, y sus padres eran unos completos inútiles. Podrían haberla ayudado años antes, pero prefirieron mirar hacia otro lado e ignorar el problema. Para ellos era más cómodo que otro se responsabilizara de los problemas de su hija. Me alegro de que no se llevara a Thane esa noche.

—Por lo que cuenta, la conocía bien.

—La conocía demasiado bien —musitó, o al menos eso fue lo que entendí.

Seguía observándome con esa mirada negra. Me dio la impresión de que estaba tratando de leer mis pensamientos. No me explicaba cómo me había relatado un capítulo tan personal de la vida de su nieto con tanta franqueza, pero intuía que aquel hombre no hacía nada sin meditarlo antes. No podía imaginarme qué quería de mí.

Me tranquilicé cuando por fin Thane se unió a nosotros.

—Abuelo, ya has acaparado lo suficiente a Amelia por esta noche —dijo, y me cogió de la mano—. Le prometí que le enseñaría la biblioteca.

—Mucho me temo que eso tendrá que esperar.

Pell Asher tenía la mirada clavada en la puerta arqueada, donde un segundo después apareció la criada para anunciar la cena.

Capítulo 13

La luz de las velas disimulaba las manchas de humedad y el papel pintado que se despegaba de la pared del comedor, pero un suave olor a moho nos siguió por el pasillo de bóveda arqueada. La mesa, no obstante, no mostraba ningún rastro del deterioro que asolaba al resto de la casa. Una vajilla de porcelana antigua e infinitud de copas de cristal resplandecían sobre un precioso mantel de encaje. Varios candelabros de plata flanqueaban un centro de mesa compuesto por flores silvestres de color púrpura. Ese ramo lila estaba en perfecta armonía con el vestido de Luna. Cualquiera habría pensado que había participado en la elección. Por supuesto, ninguna mujer de su posición social habría tenido el descaro de hacer tal cosa, pero Luna era un enigma. Me preguntaba si, al igual que las velas, su radiante aspecto ocultaba algún secreto.

La disposición de la mesa se veía demasiado lujosa y espléndida para los pocos invitados que habíamos asistido a la cena. Recordé entonces el comentario de Thane sobre la extravagancia de las estatuas que decoraban el cementerio, dinero que podría haberse invertido mejor en los vivos. No era ninguna experta en la materia, pero intuía que, en una subasta, tan solo bastaría una o dos de esas exquisitas piezas para reparar un techo con goteras. ¿Por qué habían permitido que la mansión Asher siguiera en tan mal estado?

Unas tarjetas escritas a mano indicaban dónde nos debíamos sentar cada uno. Tras unos momentos de alboroto, todos hallamos nuestro lugar. Pell Asher presidía la mesa, y, con paso nervioso, Maris se sentó en el extremo opuesto. Era innegable que habría preferido estar más cerca de su marido, pero el protocolo y la tradición prevalecían sobre su voluntad. Cuando nos hubimos sentado, me percaté de que Luna se las había arreglado para sentarse al lado de Hugh, cosa que me hizo pensar en si habría cambiado las tarjetas en el último momento. No me atreví a mirar a Maris para confirmar mis sospechas. Ahora que sabía del romance de su marido, me costaba una barbaridad mirarla, pero lo cierto era que su situación era mucho más delicada que la mía.

Yo estaba sentada a su derecha, y Catrice Hawthorne a su izquierda. En la otra punta de la mesa, Luna y Bryn acompañaban al mayor de los Asher. Thane y Hugh, en cambio, compartían el centro de la mesa, sentados el uno frente al otro. Aunque aquella disposición fastidiaba sobremanera a la pobre Maris, era la

mejor elección para mí, con Bryn Birch y Thane cerca. Me habría exasperado pasar toda la velada al lado de Maris.

De todas formas, la cena era la menor de mis preocupaciones. La biblioteca me esperaba: me moría de ganas por entrar allí, sobre todo si los registros resultaban ser el tesoro oculto que Thane me había prometido. Como restauradora, procuraba ser lo más fiel posible a la visión y diseño originales de un cementerio. Por eso me pasaba horas releyendo periódicos viejos y libros eclesiásticos antes de arrancar un cardo. Pero no siempre tenía la oportunidad de examinar fotografías tan antiguas. La idea de estudiar esas imágenes históricas me emocionaba tanto como la posibilidad de descubrir información acerca de la tumba escondida.

Esa tumba. Me conocía lo bastante bien como para saber que no dormiría tranquila hasta que pudiera ponerle un nombre. Hasta que me asegurara de que se le otorgaba el respeto que se merecía. El emplazamiento era remoto y solitario. No lograba figurarme por qué descansaba en un lugar tan desolado. Con solo pensarlo, me entristecía.

Mientras meditaba sobre el mejor modo de obtener respuestas, caí en la cuenta de que quizá los recursos más fructíferos no eran los registros del cementerio, sino alguien sentado en aquella mesa. La tumba no era tan antigua. El funeral se habría celebrado durante la vida de alguno de los presentes, con la posible excepción de Thane. Y de mí, por supuesto.

Minutos antes, me había mostrado reacia a revelar mi hallazgo, pero ahora no veía nada malo en preguntar ciertas cosas. Después de todo, no era como si alguien hubiera utilizado el sepulcro para deshacerse de un cadáver. Aunque era un lugar recóndito y aislado, no se había hecho nada para camuflar su majestuoso aspecto. Más bien al contrario; el pequeño montículo estaba decorado con guijarros y caracolas; en el centro se alzaba una lápida. Y, además, alguien se había dejado la piel en arrancar toda la maleza que rodeaba el sepulcro.

—Está muy callada —opinó Thane cuando nos sirvieron el primer plato, una deliciosa sopa de calabacín sazónada con una pizca de curry—. Mi abuelo no la habrá incomodado, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?

—A veces puede ser muy difícil.

—¿De veras? Me ha parecido un hombre encantador.

Thane sonrió.

—No sé si me está tomando el pelo o no... Sospecho que sí.

Me encogí de hombros.

—Puede que un poco. Hemos estado hablando de cementerios.

Con la tenue luz de las velas, su mirada verde era chispeante.

—¿Eso es todo?

—Prácticamente sí.

Me lanzó una mirada curiosa, pero optó por dejar el tema y entablar conversación con Bryn. Traté de charlar con Maris, pero, tras un par de intentos fallidos, me metí de nuevo en mi caparazón y dejé que Catrice llevara la voz cantante de la conversación. Se la veía feliz parlotando acerca de los patrones migratorios de la población de aves locales mientras mordisqueaba una generosa porción de paletilla de cerdo crujiente.

El sermón sobre pájaros migratorios me hizo pensar en el desgraciado cuervo que había chocado con mi parabrisas el día anterior. Se me ponía la piel de gallina cada vez que recordaba el cadáver inmóvil de aquel pobre pájaro, por no mencionar la imagen de incontables aves observándome desde las copas de los árboles. Me pregunté qué opinaría Catrice de aquella extraña reunión. Quería saber si creía que se trataba de una especie de augurio o si su sabiduría de ornitóloga podría proporcionar una justificación lógica que explicara el peculiar comportamiento de los pájaros.

—En mi opinión, es por culpa de todos los forasteros que se están mudando a la zona —dijo—. El balance natural es desproporcionado.

Levanté la mirada, convencida por un instante de que había dicho en voz alta mis pensamientos. Pero enseguida reparé en que Catrice se estaba refiriendo a la migración de personas. En particular, estaba hablando de la cantidad de personas que se mudaban en bandada a Asheville, Carolina del Norte, donde, por lo visto, era socia de una galería de arte.

—No me malinterpretéis. La afluencia de personas es ideal para los negocios, pero, en términos creativos, es perjudicial —comentó. Probó un trozo de remolacha asada y prosiguió—. Ahora la llaman la nueva Sedona. Varios místicos afirman que contiene más vórtices geológicos que cualquier otra zona del país.

—¿Qué es un vórtice? —preguntó Thane.

—Un portal, si crees en ese tipo de cosas.

—¿Un portal adónde? —insistió Thane, a quien parecía divertirse el rumbo de la conversación.

—Al otro mundo —intervino Bryn—. Al reino de los muertos.

A Catrice se le iluminaron los ojos.

—¿Ha estado allí últimamente?

—¿En... Asheville? Estuve de niña, pero no he vuelto. Mi padre nació por allí cerca. Recuerdo que una vez pasamos en coche por delante —respondí.

—¿Notó la transformación? —preguntó.

—¿Transformación?

—Esa sensación de ligereza absoluta cuando paseas por las calles. Es como volar —murmuró, como si estuviera soñando despierta.

Pell Asher la fulminó con la mirada desde el extremo de la mesa.

—¿Ligereza absoluta? Tontería absoluta, diría yo.

Impertérrita, Catrice se inclinó sobre la mesa y sonrió.

—Por favor, Pell. Tú sabes tan bien como yo que esas montañas albergan secretos. Míralas —dijo señalando los ventanales que había detrás de mí.

No pude evitar mirar por encima del hombro, pero la oscuridad nocturna cubría todo el paisaje. Tuve que imaginarme la lejana escarpadura que se erigía majestuosa entre la espesura del bosque y la neblina.

—Cat tiene razón —apuntó Bryn—. Los Apalaches son ancestrales, más antiguos que el Himalaya, y se respira la misma espiritualidad.

La conversación comenzaba a irritarme. Me daba la sensación de que me estaban poniendo a prueba, pero no lograba adivinar por qué.

Me vino a la mente el comentario de Ivy. Según ella, las cataratas eran un lugar angosto. La gente solía subir hasta allí con la esperanza de vislumbrar el Paraíso. Ahora, en cambio, nadie osaba acercarse porque todo el mundo tenía miedo.

¿Miedo de qué? ¿De la brisa endemoniada que hoy mismo había azotado ese lugar?

—Hablando de secretos —anuncié mientras alcanzaba mi copa de vino—, hoy he tropezado con algo bastante interesante.

—¿De veras? —inquirió Catrice.

—Descubrí una sepultura oculta.

Si me hubiera quitado la ropa y bailado desnuda sobre la mesa, mucho me temo que no habría conseguido dejarles más pasmados. De repente, toda la mesa se quedó en silencio, un silencio que tan solo rompió un suspiro. Miré a Luna. Tenía el rostro ensombrecido y los ojos perturbados. Habría jurado que en su interior revoloteaba el miedo. Durante un segundo, se le cayó la máscara y vislumbré el rostro arrugado y envejecido de una mujer mucho mayor. La ilusión fue transitoria y, sin duda, fruto de la luz parpadeante de las velas, pues, un instante después, estaba tan espectacular como siempre. Una vez más rememoré mi primera tarde en la casa de Covey. Luna pareció cambiar, transformarse, ante mis propios ojos.

Thane se giró hacia mí.

—¿Ha encontrado una sepultura oculta en el cementerio? ¿Dónde?

Aparté la vista de Luna.

—En el cementerio, no. Al otro lado de la colina, en la cima de laureles.

La tensión que se respiraba en el comedor era tan grande que se me erizó el vello de la nuca. Quizás había cometido un peligroso error de cálculo. Habría tenido que seguir mis instintos iniciales y no hacer ningún comentario sobre ese sepulcro.

—¿Y qué estaba haciendo allí? —exigió saber Pell Asher—. ¿Nadie le advirtió de ese lugar?

Alcé la mirada, atenta a cualquier matiz e interpretación de las preguntas.

—¿A qué se refiere?

—A la cima de laureles —aclaró Thane—. Esos lugares son verdaderos laberintos, así que es muy fácil perderse.

—Ah..., soy consciente de ello. Como le he dicho antes, mi padre creció entre estas montañas.

—Así pues, ¿cómo se ha atrevido a meterse ahí? —preguntó Hugh. De todos los comensales allí sentados, era el más difícil de descifrar, sin duda porque era irresistiblemente atractivo.

Pero... ¿cómo responder a su pregunta? Después de mi conversación con Wayne Van Zandt, me negaba a mencionar a *Angus*. Cuantos menos supieran de su existencia, mejor. Además, ante aquella serie de caras de desaprobación, me sentía un poco desafiante.

—Quería explorar un poco el terreno. Creí que la cascada estaba por ahí cerca. Luna me recomendó que fuera a verla —farfullé con una sonrisa, pero ella no me la devolvió.

—Hay un camino mucho más fácil para llegar a las cascadas —dijo Thane—. Si todavía le apetece ir, puedo acompañarla. Y en cuanto a esa tumba... —Su expresión se tornó seria—. ¿Por qué no me ha dicho nada esta tarde?

—Me pilló por sorpresa. Supongo que se me pasó.

—¿Llamó a Wayne Van Zandt?

—No pensé que fuera un asunto policial —me defendí. Todos los ojos estaban puestos en mí, una escena que evocó de nuevo el recuerdo de aquellos cuervos observándome desde las ramas de los árboles—. Debería aclarar algo. La tumba está en un lugar recóndito, pero no está escondida. Incluso tiene una lápida.

—¿Hay una inscripción? —preguntó Thane de inmediato.

—Por desgracia, no. No se lee ningún nombre, ni fecha de nacimiento o muerte. Pero sí se esculpieron ciertos símbolos: una rosa y un pimpollo. La aparición de ambos a veces representa el entierro de una madre y un hijo. Y la presencia de un tallo con espinas puede indicar una muerte repentina o inesperada.

Hice una pausa, pero nadie articuló palabra. Por un momento pensé que estaban conteniendo la respiración.

—Pero más interesante aún es su disposición —continué—. Tradicionalmente, en especial aquí, en el sur, se entierra a los difuntos mirando hacia el amanecer. Hubo un tiempo en que la orientación norte sur estaba reservada para marginados e indeseables, condenados al ostracismo por sus defectos morales.

—Un estigma para toda la eternidad —resumió Bryn. Creí percibir una nota de burla en su voz, pero opté por hacer caso omiso.

—Supongo que es una forma de decirlo. —Miré a todos los allí presentes a los ojos y pregunté—: ¿Nadie conocía la existencia de esa tumba?

—¿Le extraña? —dijo Hugh, que sonó demasiado casual—. Usted misma lo ha dicho, está en un lugar recóndito. Es posible que lleve allí décadas. Si se adentra en esas colinas, es más que probable que se encuentre con otras tumbas antiguas.

—Pero esta no es histórica —puntalicé—. Apostaría a que no tiene más de veinte o treinta años.

Hugh parecía escéptico.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? Acaba de decir que no hay inscripción.

—Mi teoría se basa en el estilo y en las condiciones de la lápida. Y déjeme que le diga algo más sobre esa tumba...: alguien sabe de su existencia. Alguien se ha encargado de mantenerla a lo largo de los años.

—¿Mantenerla? ¿Cómo? —saltó Luna.

—Alguien ha limpiado el suelo, lo cual es muy curioso, porque no es una tradición muy habitual por aquí.

—Fascinante —susurró Bryn.

De repente, Maris se puso en pie. Me sobresalté cuando arrastró la silla sobre el suelo de madera: me había olvidado por completo de ella.

Catrice le tocó el brazo.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

Maris se llevó una mano a la frente.

—Tendréis que perdonarme..., se avecina una migraña.

Y, sin mediar palabra, se dio media vuelta y huyó a toda prisa del comedor.

Hubo un silencio algo incómodo, pero sentí que, con su partida, la tensión se había rebajado un poco. Aunque intuía que no tenía mucho que ver con la ausencia de Maris. Cualquier interrupción habría sido bienvenida.

—¿Y bien? ¿A qué estás esperando? —espetó Pell Asher a su hijo—. Acompaña a tu esposa.

A juzgar por su reacción, Hugh habría preferido enfrentarse a un cuerpo de bomberos, pero asintió y, con suma educación, se disculpó y se marchó. No podía despegar los ojos de Luna. No la conocía lo suficiente como para leer su expresión, pero, si hubiera tenido que aventurarme, habría dicho que parecía más que satisfecha consigo misma.

Thane aprovechó la interrupción para excusarnos.

—Se está haciendo tarde. Le prometí a Amelia que le mostraría la biblioteca.

—Volverá —sentenció Pell Asher.

No fue una pregunta ni una invitación, sino una conclusión ineludible que, una vez más, me puso a la defensiva.

«Eso ya lo veremos», pensé.

Agaché la cabeza y murmuré un buenas noches. Al salir del comedor, no pude contener las ganas y miré atrás. Luna, Catrice y Bryn se habían agolpado

alrededor del anciano, tal y como habían hecho horas antes con Hugh. Una le estaba acariciando el brazo mientras otra le llenaba la copa de vino. Aquella escena me pareció inquietante, perturbadora, así que aparté la mirada rápidamente, por miedo a ver demasiado.

Capítulo 14

La biblioteca olía a polvo, cuero y libros viejos, un aroma que, desde pequeña, me reconfortaba. Me detuve ante la puerta, a la espera de que Thane encendiera la luz. Al otro lado de la sala, tras unos gigantescos ventanales franceses, se extendía un inmenso jardín. Enseguida me puse a buscar un espíritu pálido entre las siluetas de estatuas y arbustos podados, aunque no tenía pruebas de que la mansión Asher estuviera poseída. Los fantasmas acechaban personas, no lugares. Las entidades ansiaban el calor y la energía que emanaban los seres vivos, no los recuerdos fríos de una casa moribunda. Pero si algo había aprendido durante mi breve romance con un hombre atormentado era que los fantasmas no eran más predecibles que los humanos.

Las bombillas por fin se iluminaron. Miré a mi alrededor, curiosa. No advertí ningún espectro, pero aquel lugar estaba repleto de sombras. Y de arañas. Eché un fugaz vistazo a las brillantes telarañas que colgaban del techo abovedado.

El espacio era enorme, cavernoso para mi gusto, y estaba excesivamente abarrotado de librerías de roble macizo y sillones tapizados de cuero envejecido. Un escritorio dominaba el centro de la biblioteca, un mueble gigantesco que se alzaba sobre unas zarpas frente a la chimenea. En un rincón se apilaban varias sombrereras antiguas. La otra esquina la ocupaba una lámpara de lectura de latón. Seguí estudiando el aposento. Distinguí varios globos terráqueos, mapas y un descomunal cuadro que había sobre la repisa de la chimenea. Era el retrato de un *coonhound* que parecía haberse criado entre algodones. Atravesé la estancia para verlo más de cerca.

Thane me siguió.

—Es *Sansón*.

—Es un perro precioso —dije, admirando su pelaje moteado.

—Lo era. Ya no está con nosotros.

—Oh... Lo siento. ¿Era suyo?

—No, de mi abuelo —respondió. Se puso a mi lado, con los ojos pegados al cuadro—. Formaban una extraña pareja. *Sansón* nunca dejaba solo al abuelo. Era como su sombra. Y, de repente, un día, cogió y desapareció.

—A su abuelo se le debió de romper el corazón.

—¿Romper el corazón? —repite con el ceño fruncido—. Lo dudo mucho. Se

puso como una fiera. De hecho, no recuerdo haberle visto tan furioso nunca.

—¿Furioso con quién?

—Conmigo. —Apartó la cara, pero me pareció ver cierta contrariedad en su rostro, el vestigio de un remordimiento pasado—. Fue culpa mía.

Sentí una pluma de hielo arrullándome la espalda. Sabía que lo mejor era no indagar más en la herida, pero, por supuesto, no fui capaz de resistirme.

—¿Qué ocurrió?

Su mirada verde se oscureció bajo un ceño fruncido.

—Un día me llevé al perro al bosque sin el permiso del abuelo. Fue poco después de mudarme aquí. Supongo que le ha hablado de eso, ¿no?

—¿Del perro? —pregunté de forma deliberada.

—No. De por qué vine a vivir aquí.

—Mencionó que su madre falleció cuando era un niño. —No quería develarle todo lo que su abuelo me había explicado sobre su pasado. Habría resultado muy incómodo.

Pero él lo sabía. A pesar de esbozar una endeble sonrisa, su voz transmitía amargura.

—Es usted muy diplomática. Estoy seguro de que le soltó ese rollo. No tiene escrúpulos para contarle a todo el mundo que soy un Asher solo de nombre.

Recordé la insistencia de su abuelo en que la sangre y la tierra eran los lazos más fuertes. Ante ese sentimiento tan anticuado, pensé en cuántas veces Thane se habría sentido un intruso en aquella familia. Por alguna razón, sentí la necesidad de tranquilizarle.

—Me ha hablado muy bien de usted.

—Oh, cómo no.

Él miró de nuevo el retrato, pero el ambiente se había cargado de algo desagradable. Era evidente que su lugar en la estirpe de los Asher era como una espina clavada para él. Comprendía cómo se sentía. Mis padres me habían adoptado cuando no era más que un bebé y, aunque siempre supe que me querían como a su propia hija, notaba cierto desapego, un muro que nunca llegué a derribar. El único lugar que en realidad relacionaba con un hogar era el cementerio. Mi pequeño reino.

Tenía la mirada de Thane clavada en la nuca. Cuando me giré, esbozó una sonrisa especulativa, como si ansiara preguntarme qué me rondaba por la cabeza.

—En fin, estábamos hablando de *Sansón*.

—Sí. —No sé por qué, pero, de repente, me quedé sin aliento. Tenía una forma de mirarme que, a pesar de mi coraza, me hacía sentir vulnerable y cohibida.

—Aquel día nos adentramos en el bosque. *Sansón* olisqueó algo y salió disparado. Le llamé varias veces, pero no hizo caso. Se desvaneció como por arte

de magia. Recuerdo que peiné los senderos de esos bosques durante días, pero lo único que encontré fueron unas gotas de sangre.

—¿Sangre de *Sansón*?

Se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos. Pero si le atacaron, tuvo que ser un animal lo bastante grande como para arrastrar el cadáver de *Sansón* sin dejar rastro.

Recapacité sobre las cicatrices que marcaban el rostro de Wayne Van Zandt, y reviví el aullido que había oído entre los árboles, horas antes. De inmediato me alegré de haber dejado a *Angus* en el porche trasero.

—¿Es posible que alguien se lo llevara?

—Siempre he querido creer eso. *Sansón* era un pura raza, un perro muy codiciado en esta zona. Quizás alguien quiso llevárselo. Pero ¿sin hacer un solo ruido? No sé...

Se agachó para encender la chimenea. La leña enseguida prendió y las llamas empezaron a crujir. Extendí las manos, pero el calor que emanaba del fuego no ahuyentó la frialdad de las palabras de Thane.

Se incorporó.

—Deberíamos ponernos manos a la obra —dijo con energía.

—Sí. Se está haciendo tarde, y mañana tengo que madrugar.

—A primera hora de la mañana, creo que dijo.

Sonaba más alegre, más desenfadado, cosa que me tranquilizó.

—Si uno trabaja en el sur, se acostumbra a soportar el calor. Aunque en esta época del año el clima es perfecto.

—Tiene usted un trabajo muy duro —apuntó—. ¿No contrata a un asistente?

—A veces, cuando el cementerio es muy grande y el presupuesto lo permite. Pero no me importa encargarme de todo el trabajo —reconocí mientras me palpaba los callos de las manos—. Soy muy exigente con mi trabajo. La mayoría de la gente, si no sabe lo que está haciendo o no tiene un interés particular, tiende a ser chapucera. Me rompe el corazón ver un rosal centenario podado con descuido y negligencia.

Estudió mi expresión antes de disparar su siguiente pregunta.

—¿No le asusta estar sola en un cementerio después de lo que pasó?

Quería desenterrar mi experiencia en Oak Grove. No podía culparle. Era una historia estrambótica. El descubrimiento de una sala de torturas bajo el cementerio antiguo de una ciudad había causado sensación en Charleston. Con el paso de los días, la notoriedad de la noticia fue disminuyendo, pero la primavera pasada, un año después del hallazgo, un reportero empezó a acosarme en la puerta de casa. Se me había ocurrido que quizás había llamado la atención de Luna por las noticias.

—Siempre tomo precauciones. Además, una vez que me sumerjo en una restauración, me olvido de todo lo demás. Es un ejercicio terapéutico.

—Es usted muy valiente —me felicitó. Esta vez vi algo distinto en su mirada —. La admiro por ello.

Preferí tomarme el cumplido a broma.

—No soy tan valiente. Tan solo estoy preparada.

—Mejor todavía. Valiente y prudente.

Ese comentario me trasladó al pasado. Devlin también me había descrito con dos palabras: extraña y pragmática. Eso me había dicho mientras avanzábamos por los túneles del asesino.

Devlin.

Lo último que quería era pensar en él, en aquella noche que pasé en su casa, cuando nuestra pasión abrió una puerta aterradora. Cuando los otros, atraídos por nuestro calor, se habían deslizado por el velo. Cuando tuve que enfrentarme a la horripilante realidad de nuestra unión. Había vivido en primera persona las consecuencias de entregarme a un hombre acechado, y ahora no había vuelta atrás. No había modo de cerrar esa puerta.

Tomé aliento y me alejé de Thane. No podía negar que me gustaba, quizá porque me veía reflejada en él. Ambos compartíamos ese sentimiento de no pertenecer a la familia que nos había criado.

Apenas le conocía. Tan solo sabía de su sonrisa embaucadora y su mirada seductora. Habría preferido vivir en la ignorancia. Ahora, era demasiado real para mí. Demasiado atractivo para alguien que necesitaba olvidar.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté sin poder apartar los ojos de los suyos —. Si no recuerdo mal, me dijo que había fotografías de la época y puede que hasta un mapa de la zona.

—Sobre eso... —titubeé mientras se rascaba la nuca—. Debería haberla avisado antes... Para encontrar todo ese material tendremos que rebuscar en el desván. Trasladamos toda la documentación allí hace varios años. He bajado un par de cajas, pero tendremos que revisarlas una por una hasta dar con lo que necesita.

—¿El desván? —pregunté horrorizada—. ¿También las fotografías?

Su expresión se tornó adusta.

—Lo sé. Parte de esa documentación tiene un valor histórico incalculable, así que es una lástima que no las hayamos guardado o catalogado de forma apropiada. Siempre quise ocuparme de eso, pero nunca encontré el momento o la paciencia —dijo el mismo hombre que días atrás me había dado a entender que le sobraba tiempo.

—Sé que puede ser una tarea desalentadora —murmuré, aunque, de hecho, yo habría disfrutado mucho con ese proyecto.

La fotografía era una de mis aficiones, pero las fotos antiguas eran mi verdadera pasión. Cuando era niña, mi pasatiempo favorito en días lluviosos era hojear los álbumes familiares. Aunque sabía que era adoptada, me encantaba

pasarme horas buscando entre esas instantáneas, con la esperanza de localizar a alguien que se pareciera a mí.

Caminamos hacia el escritorio. Thane desempolvó una de las sombrereras antes de levantar la tapa. Procuré disimular mi consternación al ver aquel batiburrillo de fotografías en blanco y negro. La falta de cuidado había provocado que muchas de ellas hubieran perdido su color o estuvieran arrugadas. Aunque no sé qué me sorprendió de aquello, pues toda la casa en sí misma parecía completamente abandonada.

—Tome asiento —me invitó, señalando la silla del escritorio.

Él, en cambio, se apoyó sobre una de las esquinas de la mesa. Me entregó una de las cajas para poder inspeccionar otra.

—Bueno, y... ¿asistió a la escuela de Asher Falls? —inquirí mientras examinaba las fotografías.

Aquella pregunta le pilló por sorpresa.

—Durante unos años. ¿Por?

—Por nada. Pasé por delante el otro día, con Ivy y Sidra. Me pareció un poco raro que un pueblo como este tenga una academia privada en lugar de una escuela pública.

—En realidad, no es tan raro. Hace años había una escuela pública en Asher Falls. Cuando las matrículas empezaron a bajar, desviaron el alumnado a Woodberry.

—¿La escuela privada no notó ese descenso en la matrícula?

—No, porque Pathway también es un internado, así que se matriculan alumnos de todo el condado.

—¿Cómo es?

—Como cualquier escuela, supongo —dijo, aunque no me convenció su respuesta—. Es un colegio privado. Si de niño uno aprende a moverse en ese ambiente, es más fácil que, cuando es adulto, se adapte a lugares como Emerson.

Menuda sorpresa.

—¿La Universidad de Emerson, en Charleston? ¿Estudió allí?

Parecía desconcertado.

—Sí. ¿Acaso es algo malo?

—No, solo que... Bueno, conocí a alguien que también fue a esa universidad.

—¿Ah, sí?

—De hecho, conozco a varias personas que han cursado sus estudios en Emerson. Un buen amigo mío fue profesor allí... Rupert Shaw. Pero si no me fallan los cálculos, cuando usted empezó la carrera él ya no trabajaba allí.

—El nombre me resulta familiar, pero no sé de qué.

—Actualmente dirige el Instituto de Estudios Parapsicológicos de Charleston.

—¿Estudios parapsicológicos? ¿Hechos paranormales y todo eso? —preguntó. Su mirada brillaba bajo la luz eléctrica de la lámpara—. No me diga que tuvo un

problema con fantasmas.

—¿No los tiene todo el mundo? —bromeé para quitarle hierro al asunto. Después, volví a concentrarme en mi tarea.

Nos quedamos callados. Estaba tan enfrascada estudiando las fotografías que apenas me percaté de que Thane se había levantado para estirar un poco las piernas. Aquel desfile de Ashers me cautivaba. Sus caras me parecían tan intrigantes... Todos lucían una nariz casi idéntica, el mismo perfil. Pero la familiaridad de aquellos rasgos también me perturbaba. Y entonces se me encendió una bombilla. El círculo de estatuas en el cementerio, todos esos rostros angelicales, se habían esculpido a semejanza de los Ashers ya difuntos. Thane había dado en el clavo. Por lo visto, a la familia Asher se le daba muy bien erigir grandiosos monumentos que veneraran el ego colectivo.

Thane no volvió al escritorio. Se quedó pensativo junto a la chimenea, contemplando las llamas. Era evidente que ya se había cansado del proyecto fotográfico, quizá también de mí, así que decidí que había sido suficiente por una noche. La mayor parte de las cajas estaba sin abrir, pero no quería abusar de la hospitalidad de Thane. Además, tenía que sacar a *Angus* a dar una vuelta.

Justo cuando estaba revisando la última pila de fotografías encontré una que enseguida relacioné con la instantánea que Luna tenía en su despacho. Tres adolescentes, Bryn, Catrice y Luna sonriendo a la cámara. En esa imagen también posaba un muchacho. A juzgar por sus rasgos, era un Asher, aunque no era lo bastante guapo como para ser Hugh. Y, al igual que en el otro retrato, una cuarta chica merodeaba al fondo. Aunque se escondía entre las sombras, me pareció más real. Quizá todavía estaba viva cuando se tomó la fotografía.

Ya fuera un fantasma o una chica de carne y hueso, mi reacción fue visceral. Al estudiar su rostro, sentí un temblor por todo el cuerpo, una vibración eléctrica que avivó un recuerdo. Fue como si alguien apretara un gatillo para mostrarme otra imagen. El fantasma del muelle. Era ella. La misma chica.

Solté la fotografía, como si fuera una brasa ardiente. Había algo espeluznante, puede que incluso siniestro, en la manera en que vagaba entre las sombras. En la manera en que miraba la lente, como si pudiera atravesar la cámara y viajar a través del tiempo y del espacio hasta llegar a mí...

Thane debió de ver algo extraño, porque enseguida se acercó a ver qué había descubierto.

—Oh, pero quién tenemos aquí —exclamó al ver la fotografía—. A las brujas de Eastwick O, mejor dicho, de Asher Falls.

—¿Qué?

Se rio.

—¿No se ha fijado en la... excentricidad de estas tres?

Estas tres. ¿No veía a la cuarta chica?

—Sidra me comentó que solía interesarles el tema del misticismo, de ahí su

nombre celestial. Después de lo que he oído durante la cena, intuyo que les sigue interesando.

Alcé la mirada, pero no reaccionó. Seguía observando la fotografía con el ceño arrugado.

—¿Quién es el muchacho? —pregunté.

—Mi padrastro, Edward —respondió de forma distraída—. ¿Se ha fijado en la chica del fondo?

Unos dedos de hielo danzaban sobre mi columna.

—¿Sabe quién es?

—Me resulta familiar, pero no la ubico —contestó con tono hipnótico—. Creo que he visto esta fotografía en otro sitio.

—Luna tiene una muy parecida en su despacho. Quizá la haya visto.

Contuve el aliento. Estaba ansiosa por saber si también había visto el fantasma que la cámara había capturado en el retrato de Luna.

—Nunca he estado en su despacho, así que es imposible. —Y de repente lo recordó—. Ya lo tengo. Una fotografía que encontré guardada entre las páginas de un libro después de que mi madre falleciera.

Un violento escalofrío me sacudió todo el cuerpo.

—Vaya. Me cuesta creer que haya recordado esa fotografía con tanta claridad. El día que la encontré no le di más importancia y, de hecho, hasta ahora no había vuelto a pensar en ella.

—¿También aparecía esta chica? —pregunté con demasiada impaciencia.

—En el fondo, igual que aquí. No me explico por qué la recuerdo tan bien. No es especialmente guapa, ¿verdad? Pero hay algo hipnótico en ella. Creo que es su mirada. Es como si te mirara directamente... —Se quedó callado durante unos segundos y después continuó—: De todas formas, hubo otro detalle que me llamó la atención. Estaba compuesta por distintos pedazos pegados entre sí, por lo que deduje que alguien antes la habría roto. Cuando se la enseñé a Edward, se quedó blanco, como si hubiera visto un fantasma. Me dijo que la había conocido hacía mucho tiempo, antes que a mi madre. Pero, a juzgar por su reacción, creo que debió de ser mucho más que una amiga casual. Horas más tarde, cuando creía que estaba durmiendo, le vi en su estudio mirando esta fotografía.

—¿Nunca le dijo quién era?

—No, pero había un nombre garabateado en el dorso: Freya. —Lo pronunció como « Fri-a ».

Freya. Repetí el nombre, y aquellos dedos de hielo patinaron una vez más por toda mi espalda.

—Hasta que me mudé a esta casa nunca había oído ese nombre —añadió—. Tilly Pattershaw tuvo una hija a la que llamó Freya.

—¿Tuvo?

—Murió hace años. Seguramente poco después de tomarse esta fotografía.

Dejó la imagen con sumo cuidado sobre el escritorio.

Volví a pensar en el fantasma del muelle, en aquella curiosa telepatía que había sentido al verla. Y ahora ahí estaba, en viejas fotografías, como si mi presencia la hubiera conjurado.

—¿Qué le pasó?

Thane encogió los hombros.

—Un incendio, creo. Nadie quiere hablar de ella.

Me estremecí de dolor, aunque no comprendía por qué el destino de Freya Pattershaw me afectaba de tal modo.

—¿Por qué Bryn opina que Tilly es mentalmente inestable?

Al parecer, le molestó mi pregunta.

—Exagera. Tilly es una persona peculiar, pero no es peligrosa. No le habría sugerido que le echara una mano en la restauración si creyera lo contrario.

—¿De veras cree que le interesa el trabajo?

—No perdemos nada por preguntar, aunque preferiría que no mencionara a Freya. Tilly es una mujer fuerte, no le ha quedado otra opción, pero hay algo frágil en ella.

Le miré, perpleja por lo protector que se mostraba respecto a ella.

—Nunca haría eso.

Pero tenía muchas preguntas, y sabía que no descansaría hasta hallar las respuestas. La premonición de que estaba allí por un motivo seguía atormentándome. Todo lo que había ocurrido, esa serie de extraños acontecimientos estaban de algún modo conectados con mi llegada a Asher Falls.

—No tiene buena mano con los desconocidos —dijo Thane—. Creo que lo mejor será que la acompañe a verla. Cuando esté preparada, hágamelo saber.

Asentí, pero sin comprometerme.

—Gracias. Creo que ha llegado el momento de irme a casa —anuncié, y me levanté de la silla—. ¿Quiere que le ayude a organizar todo esto?

—Déjelo. Nunca viene nadie a la biblioteca y, al igual que mi abuelo, espero que vuelva pronto por aquí.

Mi sonrisa también fue evasiva.

Caminamos hasta el vestíbulo, donde la criada me estaba esperando con mi bolso. Thane me acompañó al jardín. El cielo estaba despejado, y la noche era demasiado tranquila. El bosque envolvía de oscuridad los alrededores de la mansión. En la falda de la colina avisté el reflejo trémulo de la luna sobre el lago Bell. Desde allí, la estampa era relajante, maravillosa. Ni una sola ola traicionaba el revuelo de almas inquietas que se libraba bajo la superficie. Me estremecí al pensar en la bruma. Respiré profundamente ese aire fresco con aroma a pino y me abotoné la chaqueta.

Thane me cogió por el brazo. El contacto de su piel me aceleró el pulso, cosa que me sorprendió. Cuando llegamos al coche, me di media vuelta para desearle

buenas noches, pero se me atragantaron las palabras. Thane me miraba con detenimiento, con esos ojos verdes tan hipnóticos. Seguí la curva de sus labios hasta la sombra de sus pestañas. Apenas unos centímetros nos separaban; creí escuchar el latido de su corazón, pero sabía que eran solo imaginaciones mías.

Quería besarme. Sentía su deseo con la misma certeza con la que percibía el frescor de la noche en mi piel. Indecisa, no sabía qué hacer. No estaba preparada para nada más que una simple amistad.

En mitad de aquel silencio cargado, aparté la mirada. Advertí una silueta tras uno de los balcones superiores. No era un fantasma, sino Pell Asher, que nos estaba vigilando.

Inquieta, miré hacia otro lado.

—Debería irme...

Y antes de que pudiera protestar, Thane se inclinó y me besó. No reaccioné ni le rechacé. Tan solo me limité a cerrar los ojos. Pero la emoción nerviosa que aleteaba en mi estómago me desconcertó. No anhelaba ese beso, pero tampoco me aparté.

Thane enseguida se percató de mi reticencia y apartó sus labios de los míos. Después me acarició la mejilla con la mano.

—Pronto —prometió.

Dubitativa, asentí, aunque no tenía la menor idea de qué había querido decir con eso.

Una vez en el coche, eché un vistazo por el espejo retrovisor y le vi en mitad del camino, iluminado por las estrellas. Se había quedado allí, mirando cómo me marchaba. Y entonces se me ocurrieron dos cosas. A pesar de sentirse culpable por la muerte de Harper, no tenía ningún fantasma anclado a él.

Y segundo, cuando Thane me besó, no pensé en Devlin.

Capítulo 15

Cuando llegué a casa fui directa al porche trasero a ver a *Angus*. Me estaba esperando junto a la puerta para recibirme. Le saludé con varios mimos antes de dejarle salir. Me recompensó meneando la cola, cosa que todavía no había visto en él. Tenía mucho mejor aspecto. Incluso me pareció que, bajo la luz plateada de la luna, su pelaje relucía. Pero no fue más que una ilusión óptica. Su respuesta a mi dosis de cariño sí que no fue fruto de mi imaginación. *Angus* se aferró a mí, mirándome con aprecio.

—Uno de estos días tendré que darte un buen baño, señorito —le dije—. Ya te he consentido bastante. ¿Quién sabe? Puede que te guste.

Angus contestó pasándome el hocico húmedo por la barbilla.

—Ya basta. Salgamos a dar un paseo para que pueda acostarme lo antes posible.

Ahogué un bostezo y le seguí hacia la puerta principal. Me quedé en el último peldaño mientras él trotaba por el jardín. Se lo estaba pasando en grande, olisqueaba cada matorral y, de vez en cuando, pateaba algo enterrado entre la maleza. No me gustaba meterle prisa. Según lo que había leído sobre peleas de perros, probablemente se había pasado la mayor parte de su vida encerrado en jaulas demasiado estrechas de perreras mugrientas antes de que lo arrojaran al bosque a morirse de hambre. Ahora que gozaba del lujo de tener siempre la panza llena, quería que disfrutara de su libertad. Pero ya era medianoche, y el lago seguía allí. Me giré para echar una ojeada a la superficie. Una nube estaba tapando la luna, cubriendo así todo el paisaje con una sombra tenebrosa. La noche había enmudecido. El silencio era tan pesado que incluso oía el murmullo de una suave brisa escurriéndose entre las hojas y el repentino martilleo de mi corazón. El fantasma estaba ahí, escondido en la más profunda oscuridad. Sentía el frío de su presencia reptando por mi espalda. Por un segundo, llegué a creer que me había tocado...

Freya.

El nombre me vino a la mente de inmediato. Me sobresaltó la certeza de que era ella. No me moví, por supuesto, ni mostré ningún tipo de reacción. Me quedé anclada sobre el peldaño, con la mirada fija en el lago. Las sienas me latían al mismo ritmo que el corazón. El esfuerzo de contener un escalofrío me estaba

mareando. ¿Por qué tenía una reacción tan fuerte con este fantasma en particular? ¿Por qué era tan distinta del resto? En algún lugar a mi izquierda, *Angus* gruñó. Él también podía verla. O, por lo menos, sentir su presencia. Utilicé su gruñido como excusa para girarme hacia él. Le llamé varias veces. Por suerte, después de tantos años viendo fantasmas, no me tembló la voz.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

Estaba justo ahí. Detrás de mí.

Dios mío. Estaba tan cerca que se me heló el aliento. El frío que emanaba de su silueta nebulosa era casi insoportable. Me costó una barbaridad evitar que me castañetearan los dientes.

Quería preguntarle por qué, de entre todos los lugares posibles, había decidido aparecer justo allí. ¿Qué quería de mí? Pero silencié esas preguntas. Ya había quebrantado las normas de mi padre y había vivido en mi propia piel las terribles consecuencias, así que no estaba dispuesta a demostrarle a Freya que podía verla.

Debió de adivinar mi reticencia, porque un segundo después se acercó. ¿Le atraía mi calor humano? ¿Mi energía? Al igual que los demás espectros que se colaban por el velo, ¿ansíaba lo que jamás podría volver a tener? Deseaba con desesperación que esa sencilla explicación justificara su presencia allí, pero entonces empecé a sentir los tentáculos gélidos de esa extraña telepatía por todo mi cuerpo. Freya quería comunicarse conmigo. Estaba haciendo todo lo que estaba en su poder para forzarme a admitir que la veía.

Al menos eso fue lo que interpreté. Ella no habló ni trató de rozarme, pero, de repente, me vinieron a la mente varias imágenes que no me pertenecían. Un revoltijo de visiones espantosas que no tenía lógica alguna. Y mucha oscuridad. Y soledad. Fue como asomarme al otro lado del velo. Ese vistazo fue aterrador, pero, aun así, me resultó seductor...

De hecho, creo que llegué a aproximarme a ella porque *Angus* se puso a rezongar como un loco. Estaba agazapado en un rincón del porche.

—¡*Angus*! ¡Ven aquí!

Volvió a gruñir. A regañadientes, rodeó la silueta de Freya y se sentó a mi lado. Le achuché. Ahora era yo quien necesitaba sentir su calor.

Sin embargo, con todo, el fantasma se deslizó hacia mí. Freya se quedó suspendida ante mis ojos. Ya no transmitía confusión, sino una emoción mucho más oscura. Empezó a disiparse y percibí la intensidad de ese sentimiento como un golpe físico.

« ¡Vete ahora! » .

Subí a toda prisa la escalera del porche con *Angus* pisándome los talones.

Algo me despertó en mitad de la noche. Parpadeé varias veces antes de abrir

los ojos. Me quedé tiritando bajo las sábanas, tratando de escuchar el sonido que me había desvelado. La casa estaba sumida en el silencio, pero de todas formas me levanté. Me puse un jersey sobre el camión y crucé el pasillo. El suave resplandor que se filtraba por los ventanales me sirvió como guía hacia la puerta principal. Comprobé varias veces que había echado el pestillo y que había cerrado con llave. Después fui hasta la cocina para echar un vistazo por la puerta trasera.

La luna se reflejaba sobre el lago; la silueta de los pinos se erigía romántica hacia un cielo repleto de estrellas. El bosque que se extendía alrededor del lago era una mancha sólida. Y a lo lejos, el majestuoso perfil de las montañas. Admirando los picos iluminados por las estrellas, me acordé de algo que Catrice había dicho durante la cena: «Tú sabes tan bien como yo que esas montañas albergan secretos».

Secretos... y tumbas ocultas, por lo visto.

Todo parecía estar en orden ahí fuera, así que decidí regresar a la cama. De repente, se me puso la piel de gallina en los brazos y en la nuca, como si una corriente invernal se hubiera colado por una grieta. Me giré hacia la ventana. Quizá no todo estaba tan en orden. *Angus* habría acudido a toda prisa a la puerta trasera si me hubiera oído bajar las escaleras. Le llamé varias veces y vi que su cama provisional estaba vacía. ¿Dónde se había metido?

Abrí la puerta y salí. La noche se sentía fría.

—¿*Angus*?

No estaba en el porche. Controlé los nervios para evitar un ataque de pánico. Había encontrado una salida. No había otra explicación. A los perros se les daba muy bien eso. Pero había algo en su ausencia que, una vez más, me puso los pelos de punta.

Y entonces descubrí el agujero que había en la tela metálica de la puerta. Un hueco lo bastante grande para meter la mano y abrir el pestillo. Alguien había dejado suelto a *Angus* y yo no me había enterado de nada.

La puerta quedó balanceándose. Descalza, bajé los escalones del porche. Me detuve en el último peldaño y escudriñé la arboleda. Me sobresaltó un quejido débil pero espeluznante. Aquel llanto fue tan frágil que me convencí de que me lo había imaginado. Habría sido el viento soplando entre los árboles o el barco anclado en el muelle, rozando los pilotes de madera. Y lo escuché de nuevo, el agudo lamento de un animal angustiado. *Angus*.

Me giré de inmediato. El corazón me latía con tal fuerza que parecía que me iba a explotar el pecho, pero, incluso en ese momento de pánico, logré contener el impulso de correr a ciegas hacia el bosque. En lugar de eso, entré en casa, me calcé las botas a toda prisa y me armé con una linterna y el gas lacrimógeno que llevaba siempre en el bolsillo. No me consideraba una chica valerosa y atrevida. Había aprendido a rodearme de fantasmas por necesidad, no por valentía. Pero

ahora avanzaba por esa casa con una determinación resuelta. Si *Angus* yacía malherido en mitad del bosque (y no podía quitarme esa imagen de la cabeza), tenía que encontrarlo.

Bajé las escaleras de dos en dos, atravesé el jardín corriendo y seguí el sendero que se adentraba en el bosque, utilizando como única brújula esos gemidos desesperados. Pero no volví a llamar a *Angus*. No tenía la menor idea de lo que me esperaba entre esos árboles. El sigilo era mi único amigo. Mientras avanzaba por el sendero de tierra mantuve la linterna enfocada hacia el suelo. A excepción del rayo de luz eléctrica, todo a mi alrededor era como un abismo silencioso de negrura opaca. Habría agradecido oír el ulular de un búho o el crujir de las hojas bajo mis pies, pero incluso la brisa había enmudecido.

Tras adentrarme unos cien metros, observé que los árboles se estrechaban y crecían más altos. De pronto, avisté un pequeño claro en el bosque, iluminado por la luz de la luna. En mitad de ese círculo, me esperaba una forma oscura. Me repetí varias veces que no era más que una sombra o un matorral. Al moverse, me sobresalté. El corazón me dio un vuelco, literalmente. Y entonces orienté la linterna hacia el claro y reconocí el brillo de una mirada conmovedora.

—*Angus*—resoplé, aliviada.

Cuando le vi, estaba tumbado. Sin embargo, cuando escuchó mi voz se puso en pie y corrió hacia mí, pero tras unas veloces zancadas, algo le jaló del cuello y el perro aulló como protesta. Enseguida supe por qué. Lo habían atado al tronco de un árbol con una cuerda.

Me invadió el miedo. Era como si alguien también tirara de mí. Me temblaba todo el cuerpo y, por mucho que deseara ayudar a *Angus*, los músculos no me obedecían. Y es que nunca había estado tan asustada, lo cual puede sonar un tanto extraño teniendo en cuenta que veía fantasmas desde que era niña y que un asesino me había perseguido hacía poco más de un año. Sabía lo que era el miedo, pero el terror que me envolvía no era por mi seguridad física, ni siquiera por *Angus*. Me aterrorizaba algo... dentro de mí. Una parte desconocida de mí misma que estaba descubriendo ahora: la pieza del rompecabezas que me conectaba a ese lugar tan peculiar e inquietante.

Cogí aire y procuré tranquilizarme. Cuando noté que el pulso disminuía me obligué a andar hacia *Angus*. Pero, tras dar un paso, me quedé petrificada de nuevo. Esta vez no fue por el miedo, sino por el cosquilleo que me adormecía cada terminación nerviosa. No sabía qué había hecho saltar esa alarma. El gemido lastimoso de *Angus*. El viento gélido. Ese instinto dormido que se había despertado de repente. Fuera cual fuese el motivo, me quedé allí inmóvil, con un pie delante del otro. Iluminé el sendero con la linterna.

A punto estuve de no darme cuenta. El camuflaje de hojas y pinocha era perfecto. Fue una suerte que la linterna revelara un destello metálico en el suelo.

Me había concentrado tanto en hallar una explicación para aquel misterio metafísico que me había olvidado por completo de seguir la pista de la verdadera amenaza. Alguien se había llevado a *Angus* del porche para atarlo a un árbol del bosque. No era un acto de crueldad cualquiera. Tras eso se escondía un propósito muy oscuro.

Recogí un palo del suelo y aparté la maleza que cubría el camino. Bajo la alfombra de hojas secas y agujas de pino descubrí una trampa metálica. Era enorme, mayor que la que se necesita para cazar una pierna humana. Pero en ese primer momento, no dudé de la intención de esa trampa. Estaba colocada al final del sendero, justo entre *Angus* y yo. El perro no era más que un señuelo para arrastrarme hasta allí.

Pero ¿por qué?

De inmediato pensé en aquella tumba oculta y en cómo había reaccionado la gente cuando lo conté. Nunca habría imaginado la tensión que se había creado entre los invitados, ni el intento exageradamente informal de Hugh de justificarlo. También me había sorprendido la respuesta de Luna. Había dejado caer un bombazo sobre la mesa y ahora todo el mundo se sentía amenazado.

Me aproximé a la trampa con la misma prudencia que a un nido de serpientes. Utilicé el extremo afilado para hacer saltar el muelle. Un segundo más tarde, las mandíbulas de hierro se cerraron de golpe produciendo un estrépito que me dejó aturdida. El sonido retumbó en todo el bosque, como si se tratara de un trueno inesperado. Los pájaros que descansaban en las ramas de los pinos empezaron a revolotear con histerismo.

Preferí no mirar hacia arriba. Seguí con la mirada fija en el claro del bosque. ¿El autor andaría por ahí cerca, esperando a oír ese sonido?

Con tan solo el bote de gas lacrimógeno como defensa, me sentía vulnerable y expuesta. Se me ocurrió que quizá lo más sensato era cobijarme entre los árboles y esperar si aparecía alguien. Pero tenía que salvar a *Angus* y, además, quien fuera que hubiera puesto esa trampa ya estaría muy lejos de ahí. Su objetivo era dejarme ahí tirada hasta la mañana siguiente para que los animales salvajes siguieran el rastro de mi sangre.

Respiré hondo e iluminé con la linterna el camino que continuaba más allá del claro, en dirección a la casa de Tilly Pattershaw. El sendero estaba despejado, así que aparté la luz, pero, por algún motivo, recapacité y fijé el rayo de luz sobre un montículo de hojas y agujas de pino que delataba otra trampa. Entré en el claro y dibujé lentamente un círculo con la linterna en la mano. Había trampas por todos lados.

Y entonces lo vi claro. Alguien había utilizado a *Angus* como cebo para llamar la atención de algo que acechaba esos bosques. Algo que podía venir de cualquier dirección. «Algo lo bastante grande como para arrastrar un cadáver sin dejar rastro».

Se levantó una repentina brisa que arrastraba esa terrible humedad. El frío de un demonio ancestral que hiela hasta los huesos. A mi alrededor, las hojas empezaron a murmurar y suspirar, como si liberaran un aliento hasta entonces reprimido: «Amelia... Amelia...».

El silencio era sepulcral. Tan solo se oía ese murmullo y el rugido de la sangre fluyendo por mis oídos. Y de pronto una violenta ráfaga de viento agitó y removió las hojas secas que yacían sobre el suelo. Por fin me deshice de esa parálisis que me mantenía inmóvil. Corrí hacia *Angus* y me desplomé a su lado. No estaba herido, pero cuando me acarició con el hocico, distinguí un olor químico en su aliento. Quizá lo habían drogado para llevarlo hasta allí. Eso explicaría que se lo hubieran llevado sin despertarme.

Pero... no era el momento de pensar en eso. En el aire se oía un terror fresco. Ese viento huracanado provenía del corazón del bosque. A *Angus* se le encrespó el pelo de la espalda y se giró para gruñir a la oscuridad.

—No pasa nada —repetía entre susurros mientras intentaba liberarle.

La cuerda que le sujetaba por el cuello estaba atada con varios nudos, y no era capaz de desatar ninguno. A pesar del frío, me sudaba la espalda por el miedo y la tensión. Me maldije por mi falta de previsión, por no haber cogido la navaja multiusos que guardaba en el bolsillo de mis pantalones.

—Vamos, vamos.

Se me partieron todas las uñas, pero seguía sin poder quitar esos malditos nudos.

A mi espalda, una de las trampas se cerró bruscamente. Asustada, me giré y perdí el equilibrio. Una sombra avanzaba entre la más profunda oscuridad del bosque hacia el claro. *Angus* se agazapó, pero ni siquiera intentó atacar a la silueta.

Tras cada paso, la sombra tomaba una forma más precisa. Al principio la confundí con el espectro de un fantasma, pero a medida que se acercaba a la luz de la luna, vislumbé un rostro envejecido y una cabellera gris y despeinada. Enseguida supe quién era: Tilly Pattershaw.

Como yo, llevaba botas y un camión de lino blanco. También se había abrigado con una chaqueta de lana. Era una mujer menuda y frágil, o esa fue mi primera impresión. Empuñaba un cuchillo, un puñal gigantesco y aterrador que hizo girar sobre su cabeza mientras agarraba la cuerda para tensarla. Cortó la cuerda de un solo hachazo. Su inesperada aparición me dejó de piedra. No me había movido ni había hecho ruido alguno. Con torpeza, me levanté. Ahora, el viento bramaba con más fuerza.

Tilly escudriñó los árboles que se alzaban a mi espalda. Me pareció que estaba temblando.

—¡Sal de este bosque, chica!

La ventisca le alborotó su larga cabellera plateada y le levantó la falda del

camisón.

—¿Y tú?

Aunque bajo el resplandor nocturno su rostro podía confundirse con el de un antiguo chamán, su acento pertenecía, sin duda, a alguien que había crecido entre esas montañas.

—No viene a por mí.

Me di media vuelta y escruté el bosque. Hasta los árboles tiritaban de frío. El aire rezumaba una vibración inhumana.

—¡Vete! —exclamó.

—¡*Angus*, vamos!

El perro me obedeció sin rechistar y nos alejamos del claro.

—¡No te apartes del camino! —la oí chillar, pero el viento enseguida enmudeció sus gritos.

A ciegas, corrí a toda prisa por el sendero. Me tropecé con una raíz que a punto estuvo de hacerme caer al suelo. Me ardía el tobillo, pero no estaba dispuesta a permitir que un esguince me parara. No con ese viento huracanado persiguiéndonos. Apreté los dientes para soportar el dolor y continué avanzando por el camino, con *Angus* a mi lado. Algo descendió en picado delante de nosotros; un murciélago, pensé. Y acto seguido cientos de pájaros empezaron a batir sus alas. No me atreví a mirar al cielo, pero presentía que una nube estaba cruzando la luna.

Avisté la última línea de árboles que anunciaba el término del bosque, así que cogí la cuerda que *Angus* todavía tenía atada al cuello y me preparé para ese tramo final hasta el jardín. Pero, en cuanto el lago se hizo visible a mi derecha, me flaquearon las fuerzas y tuve que dejar de correr.

Lo que fuese que había descendido de las montañas había sacudido las almas que yacían sin descanso en el fondo del lago. Las campanas tintineaban como un coro espeluznante desde las turbias profundidades del lago Bell. Los repiques discordantes quedaban amortiguados por el agua y por una miasma espesa que se retorció hacia la orilla, reptando por las piedrecitas que conformaban el camino y deslizándose hacia el jardín donde estábamos *Angus* y yo.

Y, a través de ese muro de neblina, unos brazos diáfanos trataban de alcanzarme. Al igual que en la pesadilla recurrente de mi infancia. Manos que sobresalían de las paredes del túnel para agarrarme. Sabía que no podía dejar que me tocaran. Me arrastrarían hacia esa nube de niebla, me sumergirían en el lago y me empujarían hacia ese cementerio subacuático...

Los aullidos cada vez se oían más cerca. El corazón me iba a mil por hora. Habría jurado escuchar el aliento cansado de una criatura encarnizada trotando por el camino que acabábamos de andar. Enrosqué la cuerda alrededor de mi mano y tiré con fuerza.

—¡Corre!

No tuve que ordenárselo dos veces. Estimulado por el miedo y sus instintos, *Angus* saltó hacia delante con tanta fuerza que a punto estuve de caerme de bruces, pero conseguí mantener el equilibrio y seguirle el ritmo. No osé mirar atrás, pero ese frío paranormal parecía perseguirnos mientras cruzábamos el jardín, subíamos la escalera del porche y entrábamos en casa. Cerré de un portazo. Una vez dentro, me senté en el suelo y abracé a *Angus*. Le estreché con todas mis fuerzas mientras esperaba que el frío se filtrara por cada grieta de la casa. Pero esa casa nos protegía. El campo sagrado sobre el que estaba construida nos ofrecía un refugio seguro. Pasados unos minutos, me levanté y me asomé por la ventana. La neblina se había disipado. En el bosque reinaba el silencio más absoluto. El resplandor de la luna sobre el lago me pareció más hermoso que nunca.

Busqué la navaja multiusos y corté la cuerda que rodeaba el cuello de *Angus*. La tiré a la basura y miré si tenía alguna herida, pero, aparte de ese extraño aliento, parecía estar bien. Le di un poco de agua fresca. Después de lo ocurrido, era muy probable que tuviera el estómago revuelto, así que preferí no darle nada de comer.

—Hoy duermes dentro —murmuré.

Movió la cola a modo de agradecimiento y me siguió por el pasillo. Cogí una manta del armario y la extendí sobre el suelo, a los pies de mi cama. Se tumbó de cara a la puerta. Me descalcé las botas y me metí debajo de las sábanas. Aunque sabía que *Angus* vigilaba la puerta, no pegué ojo hasta el amanecer.

Capítulo 16

Salvo por el tobillo hinchado y el agujero en la puerta de tela metálica, todo indicaba que el drama de la noche anterior había sido solo una pesadilla. Me desperté en pleno día. *Angus* ya se había levantado y estaba rondando por la casa. Al oír que me desprecizaba, empezó a gimotear para hacerme saber que necesitaba salir.

Volví a fijarme en los daños que había sufrido la tela metálica de la puerta trasera antes de salir al porche. No me explicaba cómo diablos no me había enterado de que alguien había irrumpido en mi casa. Sin duda habrían sedado a *Angus*, porque, de no ser así, se hubiera puesto a ladrar como un loco. Me puse a pensar en cómo había olisqueado el suelo cuando le saqué a pasear después de la cena de los Asher. Quizás alguien había arrojado un pedazo de carne con algún somnífero al jardín. Supuse que, puesto que todavía se estaba recuperando de una hambruna extrema, el pobre perro habría engullido lo que se hubiera encontrado por el camino, aunque apestará a sustancias químicas.

Repasé toda la zona buscando alguna pista, pero lo único que hallé fue la huella de un talón en el barro. Fácilmente podía ser mía.

Un trío de ardillas que rebuscaba bellotas entre las hojas mantenía a *Angus* entretenido, así que localicé un punto soleado y me senté. No le quité ojo de encima. A simple vista parecía estar bien, pero sabía que no me tranquilizaría hasta que lo llevara a un veterinario para someterle a una revisión general.

De todas formas, ya había decidido hacer un pequeño viaje a Charleston. Mi madre estaba muy débil. Las dos últimas veces que había llamado por teléfono no había podido hablar con ella, y empezaba a preocuparme que la quimioterapia estuviera pasándole demasiada factura. La tía Lynrose me había asegurado que todo marchaba bien, pero necesitaba verlo con mis propios ojos. A lo mejor incluso me daba tiempo a ver a mi padre.

Desde que mi madre se había mudado a Charleston para recibir el tratamiento, apenas le había visto. Ni siquiera recordaba la última vez que habíamos hablado, aunque eso era bastante habitual en nosotros. A pesar de ser la única persona con la que podía hablar de fantasmas, y ese lazo siempre nos mantendría unidos, ya ni siquiera intentaba cruzar el abismo que nos separaba. Por fin había aceptado que, por sus razones, él necesitaba esa distancia.

De forma distraída, arranqué un tallo de bergamota que crecía junto a los escalones y me llevé la flor púrpura a la nariz. La mañana parecía tranquila. El lago parecía un espejo que reflejaba el sol, el cielo y las imágenes vacilantes de los árboles. Me incorporé y avancé por las piedras del camino que conducía hasta el muelle. Me apoyé sobre la barandilla y observé aquellas profundidades tan inmóviles. Por supuesto, no vi nada extraño. El agua estaba un poco revuelta, pero no me costó visualizar las ruinas del cementerio de Thorngate al fondo. Distinguí un débil zumbido en el aire y, por un instante, pensé que sería el eco de las campanas. Pero cuando agucé el oído, tan solo percibí el suave sonido de las las rompiendo en los pilones de madera.

Tiré la flor al lago y volví al jardín, donde *Angus* seguía embobado con el espectáculo de las ardillas. Me tentaba la idea de recoger las cosas y regresar a casa, a Charleston. Abandonar la restauración sin pensar en el contrato que había firmado ni en mi reputación. Necesitaba salir de allí. Algo alarmante estaba sucediendo en Asher Falls y, de algún modo, estaba implicada. Puede que fuera la causa, incluso. No entendía cómo ni por qué, pero seguía pensando que mi papel allí estaba predestinado. La ansiedad que se había apoderado de mí la noche anterior en el claro, el miedo a mi propio destino, me había conmocionado.

Y a pesar de todo eso... no me marché. Me quedé allí sentada, bajo ese sol con aroma a limón, como si no tuviera preocupaciones en la vida. Porque estaba segura de que lo que me había llevado allí encontraría el modo de hacerme volver.

« Muertos o vivos, los Asher estamos obligados a volver a casa » .

Todavía hoy no sé por qué me vino esa frase a la cabeza en ese preciso instante. Traté de ignorarla, porque lo último que me apetecía era convertir a Pell Asher en mi obsesión matutina. Pese a su carisma, la conversación que mantuvimos fue, cuando menos, desconcertante. Me sorprendió enterarme de que nuestros caminos se habían cruzado hacía tantos años. Pero más extraño me pareció el hecho de que me hubiera visto jugando en el cementerio de Rosehill cuando no era más que una cría y todavía lo recordara.

Tras esa reflexión, mi propia memoria emergió a la superficie, vaga por el tiempo y la distancia. Estaba convencida de que mi preocupación por mi madre y los extraños acontecimientos que me habían sucedido desde mi llegada habían evocado esos recuerdos. El obturador de mi cerebro reaccionó a esos estímulos y, poco a poco, me vino una imagen a la cabeza.

Me vi a mí misma, agazapada sobre el suelo del comedor. Con las piernas encogidas y abrazándome las rodillas, escuchaba a hurtadillas a mi madre y a la tía Lynrose. Charlaban en el porche, con esa encantadora cadencia de su acento sureño. Debía de tener seis o siete años, y aún no había visto ningún fantasma. Pero mi mundo siempre había sido un lugar protegido, aislado, así que me

fascinaba escuchar ese acento exótico y lejano. Mi madre y mi tía eran dos mujeres hermosas que presumían de una feminidad basada en el aroma a madreSelva, madera de sándalo y ropa limpia. Mi padre, en cambio, olía a tierra. ¿O era yo? Recuerdo que a mi madre la horrorizaba que tuviera las uñas manchadas de mugre o que me paseara por ahí con ramillas y hojas enredadas en el pelo. Incluso cuando me vestía con la ropa de los domingos, no me libraba de mi aspecto harapiento.

Estaba sentada con la mejilla apoyada en las rodillas. La brisa cálida que se colaba por las cortinas de lazo me adormilaba. Hasta me acordaba del incesante zumbido de una abeja que revoloteaba atrapada en la tela metálica de la puerta y del aroma a césped recién segado. Era una típica tarde veraniega, soñolienta e hipnótica, hasta que el repentino tono de mi tía me sacó de mi ensoñación. Nunca había oído hablarle así a mi madre.

—¿Tienes idea de lo que daría por estar en tu pellejo? Tienes un marido y una hija que te adoran. ¿Qué más quieres?

—No lo entiendes...

—Oh, sí. Claro que lo entiendo. Siempre quisiste una vida perfecta, con un marido perfecto y una hija perfecta. Eso es lo que todo el mundo esperaba de ti, dicho sea de paso. Pero los sueños no siempre se cumplen, Etta. La vida te pone obstáculos. Lo hecho, hecho está. Tienes que olvidarte de una vez por todas del pasado.

—Creí que lo había conseguido —dijo mi madre con aire melancólico—. Pero el otro día cogí el coche y subí hasta allí.

Mi tía resolló.

—¿Después de tantos años? ¿Por qué lo hiciste?

—Quería visitar su tumba.

Ambas enmudecieron. Yo contuve la respiración. No entendí la conversación, pero sabía que hablaban de algo serio porque mi tía jamás alzaba la voz. Quería a mi madre con toda su alma. Tan solo se llevaban un año de edad, pero la tía Lynrose siempre había aparentado ser más joven y a la vez mayor que su hermana. Más joven porque todavía poseía los atributos coquetos de una chica. Mi madre, por otro lado, era una mujer que, con los años, se había vuelto muy seria. Y mayor porque adoptaba un ademán demasiado protector con mi madre. Estaban muy unidas, y eso me hacía sentir muy sola porque compartían secretos que nunca me desvelarían. Secretos de hermanas.

—¿Y? —murmuró Lynrose.

Mi madre se tomó unos instantes para responder.

—Fue un momento muy extraño.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo explicar con palabras lo que sentí al pasar por ese pueblo —dijo en voz baja—. Es como si el alma de ese lugar se hubiera podrido. La gente, las

casas..., incluso el aire que se respira está contaminado. No soporto pensar que mi pequeña descansa en un lugar tan horrible.

—No tienes por qué. Ella está aquí, contigo, donde debe estar.

—Por ahora.

En ese momento de silencio, me imaginé a mi madre palpándose la garganta y jugueteando con la cruz de oro que siempre llevaba.

—Oh, Lyn. He sido tan débil. Nunca he querido a esa niña con todo mi corazón porque me daba miedo que alguien viniera a por ella.

—Pero no vendrán. No pueden.

—Sabes que sí.

—Han pasado muchos años. Ahora es nuestra, Etta. Acéptala como una bendición y quiérela como si fuera tu propia hija —murmuró Lynrose. Pero desde el otro lado de la ventana percibí algo en su voz, un miedo palpable, que me hizo estremecer.

El recuerdo voló hacia las sombras de mi pasado, dejándome profundamente trastornada. ¿De veras aquella conversación había tenido lugar? Quizá no fuera más que un sueño o un recuerdo falso creado por mis propios miedos. Tenía un sinfín de ellos relacionados con mi madre y mi tía. A lo largo de mi infancia, me había pasado horas acucillada junto a esa ventana abierta, mientras ellas chismorreaban. ¿Por qué habría enterrado ese recuerdo en especial?

Aunque fuera real, no lograba entender que pudiera recordar cada palabra con tanto detalle. Habían pasado muchos años. Lo más probable era que hubiera adornado un poco la conversación. Además, era demasiado aventurado asumir que el pueblo en cuestión era Asher Falls. ¿Qué habría llevado a mi madre hasta allí arriba? ¿La tumba de quién habría querido visitar? ¿Y por qué tenía tanto miedo de que alguien viniera a por mí cuando la mujer que me dio a luz me había rechazado?

Como si olfateara mi desazón, *Angus* se acercó y se dejó caer a los pies de los escalones. Apoyé la barbilla sobre las rodillas y le rasqué los bultos de las orejas, pero mi mente no dejaba de dar vueltas a ese súbito recuerdo: « Es como si el alma de ese lugar se hubiera podrido. La gente, las casas..., incluso el aire que se respira está contaminado ».

A decir verdad, esa descripción encajaba a la perfección con Asher Falls, pero me costaba creer que mi madre se refiriera a ese pueblo. Era incapaz de imaginármela allí. En cierto modo, ella había vivido una existencia más solitaria que yo. No sabía nada de fantasmas y se burlaba de cualquier historia paranormal, sobre todo de las historias que me explicaba mi padre sobre su infancia en las montañas.

El sol me estaba quemando los hombros, pero no podía dejar de temblar. Las horas pasaban, y cada vez estaba más convencida de que el encargo de restaurar Thorngate no había sido pura casualidad, que no me habían encontrado en una

guía telefónica ni en Internet. Mi llegada a ese pueblo formaba parte de un proyecto, de un esquema a gran escala que se remontaba a la época en que Pell Asher me vio jugar entre los muertos del cementerio de Rosehill.

Cargué todas mis herramientas en el maletero y rodeé el coche para recoger a *Angus*. Avisté a una mujer en la punta del muelle, arrojando algo al agua. El pulso se me aceleró, pero enseguida me di cuenta de que era imposible que un fantasma se manifestara antes del ocaso. Y, aunque estaba de espaldas, enseguida reconocí la silueta delgada de Tilly Pattershaw.

Angus se había tumbado bajo una sombra para observar de nuevo a las ardillas. Me asombró que no hubiera ladrado al verla. Por lo visto, su presencia no le había alarmado en lo más mínimo. De hecho, estaba a punto de dormirse. Me agaché y le di unas palmaditas en el lomo antes de seguir el caminito de piedras. Tosí con discreción para no asustarla. Pero no se inmutó, ni siquiera cuando las tablas de madera del muelle empezaron a chirriar tras mis pasos.

—¿Señora Pattershaw? —llamé en voz baja.

—Llámame Tilly —dijo, sin moverse ni un milímetro.

—Buenos días. Soy Amelia.

—Ya sé quién eres.

—Supongo que Luna te avisó de que me quedaría aquí un tiempo. Gracias por preparar la casa. Te agradezco mucho que me ayudaras anoche —añadí, y me deslicé a su lado, junto a la barandilla—. No sé si habría conseguido desatar al perro si no hubieras aparecido.

—No he venido a que me des las gracias —espetó.

—Ya lo sé, pero, aun así..., te estoy muy agradecida. —Señalé la casa—. Alguien cortó la tela metálica de la puerta y se llevó a *Angus*. No viste a nadie más en el bosque, ¿verdad?

—Solo te vi a ti, chica —dijo.

Y por primera vez me miró directamente a los ojos. De forma casi automática percibí un ligero escalofrío en la parte inferior de la espalda. Tilly Pattershaw no me asustaba... ni de lejos. Para ser sincera, me alegraba de verla. Pero había un trasfondo en su voz, la sombra de algo oscuro en su mirada que me hizo aferrarme a la barandilla con todas mis fuerzas. Me costó mucho esfuerzo relajar los dedos.

—Supongo que te fijaste en las trampas colocadas alrededor de todo el claro, ¿no?

—No te preocupes por eso —dijo, y lanzó otro puñado de migas al agua. Luego se giró para estudiar mi expresión. En contra de la afirmación de Bryn Birch, esa mujer parecía tener el control completo de sus facultades—. Ya me he ocupado de las trampas.

—Me alegra saberlo.

Tenía muchísimas preguntas que hacerle respecto al episodio del bosque, pero recordé la advertencia de Thane. Por lo visto, no sentía gran aprecio por los forasteros, y no quería asustarla.

Nos quedamos en silencio mientras los peces se zampaban las migajas de pan. Era una mujer sencilla. Llevaba unos guantes de algodón, pero, aun así, movía las manos con elegancia y soltura. Se había recogido el pelo en un moño bajo, a la altura de la nuca, un estilo que poco encajaba con una tez tan arrugada. Sin embargo, le caían unos mechones plateados que eternecían ese además huraño. Parecía una mujer de contrastes, y eso me gustaba.

Hice un ligero movimiento y Tilly alzó la mirada. Sus ojos dejaron entrever el alteo de una emoción, pero enseguida volvió a concentrarse en los peces.

—Luna me comentó que tu casa está siguiendo ese camino —dije—. ¿Está cerca?

—Bastante.

—¿Sueles venir a dar de comer a los peces?

—Vengo a visitar el cementerio.

—¿El cementerio? Te refieres... ¿a este de aquí abajo? —puntalicé, indicando las profundidades turbias del lago—. ¿Tenías familia enterrada en Thorngate? —pregunté con sumo cuidado.

—La mayor parte de mi familia descansa en Georgia —contestó.

¿Y Freya?

—Thane Asher me explicó que no se movió ningún cadáver cuando subió el agua. ¿Es verdad?

—Así es. Siguen ahí abajo. Justo bajo nuestros pies. Los Fougerant y los Hibberd, y los pobres Moultrie también. Mi pequeña los conocía a todos.

La miré de reojo, anonadada.

—¿Qué quieres decir?

Tilly vaciló, pero no le temblaban las manos.

—Cuando se sentía sola, venía aquí y leía las lápidas. Se sabía todos los nombres de memoria. Eran sus amigos, o eso decía ella. Y el cementerio era su escondite favorito. Su lugar especial.

Ese cosquilleo en la espalda otra vez.

—Cuando era niña también me gustaba jugar en un sitio parecido. El cementerio de Rosehill. Era mi escondrijo particular. Mi santuario. El único lugar donde me sentía a salvo.

Asintió.

—Mi niña está muerta, pero creo que, si pudiera, vendría aquí.

No supe qué contestar a eso. El corazón empezó a latirme con fuerza cuando imaginé el fantasma de Freya cerniéndose sobre ese mismo muelle. Me faltaba el oxígeno. Quería contárselo a Tilly, pero sabía que no podía permitirme el lujo

de admitir que veía muertos. Y también sabía que el espíritu de un ser querido casi nunca ofrecía consuelo. Era preferible que Tilly siguiera creyendo que su hija descansaba en paz.

Además, todavía dudaba de si Tilly podía notar la presencia de Freya junto al lago. Si, de algún modo, sabía que su hija merodeaba por allí. ¿Por eso el fantasma me había ordenado que me marchara con tanta vehemencia? ¿Crearía que me estaba entrometiendo demasiado en su... santuario?

Preferí pensar que no. La experiencia me decía que los fantasmas no solían acechar lugares como ese. Además, los espíritus acosaban a personas, no lugares.

Volví a mirar a Tilly.

—¿Dices que tu familia es de Georgia?

—Del Condado de la Unión —especificó—. Nací y crecí bajo las sombras de Blood Mountain.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Desde hace muchos años. Me fui de casa después de cumplir los quince. Vine aquí como aprendiz de una comadrona. Cuando falleció, me dejó su plaza, así que me quedé.

—Se puede decir que has estado aquí casi toda la vida.

—Sí, creo que sí.

—Es una zona preciosa —dije.

Tilly escudriñó las montañas, y por primera vez, la vi tiritar.

—¿Todavía trabajas como comadrona?

—Lo dejé hace años —admitió, y se miró las manos—. Además, ya no nacen muchos niños por aquí.

—Supongo que cuando los negocios empezaron a cerrar, mucha gente se marchó.

Miró hacia el horizonte, hacia las montañas.

—Los que tuvieron suerte.

—¿A qué te refieres con eso?

Al ver que no respondía, tiré de la manga de su camisa y un temblor le sacudió todo el cuerpo.

—¿Por qué viniste al bosque anoche, Tilly? ¿Cómo supiste que necesitaba ayuda?

—Se oyen ruidos por la noche.

—¿Tú también oíste esos aullidos? —pregunté, ansiosa.

—Oí a tu perro y me imaginé que estaba en peligro.

—Pero me gritaste que saliera del bosque. Me dijiste que algo venía —insistí mientras estudiaba su expresión—. ¿Qué merodeaba ayer por el bosque?

Su voz se tornó más dura.

—Haces demasiadas preguntas, chica.

—¡Porque necesito saber qué está ocurriendo! Desde que llegué a este pueblo me han pasado varias cosas inexplicables. ¿Qué esconden esos bosques? ¿Qué criatura habita en esa montaña?

Se dio media vuelta con el ceño fruncido.

—No vive en el bosque, chica, ni en esa montaña. No vive en ningún lado porque no es «nada».

Se me erizó el vello de la nuca, pero no aparté la mirada.

—Pero lo noté en el viento, lo oí en los aullidos. Está ahí fuera. Lo sé. Es algo frío, demoniaco...

De repente, me cogió con fuerza de la muñeca. Me clavó los dedos en la piel. Tras unos segundos, me aparté.

—Vete a casa, chica. Vuelve por donde viniste. Es mejor que no te inmiscuyas en asuntos que no comprendes.

Me masajé la muñeca, aturdida.

—No puedo irme a casa. Tengo mucho trabajo que hacer aquí.

Y necesitaba ese trabajo. Tenía que ganarme la vida de alguna manera y no podía desatender mi negocio. Mi reputación profesional estaba en juego.

—Te aconsejo que no seas testaruda.

—No soy testaruda, sino práctica. Firmé un contrato. No puedo irme de aquí de rositas. Y, de todas formas... —añadí mirándola con detenimiento—. ¿Qué más da? Si como bien dices no es «nada», no puede hacerme daño, ¿no?

—¿Es que no lo entiendes? —susurró desesperada—. No debes tener miedo de lo que anda suelto por ahí fuera. —Se llevó una mano al corazón y se inclinó hacia mí. Por primera vez advertí un punto de locura en su mirada—. Debes temer lo que hay aquí.

Capítulo 17

Pocas horas después, cuando llegué al cementerio, vi el deportivo negro aparcado junto a la puerta principal, pero Thane no estaba por ningún lado. Cualquiera otro día habría dejado que *Angus* campara a sus anchas por la arboleda que albergaba el cementerio, pero hoy no me atrevía a dejarlo a solas. Me siguió como una sombra por el caminito, como si él tampoco quisiera quitarme ojo de encima.

Hacía bastante calor, así que me desabroché la chaqueta y me anudé las mangas alrededor de la cintura. Avanzamos hacia el pórtico que anunciaba el camposanto particular de los Asher. En mitad de aquel bochorno, distinguí el aroma a salvia y, de vez en cuando, el perfume del romero. Nos adentramos en la parte del cementerio donde las sombras y el descuido despedían las tenebrosas fragancias de hiedra y podredumbre. Por las ranuras del follaje perenne, vislumbré unas nubes de algodón blanco que se cernían inmóviles sobre las montañas, con la parte inferior más oscura, amenazando lluvia.

En ese instante avisté a Thane, que venía del mausoleo. Me quedé en el centro del círculo de ángeles a esperarle, mientras admiraba esos rostros espeluznantes. No me costó distinguir los rasgos de la familia Asher que había visto en las fotografías antiguas. Los pómulos marcados. Una nariz y unos labios esculpidos con delicadeza. Al mismo tiempo que estudiaba esos rasgos familiares, me vino una idea a la mente. Los ángeles miraban hacia oriente, pero no para contemplar el alba, sino para observar las montañas.

El presagio que había conjurado esa revelación se disipó en cuanto me giré y vi a Thane abrirse camino entre las lápidas. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de algodón gris arremangada. Sin querer, comparé ese atuendo informal con el que solía llevar Devlin, mucho más serio. Ningún agente de policía podía permitirse tener ese armario tan elegante, pero Devlin no era un agente cualquiera. Provenía de la clase alta de Charleston, así que era de suponer que sus padres le habían dejado una buena herencia, la suficiente como para poder derrochar todo el dinero que quisiera, aunque su abuelo le repudiara. Me parecía irónico, cuando menos, el hecho de que Devlin diera la espalda a todo lo que Thane ansiaba de los Asher. Pero pese a que el detective se hubiera despegado de la tradición y decepcionado a su abuelo, era el resultado de la

educación recibida. Era un tipo reservado, cortés y a veces un poco chapado a la antigua que siempre se mostraba melancólico e indiferente. Thane también compartía esas cualidades, pero presentía que por supervivencia.

Me reprendí por esas constantes comparaciones. Thane era su propio dueño, y quizá ya iba siendo hora de que siguiera el consejo que la tía Lynrose le había dado a mi madre sobre dejar de vivir anclada en el pasado. Tenía que dejar de anhelar lo inalcanzable.

—Buenos días —saludó.

Casi a regañadientes ondeé la mano para devolverle el saludo.

Se quedó en la parte más sombreada del círculo de ángeles, así que, a primera vista, no hubo ningún detalle que llamara mi atención. Pero sí hubo algo que no me pasó desapercibido la noche anterior. Antes del beso, no pude evitar fijarme en el repentino cambio que Thane había dado: lucía una incipiente barba en el mentón y diversas arrugas de cansancio alrededor de la boca. Echó un vistazo a los ángeles y advertí que fruncía el ceño antes de volver a usar su máscara más amable.

Se giró hacia mí. La fuerza de su mirada penetrante me provocó un escalofrío. La tormenta que se estaba desatando bajo esos ojos verdes no encajaba con la expresión sosegada y el ademán despreocupado del que presumía. Ningún disfraz podría ocultar la agresividad de su mirada.

—Espero que no te importe que ande por aquí —dijo.

—No..., no, por supuesto que no —baluceé, pero enseguida recuperé el aplomo—. ¿Por qué iba a importarme? Es un lugar público, tienes el mismo derecho que yo a estar por aquí. Y, además, es el cementerio de tu familia.

Angus trotó hacia su lado. Cuando Thane se agachó para rascarle el lomo, un fuerte rayo de luz le iluminó la cara, dejando al descubierto un corte en la sien izquierda.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté sin pensar.

Parpadeó varias veces antes de contestar.

—Error de cálculo. No volverá a ocurrir.

Me moría por conocer todos los detalles de ese error de cálculo, pero el instinto me decía que no podría sacarle más información. También me decía que, respecto a ese tema, la ignorancia era la mejor opción.

Se incorporó y miró a su alrededor.

—Es la primera vez que vengo aquí desde hace muchos años. No tenía ni idea de que estuviera tan descuidado. Apenas veo algunos de los monumentos por culpa de toda esa yedra y las zarzas.

—No exageres. La mayoría de las lápidas están en perfecto estado, y no hay rastro de vandalismo. Los daños más superficiales son, en general, el gran problema de los cementerios antiguos.

—Al vándalo se le puede detener —dijo—, pero el tiempo y el abandono son

criminales más furtivos y escurridizos.

—¿A qué te refieres?

Se encogió de hombros.

—En mi opinión, los daños superficiales son justo eso, daños.

—¿Quieres decir que han abandonado de forma deliberada este cementerio?

—Intenté explicártelo en el ferri. Thorngate levanta pasiones —susurró. Me daba la impresión de que utilizaba ese tono no por respeto al lugar donde nos hallábamos, sino por costumbre e instinto. Un cementerio no era el sitio más apropiado para dar voces. Dada la veneración de su abuelo por el sepulcro familiar, debió de aprenderlo desde bien pequeño—. Con el paso de los años, este lugar se ha convertido en el emblema que simboliza todo lo que el pueblo perdió por culpa de la avaricia de los Asher.

—¿Tu familia no tomó medidas para mantener el cementerio cuando cambió de manos?

Un destello de impaciencia sugería que había algún aspecto de ese intercambio que se me escapaba.

—Eso habría frustrado los objetivos del gran gesto del abuelo. ¿Para qué sirve la expiación si no hay sacrificio?

Presentía que había ciertos matices y sutilezas en ese «gran gesto» de Pell Asher que una forastera como yo nunca podría llegar a entender.

—Si el abandono es deliberado, ¿qué estoy haciendo aquí?

Entornó los ojos porque la luz del sol era demasiado fuerte.

—Es evidente que alguien creyó que era el momento de hacer una restauración.

—¿Y por qué nadie te informó al respecto?—Levantó una ceja con ironía.

—¿Informarme a mí? Lo dudo mucho. Ya sabes lo que opino sobre invertir en el cementerio. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes.

Sin embargo, intuía que estaba más interesado en la restauración de lo que aparentaba.

—Te he visto junto al mausoleo. ¿Has entrado?

—Solo estaba echando una ojeada. ¿Por?

—Tu abuelo me comentó que quizá te apetecería acompañarme a ver las tumbas. Me aseguró que las criptas son una verdadera joya. También me dijo que, cuando eras niño, te encantaba visitar a la Novia Durmiente.

Thane dibujó una mueca, pero enseguida se relajó.

—Era un bastardo macabro, de acuerdo. ¿Te contó también que la Novia Durmiente es, en realidad, una tataratía de la familia que conservan en un ataúd de cristal?

—Sí. Considérame también a mí una macabra, porque me encantaría verla.

—Es todo un espectáculo. Otra de las infinitas pruebas de la arrogancia de los

Asher.

Le lancé una mirada sesgada.

—La colección de ángeles es impresionante. Sobre todo después de descubrir que guardan cierto parecido con los rasgos familiares.

—Así que te has dado cuenta —suspiró. Me pareció ver el fantasma de otra sonrisa y se giró de nuevo hacia las esculturas—. Si quieres que te sea sincero, prefiero a la querida tía Emelyn. Al menos tuvo la humildad de morir con una expresión pacífica. Estos ángeles, en cambio, son demasiado engreídos para mi gusto. Aunque hay algo extraño en la estatua del medio. Siempre me he preguntado...

Se quedó callado.

—¿El qué?

Habría jurado ver una sombra siniestra tras su mirada, pero Thane volvió a adoptar su expresión habitual en un abrir y cerrar de ojos.

—Nada. Nada en absoluto —murmuró mirándose los labios.

Me pregunté si estaría pensando en lo ocurrido la noche anterior. Al ver que tenía el coche aparcado junto al cementerio, decidí que actuaría como si nunca me hubiera besado. No era tan vanidosa como para pensar que había venido a verme, y no quería dar mayor importancia a ese beso inocente. Pero, por mucho que lo intentara, no podía quitármelo de la cabeza. Al igual que el cementerio de Thorngate, ese beso simbolizaba todo lo que había perdido.

—¿Estás bien?

Thane tenía la cabeza ladeada y me observaba con atención, como si yo fuera un gran misterio que quisiera descifrar.

—Sí —dije con voz firme y segura—. ¿Por?

—Me ha parecido que tenías la mirada perdida. Y no me malinterpretes, pero pareces un poco cansada esta mañana.

—Ah, eso. He pasado una noche horrible. De hecho, no he podido pegar ojo hasta que ha salido el sol.

—¿No puedes dormir en una cama extraña?

—Todo es extraño aquí —admití. Me moría de ganas por contárselo todo. Pero revelar mis encuentros con espíritus siempre complicaba las cosas—. Alguien hizo un agujero en la tela metálica de la puerta del porche y se llevó a *Angus*. Me lo encontré atado en el bosque, rodeado de trampas metálicas gigantes. Creo que eran trampas para osos.

—¿Trampas para osos? —repetió, incrédulo. El alambre de cuchillas asomó una vez más. Después, Thane se acuclilló junto a *Angus*.

—Si Tilly no hubiera venido a rescatarnos, no sé qué habría pasado.

—¿Tilly Pattershaw?

—Salió de la nada con un cuchillo enorme. Fue una escena bastante surrealista, la verdad. Cortó la cuerda de *Angus* y...

No sabía si explicar el resto de la historia o no.

—¿Y entonces qué?

Me vinieron varias cosas a la mente: las terribles ráfagas de viento, los continuos aullidos... y la advertencia de Tilly de no entrometerme en asuntos que no comprendía.

—Y entonces nada. Nos fuimos a casa.

Le acarició las costillas a *Angus*.

—¿Le hicieron daño?

La pregunta tenía un trasfondo agresivo que me inquietó. De forma inconsciente, desvié la mirada hacia el corte que tenía en la sien. Y de inmediato reparé en los nudillos hinchados y amoratados de su mano derecha. ¿Qué demonios había estado haciendo la noche anterior?

—Creo que está bien. Al principio pensé que habían puesto las trampas para atrapar a mí.

Me miró sorprendido.

—¿Y por qué pensaste eso?

—Me parecía tan obvio que habían utilizado a *Angus* como anzuelo para llevarme hasta el bosque que fue lo primero que se me ocurrió. Creí que mi hallazgo habría puesto nervioso a más de uno.

—¿La tumba escondida?

—Sí. Pero enseguida recapacité. Yo solo podía venir de una dirección, así que no era coherente que hubieran colocado tantas trampas alrededor del claro.

—Lo más probable es que anduvieran tras los coyotes —propuso—. Este año las manadas están causando demasiados problemas.

—¿Y qué hay de los lobos? Wayne Van Zandt reconoció que había visto a varios merodeando por aquí.

—No es el único que lo dice. Pero nunca he visto un lobo en estos bosques —añadió. El destello de una violencia contenida me tomó desprevenida—. ¿No viste ni oíste nada?

—No, pero creo que alguien estuvo paseándose por el jardín antes de que sacara a pasear a *Angus*. Cuando le encontré en el bosque, el aliento le olía a algo químico. Me parece que le drogaron.

Thane se puso en pie.

—¿Llamaste a la policía?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque no me fio de Wayne Van Zandt —admití.

Le expliqué mi conversación con el comisario Van Zandt y su ofrecimiento desalmado para ocuparse de mi perro abandonado.

—Es el único, además de Luna y tú, que sabe algo sobre *Angus*.

Thane se quedó callado durante unos segundos.

—Estás dando por hecho que nadie más te ha visto con el perro. Pero ayer lo trajiste contigo al cementerio, ¿verdad?

—No había nadie aquí. Ayer no.

—Que el cementerio pareciera vacío no significa que nadie te viera por aquí.

El primer día que puse un pie en el cementerio apareció un anciano junto a la valla. Detestaba pensar que alguien me espiaba mientras trabajaba. Aquel hombre se había comportado de un modo repulsivo, perturbador. El mero recuerdo me ponía la piel de gallina. Recorrí las distintas estatuas y, durante un momento, sus rostros etéreos se retorcieron hasta adoptar un aspecto horrendo y siniestro. Un aspecto... demoníaco. Fueron imaginaciones mías, por supuesto. Sin embargo, distinguí los espantosos rasgos de ese tipo: mirada pálida, pómulos prominentes, nariz de halcón, sobrepuestos en las caras de aquellos ángeles.

Cerré los ojos para librarme de esa ilusión y miré a Thane. Seguía observándome y, en ese preciso instante, agradecí que no se pareciera ni un ápice a los Asher.

—Sigo sin ver la lógica de por qué utilizaron a *Angus* como cebo —proseguí—. ¿Por qué molestarse tanto en sedar al perro para llevárselo de mi casa?

—Para deshacerse de las pruebas —planteó Thane—. Has hecho demasiadas preguntas sobre las peleas de perros. Alguien se habrá puesto muy nervioso.

—¿Es eso lo que te ha ocurrido a ti? ¿Hiciste demasiadas preguntas?

No musitó palabra.

—Encontraste la perrera, ¿verdad? —murmuré.

Pero Thane seguía callado. La quietud del día intensificaba todavía más su silencio. Esa tranquilidad estimulaba todos mis sentidos, hasta ahora adormecidos. Como una mano amable tratando de despertar a alguien sumido en un profundo sueño. Todavía recuerdo la sensación de paz y serenidad que me embriagó cuando la luz del sol me acarició las mejillas y respiré el reconfortante perfume de tierra, hiedra y musgo, ese aroma tan particular que emanaban los cementerios antiguos. A lo lejos, cubiertas por el manto etéreo de la vasta pinada, se alzaban majestuosas las montañas.

Sin embargo, había algo que mancillaba ese paisaje idílico. De repente, empecé a tener mucho miedo. No de Thane. Ni siquiera de aquel extraño desconocido que arrastraba un camión. Me asustaban esas montañas. Había algo en mi interior que había respondido a la llamada de esas cimas seductoras. «¿Es que no lo entiendes? No debes tener miedo de lo que anda suelto por ahí fuera, sino de lo que hay aquí».

Se levantó una suave brisa. Thane y yo intercambiamos una mirada, y de inmediato noté un ligero temblor en todo mi cuerpo, como si fuera una premonición. Una señal.

El destino.

—Ten a *Angus* siempre cerca —dijo—. Y aléjate del bosque después del

atardecer.

Capítulo 18

El miedo que me había paralizado instantes antes ya estaba empezando a desvanecerse. Cruzamos el pórtico hacia la sección pública del cementerio y me alegré de dar la espalda a aquellas colinas amenazadoras. El sol me hacía arder la piel y los tordos del bosque gorjeaban desde las copas de los árboles. No concebía un escenario más agradable, y, sin embargo..., no pude resistir la tentación de mirar atrás, donde la cima de las montañas se confundía con el mismo cielo.

—¿Me llevarás a esa tumba?—preguntó Thane, que andaba a mi lado.

Por suerte, había invertido años en disimular mis reacciones. De lo contrario, habría dado un brinco del susto. A decir verdad, durante los segundos que había admirado el misticismo de aquellos muros lejanos, me había olvidado de él por completo.

Volví a mirar al frente.

—No hay mucho que ver. Ayer, en la cena, la describí con todo lujo de detalles. Una tumba orientada al revés, decorada con caracolas y guijarros y una lápida sin inscripción.

—Sí, ya lo sé. Pero necesito verla con mis propios ojos —protestó. Inspeccionó el bosque con el ceño arrugado—. Esa colina sigue perteneciendo a los Asher. Ahora que has encontrado esa tumba, no puedo ignorar que existe. Es mi responsabilidad descubrir quién está ahí enterrado.

Su responsabilidad. No la de Hugh. Ni la de su abuelo. Sino su responsabilidad.

Durante la cena, Hugh había tratado de quitar importancia a mi hallazgo, escudándose en que había decenas de criptas remotas entre aquellas montañas. Por otro lado, la mayor preocupación de Pell había sido que nadie me alertara de la cima de laureles. Me habría gustado saber qué opinarían del repentino interés de Thane.

—A menos que alguien nos facilite un nombre, me temo que será muy difícil —avisé—. Cuesta una barbaridad identificar las tumbas sin inscripción en cementerios tan antiguos como este, aunque los distintos mapas de la zona y los recuerdos familiares suelen ser de gran ayuda. Aquí, en cambio, no tenemos por donde empezar a tirar del hilo. Sin una pista del año de nacimiento y muerte, no tendremos más remedio que revisar los miles de registros. Crucemos los dedos

para que el certificado de defunción esté archivado ahí. Este proceso puede durar meses. O incluso años.

—El antiguo palacio de justicia todavía tiene cajas repletas de archivos almacenadas en el sótano. Supongo que podríamos echarles un vistazo. Aunque apostaría a que los registros más importantes se han digitalizado.

—No los más antiguos, sobre todo en condados rurales. Pero... —vacilé—. ¿Has dicho podríamos?

Haciendo gala de su caballerosidad, me abrió la puerta. Pasé y, al mirarle por el rabillo del ojo, le noté inquieto.

—Me gustaría que me ayudaras con esto. Eres toda una experta en hacer averiguaciones, y yo no.

—Lo mejor que puedes hacer es preguntar por ahí. En un pueblo tan pequeño como este, debe de haber alguien que sepa quién está enterrado ahí.

—A la gente de esta zona del condado no le gusta responder preguntas. Les da miedo meter las narices en asuntos ajenos.

¿Esa reticencia explicaría las reacciones que suscitó la tumba escondida en todos los invitados? ¿Explicaría también la advertencia de Tilly de que no debía entrometerme en asuntos que no entendía?

Me aparté un mechón de pelo que me tapaba la cara y lo puse detrás de la oreja.

—Me encantaría ayudarte, pero tengo que ponerme manos a la obra con la restauración. Mi prioridad aquí es el cementerio. Y eso no me deja mucho tiempo libre para rastrear toda esa documentación. —Fue una excusa ridícula, porque en el fondo sabía que acabaría ofreciéndole mi ayuda. No podía permitir que una lápida sin inscripción, por muy antigua y remota que fuera, permaneciera sin identificar. Quien estuviera enterrado ahí merecía un nombre. Merecía ser recordado.

—¿Me llevas al menos hasta allí? Puedo encontrarla solo, pero, si me acompañaras, me ahorraría mucho tiempo.

Opté por no recordarle que hacía tan solo unos minutos él mismo me había aconsejado que me mantuviera alejada del bosque. Además, faltaban varias horas hasta el atardecer, y tenía la corazonada de que, con un Asher cerca, estaría a salvo.

—De acuerdo. Te acompañaré.

—¿Nos llevamos a *Angus*? —preguntó.

—Desde luego. No pienso dejarlo aquí solo.

—Todavía estás asustada por lo que ocurrió anoche, ¿verdad?

—¿Y te extraña?

—No, pero procura no angustiarte demasiado. Me encargaré de pillar al que puso esas trampas.

—¿Igual que de la perrera? ¿Qué les hiciste, Thane?

Bajó la mirada.

—No todo lo que habría querido —murmuró, y decidí que lo mejor sería zanjear ahí el tema.

Hicimos una breve parada en el coche para que *Angus* tomara un poco de agua fresca y luego nos internamos en el bosque. La alfombra de musgo enmudecía nuestras pisadas. En el corazón del bosque el aire parecía más fresco y agradable, y los pinos y cedros se olían por cada rincón. Caminamos por un camino sumido en una penumbra perpetua. Rememoré las historias que solía relatar mi padre acerca de las montañas. ¿Por qué perder el tiempo preocupándome por criaturas místicas como vampiros u hombres lobo cuando multitud de fantasmas habitaban mi mundo? Pero ahora había penetrado en un mundo nuevo, con tumbas ocultas, vientos extraños y árboles que susurraban.

Y con Thane Asher.

Parecía distraído. Andaba con la cabeza agachada y los ojos pegados al suelo. La temperatura bajaba a medida que nos adentrábamos en el corazón del bosque, así que me detuve para ponerme la chaqueta. Acto seguido, Thane se acercó a ayudarme. Cuando me rozó la nuca con los dedos, sentí un ligero hormigueo. Quizá no supe disimular bien mi reacción, pero Thane no dijo nada.

—¿Puedo preguntarte algo?

Él asintió sin levantar la mirada del camino.

—A riesgo de sonar insensible, ¿qué le pasó a Wayne Van Zandt?

Encogió los hombros.

—Solo puedo contarte los rumores que corren acerca de sus cicatrices. A la gente no le gusta mucho hablar de eso.

—Por lo que veo hay varios temas tabú por aquí —farfullé.

Esbozó una débil sonrisa.

—No se te escapa ni una. En fin, ocurrió hace mucho tiempo, antes de que me mudara con mi abuelo, así que lo que voy a contarte no es información de primera ni de segunda mano. No interpretes la historia al pie de la letra. Las malas lenguas dicen que una noche subió a las cataratas a encontrarse con alguien. Con una chica, por lo visto. Al día siguiente, lo encontraron inconsciente flotando en el lago. Le habían dado una buena paliza. La pérdida de sangre y las constantes infecciones estuvieron a punto de costarle la vida. Cuando por fin recibió el alta del hospital, no recordaba nada.

—¿Ni siquiera el ataque?

—Nada. Pero las heridas apuntaban a que le había atacado un oso.

—Me avisó de que tuviera cuidado con los animales salvajes. Pensé que solo quería asustarme, pero quizás hablara en serio.

Thane espantó un mosquito.

—No pondría la mano en el fuego por Wayne Van Zandt. Dudo mucho que sus motivos fueran honestos. Siempre ha sido un resentido.

—Por un buen motivo, me atrevería a decir.

—Sí, pero no olvides que es el mismo tipo que se ofreció a ocuparse de tu perro. Y estoy seguro de que habría disfrutado muchísimo.

Miré de reojo a *Angus*, que nos seguía a paso lento y pesado. Al darse cuenta de que lo miraba, soltó un ladrido y enseguida nos alcanzó. Dio un suave empujón a Thane y lo apartó del camino.

—¡Eh!

Me reí y me agaché a acariciarle la cabeza. Thane volvió a unirse a nosotros.

—Por lo visto os habéis hecho buenos amigos —dijo.

—Sí. Es un compañero maravilloso.

—¿Te lo llevarás a Charleston cuando acabes la restauración?

Respondí sin pensármelo dos veces.

—Por supuesto.

—Qué suerte que te haya conocido, entonces. Me gustaría creer que a *Sansón* lo encontró alguien como tú.

—Puede que sí.

Pero ninguno sonamos del todo convencidos. *Angus* no tardó en aburrirse de avanzar tan despacio, así que de golpe y porrazo echó a correr. Le llamé varias veces, pues lo último que quería era perderlo de vista.

—Ahora que sé lo que le ocurrió a Wayne Van Zandt entiendo algo que me dijo Ivy el otro día.

Thane estaba a mi lado. De vez en cuando, nuestros hombros se rozaban, y eso que caminaba por el borde del sendero.

—¿Y qué te dijo? —preguntó con suma cautela.

Esa precaución me divirtió.

—Sabes que se le cae la baba por tí, ¿no?

Al ver que no respondía, le miré y añadí:

—Vamos, hombre. Le gustas y punto.

—Ivy no es como las demás chicas —dijo—. Ha habido algunos... incidentes.

La sonrisa se me borró de golpe.

—¿Como cuáles?

—Acoso —murmuró con gesto serio.

—¿Acoso? ¿Te perseguía?

—Sí, y asaltó mi coche. También me robó artículos personales.

—¿Y cómo sabes que fue ella?

—Créeme, lo sé.

—¿Y qué hiciste?

—No podía hacer mucho. No pude demostrarlo, así que opté por ignorarla, en lugar de armar un escándalo. Imaginé que, con el tiempo, maduraría.

—¿Y ha madurado?

—Eso pensaba. Hacía mucho que no la veía, hasta el otro día —señaló—. Bueno, ¿y qué te dijo?

«Que nunca escogerías a una forastera», pensé para mis adentros.

—Estábamos charlando sobre la cascada. Ella dijo que era un lugar angosto, un lugar que conecta el mundo de los vivos con el de los muertos.

—Vórtices —apuntó—. ¿Cómo los describió Bryn?

—Portales al reino de los muertos —dije sin alterar la voz—. Según Ivy, la gente solía subir hasta las cataratas para vislumbrar el Paraíso, pero ahora tienen miedo de acercarse. Sidra la cortó, pero sospecho que me iba a contar algo sobre el ataque de Wayne.

Thane se encogió de hombros.

—Quién sabe. Estas colinas alimentan las leyendas y la superstición. Ni los más eruditos se salvan. Ya oíste a Catrice y a Bryn en la cena.

—Veneran esas montañas, ¿verdad? Y juraría que Luna también. Me confesó que su madre siempre le decía que el día que no pudiera corretear por el bosque se marchitaría como una flor.

—Pues yo creo que sobreviviría —murmuró. No me constaba que Thane supiera que Luna era la amante de su tío Hugh—. De hecho... —añadió—, Wayne fue a reunirse con Luna la noche que sufrió el ataque.

Eso sí que fue inesperado.

—¿Luna Kemper?

—Solo hay una Luna en el pueblo —dijo—. Por aquel entonces, Wayne y ella estaban muy unidos. Algunos dicen que eran inseparables. Entonces mi tío regresó de Europa y..., en fin, ya le has conocido.

—Wayne también es un hombre atractivo. Estoy convencida de que antes del accidente era todo un rompecorazones.

—Pero no es un Asher —espetó, como si eso lo explicara todo.

—Ahora entiendo la actitud de Wayne —murmuré—. Cuando le conté que Luna se había ocupado de todas las gestiones para la restauración, habló en un tono muy despectivo. Intuí que estaba resentido por algo. Pero has dicho que el accidente sucedió años antes de que te mudaras aquí. Me cuesta creer que, aún hoy, después de tanto tiempo, siga guardándole rencor.

—Los rencores son como supersticiones. Aunque no tengan sentido, uno se aferra a ellos como a un clavo ardiendo.

Seguimos desfilando por el camino en silencio. Agucé el oído para distinguir los diferentes sonidos silvestres. Unos diminutos pies correteando bajo los yerbajos. El sonajero de hojas sonando entre los árboles. Alcé la mirada, esperando encontrar cientos de pájaros espíandonos, pero las ramas estaban vacías.

—¿Cuándo entró Maris en escena? —pregunté.

—Hace unos años. Vino al pueblo a visitar a un primo y alguien le presentó a

Hugh.

—¿Seguía con Luna?

—Su relación no era muy estable. Rompían y se reconciliaban continuamente. Por aquella época, Maris poseía cierto atractivo que Luna no podía ofrecerle. En otras palabras, juventud. Y una abultada cuenta corriente.

—Eso suena un poco...

—¿Frívolo? ¿Mercenario? Ya te he dicho que los Asher somos unos interesados —dijo—. Mi abuelo fue el que más insistió en que se casaran. Hugh había cumplido los cuarenta, y no tenía un heredero. Y Dios nuestro Señor prohíbe que la estirpe Asher desaparezca de la faz de la Tierra.

—Y, sin embargo, todavía no han tenido hijos.

—Irónico, ¿no crees?

—¿Y Edward?

—No tuvo hijos con mi madre. No sé qué vida llevaba antes de casarse con ella, pero creo que mantuvo una relación con Bryn. Eso fue mucho antes de que naciera Sidra.

—Bryn y Edward... Luna y Hugh. ¿Qué hay de Catrice?

—Es la más rara de todas —opinó—. Esta generación de Asher no ha tenido ningún hijo, así que puedes hacerte una idea de lo impaciente que está el abuelo.

—Sangre y tierra —musité.

—Vaya —exclamó—. Así que ha compartido su filosofía contigo.

—Sí, y me parece muy arcaica. Muy del siglo XVII.

—Es arcaica —acordó Thane—. Siempre he creído que guarda cierto parecido con el mito del Rey Pescador. La visión de mi abuelo acerca de la familia, y de sí mismo, se basa en la ostentación. Solo en eso. Para él, la tierra y la familia son dos conceptos entrelazados que no se entienden el uno sin el otro.

—Restaurar la estirpe, restaurar el reino.

—Algo así.

—¿Y quién es el Santo Grial de esta historia?

—Bueno —dijo Thane en voz baja—, te llaman la restauradora.

De pronto, tropecé con una raíz. Me habría caído de bruces si no hubiera sido porque Thane enseguida me sujetó.

—Restauero cementerios antiguos a lo bruto —balbuceé, y extendí ambas palmas—. ¿Lo ves? Tengo las manos llenas de callos. No hay nada místico ni mítico en lo que hago.

Le centelleaban los ojos.

—Estaba bromeando.

—Ah.

Traté de tomarme el comentario a broma, pero algo me lo impedía. Al igual que en el claro del bosque, sentí que ese era mi destino. No lograba librarme de la idea de que estaba allí por un motivo.

« Te llaman la restauradora» .

—De cualquier forma —prosiguió Thane—, supongo que el abuelo todavía alberga la esperanza de tener un heredero, pero dudo que ese matrimonio dure mucho más tiempo.

Un divorcio probablemente alegraría a Luna.

Pensé en aquel escaqueo amoroso, en los susurros al oído y en los gemidos salvajes de placer...

Tomé aliento. Ese día, al salir de la biblioteca, me costó una barbaridad deshacerme de esos alaridos. En cambio, ahora el recuerdo me excitaba, lo cual era inquietante.

A medida que nos aproximábamos a la cumbre, percibí algo extraño en el aire, una vibración que palpitaba por mis venas y me provocaba un ligero cosquilleo en todas las terminaciones nerviosas. La brisa me alborotó el cabello y me azotó la cara como la caricia de un amante. Cerré los ojos y me estremecí. Poco a poco, desvié la mirada hacia el hombre que tenía al lado. Y, por un momento, su rostro se transformó...

Thane me miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—¿No percibes algo en el aire? —pregunté, ajustándome la chaqueta.

Arrugó todavía más la frente.

—Se avecina lluvia. Antes me he fijado en unos nubarrones que parecían anunciar tormenta.

Eso explicaría la vibración, ¿no? ¿Esa conmoción eléctrica que me había vapuleado al ver el rostro de Devlin ante mis ojos?

Thane seguía mirándome con atención.

—¿Estás segura de que estás bien? Quizá venir aquí no haya sido muy buena idea. ¿Por qué no me esperas aquí? Estoy convencido de que podré encontrar la tumba solo.

—No, estoy bien. Me acaba de ocurrir algo muy extraño.

—¿El qué?

¿Cómo podía contarle lo que acababa de pasarme si ni siquiera yo lo entendía? Puede que la charla de linajes y fertilidad me hubiera afectado un poco, pero aquella vibración había removido algo en mis entrañas. La sensación había sido muy similar a una excitación sexual.

—Fue... —Hice una pausa y volví a empezar—. Al mirarte, por un segundo..., me pareció ver a otra persona...

Me observaba con infinita curiosidad.

—¿A quién?

Miré hacia otro lado, avergonzada.

—A nadie. No importa.

—Falta de sueño —declaró—. El cansancio puede jugarle malas pasadas.

Respiré hondo en un intento de calmarme.

—Supongo que tienes razón. Estaba soñando despierta. Bueno, ya me encuentro mejor.

Ladeó la cabeza.

—Escucha.

—¿Qué es?

—Desde aquí se oyen las cascadas.

Nos quedamos en silencio, escuchando la cumbre que se alzaba ante nuestros ojos. Además del lejano torrente de agua, percibí otro sonido. Un runrún que se balanceaba como una ola entre los árboles.

«Amelia... Amelia...» .

Capítulo 19

Alcanzamos la cumbre de la colina y empezamos a descender por la ladera escabrosa que conducía a la cima de laureles, con el sol a nuestra espalda. No estábamos muy lejos de Thorngate ni de la carretera, pero me daba la impresión de que estaba en mitad de la nada. Había un lagarto tomando el sol sobre una roca y, por encima de nuestras cabezas, un cuervo solitario que se dejaba llevar por una corriente de aire. No advertí ningún otro animal que se escurriera al vernos bajar por aquella pendiente.

Sentía ciertas molestias en el tobillo, pero el dolor era soportable. Sin embargo, la rigidez de la articulación me incomodaba y me obligaba a fijarme en dónde ponía el pie a cada paso, así que agradecí que Thane me ofreciera su mano para cruzar las zonas más traicioneras. La vibración se había esfumado, de modo que había recuperado el equilibrio. Ahora veía a Thane como un tipo atractivo y agradable cuya compañía empezaba a gustarme. Y nada más.

En cuanto llegamos a la cima me di cuenta de que había acertado al traer a *Angus* con nosotros. Si cerraba los ojos, podía ubicar con precisión el punto exacto por el que había entrado al matorral. Pero ahora que estábamos allí, las fisuras de aquella pared de maleza me parecían idénticas. Por suerte, *Angus* nos guio por aquel laberinto de malas hierbas. De lo contrario, me habría vuelto a perder. Mi padre tenía razón. La monotonía del paisaje engañaba nuestros sentidos. No reconocí ningún punto de referencia hasta que empezamos a trepar por la cornisa que protegía la tumba.

Angus nos había adelantado dando saltos. Ahora estaba sentado frente al pequeño montículo. Nos esperaba meneando la cola.

—¿Es aquí? —preguntó Thane.

—Sí. La cripta está justo aquí, debajo de la cornisa. ¿Ves las dedaleras? No crecen silvestres en esta parte del país. Alguien las plantó a propósito, aunque si uno pasara por aquí, nunca se daría cuenta.

Thane miró a su alrededor.

—Menudo sitio para enterrar un cadáver. Debió de ser una tortura traerlo hasta aquí. A no ser que...

No quiso continuar la frase, pero sabía por dónde iba.

—¿A no ser que el cuerpo siguiera con vida? Lo sé. Yo también lo he pensado.

Pero el montículo de tierra está hecho a propósito y hay una lápida. Cualquiera que tratara de encubrir un crimen jamás habría preparado todo esto. Además, no creo que la cripta esté oculta, sino protegida.

Mientras charlábamos, *Angus* se había levantado y estaba junto a la tumba pateando unas hojas. Después, con un quejido muy particular, se acercó a olisquearme la mano. Al cabo de un segundo, volvió a la tumba y repitió el ritual.

—¿Qué está haciendo?—quiso saber Thane.

—No tengo la menor idea, pero hay algo en este lugar que le llama la atención. Él fue quien me trajo hasta aquí. No paró de ladrar hasta conseguir que le siguiera por el bosque. Entonces, cuando por fin di con él, lo encontré aquí sentado, con la mirada pegada a la tumba.

—Debe de oler algo—propuso Thane.

—No creo. La tumba es demasiado antigua.

—Los perros tienen un olfato muy desarrollado. Es muy probable que haya rastreado un olor que ningún ser humano es capaz de detectar. Tal vez esté siguiendo el rastro de un olor que lleva años aquí.

De repente pensé en la conversación que escuché a hurtadillas junto a la ventana. ¿Era posible que mi madre y mi tía se estuvieran refiriendo a esta tumba? ¿*Angus* había reconocido el aroma de mi madre aquí y lo había relacionado conmigo?

Me parecía una idea disparatada. Habían pasado muchos años desde aquella conversación. Aunque fuera la misma tumba, la esencia de mi madre habría desaparecido hacía tiempo. Y, si ya me costaba verla en Asher Falls, me resultaba imposible imaginármela escalando la ladera escarpada de una colina.

Sin embargo, el comportamiento de *Angus* me intrigaba. Era obvio que sabía algo de aquel lugar que yo desconocía.

Alguien había dejado un ramillete de flores silvestres cerca de la lápida. De inmediato me arrodillé para inspeccionarlas.

—Esto no estaba aquí ayer.

—No se han marchitado—dijo Thane—. Alguien ha venido aquí a primera hora de la mañana.

—Os lo dije en la cena: alguien se ha estado ocupando de esta tumba durante años. ¿Ves que las malas hierbas están arrancadas? Según las creencias populares de los cementerios del sur, es una señal de respeto. Es una tradición arcaica que apenas se utiliza en esta zona, pero hubo un tiempo en que la gente invertía infinidad de horas en arrancar cada brizna de hierba de los sepulcros. Es una tarea que exige mucha paciencia y dedicación.

—¿Y las caracolas?—preguntó—. El océano está a cientos de kilómetros de aquí.

—Es otra costumbre; a veces simboliza un fallecimiento en el agua. No es raro encontrar tumbas recubiertas de conchas, sobre todo aquí, en el sur.

—¿Y las rosas de la lápida? Dijiste que una rosa abierta y un capullo representan un entierro doble.

—Es una de las posibles interpretaciones. Esa imagen solía utilizarse cuando una madre fallecía durante el parto y la enterraban con el recién nacido. Pero el arte mortuario es muy subjetivo. El mismo emblema puede tener distintos significados dependiendo de la zona, y del periodo de la historia —expliqué. Estudié la tumba para descifrar más mensajes—. Hay varias pistas aquí, aunque me temo que todas apuntan a lo mismo. Quien sea que visite esta tumba, valora mucho la tradición porque la trata con amor y respeto.

Apoyé la mano sobre la lápida y volví a sentir ese relámpago, esa abrumadora sensación de sofoco. Empecé a marearme y notaba un molesto zumbido en los oídos. Si de veras mi madre se había topado con ese lugar, ahora comprendía por qué la había trastornado tanto. Estaba cargado de una emoción oscura indescriptible.

Thane me miró con preocupación.

—¿Estás bien?

—Solo necesito un poco de aire.

Me puse en pie y me aparté de la cripta. Eché un vistazo a los alrededores. La quietud era infinita. La luz que se colaba por la esquelética silueta de los laureles y azaleas era demasiado brillante. Apenas me había alejado unos pasos de la tumba, pero el sol me cegaba y la sombra de la cornisa era tan penetrante que, de repente, Thane se esfumó. Pensé que me había quedado sola, que me había abandonado en mitad de aquella desolación.

Un terrible peso me oprimía el pecho, dejándome casi sin respiración. El peso de la soledad me abrumaba.

Y, de repente, visualicé una imagen. Un fantasma con un vestido negro que se bamboleaba sobre el muelle y recorría con la mirada el caminito de piedras... deseando que yo la viera...

La luz del sol quedó eclipsada por una sombra, así que abrí los ojos. Habría jurado ver una silueta cerniéndose sobre la cornisa, fulminándome con la mirada. Pestañeeé y se evaporó. Se desvaneció como el fantasma de Freya.

El fantasma de Freya.

Un terror incansable me atormentaba. Era el miedo de que el fantasma de Freya Pattershaw me estuviera acechando. ¿Era solo cuestión de tiempo que mi energía empezara a menguar? ¿Que palidciera y me convirtiera en una chica demacrada y ojerosa? ¿Que me volviera como Devlin?

Me temblaban las rodillas. No era un buen síntoma. Encontré una roca todavía caliente sobre la que poderme tumbar y recuperar las fuerzas.

Thane emergió de entre las sombras, pero ya me sentía mucho mejor.

—¿Crees que podría ser la tumba de Freya?

Me miró perplejo.

—¿De Freya Pattershaw? ¿Por qué?

Me guardé las manos en los bolsillos.

—Tú mismo me has dicho que a nadie le gusta hablar de su muerte. Quizá la enterraron aquí para olvidarla.

—A Freya la enterraron en Thorngate —afirmó Thane.

—¿En cuál?

—En el nuevo. Falleció poco después de la inundación.

Recosté la espalda sobre la piedra y cerré los ojos.

—¿Estás cien por cien seguro?

—Cien por cien, no. Pero cuando era niño solía ver a Tilly en el cementerio. Asumí que iba a visitar la tumba de su hija —contó. Se rascó la espalda—. ¿Me estoy perdiendo algo? ¿Qué más da dónde enterraron a Freya Pattershaw?

—Quieres saber quién está aquí enterrado, ¿verdad? A menos que alguien nos facilite información más concreta, tendremos que seguir un proceso de eliminación.

Arrugó la nariz.

—No me estabas tomando el pelo cuando me dijiste que tardaríamos mucho tiempo en identificar la tumba.

—No. Pero iríamos mucho más deprisa si descubriéramos quién ha dejado esas flores.

—Preguntaré por ahí —dijo—. Hasta entonces, estamos al lado de la cascada. Si todavía te apetece verla, te acompaño hasta allí.

Aunque la tarde era cálida y agradable, me puse a temblar. ¿Y si las cascadas eran un portal al reino de los muertos?

Capítulo 20

Cuando llegamos a la cascada, tuve que desabrocharme la chaqueta. La travesía había sido larga y pesada. Primero ascendimos la cumbre de laureles, después la rodeamos hasta llegar a la pradera de una montaña recubierta de florecillas amarillas y, por último, seguimos el curso de un riachuelo de pedruscos. Trepamos por una colina de piedras traicioneras, pasamos junto a un peñasco de arenisca y, por fin, llegamos a la arcada natural que anunciaba una gruta de helechos custodiada por arcos azucareros en ambos lados.

La cascada estaba justo delante de nosotros. En la parte superior se apreciaban distintos saltos de agua que se unían en una preciosa catarata de unos diez metros de altura. El torrente de agua se zambullía en una profunda piscina que había en la base del acantilado. A nuestro alrededor se alzaban unos gigantescos muros escarpados repletos de agujeritos.

La belleza de aquel lugar era arrebatadora, pero en cuanto crucé la entrada arqueada empecé a sentir un ligero cosquilleo en la nuca. *Angus* me pisaba los talones. Estaba confinada en aquel túnel, y no me gustaba la sensación de claustrofobia que me producía. Me imaginé a *Wayne Van Zandt* recorriendo la gruta. Una vez dentro, habría quedado atrapado por la criatura que le había seguido hasta allí.

A pocos metros de la pequeña laguna se abría la boca de una cueva. Por encima de la entrada, se habían tallado tres símbolos circulares sobre la roca. Se levantó una suave brisa a nuestra espalda y, en cuanto estudié aquellas marcas, los árboles empezaron a murmurar.

—Ivy me habló de esos símbolos, pero no pensé que serían tan grandes.

—¿Quieres verlos más de cerca?

Escudriñé el escarpado peñasco.

—Estás de broma, ¿no?

Thane dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—No es tan peligroso como parece. De hecho, es fácil escalar por ahí.

—Confiaré en tu palabra.

—¿Estás segura? Desde aquí no se pueden ver, pero hay unos dibujos más pequeños junto a ese saliente —dijo señalando una estrecha cornisa que había a unos tres metros de la cima del peñasco.

—¿Parecidos a estos?

—Creo que sí.

Inspeccioné los símbolos con los ojos entornados.

—Ivy también me dijo que nadie sabe qué son ni quién los talló.

Thane se encogió de hombros.

—Todo lo que sé es que llevan aquí mucho tiempo. De hecho, la piedra ha empezado a erosionarse. También hay marcas de cincel.

—Sé lo que son —murmuré.

Se dio media vuelta, sorprendido.

—¿Los has visto antes?

—Sí, en lápidas muy antiguas. Son símbolos de maleficios. Y apostaría a que no soy la única de por aquí que lo sabe.

—¿Símbolos de maleficio? ¿Qué significado tienen?

—Al contrario de lo que pueda parecer, no son ominosos. En general, se utilizan para espantar la mala suerte o espíritus malignos. Una especie de mal de ojo. Este tipo de símbolos abunda en cementerios de antiguas comunidades germánicas, sobre todo en Pensilvania. También los he visto cincelados en lápidas de Texas y de Carolina del Norte. Sin embargo, no son muy habituales en esta zona del país. ¿Por qué aquí? ¿Por qué sobre esa cueva?

Pero Thane no compartía mi fascinación. Estaba embobado observando un cuervo de cola roja que había aterrizado sobre el saliente del peñasco.

—Ojalá hubiera traído la cámara —proseguí. Avancé varios pasos para poder ver aquellas marcas más de cerca—. Me pregunto cuánto tiempo llevan aquí. Debe haber información sobre estos símbolos en la biblioteca. Estoy convencida de que alguien escribió sobre ellos.

—No estaría tan seguro —dijo Thane siguiendo el rastro del cuervo, que ya había alzado el vuelo. Caminó hasta la orilla del estanque, se arrodilló y sumergió los dedos en el agua—. Fría como un témpano. Siempre está helada, da igual la época del año que sea. Invita a un baño vigorizante.

Eso captó mi atención.

—¿Te has bañado en este estanque?

—De niño. Se suponía que no podía venir aquí solo, así que me escapaba siempre que podía.

Aquel corte en la sien le concedía un aspecto vulnerable y de tipo duro al mismo tiempo. Una dicotomía muy interesante.

—Eres más valiente que yo —dije.

—Tú eres la que trabaja sola en cementerios.

—Los cementerios no son lugares siniestros. Al menos, la mayoría.

—¿Cómo clasificarías Thorngate?

—Todavía no hay veredicto —contesté con tono alegre.

Eché otro vistazo a los símbolos. Rebusqué en mi memoria en un intento de

recordar lo que había leído sobre ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Trato de recordar lo que sé sobre símbolos de maleficio. Casi nunca aparecen solos, sino en grupos de al menos tres —respondí—. Fíjate en el que está más cerca de la cascada. Ese es el más común. Es la rueda del sol. El del medio es una estrella de brújula. Los extremos son redondos, como pétalos de flor.

Thane se levantó y vino a mi lado.

—Siempre he creído que el tercer símbolo era un pentagrama.

—Es un *Drudenfuss*. Un pie de bruja. Una estrella de cinco puntas. Según el folclore alemán, tiene el poder de acabar con los demonios. —Había algo en aquel símbolo que me inquietaba, y por fin lo supe—. ¿No ves algo extraño?

—A mí todos estos símbolos me parecen extraños —puntualizó Thane.

—No, este tiene una anomalía. Fíjate en que uno de los extremos inferiores de la estrella está abierto. La punta está sin filo, ¿lo ves?

Ladeó la cabeza.

—¿No puede ser cosa de la erosión o por la forma de la roca?

—No, juraría que está hecho a propósito.

—¿Por qué razón?

—Hay quien cree que la punta abierta de una estrella facilita la entrada de un demonio a nuestro mundo. Para que este pueda salir, se debe abrir otra punta o, de lo contrario, se destruirá toda la estrella.

—Así que si solo hay una punta abierta...

—El demonio sigue aquí.

Nos fustigó otra ráfaga de viento huracanado. Los árboles se agitaron y una nube de hojas secas voló hasta la superficie del estanque.

—Pero tan solo es una leyenda —apuntó Thane—. Sabiduría popular de las montañas.

—Lo sé. Pero he estado en muchos cementerios, y jamás he visto un pentáculo con una punta abierta. Me resulta un poco inquietante encontrar uno justo aquí.

—¿Por qué? ¿Porque se supone que este lugar es una especie de portal o vórtice?

—En parte, sí —reconocí, y me abracé la cintura—. Y porque es un sitio muy cerrado. Claustrofóbico, diría yo. No puedo dejar de pensar en lo que le ocurrió a Wayne Van Zandt aquí. No habría tenido ni la más remota posibilidad de escapar. Tan solo hay una forma de entrar y de salir de aquí.

—A menos que escales —apuntó Thane, mirando hacia arriba.

Pensé en las cicatrices que habían marcado la cara de Wayne para siempre. Cinco garras le habían rasgado la mejilla, robándole todo su atractivo y casi arrebatándole la vida. No sabía si era la visión de aquel ataque salvaje o la

insinuación de Ivy, pero empezaba a notar la misma ligereza que se había apoderado de mí en la cima de laureles. Aquel extraño tamborileo latiendo en cada una de mis terminaciones nerviosas.

Me giré hacia Thane.

—¿Lo notas?

—¿El qué?

—Una vibración. Antes, al adentrarnos en aquel matorral, también la noté.

Thane se quedó callado unos segundos.

—No noto nada, solo la humedad de la cascada.

—¿No hay un transformador o una central eléctrica por aquí cerca? — pregunté, algo ansiosa.

—Qué va —contestó—. ¿Todavía lo notas?

—Sí. Y, si escucho con atención, también puedo oírlo. Es como...

—¿Qué?

Thane me observaba detenidamente. No hizo ademán de tocarme, pero de repente tomé conciencia de su presencia; sentía el calor que emanaba de su cuerpo como si estuviera abrazándome a él.

Le cogí la mano y la puse sobre mi pecho.

—¿Lo notas?

De pronto, se le oscurecieron los ojos.

—Solo el latido de tu corazón.

—No, está ahí. Está dentro de mí... —balbuceé—. Es como si este lugar formara parte de mí...

Había empezado a temblar. De repente, se me nubló la visión. Entre tinieblas observé la imagen de dos cuerpos desnudos, enredados y a punto de alcanzar el clímax en ese mismo claro. La vibración pulsaba a su alrededor, invocando a los muertos, atrayendo a las criaturas que habitaban la cueva, que se escondían en los agujeros del peñasco, que nadaban en las profundidades del estanque para atestiguar su unión. Estaban por todas partes, contemplándolos con lascivia.

Me acerqué a él contoneándome. Algo en mi mirada debió de alarmarle. Me sujetó por los brazos y un instante después soltó una blasfemia y me abrazó por la cintura.

No sé cómo, pero un segundo más tarde nos estábamos besando. Quería apartarle de mí... Todo estaba pasando demasiado rápido. No era real. Era aquel lugar, aquella extraña visión, aquella inexplicable vibración.

A pesar de mis repetidos intentos de alejarme de Thane, acabé fundiéndome con él. Se había despertado un instinto en mi interior. Algo me había arrastrado hasta ese paraje, lo mismo que me mantenía anclada allí, lo mismo que me había empujado a los brazos de Thane Asher.

Deslizó la lengua en mi boca. El tamborileo se hizo cada vez más intenso, hasta que mi cuerpo empezó a latir de deseo. Nunca había sentido nada parecido

a eso. Era como una palpitación, como la convulsión de la sangre corriendo por mis venas, pero provenía de las montañas, de la cueva, de la misma tierra donde estábamos besándonos. Y también de mi interior.

Aquella visión me perseguía. Ahora, la mujer se había colocado sobre el hombre, con la cabeza echada atrás, a merced del placer más carnal. Ahogaban sus gemidos en aquel oscuro claro del bosque. Por un segundo habría jurado que eran Devlin y su difunta esposa, Mariama. La mujer se giró con una sonrisa seductora, y entonces caí en la cuenta de que era... yo.

Inmerso en su propio sueño orgiástico, Thane me apretó contra su cuerpo mientras me manoseaba la espalda y me tiraba del cabello para forzarme a ladear la cabeza. Enterró su rostro en mi cuello y me besó la yugular, como si ansiara devorar mi esencia. Y no pude hacer nada, nada para detenerle. Porque, en realidad, no quería que parara.

Pero algo se interpuso entre nosotros, un sonido, un murmullo, un susurro de miedo. Se apartó enseguida. Parecía afectado. El silencio que siguió se me hizo eterno. Nos quedamos allí de pie, jadeando y tratando de controlar aquellas emociones salvajes. Hasta que él apartó la mirada y rompió el hechizo.

—Maldita sea. ¿Qué acaba de pasar?

El temblor empezó a remitir. Le miré confundida.

—No lo sé.

—¿Estás bien?

—Sí —dije, pero no me atrevía a mirarle a los ojos—. Eso ha sido... inesperado.

—Lo sé, lo siento.

—No ha sido culpa tuya —musité, y miré a nuestro alrededor—. Es este lugar. Te hace pensar cosas raras.

Se arregló el pelo.

—Nunca me había pasado algo parecido. Pero...

—¿Qué?

Thane sacudió la cabeza.

—Nada —respondió, pero no me convenció—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —aseguré—. ¿Dónde está *Angus*?

Miramos a nuestro alrededor.

—No puede haber ido muy lejos. Estaba aquí hace un momento.

Empecé a gritar su nombre, pero Thane enseguida me cogió por el brazo.

—Chis, escucha —dijo en voz baja.

El lejano eco de un ladrido rompía el idílico silencio.

—Oh, no. Thane, se ha metido en la cueva.

Seguíamos de pie, el uno frente al otro. De forma inconsciente, mi mano había trepado hasta su pecho. Cuando me di cuenta, la aparté.

—Entraré a buscarlo —se ofreció.

—Te acompaño.

—No, quédate aquí. Conozco esa cueva. Cuando era niño la exploraba cada vez que venía. Tan solo tiene unos cuatrocientos metros de profundidad, así que no puede andar lejos.

—Pero ni siquiera tienes una linterna.

—Tengo la linterna de bolsillo colgada de las llaves... y el teléfono móvil. No te preocupes. Lo encontraré.

Aquella abertura en el peñasco me ponía nerviosa.

—¿Y si se esconde algún animal ahí dentro?

—Razón de más para ir solo. —Estuve a punto de protestar, pero Thane se adelantó—: No quiero parecer demasiado protector. Como he dicho, conozco la cueva. Si estoy solo puedo moverme más rápido, sobre todo si necesito salir pitando.

Era absurdo discutir ese razonamiento tan lógico. Le vi escurrirse por el agujero oscuro. Me quedé esperando junto a la cueva. Quería volver a escuchar el ladrido de *Angus*. Oí a Thane llamarlo varias veces, pero el perro respondía. Los dos estarían bien. Thane había aprendido a cuidar de sí mismo, y los instintos de *Angus* le mantendrían a salvo. Así que era una tontería que me preocupara tanto por ellos.

Tampoco quería obsesionarme con el beso. No comprendía lo que había sucedido entre nosotros. No me reconocía. Me había dejado llevar por el deseo, lo que no era nada propio de mí. Era una chica precavida, reservada. O al menos... hasta que conocí a Devlin.

Me alejé de la entrada y me agaché junto a la orilla del estanque. Después metí los dedos en el agua y comprobé que Thane tenía razón. Estaba más fría que un témpano de hielo, y las gotas que rociaba la cascada se asemejaban a una lluvia de pleno invierno. Mientras contemplaba las profundidades oscuras, una hoja se deslizó sobre el agua. Una espiral distorsionó mi reflejo. El agua arrastró la hoja, pero las pequeñas ondas no desaparecieron, como si una erupción subacuática las estuviera provocando. Una vez más, percibí un temblor parecido a la vibración fantasmal de un diapasón.

Estaba observando con atención el diminuto bucle de ondas cuando, de repente, apareció un reflejo por encima de mi cabeza. Al principio creí que era el fantasma de Freya, pero enseguida recapacité. Había alguien sobre la cima de aquel peñasco, contemplando el estanque. Sin embargo, cuando levanté los ojos, la espiral se intensificó y la imagen tembló hasta disiparse por completo.

Pero alguien había estado allí. No me lo había imaginado, del mismo modo que no me había inventado la silueta que advertí en la cima de laureles. Alguien nos estaba siguiendo. Aunque el reflejo no había durado más que una milésima de segundo, habría apostado a que se trataba de Ivy.

En la cueva retumbaron varios sonidos. Un ladrido seguido de la voz de

Thane. Gracias a Dios, estaban sanos y salvos. Cuando los dos salieron victoriosos de la cueva, yo seguía escudriñando la cima del pedrusco. *Angus* debió de distinguir el olor de aquella chica, porque empezó a ladrar como un histérico.

Thane arrugó la nariz.

—Pero ¿qué diablos le pasa a este perro? Hace un segundo estaba la mar de tranquilo.

—Alguien ha estado ahí —dije, señalando el pedrusco.

—¿Justo ahora?

—Sí. Vi el reflejo sobre el estanque, pero cuando me giré, ella ya no estaba.

—¿Ella?

—Era una chica.

Encogió los hombros.

—Bueno, seguramente un grupo de chicos habrá acampado por aquí. He visto los restos de una hoguera dentro de la cueva. Quizá por eso desapareció tan rápido. Estas tierras pertenecen a los Asher. A lo mejor tenía miedo de que la pillaran husmeando en una propiedad privada.

—¿Hay otra forma de llegar ahí arriba, aparte de escalando el pedrusco?

—Sí, hay un caminito un poco más allá.

—¿Es posible que, viniendo de la cima de laureles, haya tenido tiempo de llegar ahí por ese camino?

Arqueó una ceja y respondió:

—Si conocen la propiedad, sí.

Quería mencionar el nombre de Ivy, pero pensé que quizá la historia que Thane me había comentado antes estaba afectando mi buen juicio. Aquel peñón tenía al menos quince metros de altura, así que era casi imposible identificar a alguien a partir de un reflejo trémulo. Aquella explicación ya no me parecía tan probable. Cabía la posibilidad de que la silueta que me había parecido ver junto a la cripta no fuera más que una sombra.

Sin embargo, no me había imaginado las trampas de la última noche. Alguien había querido que me adentrara en el corazón del bosque.

—¿Quieres que suba hasta allí y eche un vistazo? —se ofreció Thane.

—No hace falta. Seguramente, tal y como dices, era un excursionista.

—Pero parece preocupada. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, estoy bien. Pero creo que tendríamos que irnos de aquí.

—Sí, vámonos.

Me detuve en la entrada del pasaje abovedado y miré atrás por última vez. Escudriñé el claro, recorrí los símbolos y alcancé la cima del peñasco. No estaba del todo segura, pero me pareció advertir una sombra moviéndose con sigilo por la orilla, siguiéndonos de cerca.

Capítulo 21

Cuando emprendimos el camino de regreso, ya era mediodía. El sol brillaba con toda su fuerza, pero sobre las cumbres de las montañas se cernían unas nubes grisáceas que habían empezado a tronar. La tormenta estaba lejos, y ni siquiera presentía que se acercara de forma amenazadora. Sin embargo, notaba ese cosquilleo eléctrico en la espalda y en la yema de los dedos. La brisa dejó de soplar de repente y, acto seguido, el aire que nos rodeaba se cargó de malos presagios.

El camino que serpenteaba la montaña era estrecho, así que tuvimos que avanzar en fila india. Thane tomó la delantera y *Angus* la retaguardia. No estaba de humor para charlar. Seguía preocupada por lo que había pasado entre nosotros. Y no conseguía deshacerme de la idea de que alguien, quizás Ivy, nos había estado siguiendo. De forma inconsciente, me giré en un intento de localizarla entre los matorrales.

Thane andaba varios metros por delante, pero me esperó a que le alcanzara antes de adentrarse en el bosque. El sendero era mucho más amplio, así que pudimos avanzar juntos, rozándonos los hombros. Aunque evitaba cualquier tipo de contacto físico, agradecí su cercanía. Apartó una rama de pino que pendía sobre el camino para facilitarme el paso.

—Necesito contarte algo —dijo.

—¿Sí? —contesté mirándole a los ojos.

Parecía perdido, como si no supiera por dónde empezar.

—Ayer te dije que había consultado tu página web para averiguar algo más de ti, pero no es del todo cierto. Sí que entré en tu blog, pero ya sabía de ti. De hecho, ya sabía de ti el día en que te conocí, en el ferri.

Me estaba poniendo nerviosa, así que endurecí el tono.

—¿Cómo?

—Recordé haber visto tu fotografía en los periódicos la primavera pasada, cuando lo que pasó en el cementerio de Oak Grove salió a la luz.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No estaba del todo seguro. Por eso te busqué en Internet. Revisé varios artículos hasta dar con la fotografía. Estabas fuera del cementerio, con un hombre. Un policía. Él te rodeaba con el brazo. Ninguno mirabais a cámara, y

me dio la sensación de que el fotógrafo había capturado un momento íntimo. — Hizo una pausa antes de continuar—. No es asunto mío, ya lo sé, así que eres libre de mandarme al Infierno. Pero... ya sabes qué te estoy preguntando, ¿verdad? ¿Y por qué? —preguntó con cierta tensión en la voz—. No estás así solo por lo que ha pasado en la cascada.

El corazón me dio un vuelco.

—Ya lo sé.

—¿Y bien?

Cogí aire.

—Se llama John Devlin. Era el detective que se encargaba de ese caso. Colaboré con él durante un tiempo.

—¿Y algo más?

—Sí.

—¿Mucho más?

—No importa. Ya no estamos juntos.

—¿Por qué?

No podía contarle que a Devlin le acechaban los fantasmas de su hija y de su esposa. Aunque me creyera, era una información que no estaba dispuesta a compartir. Ni siquiera Devlin sabía que seguían ancladas a él, de modo que confesárselo a Thane me parecía una traición en toda regla.

—Es complicado —dije, y reanudé la marcha. Cuando me alcanzó, añadí—: Perdió a su esposa y a su hija. No estaba preparado para pasar página.

—¿Y tú? ¿Estás preparada para pasar página?

Cerré los ojos.

—No lo sé. Todavía no lo he superado, si es lo que quieres saber. No sé si algún día lo superaré.

—¿Por eso viniste aquí? ¿Para curar las heridas?

—Vine aquí porque me ofrecieron un trabajo —le contesté.

Thane me hablaba con cautela.

—Si te sirve de algo, sé lo que es perder al amor de tu vida. Conozco ese vacío, esa horrible sensación de impotencia.

—Tu abuelo me habló de Harper —murmuré.

Arrugó la expresión.

—¿Y qué te dijo?

—Que era la chica con la que querías casarte. Me contó que murió en un accidente de tráfico, y que tú te sentiste culpable por dejar que cogiera el coche con la tormenta que estaba cayendo.

De pronto, se puso furioso.

—¿Y no te dijo que había hecho lo imposible para separarnos?

—No —contesté, pero recordé que había mencionado algo sobre la inestabilidad mental de aquella chica—. ¿Por qué quería separaros?

—Porque se negaba a incluirla en su gran proyecto familiar —explicó. La sien no dejaba de palparle—. Y al parecer la familia de Harper no merecía su aprobación.

—¿Por qué?

—No tenía dinero ni contactos, ni el pedigrí necesario para unirse a los Asher. Por supuesto, a mí todo eso me importaba bien poco. Solo quería estar con ella. Si no hubiera sido por el accidente, nos habríamos casado esa misma primavera, a pesar de las objeciones del abuelo.

—Lo siento.

Se quedó callado durante unos instantes. Los truenos retumbaban a lo lejos. Se había levantado una brisa que agitaba las hojas y rezumaba a lluvia.

Thane miró hacia el cielo. Entre el espeso follaje todavía se filtraba la brillante luz del sol.

—Han pasado muchos años, quién sabe cuánto habríamos durado. Éramos jóvenes. Ahora, cuando echo la vista atrás, debo admitir que parte del encanto de nuestro romance se basaba en frustrar los deseos del abuelo. No me malinterpretes —se apresuró en añadir—. La quería con todo mi corazón. Mi abuelo me abrió las puertas de su casa cuando no tenía adónde ir, y siempre le estaré agradecido. Nunca podré recompensarle todo lo que ha hecho por mí, pero...

—Siempre te recuerda que no eres un verdadero Asher.

Soltó una débil carcajada.

—Dicho así suena bastante mezquino.

—Pero no lo es. En el mejor de los casos, es embarazoso; en el peor, desmoralizador.

Alargó el brazo y me rozó la mejilla, una caricia tan suave como el vuelo de una libélula sobre la superficie de un estanque.

—Es un imbécil, y lo sabes.

Pero ya no estábamos hablando de Pell Asher.

Quería decirle que no era culpa suya. Era difícil dejar atrás a los fantasmas del pasado cuando ellos no querían dejarte marchar.

En ese momento, lo último que quería era mirarle a los ojos, así que me concentré en *Angus*. Estaba sentado en mitad del camino, esperándonos.

Sin embargo, en mi cabeza se estaba desatando un huracán de pensamientos y emociones. No estaba lista para eso, ni quería estarlo. No buscaba un romance con Thane Asher, pero tampoco podía negar esa conexión que empezaba a asustarme.

—Thane...

—No lo digas. No digas nada.

—Pero tengo que hacerlo.

Posó un dedo sobre mis labios y me silenció.

—La vida es demasiado corta para vivir en el pasado, Amelia. Deja que se quede con sus fantasmas.

Cuando por fin llegamos al cementerio, me paré en la puerta para despedirme. Tenía que adelantar trabajo antes de que empezara a llover. Además, me apetecía pasar un tiempo a solas para pensar. El beso me había dejado confundida y destrozada. Me daba la impresión de que estaba atrapada en el juego en que ambos equipos tiran de un extremo de la cuerda. Por un lado, el constante anhelo de regresar a Charleston, a Devlin; y por el otro, la necesidad de permanecer allí, junto a Thane.

—Debería ponerme a trabajar —anuncié con energía.

Dibujó una sonrisa pícaro.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente. Creo que ha llegado el momento de que conozcas al resto de la familia.

—¿Perdón?

—A la querida tía Emelyn. Dijiste que querías verla.

La tormenta cada vez estaba más cerca. Thane echó un vistazo a las montañas.

—No creo que puedas trabajar esta tarde. Esa tormenta llegará de un momento a otro.

Las palabras de Thane parecieron conjurar un vendaval que revolvió las hojas secas que yacían sobre las tumbas. En el lindero del bosque los pinos comenzaron a zarandearse como olas en un mar verde. Una cortina de lluvia nos pisaba los talones. Percibí el tamborileo de las gotas sobre el suelo, como el murmullo de centenares de fantasmas. Por detrás del aguacero se asomaban truenos y los constantes destellos de relámpagos. Al cabo de unos segundos, ya teníamos la tempestad encima.

Thane me cogió de la mano.

—Vamos. Echa a correr.

Podríamos haber reculado y resguardarnos en el coche, pero en lugar de eso zigzagueamos a toda prisa entre el laberinto de monumentos y lápidas, atravesamos el pórtico y dejamos atrás el círculo de ángeles que observaban la tormenta.

Thane abrió de un empujón la puerta del mausoleo y se hizo a un lado para dejarme entrar. *Angus* estaba detrás de mí, sacudiéndose el agua que le empapaba el pelo. Aunque estaba oscuro, las vidrieras dejaban pasar algo de luz. Cada esquina estaba repleta de telarañas. Las paredes de piedra se sentían frías y húmedas, y aquel aposento apestaba a moho y abandono. En el centro del suelo de piedra había una escalinata que bajaba hacia las penumbras de la tumba.

En un intento de iluminar un poco más el mausoleo, Thane puso una cuña

debajo de la puerta para impedir que se cerrara. Agradecí el aire fresco, esa brisa de tormenta que me alborotaba el pelo y agitaba las telarañas.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Todavía quieres verla?

—Sí, solo que...

Sus ojos centelleaban.

—No tendrás miedo, ¿verdad?

—De la tía Emelyn, no. Aunque las serpientes y las arañas no son santos de mi devoción.

—¿Qué tipo de restauradora eres?

—De las precavidas. ¿Todavía tienes esa linterna de bolsillo?

Comprobé el llavero. Ahí estaba.

—Pero si no recuerdo mal había velas por aquí y, con un poco de suerte, también habrá cerillas. ¿Quieres que baje solo?

—No pasa nada. He aprendido a convivir con mis fobias. Aunque ve tú primero.

—Gracias —dijo, y empezó a descender hacia la negrura—. No te alejes demasiado... y vigila donde pisas. Los peldaños son muy empinados.

Me percaté de que *Angus* se había quedado arriba. Por lo visto, no sentía curiosidad alguna por esa tumba.

Caminaba pegada a Thane. A medio camino, se paró de repente; casi me estrello contra él.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, casi sin aliento.

—Tan solo intento recordar dónde están los candelabros —respondió. Bajó otro puñado de escalones y enfocó la linterna sobre los muros de piedra—. Ah, aquí están.

Oí el chasquido de una cerilla. La llama animó unas sombras que danzaron sobre las paredes. Thane protegió la cerilla con la mano y una por una fue encendiendo las velas. Extrajo una del candelabro y me la entregó. Después apagó la linterna, se la guardó en el bolsillo del pantalón y cogió otra vela para él.

Descendió el resto de la escalera. Cuando llegó a la estancia inferior, encendió varias velas más. La tumba era más grande de lo que había imaginado, rodeada de muros de criptas y sepulcros que habían caído en el olvido. Vislumbré más telarañas. El resplandor de la luz se reflejaba en las placas de plata de ley. El hedor a moho se hizo más intenso, lo que me hacía sospechar que cada rincón y fisura estarían recubiertos del asqueroso moho negro.

—Esto es increíble —exclamé. Mi voz retumbó en las paredes de piedra.

—Es una lástima que no tengamos más luz —se lamentó Thane—. La próxima vez vendremos preparados. Las tallas y filigranas esculpidas en las criptas son extraordinarias.

—¿Es orgullo lo que acabo de oír en tu voz? —bromeé.

Me miró por encima del hombro. Bajo aquella luz parpadeante, su expresión

era aterradora.

—Nunca he cuestionado el gusto de la familia —contestó—. Solo me quejo de una excesiva indulgencia. Y hablando de eso... —dijo levantando la vela—. El ataúd de Emelyn está por aquí.

Me guio por una puerta arqueada que daba a un aposento donde el ataúd de cristal descansaba sobre un pedestal. Se dio media vuelta para colocar la vela sobre un candelabro. Me acerqué y me di cuenta de un pequeño detalle. Desde ese punto en concreto, la vela se reflejaba sobre el cristal, así que era imposible distinguir nada. Pero en cuanto me deslicé unos centímetros, la vi por primera vez. Ahogué un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó Thane.

Aproximé la vela al ataúd de cristal. Thane enseguida agachó la cabeza.

—Jesús —suspiró.

Debía de haber entrado aire en el ataúd a través de alguna grieta o ranura, porque el cadáver había empezado a descomponerse. La piel arrugada se había vuelto grisácea y las cuencas de los ojos eran dos agujeros negros. Los labios también se habían marchitado, adoptando una sonrisa que ponía los pelos de punta. Pero lo más grotesco de aquella imagen eran los adornos de novia que habían colocado junto al cadáver.

—¿Cuándo fue la última vez que bajaste aquí? —quise saber.

—Hace años. Me pregunto cuánto tiempo lleva así.

—¿Quién sabe? Aunque la ranura del cristal sea minúscula, la descomposición de un cuerpo es rápida —aclaré. Eché un segundo vistazo al cadáver—. ¿Se lo dirás a tu abuelo?

—No tiene por qué enterarse, no serviría de nada, solo para enfadarle. Además, no volverá a venir aquí. No hasta...

Un viento invernal azotó la estancia. Enmudeció a Thane y apagó todas las velas. Un segundo más tarde, la puerta del mausoleo se cerró de golpe.

En mitad de aquella absoluta oscuridad sentí el frío del miedo trepando por mi espalda.

—¿Thane?

En cuanto articulé su nombre, noté su mano sobre el brazo.

—No pasa nada. El viento las ha apagado. Voy a buscar más cerillas.

Tenía el cuerpo pegado al suyo y, en el profundo silencio de la cripta, habría jurado escuchar el latido de su corazón. ¿O sería el mío? Buscaba la caja de cerillas a tientas, pero notaba su brazo alrededor de mi cintura. Y no solo eso. Percibía su aliento en la mejilla, el roce de sus labios en el pelo.

—¿Thane?

Me apreté contra él, con el brazo sujetándome la cintura mientras me acariciaba el pelo y me besaba el cuello. «Como si tratara de devorar mi esencia». Aturdida, me solté con brusquedad.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentando encontrar las malditas cerillas.

Su voz provenía del pie de la escalera. No estaba a mi lado. Pero aquel brazo seguía agarrándome...

Me quedé paralizada, incapaz de reaccionar. Sentí una mano deslizándose hasta mi pecho, otra descendiendo por mi muslo. Y entonces escuché una voz rasgada que me susurró al oído: «Pronto». Un segundo más tarde oí el rasguño de unas zarpas sobre el suelo de piedra. Thane apareció en la puerta con una vela en la mano.

Miré a mi alrededor, pero allí no había nadie. Estaba sola en el aposento. Mi única compañía era el marchito cadáver de Emelyn Asher.

Capítulo 22

La tormenta se dispersó enseguida, y la puesta de sol fue espectacular. Me senté en los escalones del porche, con *Angus* a mis pies, para admirar el cielo que se reflejaba sobre el lago Bell. El atardecer teñía las aguas de una miriada de colores, desde un rosáceo pálido hasta un anaranjado intenso. Las tonalidades fueron perdiendo fuerza, hasta adquirir un lavanda ahumado con destellos dorados.

El ocaso estaba cerca, y en las montañas las criaturas nocturnas comenzaban a desperezarse. No tardaría en entrar en casa, pero por ahora quería regalarme un momento para disfrutar de la serenidad del último aliento del día antes de que cayera la noche.

Una luciérnaga revoloteaba entre la bergamota que crecía junto a los peldaños. Sobre el lago, un somorgujo llamaba a un compañero. Aquel llanto melódico era evocador al mismo tiempo que exasperante, como lo suelen ser los sonidos nocturnos. En el corazón del bosque se oía el lejano ladrido de los coyotes y lo que podría ser el grito de una pantera negra, protagonista de muchas de las historias que mi padre contaba sobre su infancia en las montañas.

Me sentía sola. Seguía nerviosa y algo asustada por lo que había pasado. Quería creer que aquella terrible presencia era fruto de mi imaginación, una evocación de mi miedo, pero no conseguía olvidar el aliento cálido sobre la mejilla, aquella promesa susurrada al oído...

Respiré, temblando. Cualquier persona en su sano juicio habría salido huyendo de allí. No había de qué avergonzarse. Si me marchaba ahora, podría plantarme en Charleston dentro de tan solo unas horas. Me prepararía una taza de camomila en la cocina. Miraría el correo. Dormiría en mi propia cama. Estaría más cerca de Devlin.

Otra exhalación trémula.

Pero ¿me sentiría más segura allí? Después de varios meses agónicos evitando a Devlin, había llegado a convencerme de que estaría bien, siempre y cuando respetara una distancia prudente. Pero ahora me asaltaba una duda; quizá todo lo que estaba sucediéndome en Asher Falls era una consecuencia directa por no haber respetado las reglas de mi padre. Mi amor por un hombre acechado por fantasmas no solo había abierto una puerta, sino que también me había debilitado,

me había hecho más susceptible a las fuerzas oscuras que merodeaban por aquel pueblo y sus montañas.

¿Esa explicación rozaba la ciencia ficción? Algo me empujaba a creer que no. Ya no. Pensé en aquel anciano que se había presentado en el cementerio. Su comportamiento extravagante, que no era humano pero tampoco animal, encarnaba todos los misterios que me habían pasado desde el día de mi llegada.

Catrice tenía razón. El balance natural era desproporcionado en aquellas montañas. En Asher Falls, el eje se había inclinado. Cementerios inundados, símbolos de maleficio que alteraban y reordenaban la naturaleza. Y, de algún modo, yo formaba parte de aquello. Estaba allí por un motivo.

Bajé la vista y me miré las manos. Pensé en mi padre. Siempre había procurado protegerme. Desde el día en que vi el fantasma del anciano en el cementerio de Rosehill, mi padre me había enseñado una serie de normas para defenderme. Pero él tenía secretos. Todos los tenían. Él, mi madre, la tía Lynrose. Todos sabían algo sobre mi nacimiento. Ahora no me cabía la menor duda. Ese misterio los uniría para siempre. No los había dejado indiferentes. El secreto había impedido a mi madre quererme como a una hija y había forzado a mi padre a esconderse en su propio caparazón. Ya no reconocía al hombre que me había explicado sus anécdotas en las montañas, que me había inculcado el sentimiento de amor y veneración por los cementerios antiguos. Sus secretos y su silencio me habían apartado de su vida, así que me retiré a mi propio mundo.

Devlin había logrado penetrar en él, y las consecuencias habían sido nefastas. Y ahora otra amenaza llamaba a esa puerta: Thane Asher.

Cerré los ojos. Me sentía atraída hacia él, pero de un modo que no comprendía, porque no era solo él, el hombre, sino ese lugar, ese pueblo, el suelo sobre el que pisaba.

Las palabras de Pell Asher retumbaron desde la cima de la montaña: «La sangre y la tierra son los lazos más fuertes. Son constantes. El amor romántico, en cambio, es efímero».

Observé esa cima. Por un momento creí que si la miraba con detenimiento podría ver las luces de la mansión Asher. Puede que incluso diera con algunas respuestas. Pero el silencio se hizo ensordecedor.

El crepúsculo se avecinaba, y yo seguía allí sentada. El cielo gris resplandecía sobre las copas de los árboles, donde la luna no tardaría en aparecer; más allá del bosque, la neblina azul que tapaba las montañas empezó a oscurecerse hasta convertirse en una sombra negra.

Contuve el aliento. En algún lugar de ese ocaso, el velo se había estrechado. Visualicé el fantasma de Freya deslizándose hacia el mundo de los vivos. ¿Vendría a visitarme aquella noche? ¿Seducida por mi calor y energía? ¿Por mi fuerza vital? ¿Ansiaba lo que jamás volvería a tener?

¿O me acechaba por alguna otra razón?

Tenía que resguardarme. Lo sabía. Si reconocía a un fantasma que veía muertos, estaría tentando al destino otra vez. Pero la puerta ya se había abierto, y necesitaba saber por qué estaba allí. Necesitaba destapar los secretos de mi nacimiento, de mi destino. Necesitaba descubrir por qué Thane Asher me atraía con la fuerza de un imán.

« Pronto» , musitaron los árboles, y me estremecí.



Aquella noche, el fantasma de Freya no apareció, aunque quizá me distrajera y no lo viera. Entré antes de que las estrellas empezaran a titilar en el cielo y me metí en la cama con el ordenador. Había descuidado por completo el blog desde que me fui de Charleston, así que me dispuse a moderar los comentarios de mi última entrada. También quería escribir el borrador de un nuevo artículo sobre símbolos de maleficio y hechizos. Comprobé la bandeja de entrada de mi correo electrónico. Devlin me había escrito.

No dejaba de mover el ratón, indecisa. ¿Debería abrirlo? ¿O era preferible no remover malos recuerdos? ¿Debería pasar página, olvidar el pasado y dejar a Devlin con sus fantasmas?

Al final, no pude resistirme. Abrí el correo electrónico y devoré el mensaje que contenía una sola frase. Con el ceño fruncido, lo releí varias veces: « ¿Dónde estás?» .

¿Era mi imaginación, mis ilusiones, o había una nota de desesperación en ese breve mensaje? Cerré el correo electrónico, apagué el ordenador y me tapé con la sábana. Tumbada en aquella penumbra absoluta, los sonidos nocturnos invadieron mi santuario, y una vez más Devlin se coló en mis sueños.

Capítulo 23

El buen tiempo duró varios días, de modo que pasé largas horas inmersa en Thorngate, armada con un rastrillo, una pala y un machete para abrirme camino entre la vegetación que había invadido el nuevo cementerio. Aquella tarea física me animaba, así que me entregué por completo al proyecto, ignorando el correo electrónico de Devlin. Tampoco quise darle demasiadas vueltas a los besos de Thane, que habían desatado un caos en mi interior. Por muy absorta que estuviera en mi trabajo, en ningún momento le di la espalda al mausoleo.

Cada vez que recordaba aquel aliento cálido en el cuello y me imaginaba una lengua espectral lamiéndome la piel cortaba con más fuerza las malas hierbas. Aunque llevaba guantes, me salieron varias ampollas. A finales de la semana, sentí que se me agotaba la energía, así que decidí ir a la biblioteca a tomarme un merecido descanso. No había podido ubicar la tumba de Freya, por lo que concluí que todavía estaría escondida bajo una maraña de zarzas y maleza que invadían una parte del cementerio que aún no había explorado. Hasta que pudiera limpiar todo el cementerio, necesitaría un mapa para identificar las tumbas.

Paré un momento en casa para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Además, también quería asegurarme de que *Angus* tenía agua fresca y algo de comida. Estaba echando la siesta en el jardín, justo delante de la ventana de mi habitación. Odiaba encerrarlo dentro de casa, pero no podía llevármelo al pueblo, y bajo ningún concepto iba a dejarlo suelto por el jardín.

Cuando entré en la biblioteca, Ivy estaba en la recepción, charlando con Sidra. Las dos llevaban el uniforme de la escuela, así que asumí que no las habían expulsado.

—Hola —saludé, procurando ser simpática.

—¿No es la Reina de los cementerios? —preguntó Ivy arrastrando las palabras—. Así es como te llaman, ¿no?

—A veces.

—Es repugnante.

Lo que realmente me parecía repugnante era que me hubiera buscado en Internet para dar con mi apodo. Y más repugnante todavía me parecía la posibilidad de que hubiera estado espíandonos aquel día, en las cascadas. « Ivy no es como las demás chicas —había dicho Thane—. Ha habido algunos...

incidentes» .

—Depende de cómo lo mires —contesté.

Su mirada era de desdén.

—Si tú lo dices.

Me giré hacia Sidra.

—¿Luna está aquí?

Y de inmediato lanzó una mirada de advertencia a su amiga.

—No, pero volverá pronto.

—Tengo que irme —anunció Ivy—. Hasta luego, Sid. No te olvides de lo que hemos hablado.

Sidra frunció el ceño.

—Ya te lo he dicho, no pienso subir allí nunca más.

—Nunca digas nunca —apuntó Ivy, y me sonrió con astucia.

Sidra esperó a que su amiga cerrara la puerta.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció.

—¿Todo bien? Te noto un poco ansiosa.

—Estoy bien. Es solo que... —titubeó—. Nada.

—¿Estás segura? Si necesitas hablar con alguien...

—No, gracias —me cortó, y desvió la mirada hacia el mostrador.

—De acuerdo. Quizá puedas echarme una mano con esto.

Le expliqué lo que necesitaba. La seguí por la biblioteca hasta un enorme escritorio repleto de libros y registros.

—Luna recopiló para ti toda esta documentación hace unos días. No sabíamos cuándo volverías por aquí.

Estuve tentada de revelarle que había venido en una ocasión, pero al recordar las circunstancias de aquella visita decidí callarme.

—Si aquí no encuentras lo que buscas, siempre puedo comprobar los archivos —dijo Sidra ojeando una de las carpetas—. Estoy segura de que tenemos más libros de referencia que mencionan Thorngate.

—Gracias. Todo lo que encuentres me será de gran ayuda. Oh, y hablando de libros de referencia, me gustaría leer algo sobre los símbolos de maleficio que hay en la cascada. Intenté buscarlos en Internet, pero no encontré nada al respecto.

Abrió los ojos como platos. Aquellos ojos azules destilaban miedo.

—¿Símbolos de maleficio?

—He visto emblemas similares en lápidas muy antiguas. Tengo curiosidad por saber cómo se cincelaron en el acantilado.

Vaciló.

—No encontrarás información sobre esos símbolos, ni aquí ni en ningún lado. Te aconsejo que no vuelvas a mencionarlos. La gente de este pueblo se pone muy nerviosa cuando oye hablar de esas cosas.

—¿Son supersticiosos?

Esquivó mi mirada.

—Yo, en tu lugar, no diría nada.

Su comportamiento me desconcertó, pero dejé el tema.

De repente oí un portazo. Sidra parecía un tanto alarmada.

—Luna debe de haber llegado. La informaré de que estás aquí.

Se escabulló a toda prisa. Me acomodé frente a la mesa para ponerme a trabajar, pero apenas tuve tiempo de echar un vistazo a la primera pila de papeles. Sidra regresó con un par de libros.

—Aquí debe de haber alguna cosa sobre el cementerio —dijo—. Contienen listas de todos los cementerios del condado.

Alcé la mirada.

—Qué rápida.

—Conozco esta biblioteca como la palma de mi mano. He pasado la mayor parte de mi vida aquí dentro.

—Debes disfrutar mucho con tu trabajo —murmuré con una sonrisa—. Me encantan las bibliotecas. Cuanto más antiguas, más bonitas. Igual que los cementerios.

—A mí también me gustan los cementerios —añadió con las mejillas sonrojadas—. Podría ayudarte a revisar toda esta documentación, si quieres.

—¿A Luna no le importará?

—No tengo nada más que hacer —dijo, y cogió una silla.

Durante el par de minutos que me había dejado a solas se me ocurrió la idea de que quizá sabía algo sobre Freya. Había fallecido antes de que ella naciera, pero, en un pueblo tan pequeño como Asher Falls, estaba convencida de que habría oído algo. Además, cuando le mostré la fotografía que tenía Luna en su despacho, reaccionó de una forma muy extraña.

Trabajamos en silencio un buen rato, hasta que, como si nada, dije:

—El otro día conocí a tu madre, en la mansión Asher.

—Eso he oído.

—¿Te lo contó?

—Mi madre nunca me cuenta nada, pero soy una chica muy espabilada. Siempre averiguo lo que necesito.

Ese punto de soberbia cuadraba más con el carácter de Ivy que con Sidra.

—Después de la cena, Thane y yo nos dedicamos a abrir un montón de cajas viejas. Encontré una fotografía que me recordó a la que tiene Luna en su despacho, esa fotografía en grupo donde aparecen tu madre y Catrice. Había otra chica en el fondo. Thane creyó que era Freya Pattershaw.

Sidra no despegó la mirada del libro, pero se puso muy tensa. Sospechaba que también veía el fantasma de Freya en aquella instantánea.

—¿Alguna vez has oído ese nombre?

Por fin me miró a los ojos, pero hubo algo en aquella mirada cristalina que me puso la piel de gallina. Fue la dicotomía de luz y oscuridad.

—He oído el nombre —confirmó—. Era la hija de la mujer de los pájaros.

—¿La mujer de los pájaros? —repetí, confusa.

—Tilly Pattershaw. La llamamos así.

—¿Ese apodo no concuerda más con Catrice? Ella es la ornitóloga.

—Catrice estudia a los pájaros —aclaró—. Tilly, en cambio, cuida de ellos. Los rescata. Y seguramente sabe mucho más de pájaros que cualquiera de la isla, incluida Catrice. Deberías ver su jardín. A veces vuelan hacia ella en bandada.

De repente recordé la imagen de todos aquellos cuervos observándome.

—¿Sueles ir a su casa?

Sidra miró por encima del hombro, como si quisiera asegurarse de que nadie nos espiaba.

—Se supone que no puedo ir a su casa, pero me gustan los pájaros. Sobre todo los pequeñitos y cantarines. Catrice, en cambio, analiza aves depredadoras.

Procuré no parecer demasiado intrigada por el tema.

—¿Y por qué no te dejan ir a su casa?

Otra pausa.

—Tilly no es de las nuestras.

—¿A qué te refieres?

—No es de Asher Falls.

—Pero ha vivido aquí casi toda su vida.

—La gente como mi madre, o como Luna, todavía la considera una forastera.

Lo cual era irónico porque había vivido más años que cualquiera de ellas en Asher Falls.

—¿Sabes qué le ocurrió a Freya? —pregunté.

—Murió.

—Sí, ya lo sé, pero... ¿cómo?

Volvió a mirar atrás.

—A nadie le gusta hablar de aquel incidente, pero... corren rumores que dicen que murió en un incendio. Tilly tiene las manos quemadas, así que todo el mundo asume que intentó salvar a su hija.

—Por eso lleva guantes.

—Siempre. Nunca se los quita, ni siquiera cuando da de comer a los pájaros.

—¿Y dónde fue ese incendio?

—No lo sé. En algún edificio abandonado del pueblo. Se estaba celebrando una fiesta... o algo así. Aunque... —susurró. Había algo en su mirada que era incapaz de descifrar. Algo que me incomodaba—. Creo que no eran muy amigas.

—¿Quién?

—Catrice, Luna y mi madre no eran muy amigas de Freya.

—¿Por qué?

—Deberías preguntárselo a Luna.

—¿Preguntarle el qué?

Luna apareció al otro lado del pasillo, con el gato entre sus brazos. Llevaba un vestido púrpura, el mismo color del crepúsculo, y varias pulseras de plata. Enseguida me fijé en el resplandor lechoso de la piedra lunar que lucía sobre su garganta. Se agachó. Aquel gato atigrado brincó de sus brazos para cobijarse debajo de una de las estanterías, arañando el suelo de madera con las uñas.

—Está persiguiendo un ratón —adivinó Sidra.

—Sí, es un minino sanguinario —añadió Luna—. Es su instinto natural, aunque no lo evidio, la verdad. Además, los roedores son la bestia negra de las librerías antiguas. Y las trampas no sirven de mucho —explicó. Sonrió, apoyó un hombro sobre una de las estanterías y se cruzó de brazos—. Y bien, ¿qué quería preguntarme?

Sidra estaba de espaldas a Luna. Aunque tenía la cabeza agachada, fingiendo leer el libro, me miraba con detenimiento. Y, de un modo muy disimulado, meneó la cabeza. Por algún motivo, no quería que mencionara a Freya, quizá porque se suponía que no sabía nada de ella.

—Intento encontrar un mapa del cementerio. Thane me dijo que podría haber uno en la mansión Asher, pero cuando lo buscamos no dimos con él. ¿Sabe si hay alguno en los archivos de la biblioteca? —pregunté, sin alterar el tono de voz.

—Debería haber uno entre toda esta documentación.

Atravesé el pasillo. Cuando llegó al escritorio, pasó una mano por la espalda de Sidra y después la apoyó en su hombro. La chica apretó los ojos, como si estuviera reprimiendo un escalofrío.

—Al menos de la nueva sección. Pero apostarí a que el mapa del cementerio original está en la mansión Asher. Echaré un vistazo la próxima vez que vaya.

—Gracias.

Se quedó mirándome durante unos segundos y, antes de que pudiera reaccionar, me agarró por la barbilla y me giró la cabeza a un lado y a otro, como si quisiera estudiar mi perfil. Aturdida, me aparté de golpe.

Luna esbozó una sonrisa.

—Perdone. No pretendía asustarla. Me había parecido ver una araña en su pelo.

En esta ocasión fui yo quien reprimió un escalofrío. Aunque su extraño gesto apenas duró un instante, no pude evitar fijarme en el abanico de líneas de expresión que le arrugaban el contorno de los ojos y en la piel flácida que le

colgaba del cuello. Tampoco me pasó desapercibido el mechón de cabello canoso que manchaba su cabellera azabache. No tenía el mismo aspecto vital y exuberante que había percibido en ella el día en que la conocí. Por alguna extraña razón, pensé en el cadáver que se estaba pudriendo en el mausoleo de los Asher.

Se irguió.

—Sidra, no olvides que mañana cierras tú.

La muchacha ni pestañeó.

—Claro que no.

—Amelia, ¿puedo hacer algo más por usted?

—No, gracias —respondí con demasiado apremio—. Sidra es un encanto y me está ayudando a ojear todos estos registros.

—Sí —murmuró Luna—. Sidra puede ser una chica muy amable.

Y, tras esas palabras, se dio media vuelta y desapareció.

Sidra dejó escapar un suspiro.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no mencionar a Freya. No quiero que Luna se enfade.

—¿Y por qué iba a enfadarse? Qué importa si ella y sus amigas no apreciaban a Freya; esa pobre chica murió hace años.

—No conoces a Luna —balbuceó. Y entonces se inclinó hacia mí y bajó todavía más la voz—. Hay algo que tienes que ver.

—¿El qué?

—Ahora no. Reúnete conmigo mañana aquí, después de que Luna se marche.

—No sé si podré venir...

—Es sobre esos símbolos de maleficio —susurró—. Ven mañana y te lo enseñaré.

Capítulo 24

Poco después salí de la biblioteca y pillé a Wayne Van Zandt fisgoneando alrededor de mi coche. Tenía la nariz pegada al cristal de la ventanilla trasera. Cuando se percató de que le estaba observando, se dio media vuelta. Me sonreía con superioridad, así que presumí que le importaba bien poco que le hubiera visto husmeando en mis cosas.

—¿Está buscando algo? —le pregunté de buenas maneras.

Sentía el impulso de mirarle las cicatrices que le cruzaban la cara, pero me obligué a centrarme en sus ojos. Aun así, no podía dejar de pensar en todo lo que Thane me había explicado sobre el ataque. Por lo visto, el comisario no recordaba nada, salvo que había ido a las cascadas para encontrarse con Luna.

Sentía una mirada clavada en la espalda, así que me giré. Presentía que me encontraría a Luna. Me sorprendió ver a Ivy bajo la sombra de la torre del reloj, observándonos. Al intercambiar una mirada, noté un escalofrío en la espalda. Wayne también se percató de su presencia y masculló algo que no entendí.

—¿Está buscando algo en mi coche? —insistí.

—Estaba esperándola, nada más —contestó.

—¿Por qué?

—Creí que le interesaría saber que encontré una perrera allí arriba, en la colina.

—¿Arrestó a alguien? —pregunté, ansiosa.

Se acarició una de las cicatrices.

—No fue necesario —respondió—. Alguien estuvo allí antes. Los chuchos habían desaparecido y un incendio había destrozado la perrera. Por lo visto, el propietario también se puso violento. Pero, como es de esperar, no me dijo una sola palabra —explicó. Hizo una pausa y, con los ojos entrecerrados, añadió—: Supongo que no sabe nada sobre ese incidente.

—¿Yo? —pregunté, haciéndome la sorprendida. Ahora entendía el corte en la sien y los nudillos amoratados de Thane—. ¿Cómo diablos voy a saber algo sobre eso?

Desvió la mirada hacia el otro lado de la calle.

—¿Aquel perro de pelea todavía merodea por la casa de Covey?

Aunque su tono sonó informal, casi distraído, me dio la impresión de que

había preparado bien la pregunta.

Si pretendía cogermelo con la guardia baja o provocar una reacción, se estaba equivocando de persona. No tenía la menor idea de con quién estaba hablando. Había crecido rodeada de fantasmas, así que había aprendido a ocultar cualquier emoción.

—Ya se lo dije el otro día, debe de estar muerto.

—Eso fue lo que me dijo —confirmó.

—Wayne, ¿qué demonios crees que estás haciendo? —exigió una voz que provenía de la acera.

Los dos nos giramos. Catrice Hawthorne había doblado la esquina y se dirigía furiosa hacia nosotros. Llevaba ropa vieja y raída, un atuendo muy distinto al elegante vestido de cóctel que había lucido durante la cena en casa de los Asher. El sombrero de paja y los pantalones pirata me recordaron la forma de vestir de los turistas que se agolpaban junto al paseo en verano, los mismos que, con exagerada avidez, tomaban fotografías de las mansiones y regateaban en el mercado.

—Esto no es asunto tuyo, Catrice. Déjame en paz y céntrate en tus buitres — espetó, molesto por la intromisión.

Pero Catrice estaba de tan buen humor que incluso le brillaban los ojos.

—Los buitres son aves carroñeras. No son mi especialidad, la verdad.

—Quizá no estaba refiriéndome a los pájaros —murmuró.

Catrice soltó una carcajada sincera.

—Me alegro de haberla encontrado, Amelia. Tengo el coche en el taller, y me preguntaba si le importaría llevarme a casa. Le coge de camino, se lo prometo.

—Por supuesto. Ningún problema.

—Me salva la vida. Si después nos sobra tiempo, puedo enseñarle el estudio.

Aquella simpatía volvió a tomarme por sorpresa. Era una mujer mucho más agradable que sus amigas, Bryn y Luna. Es más, era más amable que cualquier otra persona de Asher Falls, tal vez con la excepción de Thane.

Señaló a Wayne con el dedo y añadió:

—Sé que es pedirte demasiado, pero procura cambiar esa actitud. Amelia se va a llevar una impresión equivocada, y lo último que queremos es que la asustes.

Wayne se limitó a mirarnos. Subimos al coche y nos marchamos.

Catrice ajustó el espejo retrovisor para echar un último vistazo al comisario.

—Espero no haberme metido donde no me llaman.

—En absoluto.

—Al verla, me dio la sensación de que necesitaba que la rescataran. Wayne puede ser un poco autoritario, en particular con los desconocidos. Ha tenido una vida muy difícil, así que la mayoría de nosotros somos muy tolerantes con él.

—Por lo que dice, le conoce desde hace mucho tiempo.

—Crecimos juntos..., todos... Wayne, Luna, Bryn, Edward, Hugh y servidora. De niños éramos una piña.

Se quitó el sombrero de paja y lo dejó sobre el salpicadero. Los rayos de sol que bañaban el parabrisas incendiaban su cabellera pelirroja.

—Entonces enviaron a Hugh y a Edward a un internado, la familia de Wayne se mudó a Woodberry durante un tiempo y las tres chicas nos quedamos solas.

—¿Bryn, Luna y tú?

Sonrió.

—Hermanas de sangre, así nos gustaba llamarnos. Éramos unas exploradoras de manual. Hubo una época en que nos conocíamos esas montañas mejor que nuestros propios jardines.

—¿Y Freya Pattershaw? —pregunté sin apartar la vista de la carretera. Pero por el raballo del ojo vi que Catrice me estaba estudiando.

—¿Qué sabe de ella? —respondió tras una breve pausa.

« Su fantasma me acecha » .

—En la casa Asher había una fotografía donde aparecían Luna, Bryn y usted. Freya estaba al fondo.

—¿Cómo supo que era ella?

—Thane me lo dijo.

—¿Y él cómo lo sabía? —murmuró con la frente arrugada—. Murió mucho antes de que él se trasladara a vivir aquí.

—Es un pueblo pequeño. Estoy segura de que ha oído hablar de Freya. Quizás haya visto más fotografías de ella —dije, encogiendo los hombros.

Suspiró y miró por la ventanilla.

—Pobre Freya. Siempre merodeando al fondo, siempre tratando de encajar en un lugar al que no pertenecía. Ya de pequeña sospechaba que esa inseguridad le venía por no tener un padre.

—¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. Tilly nunca se casó. El pasado de esa mujer es bastante misterioso, y creo que eso le gusta. Nunca ha querido revelar nada de su vida. Es una excéntrica. Freya, en cambio, era todo lo contrario. No había nada en el mundo que deseara más que pertenecer a algún lado. Habría hecho cualquier cosa para encajar aquí —dijo. Y después se inspeccionó las manos—. A pesar de todas sus indiscreciones, había en ella una inocencia muy seductora. Encandilaba a todos los hombres, pero las mujeres la odiaban.

—¿Usted la odiaba?

Se revolvió en el asiento.

—¿Yo? No, al contrario. Como ya le he dicho, ese encanto ingenuo era entrañable.

—¿Cuántos años tenía cuando murió?

—Diecisiete.

De inmediato sentí una opresión en el pecho.

—¿Tan joven? No tenía ni idea.

—Sí. Recuerdo que todavía íbamos al instituto. Ocurrió el mismo fin de semana que el baile de graduación. De nuestra graduación, no de la suya.

—¿Asistía a otra escuela?

—Iba a la escuela pública, antes de que la cerraran. Creo que se habría apuntado a la escuela de Woodberry con todos los demás si no hubiera...

—¿Qué?

—Fue una tragedia muy triste. La pobre Tilly nunca lo superó. Siempre fue una mujer rara, pero la muerte de Freya la llevó al extremo. Me temo que cualquier día tendrán que internarla en un manicomio.

Mi mente voló hacia aquella noche, en mitad del bosque. Aquella mujer, armada con un cuchillo, había venido a rescatarme. La misma mujer que me había advertido de que me alejara de Asher Falls. Puede que estuviera loca, pero a mí me había parecido que estaba en sus cabales.

—Freya perdió la vida en un incendio, ¿no? Así se quemó Tilly las manos.

—Sí —murmuró Catrice. Se masajeó las manos, como si sintiera un dolor terrible—. Ha pasado mucho tiempo, pero todavía me angustio cuando pienso en lo que pasó.

—¿Estaba usted allí?

—Todos estábamos allí. Todos lo vimos con nuestros propios ojos.

Se giró de nuevo hacia la ventanilla, y supe que no diría nada más. Por lo visto, Thane tenía razón. La gente era reacia a hablar de la muerte de Freya Pattershaw, y eso me intrigaba.

Conduje en silencio, hasta que Catrice anunció:

—Está ahí delante. ¿Ve el buzón rojo? Gire justo ahí. Vivo al final de la calle.

Al igual que la casa donde me hospedaba, el hogar de Catrice estaba bastante alejado de la carretera y rodeado de arboledas. Vivía en una pintoresca cabaña de madera de cedro. En el porche se balanceaban varias mecedoras de mimbre; en mitad del jardín, atada a dos robles, se columpiaba una cómoda hamaca. Me imaginaba a mí misma pasando largas tardes de verano holgazaneando en esa hamaca, observando las nubes. Esperando el crepúsculo, los fantasmas.

El estudio estaba situado en una caseta separada, al final de la propiedad. Se accedía por un caminito muy transitado. Seguí a Catrice por aquel sendero y no pude evitar alzar la cabeza. Un trío de cuervos sobrevolaban la casa. Los graznidos eran escalofriantes. El cielo estaba despejado y los rayos de sol que lograban filtrarse por el espeso follaje eran cálidos. Pero la sombra penetrante del bosque me abrumaba; la esencia a pino era ominosa. Me alegré cuando por fin dejamos los árboles atrás y bajamos hacia el estudio.

La estructura en sí misma era vulgar; una construcción destartada a la orilla

del río. Pero, dentro, el encanto rústico de las paredes de piedra concordaba con las vistas del lago, el bosque y las montañas. Frente a los ventanales se alzaba un caballete con un lienzo tapado. Apoyadas sobre la pared del fondo, había varias filas de cuadros acabados. Al parecer, Catrice llevaba años acumulando pintura. La mayoría consistía en paisajes naturales, aunque distinguí un puñado de retratos que enseguida captaron mi atención.

—Eche un vistazo —invitó Catrice—. Prepararé un poco de té.

—Gracias, pero no hace falta que se moleste. No me quedará mucho rato.

Me regaló una sonrisa.

—No es ninguna molestia. No tardaré ni un minuto.

En cuanto salió por la puerta, inspeccioné los cuadros. Los paisajes eran hermosos, pero mi instinto me empujaba hacia los retratos. Los había pintado a todos, a Luna, a Bryn, a Hugh y a un tipo que intuía que era Edward. Supuse que los habría dibujado hacía mucho tiempo, porque se veían jóvenes y la técnica de Catrice no era muy depurada. Sin embargo, a pesar de su poca destreza, había conseguido captar la esencia de todos y cada uno de ellos; los rasgos salvajes de Luna, la frialdad de Bryn y la perfección casi perversa de Hugh. No obstante, fue el retrato de Edward el que más me fascinó. Tenía las características físicas de un Asher, pero percibí un brillo neurótico en su mirada.

—Son muy viejos —aclaró Catrice—. En aquel entonces era una novata, así que no son muy buenos.

—No, creo que captó su naturaleza a la perfección —dije—. ¿Todavía pinta retratos?

—De vez en cuando, pero solo por diversión. Me gano el pan dibujando paisajes. Tengo suerte de que se estén vendiendo tan bien en la galería.

—No creo que sea cuestión de suerte. Tiene usted mucho talento.

Encogió los hombros.

—Es un don, así que no puedo atribuirme el mérito.

—Pero ha desarrollado ese don.

—Usted también tiene un don —dijo, y por un instante pensé que se refería a mi habilidad de ver fantasmas—. Sus restauraciones pueden ser tan inspiradoras como mis cuadros. O incluso más, quién sabe.

Sorprendida, arqueé una ceja.

—¿Conoce mi trabajo?

¿Acaso era ella la patrocinadora anónima?

—En la cena comenté que había visitado su página web. Eché un vistazo a la galería de fotografías y leí varios artículos de su blog. Su trabajo me tiene fascinada. Es evidente que tiene vocación —susurró—. Un propósito. Todos lo tenemos.

De repente, una sombra que descendió en picado tras el cristal me sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso?

—Venga a verlo —me animó Catrice.

Nos acercamos al ventanal. La vista panorámica era preciosa. Y entonces avisté un cuervo volando a ras de suelo, con las garras extendidas. En un abrir y cerrar de ojos, el pájaro agarró algo del césped y alzó el vuelo con un graznido triunfal. Aquella escena me impactó, aunque era consciente de que era algo natural. La supervivencia de los más fuertes.

—Ese no ha durado mucho —dijo con regocijo.

—¿Perdón?

—El ratón —aclaró. Le brillaban los ojos—. Los cuervos son unos cazadores maravillosos, ¿no cree? Pueden localizar un animal tan diminuto como un roedor desde la rama más alta de un árbol. También son los reyes del cielo. Los demás pájaros los temen. ¿No se ha fijado en que el bosque estaba en silencio absoluto cuando hemos venido hasta aquí?

—¿Cómo ha adivinado que era un ratón? —pregunté en voz baja.

Catrice sonrió y ladeó la cabeza.

—Creo que está sonando la tetera —dijo, y se esfumó.

A su manera, también podía ser una mujer desagradable, como sus amigas. De repente, me acordé del apodo con el que Thane había bautizado a esas tres mujeres después de cenar, en la biblioteca de los Asher. Las brujas de Eastwick «O mejor dicho, de Asher Falls».

Observé el cuervo unos segundos más y después regresé hacia el estudio. Justo en ese momento tuve la sensación de que alguien me estaba espiando. Era aquel retrato. La mirada penetrante de Edward Asher. Incluso sobre un lienzo, su rostro me perturbaba. Me pasé por el estudio. Habría jurado que una mirada invisible me perseguía. Preferí no mirar por encima del hombro. En algún rincón a mi derecha se oyó un chasquido muy débil. Alguien había cerrado una puerta con mucho sigilo.

Catrice se había marchado por la puerta que había junto a los ventanales, pero aquel sonido provenía del lado opuesto del estudio, donde se habían tallado tres nichos arqueados sobre la pared de piedra. Cuando me acerqué me percaté de que uno de ellos era, en realidad, una puerta. ¿Alguien me había estado vigilando todo ese tiempo?

Con sumo cuidado, deslicé el pestillo y empujé la puerta, que se abrió sin emitir ruido alguno. Entonces oí el lejano murmullo de unas voces. Estaba ansiosa por descubrir quién más había en el estudio. Procuré actuar con sensatez y cerrar la puerta. No era propio de mí husmear en casas ajenas. Esos modales habrían escandalizado a mi madre, sin duda. Sin embargo, pese a esa censura interna, me escabullí por la puerta y avancé por el oscuro pasadizo hasta llegar a otra puerta medio abierta. Me asomé por la ranura y vi a Catrice.

—... Créeme, es ella —dijo.

—Ojalá estés equivocada —dijo alguien que no sabía quién era, aunque me

pareció reconocer la voz de Bryn—, porque eso significaría...

—Oh, Dios mío, no lo digas, por favor —balbuceó Catrice—. Es horrible, no quiero ni pensarlo.

—Ya lo digo yo —espetó Luna—. Alguien lo sabe.

Minutos más tarde, cuando Catrice regresó de la cocina, yo ya estaba de vuelta frente al ventanal. Me di la vuelta con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, pero de veras tengo que irme.

—Oh, por lo menos pruebe el té —dijo un tanto ansiosa—. Es una infusión muy especial.

Contemplé la taza de porcelana humeante y tuve que disimular cierta aprensión. Después de la conversación que había escuchado, no confiaba en ella. Y me negaba a beber un solo sorbo de su té.

—Debo irme, de verdad —insistí, dirigiéndome hacia la puerta—. Lo probaré la próxima vez.

—Le tomo la palabra.

Dejó la bandejita con las tazas de té sobre una mesa y me acompañó hasta la puerta. En cuanto salimos al jardín, me fijé en que había levantado la vista. De inmediato supe que estaba observando los cuervos. Por algún motivo inexplicable, su expresión embelesada me asustó.

—¿Sabrá volver hasta el coche? —preguntó.

Forcé una sonrisa.

—Sin problemas. Seguiré el camino, y ya está.

Se quedó inmóvil frente a su estudio, hasta perderme de vista. No me atreví a mirar atrás, pero sabía que me vigilaba. Igual que sus dos amigas. Se me ocurrió la terrible idea de que se habían reunido en la caseta del estudio para espíarme, pero ¿por qué? Era imposible que supieran que llevaría a Catrice a su casa..., a menos que fuera algo premeditado.

Pero ¿por qué?

Avanzaba a toda prisa por el sendero cuando, de un modo inesperado, todas las terminaciones nerviosas me empezaron a vibrar. Fue como si un instinto que llevaba años hibernando cobrara vida de repente. La sensación era que el propio bosque quería alcanzarme. Una vez más oí las hojas susurrándome. Incluso los graznidos de los cuervos me parecían familiares.

Estaba tan en armonía con lo que había a mi alrededor que hasta el minúsculo chasquido de una rama me sobresaltó. Procuré convencerme de que no era nada, tan solo un animal jugueteando bajo la maleza. O a lo mejor un pájaro revoloteando por la copa de un árbol. Pero, por supuesto, no había sido nada de eso. Había alguien ahí.

Asustada, aguanté la respiración. El silencio era palpable. El corazón me

golpeaba en el pecho, e incluso notaba el fuerte latido en los oídos. Se me pasaron varias ideas por la mente. La advertencia de Wayne sobre los animales salvajes. El rostro reflejado sobre la laguna, junto a la cascada. El frío del viento, aquel horripilante aullido. Presentía que me estaban acosando, pero quien me acechaba ¿era un humano, un animal... o alguna criatura del otro mundo?

Di unos pasos tentativos por el sendero; de inmediato, mi perseguidor agitó las hojas. Ahora estaba aterrorizada. Consideré la opción de dar media vuelta y correr hacia el estudio, pero ¿cómo podía estar segura de que no era una de ellas?

Tragué saliva e intenté tranquilizarme. Lo último que necesitaba era sucumbir a un ataque de pánico. Mi padre se había criado en un bosque parecido a este. Traté de recordar todo lo que me había contado sobre animales salvajes: «En cuanto perciben tu miedo, te convierten en su presa».

En su presa.

Aquella palabra me hacía temblar de miedo. Entonces no lo entendí, pero en ese momento lo comprendí perfectamente. Alguien me había estado vigilando en el cementerio y me había seguido por el bosque, hasta llegar a la cima de laureles. Y ahora algo me estaba acechando. Desde que puse un pie en Asher Falls, me había convertido en una presa.

Y con esa idea, toda intención de mantenerme serena se fue al traste. Así que miré hacia delante y salí disparada. Las zancadas parecían estar perfectamente coordinadas con el ritmo de mis latidos. No estaba segura de si me estaban persiguiendo, pero creí oír algo correteando por el bosque. Sin embargo, no tenté al destino, y no miré atrás hasta que rodeé la curva que había antes de llegar a la casa de Catrice.

Apareció de la nada.

En un segundo de distracción, se plantó en mitad del camino. Al verme correr a toda prisa, extendió las manos para frenarme.

Gracias a años de práctica, controlé el miedo. De lo contrario, me habría puesto a chillar como una loca. Pero logré tragarme los gritos y le esquivé. Le escuché reírse y, en el estado de conmoción en el que me encontraba, aquella carcajada me pareció siniestra. No obstante, cuando habló, su voz sonó agradable.

—Vaya —dijo Hugh—. ¿Dónde está el incendio?

—Yo...

Me miraba como si aquello le divirtiera.

—¿Se encuentra bien?

Incluso a plena luz del día, el aspecto de Hugh Asher me dejó sin palabras. Todo en él, desde el atuendo informal pero elegante hasta su forma de caminar, era excesivamente perfecto.

Y, como el día en que le conocí, busqué algún defecto. En esta ocasión me resultó bastante sencillo. Tenía una pequeña mancha amarilla bajo la mandíbula,

el vestigio de un antiguo moratón, así como una herida en la ceja izquierda. Se habría metido en algún lío, supuse, aunque me pareció algo raro. Recordé el corte en la sien de Thane, sus nudillos amoratados. ¿Se habían peleado?

Desvié la mirada hacia otro lado.

—Vengo del estudio de Catrice, pero me ha parecido oír algo moviéndose por el bosque.

Hugh escudriñó el sendero.

—Lo más probable es que haya sido un ciervo. Quizás un coyote, aunque no salen a corretear hasta el anochecer.

Como los fantasmas.

—Soy una chica de ciudad —dije, fingiendo normalidad—. No estoy acostumbrada a la vida salvaje.

—A muchos les cuesta tiempo acostumbrarse.

Su modo de mirarme me hacía sentir incómoda. Me preguntaba qué estaría haciendo allí. ¿Acaso también había venido a espiarme?

—¿Cómo va la restauración? —preguntó sin abandonar su amabilidad. Sin embargo, por muy agradable y encantador que se mostrara, no me apetecía entablar una conversación con él. Lo único que quería era irme a casa.

—Bien.

El tipo seguía allí plantado, aunque no parecía tan relajado como creía. Le brillaban los ojos de tensión, de emoción.

—Cuando era niño me encantaba jugar al escondite en aquella colina. No es un juego apto para cardíacos. Reconozco que por la noche me daba miedo.

—Me imagino.

—Hay rincones ahí arriba donde uno puede esconderse y donde podría pasar días sin que nadie lo encontrara. Puede que nunca lo hicieran.

Como la cima de laureles, pensé.

—Y hablando del cementerio..., debería irme —dije. Fue la primera excusa que me vino a la mente.

—No la entretendré. ¿Por qué no viene a cenar una noche? Maris estará fuera unos días, y la casa es demasiado grande para tres hombres solos.

—Estoy segura de que Luna estará más que encantada de hacerle compañía —le solté. No podía dar crédito a lo que acababa de decir.

Hugh arqueó una ceja, divertido.

—Creo que mi padre la ha subestimado —murmuró.

—¿A qué se refiere?

Una sombra le oscureció la cara.

—No lo sabe, ¿verdad?

—No tengo la menor idea de a qué se refiere. Si me disculpa..., tengo trabajo que hacer.

Así que me aparté y caminé hacia el coche. Esta vez miré atrás, pero Hugh

Asher se había esfumado.

Capítulo 25

Esa tarde Thane vino a verme. Nos sentamos en la escalera del porche trasero, donde todavía daba el sol, y dejé que *Angus* correteara por el jardín. Al principio apenas hablamos. Seguía preocupada y perturbada por la conversación que había oído en el estudio de *Catrice*, y también por ese encontronazo con *Hugh*. No comprendía por qué creía que *Pell Asher* me había subestimado. «No lo sabe, ¿verdad?».

Thane apoyó los codos sobre el último escalón y estiró las piernas. Los dos contemplábamos la superficie titilante del lago *Bell*. Nadie adivinaría la oscuridad que yacía bajo aquel brillo sedoso, pero mi habilidad de ver fantasmas había estimulado mi imaginación hasta tal punto que podía imaginarme una necrópolis sumergida, junto con los monumentos volcados y ángeles incrustados. También veía a *Freya*, flotando entre las lápidas.

Me giré hacia Thane.

—¿Puedo preguntarte algo?

Hizo un gesto de indiferencia.

—Claro.

Bajo la luz del sol, sus ojos se veían más claros, más verdes, pero, al igual que el lago *Bell*, escondía secretos bajo aquella superficie tan apacible. Pese a que no le conocía desde hacía mucho tiempo, había detectado ciertos detalles que evidenciaban una inquietud oculta. Destellos de un rencor arraigado.

—¿Por qué me explicaste toda la historia del cementerio inundado cuando nos conocimos, en el ferri? ¿Querías asustarme?

Esbozó una sonrisa, pero su rostro permaneció impasible.

—En absoluto. Solo quería entretenerte con alguna pequeña anécdota local. Me figuré que una restauradora de cementerios apreciaría una buena historia de miedo. ¿No es así?

—Ni te lo imaginas.

—¿Lo ves? Lo sabía.

Cerró los ojos y disfrutó del calor del sol.

—Ahora que pienso en aquella conversación, hay algo que me intriga —dije—. No sabía nada de ti ni de este lugar y, sin embargo, tú ya te habías informado sobre mí.

—No lo suficiente —rebatí con una sonrisa bromista—. Cuéntame tus secretos más profundos, más oscuros.

—No sabría por dónde empezar.

—¿Qué tal por tu infancia? ¿Por tus años de adolescencia? ¿Cómo eras en el instituto? ¿Salías con muchos chicos? ¿Eras popular?

Le fulminé con la mirada.

—Qué va.

—¿Maduraste tarde?

—Podría decirse así.

Un fantasma solía deambular por los pasadizos de mi instituto, lo que me había impedido apuntarme a actividades extraescolares después del anochecer. De todas formas, tampoco habría querido. Cuando empecé el instituto, mi reputación de chica solitaria había corrido como la pólvora. En lugar de reinventarme, opté por aceptar esa soledad, así que me encerré en mi santuario de Rosehill con mis libros favoritos como única compañía.

—Crecí en un cementerio, así que puedes imaginar lo popular que era.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Se burlaban de ti?

—En realidad, no. Más bien me ignoraban.

—¿Te sentías sola?

Titubeé.

—Sí, a veces. Pero había aprendido a estar sola desde muy pequeña. Mi infancia fue idílica. Al menos... durante un tiempo.

Hasta que vinieron los fantasmas.

—Eso es más de lo que mucha gente puede decir.

Le lancé una mirada de curiosidad.

—¿Y tú? No te imagino un niño introvertido.

—No, introvertido no es la palabra. Tenía demasiado que demostrar. Tenía que estar siempre a la altura.

—¿Porque eras un Asher?

El rostro se le ensombreció.

—Porque no era un Asher.

—¿Fue duro venir a vivir aquí?

—Sí, pero sobreviví. En la academia Pathway, o comes, o te comen. Igual que en la casa Asher.

—Eso no suena muy agradable.

Entornó los ojos.

—Es lo que hay. La supervivencia de los más fuertes.

Aquellas palabras me recordaron de nuevo la charla entre las tres amigas. Me abracé la cintura y me puse a tiritar.

—¿Tienes frío?

—No... tan solo un mal presagio.

—Vaya.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre tu padrastro?

—¿Sobre Edward? ¿El qué?

—¿Cómo era?

Thane meditó la respuesta durante unos instantes.

—No era como Hugh ni como el abuelo. Tenía el encanto de los Asher, pero era mucho más tranquilo. Más reservado. Al menos así es como le recuerdo.

—¿A qué se dedicaba?

—Ni idea. Probó varios oficios, pero siempre acababa recurriendo a la herencia familiar.

¿Era una nota de amargura lo que había detectado en su voz? No, se parecía más a la resignación. Su propio abuelo había afirmado que Thane había invertido más esfuerzos en restaurar las propiedades familiares que Edward o Hugh. Y con todo tenía que luchar por ese lugar.

—Ansiaba liberarse de las cadenas de los Asher —dijo Thane—, pero nunca lo consiguió.

—¿Y tú?

—No me siento en una cárcel. Me gusta lo que hago.

—¿Y qué haces exactamente?

—Podríamos decir que trabajo como supervisor. La madera y la explotación minera hicieron ganar a la familia una inmensa fortuna, pero ahora solo nos dedicamos a gestionar inversiones, aunque los negocios han caído bastante —explicó—. Entiendo los motivos que empujaron a Edward a marcharse. El abuelo puede llegar a ser muy controlador. A veces es insoportable.

—¿Tan controlador como para intentar romper tu relación con Harper?

—Como para jugar a ser Dios —puntualizó con tono serio.

—¿Crees que Edward estaba enamorado de Freya? —aventuré.

Eso le pilló por sorpresa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Me pica la curiosidad, solo eso.

Se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta su reacción al ver la fotografía, apostaría todo mi dinero a que mantenían algún tipo de relación. No creo que al abuelo le hubiera hecho mucha gracia.

—¿Crees que él los separó?

—¿Acaso importa? Ocurrió hace mucho tiempo, y los dos están muertos.

—Lo sé, pero estas relaciones me tienen fascinada. Freya y Edward. Edward y Bryn. Wayne y Luna. Luna y Hugh. Son tan...

—¿Incestuosas?

—Enrevesadas, diría yo.

—Así son las cosas en un pueblo pequeño —sentenció Thane—. Sobre todo si está tan aislado y apartado como Asher Falls.

—¿Nunca has pensado en mudarte?

Frunció el ceño.

—¿Mudarme? ¿Por qué? Este es mi hogar. Pertenezco a este lugar.

Medité sobre la familiaridad de aquellas palabras. Encogí las piernas, me las abracé hacia el pecho y apoyé la mejilla sobre las rodillas. Qué lugar tan extraño y espeluznante. Historias oscuras. Demasiadas emociones todavía palpables tras aquella fachada tan bucólica. Y, sin embargo, ahí estaba, y no tenía intención de irme hasta averiguar la verdad. Hasta encontrar mi lugar.

Contemplé la cima que sobresalía por encima de la cresta de la montaña. Y entonces oí aquel murmullo. El inconfundible susurro que se propagaba entre los árboles.

A mi lado, Thane contuvo el aliento. Me estaba mirando con los ojos como platos. Había palidecido y parecía trastornado, aunque no había visto ni oído nada que perturbara la calma que se respiraba en el jardín.

—¿Qué pasa? —pregunté, un tanto inquieta.

Alargó el brazo, como si quisiera tocarme, pero el miedo se lo impidió.

—Dios mío —musitó—. ¿Quién eres?

Capítulo 26

Thane seguía mirándome horrorizado.

—¿De qué estás hablando? Ya sabes quién soy.

—Es como ver...

—¿Qué?

Algo en mis entrañas había empezado a retorcerse. Intenté mirar hacia otro lado, pero la intensidad con la que me observaba no me lo permitió.

—Mientras mirabas las montañas, justo ahora..., tu expresión... —balbuceó. Se quedó callado unos segundos. Al cabo de un instante, añadió—: Esto es una locura.

—¿El qué? Por favor, dímelo.

Pero no le estaba escuchando. En mi cabeza se agolpaba un torbellino de ideas imposible de ordenar. Me aterraba mi obsesión por la verdad y el destino. El secreto que quizá descubriera allí, y hasta qué punto podía cambiarme, me asustaba. Sentía una especie de conexión con lo que me estaba esperando en aquella montaña. Y el vínculo que me unía a la tumba oculta me asfixiaba.

Había una razón que explicaba por qué veía fantasmas. No era fruto de la casualidad ni tampoco podía ser un don hereditario, porque era adoptada. ¿Quién era? ¿Dónde estaba mi lugar? ¿Por qué, después de tantos años, había acabado en Asher Falls?

Thane sacudió la cabeza.

—Ha sido uno de esos momentos tan extraños. Un *déjà vu*, o algo así.

—Me ha parecido más que un simple *déjà vu*. Estabas descompuesto.

—No, descompuesto, no. Tan solo... sorprendido —susurró. Me percaté de que quería tomárselo a broma, pero sonó demasiado forzado—. Perdona si te he asustado. Me ha parecido ver algo raro. Como tú aquel día en la cima de laureles, ¿te acuerdas? Me confundiste con otra persona.

—Me acuerdo.

—Creímos que era por la falta de sueño. El cansancio nos juega malas pasadas.

Quería encontrar un razonamiento lógico que explicara lo que acababa de ver. Pero ¿a quién había visto? ¿Qué había visto?

—¿Qué me dijiste tú aquel día?

—Que había soñado despierta —murmuré.

—Sí, sí. Es justo eso. En fin, ha sido interesante.

—¿No piensas contármelo?

—No, creo que lo mejor será dejarlo correr —respondió—. Cambiando de tema...

Pero ambos nos quedamos callados, atrapados por el peso de nuestros secretos. Las sombras se extendían en el lindero del bosque. El sol ya no iluminaba de pleno las escaleras del porche. Tan solo unos rayos conseguían filtrarse entre las ramas de los árboles. Estaba agotada por el trabajo del cementerio, pero estaba tan agitada que sabía que esa noche no podría descansar. De repente, recordé la visión que había tenido en la cascada. Visualicé de nuevo aquella pareja desnuda y entrelazada junto a la orilla, rodeados de criaturas. La propia tierra temblaba con aquella pasión desenfadada, atroz.

—¿Qué ocurre?

Ruborizada, aparté la mirada, pero Thane se inclinó y me cogió por la barbilla para poder mirarme a los ojos.

—Perdona, no pretendía ofenderte. No sé ni por qué he dicho eso.

—No es por eso. Estaba pensando en algo que dijiste después de la cena en tu casa, cuando estábamos ojeando aquellas imágenes —mentí. No era exactamente lo que tenía *in mente*, pero no tuve el valor de decirle la verdad—. Comentaste que Luna, Bryn y Catrice eran bastante excéntricas. Las llamaste brujas. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Fue una broma. Aunque desde siempre las ha rodeado cierto misterio —reconoció—. Un toque de misticismo, incluso. Las tres se las han ingeniado para prosperar mientras el resto del pueblo se pudre. A pesar de las habladurías, sospecho que es más una cuestión de inversiones acertadas y de buena genética que de brujería.

Le miré de reojo.

—¿Qué habladurías?

—Los cotilleos típicos de un pueblo pequeño combinados con las leyendas de las montañas. Corre el viejo rumor que asegura que las Hijas de Nuestros Valientes Héroes fue un aquelarre.

Me quedé atónita.

—Pensé que era una sociedad histórica.

—Ya te lo he dicho, es un viejo rumor.

El aire se había enfriado.

—¿Por qué no me contaste nada de esos rumores cuando te expliqué el significado del *Drudenfuss*?

—Me dio la sensación de que estabas un poco asustada. Y tampoco es para tanto. Un pueblo como Asher Falls alimenta todo tipo de supersticiones y chismorreos, en particular cuando se trata de esas tres mujeres. A pesar de ser

muy distintas, han sido amigas inseparables desde niñas. Y ahora, como no han formado una familia...

—¿Y qué hay de Sidra?

—Ah, sí. Sidra.

—¿A qué viene ese tono?

Se quedó callado unos segundos.

—Sidra también es todo un enigma, por si no te habías dado cuenta.

—Es diferente, pero me cae bien. Parece una viejecita. Es más madura que las demás chicas de su edad.

—Y no es de extrañar. Nació con una disfunción cardíaca grave. Los médicos estimaron que no viviría más de doce años, pero ella parece haber desafiado al destino.

Sidra era una muchacha de complexión pálida y mirada cautelosa. A pesar de su aspecto frágil, sospechaba que poseía una gran fortaleza interior. Ahora sabía por qué. Quizá su enfermedad tenía algo que ver con su habilidad para ver fantasmas. Pero esa explicación no servía en mi caso, porque no padecía ningún problema cardíaco. Siempre había presumido de una salud excelente.

—¿Dónde está su padre? —quise saber.

—Falleció hace años. Si la memoria no me falla, fue una muerte repentina. No recuerdo mucho sobre él, salvo que amasaba una gran fortuna y que era mucho mayor que Bryn —respondió. Thane se quedó mirando el lago, pensativo —. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre Luna y sus secuaces?

—¿Así es como las llamáis por aquí? ¿Luna y sus secuaces?

—Es un decir. De todas formas, ¿por qué tanto interés?

Vacilé durante unos instantes, insegura de si debía contárselo todo.

—Este mediodía ha ocurrido algo extraño. Me encontré con Catrice en el pueblo y me pidió que la llevara a casa. Después se ofreció a mostrarme el estudio. En ningún momento mencionó que hubiera alguien más en su casa, pero oí a Bryn y a Luna en la habitación contigua al estudio. Y justo cuando me disponía a marcharme, me topé con Hugh.

—¿Y?

—¿Por qué no me dijo que había alguien más por ahí? ¿Por qué sus amigas ni siquiera salieron a saludarme? ¿No te parece extraño?

—Pues sí, la verdad.

—Muy extraño. Me dio la sensación de que se habían reunido en el estudio para... vigilarme.

—Para vigilarte —repitió—. Eso es...

—Perturbador, y a lo sé.

—Y puede que un poco paranoico —sugirió él. Aunque me lo dijo risueño, intuía que hablaba en serio. Sonaba paranoico—. ¿Por qué querrían espiarte? —preguntó con suma cautela, como para tranquilizarme.

Me abracé las rodillas.

—No lo sé. Pero no son imaginaciones mías. Me está pasando algo muy extraño, Thane. Tengo una sensación horrible..., una premonición —confesé, y desvié los ojos hacia las montañas—. Tú también debes de notarlo —susurré.

Él también miró hacia el horizonte.

—¿Y qué crees que te está pasando?

—Ni idea, pero tiene que ver con la inundación de Thorngate. Y con la muerte de Freya. Y sospecho que también con el ataque a Wayne, y con la tumba oculta sobre la cima de laureles. Todo está conectado. Existe una especie de plan, una confabulación. Sé que parece una locura, pero no puedo dejar de pensar que estoy aquí por un motivo.

—Es que estás aquí por un motivo —interrumpió—. Para restaurar el cementerio.

—Pero piensa en las circunstancias —rebatí, con una pizca de desesperación. Ahora ya no le cabría ninguna duda de que era una paranoica—. La donación que sirvió para contratar mis servicios fue anónima. ¿Por qué? ¿Y por qué restaurar Thorngate ahora, después de tantísimos años de abandono? ¿Por qué me escogieron a mí, en lugar de a otro restaurador con mucha más experiencia?

—Tus credenciales son impresionantes —razonó, pero no le creí—. ¿Por qué si no habrías venido aquí? —preguntó en voz baja—. Es la primera vez que visitas Asher Falls, y no tienes familia aquí.

—Todavía no tengo una respuesta a eso. Pero hay un vínculo, lo sé. —La brisa arrastró una hoja seca hasta mi pierna—. ¿Recuerdas aquel día, en la cascada, cuando te dije que sentía una vibración? Era una palpitación intensa, como el temblor de una corriente eléctrica. Sin embargo, tú no la sentiste, porque provenía de mi interior. Es este lugar, esta tierra..., las montañas me están llamando, y algo en mis entrañas está respondiendo a esa llamada.

La expresión de Thane era indescifrable. De repente se puso en pie y me ofreció la mano.

—Demos un paseo.

Angus nos siguió por el caminito de piedras, pero no se atrevió a acercarse al muelle de madera. Prefirió quedarse en tierra firme, vigilando. Thane y yo atravesamos el muelle. Cuando alcanzamos la punta, nos asomamos sobre esas profundidades tan turbias.

El sol había empezado a ponerse tras las copas de los árboles; las sombras del bosque oscurecían la orilla del lago. Me incliné sobre la barandilla y, entre penumbras y algas, me esforcé por vislumbrar las lápidas y los monumentos de aquel cementerio acuático. Si miraba con atención, ¿vería el fantasma de Freya flotar hasta la superficie?

—¿Alguna vez has estado ahí abajo? —le pregunté a Thane—. Me refiero a Thorngate. Cualquier niño aventurero querría verlo.

—Una vez bucéé por el lago —admitió—. Tendría doce o trece años.

—¿Y cómo era?

—La visibilidad es bastante limitada. Hay un montón de sedimentos y escombros. No vi ninguna tumba ni ninguna lápida. Ni ataúdes ni huesos humanos —añadió con una sonrisa—. Pero había una estatua..., un ángel. La escultura seguía en pie, y apareció de la nada justo delante de mí. Aquel día hacía un sol espléndido, así que la vi con claridad. Y, de repente..., cobró vida. Fue... inquietante.

—¿Y qué hiciste?

—Nadar hasta la superficie y salir pitando de allí —reconoció.

—¿Volviste a bucear por encima del cementerio?

—No, pero no por el ángel —susurró. Apoyó los brazos sobre la barandilla y clavó la mirada sobre el lago, que en ese momento parecía un espejo—. Me pareció una intrusión. Una falta de respeto. Como si estuviera perturbando su descanso —admitió—. No te cortes, debes de pensar que soy un chalado.

Recogí un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Soy la chica que siente vibraciones espectrales, ¿recuerdas?

Sonrió, pero en sus ojos distinguí algo oscuro, algo que me hizo temblar antes de que me cogiera la mano.

—Sobre esas vibraciones... Quizás esa llamada de la que hablas no proviene de esta tierra ni de esas montañas.

Aparté la mirada.

—¿Te hago sentir incómoda? —preguntó.

—Sí, porque presiento que tú también formas parte de esto.

—Tu idea de la confabulación es ridícula, Amelia. El destino no existe. Los sentimientos no se pueden controlar, solo tienes que confiar en ellos.

Pensé en la chica con la que había estado a punto de casarse, Harper. Pell había dicho que era inestable, un peligro para ella y para los demás. Igual que la familia de Devlin, había fallecido en un terrible accidente de coche. Pero su fantasma no planeaba por Asher Falls. Por alguna razón, no acechaba a Thane.

Me sentía observada.

—Esto es muy difícil para mí —dije, con voz temblorosa.

Asintió.

—Lo entiendo. Todavía no has superado lo de ese detective. Nadie conoce mejor que yo cuánto cuesta desprenderse de los recuerdos. Pero no debes anclarte en el pasado, Amelia. A veces, el mejor modo de seguir con tu vida es precisamente ese, seguir con tu vida.

—¿Y si no estoy preparada?

—No pasa nada. No te presionaré. Pero no pienso irme a ningún lado.

—No tienes que hacerlo. En cuanto acabe la restauración, me marcharé de Asher Falls.

El comentario le entristeció.

—Charleston no está tan lejos.

¿De veras? En aquel momento, mi querida ciudad y mi querido detective parecían estar a kilómetros de distancia.

—¿Por qué yo? —musité.

Me acarició la mejilla con los nudillos.

—¿Y por qué no?

Un tremendo escalofrío me sacudió el cuerpo.

—Una vez Ivy me dijo que nunca escogerías a alguien como yo..., a una forastera.

—¿Eso te dijo? —repetió, molesto—. Ivy es una chica con problemas. Creo que la falta de apoyo familiar le está afectando. Su padre es un destacado abogado en Columbia, y su madre siempre está de viaje. Pasa la mitad del tiempo sola. Esa pobre chica lleva media vida mendigando atención. Por eso nunca he querido ser demasiado duro con ella. Pero no tiene ni idea de qué elegiría, ni de ningún otro asunto de mi vida privada.

—Pero en este pueblo hay un sistema de castas. La propia Sidra me ha confesado esta mañana que no le permiten visitar a Tilly Pattershaw porque no es una de ellos.

Dejó caer la mano. Su irritación era casi palpable.

—Habrá repetido como un loro a su madre. Bryn es una esnob insufrible.

—No, Catrice también dijo algo parecido —protesté. Agaché la mirada y me vi las ampollas de las manos. De inmediato pensé en las quemaduras de Tilly—. Me dijo que Freya siempre intentaba encajar en un sitio al que no pertenecía. Por eso aparecía en las fotografías, porque quería ser una de ellas.

Thane suspiró.

—Eres consciente de que todo esto suena un poco a obsesión, ¿verdad?

—Sí.

Se quedó observándome unos instantes.

—¿Por qué te importa tanto todo esto? Ocurrió hace mil años.

—El otro día, tú mismo dijiste que era tu responsabilidad descubrir quién está enterrado en esa tumba oculta, porque la propiedad pertenece a los Asher. Bien, yo siento una responsabilidad parecida por Freya.

—Pero ¿por qué? Ni siquiera la conociste. Lleva muerta muchos años.

Pensé en su fantasma cerniéndose sobre el muelle, justo donde nos encontrábamos ahora, y sentí algo en mi interior, esa profunda tristeza que no me pertenecía, pero que, de algún modo, formaba parte de mí.

—Ni yo misma lo entiendo, pero quiero descubrir qué le ocurrió. Quiero saber por qué nadie de este pueblo está dispuesto a hablar de su muerte.

—Así funcionan las cosas por aquí. La gente solo se ocupa de sus asuntos, y punto.

—¿También cuando se trata de peleas de perros y tumbas ocultas? —le solté.

—Cuando se trata de cualquier cosa.

Clavé la mirada en las oscuras aguas del lago e imaginé el fantasma de Freya. En mi mente, la veía con un elegante vestido de novia. Una suave brisa le acariciaba el pelo. Si descubría lo que le había pasado, ¿podría descansar en paz? ¿Me dejaría tranquila?

¿O regresaría cada crepúsculo para alimentarse de mi calor, de mi energía, para prolongar su presencia en el mundo de los vivos?

Fuera como fuera, tenía que averiguarlo.

Capítulo 27

Cuando Thane se marchó, yo me quedé en el jardín para admirar el atardecer. El sol ya había empezado a esconderse en el horizonte. El aire y la luz cambiaron, y las nubes que se esparcían por el cielo se tiñeron de rojo sangre. El crepúsculo estaba cerca. Pero esta vez no noté una vibración, ni siquiera una suave palpitación, sino una quietud absoluta.

Un aliento contenido...

Y allí estaba, tal y como había presentado. El fantasma de Freya.

Su silueta iridiscente apareció un segundo antes de que *Angus* gruñera una advertencia. No me giré hacia ella, por supuesto. No podía desobedecer las normas de mi padre otra vez, así que me senté allí, tiritando del frío y mirándola por el rabillo del ojo.

El espectro flotó por encima del muelle. Se detuvo frente al caminito de piedras, como si una barrera invisible le impidiera avanzar un paso más. Sin perderle el rastro, traté de calmar a *Angus* con palabras tranquilizadoras, pero el esfuerzo fue en vano. Caminaba de un lado a otro, nervioso. El pelaje del lomo se le había erizado.

—No pasa nada —murmuré—. Aquí estamos a salvo.

A salvo. ¿De veras?

Tan solo un puñado de metros nos separaba del campo sagrado. Esa era la única regla que no había cambiado desde mi pequeño romance con Devlin. Ningún fantasma había penetrado en mi santuario. Así que daba por sentado que el espíritu de Freya tampoco podría traspasar la puerta de mi refugio.

Sin embargo, en lugar de retirarme hacia la casa, di media vuelta, fingiendo contemplar el lago. Lo primero que llamó mi atención fue su comportamiento. No me estaba fulminando con la mirada, como había hecho la primera noche. Ni tampoco me estaba desafiando, como en la segunda. No me transmitió su confusión ni su ira, ni tampoco cualquier otra emoción. Tan solo estaba... ahí, suspendida en ese extraño momento intermedio en que las estrellas compartían escenario con los últimos rayos de sol. Atrapada en aquel resplandor escalofriante, se cernía inmóvil, hasta que la miré. Entonces, con suma lentitud, levantó la cabeza y me atravesó con sus ojos fantasmales.

El corazón se me paró de golpe. Al expulsar el aire de mis pulmones sentí un

profundo dolor. No soplaba ni un atisbo de brisa, pero un frío helado me mordió la espalda y una ráfaga de miedo me azotó la nuca. Me arrepentía de no haber seguido hacia delante porque no podía moverme. El terror me paralizó. Advertí unos tentáculos nebulosos tratando de alcanzarme para conectar mi mente con el espíritu de Freya. Durante ese fugaz momento de iluminación, todos los sonidos de mi alrededor enmudecieron. Sin embargo, el silencio bullía de ruidos imaginarios, de gemidos, de susurros, de sonidos infernales que amenazaban con transformarse en un grito real.

Proyecté su imagen en mi mente, pero no como un fantasma. Despojada de la fachada etérea y de la belleza irreal de su espectro, Freya se mostró con la grotesca máscara de la muerte. Vi su cadáver. No había perdido la vida en un incendio trágico. Había sido asesinada. Alguien le había rasgado la garganta, de oreja a oreja. Yacía sin vida sobre el suelo, con los ojos abiertos y moribundos, y advertí la silueta de una tripa embarazada tras el vestido ensangrentado.

Ocurrió en un parpadeo. En cuanto sopló una brisa del lago, la visión empezó a esfumarse. Pero seguía paralizada, incapaz de moverme, de respirar. De inmediato agarré la piedra que colgaba de mi collar. La apreté con todas mis fuerzas en un intento de invocar la protección del cementerio de Rosehill. No solo por mí, sino también por Freya y por su hijo nonato.

El fantasma de Freya también se diluyó. Tras ella se extendía el lago Bell, donde una neblina se arremolinaba sobre la superficie. En las profundidades, las campanas empezaron a tocar para despertar a los muertos.

El espectro se giró hacia el agua y ladeó la cabeza para escuchar el discordante tintineo. Miró atrás y luego desapareció.

Me quedé en la escalera, ante la niebla que se enroscaba sobre el lago. Mi indiferencia por las normas de mi padre era algo temerario y estúpido. Y, sin embargo, no me moví.

Fue como si quisiera retar al fantasma de Freya a volver. No entendía el porqué de mi actitud. ¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Cómo era posible que aquel lugar me atrajera y repeliera al mismo tiempo?

Una vocecita me dijo: «Vete a casa. Olvídate de este pueblo. Olvídate de las almas inquietas, del asesinato de Freya y de esa tumba oculta en la cima de laureles. Olvídate de Pell Asher, de Luna Kemper y de la pobre Tilly Pattershaw, de sus aves heridas y sus manos quemadas. Olvídate de la presencia que merodea por las montañas, de esas extrañas vibraciones y de las campanas que repican por los muertos bajo el lago. Olvídate de tu conexión con Asher Falls. Olvídate de que alguna vez estuviste aquí».

Inspiré hondo y solté el aire poco a poco. No podía olvidarme de todo aquello. Ahora sabía que Freya había muerto asesinada. Con toda seguridad, yo era la

única persona, además del asesino, que lo sabía. Aunque hubieran pasado muchos años, tenía que hacerse justicia. Tal vez por eso estaba allí.

Angus había estado todo ese tiempo tumbado a mis pies. De pronto, se levantó y trotó por el caminito de piedras. Se acercó demasiado a la orilla. A la niebla. El pulso se me aceleró de inmediato.

—¡*Angus*, vuelve aquí!

Me miró y me respondió con un ladrido. Meneaba la cola con frenesí, pero hizo caso omiso a mi indicación, y yo no quería ir a buscarlo. La niebla ya había reptado hasta la orilla del lago. Los espíritus no tardarían en despertarse. Todas esas almas inquietas, tratando de alcanzarme...

Me estremecí. Volví a llamarle.

—¡*Angus*! ¡Vamos, chico! ¡Volvamos a casa!

Otra mirada lastimosa, otro ladrido y entonces salió corriendo al punto exacto donde el fantasma había desaparecido.

Dios mío, ¿qué había encontrado? ¿Y de verdad quería averiguarlo?

A regañadientes, me puse en pie y avancé hacia el muelle, con la mirada clavada en el lago, en aquella neblina espeluznante.

—¿Qué pasa, *Angus*?

La ofrenda yacía sobre una de las piedras.

Por un momento creí que me encontraría con un charco de sangre, así que me sorprendí al ver una rosa y un pimpollo, ambos con los tallos repletos de espinas.

En cuanto me agaché para recogerlos, la rosa empezó a marchitarse.

No pegué ojo en toda la noche. Me pasé varias horas tumbada en la cama cavilando sobre el asesinato de Freya. Cuando murió estaba embarazada. Por alguna extraña razón, quería hacerme saber que estaban enterrados en aquella tumba oculta, y no en el cementerio, tal y como Thane había apuntado. Y eso me llevó a la siguiente pregunta: ¿quién descansaría en su tumba de Thorngate?

¿Quién habría perdido la vida en aquel terrible incendio? ¿Quién se había ocupado de aquel lugar de descanso en la cima de laureles? ¿El asesino?

La voz de Luna retumbó entre la oscuridad: «Alguien lo sabe». ¿Se refería al asesinato de Freya? Las preguntas no paraban de asaltarme. Puesto que estaba muy desvelada, traté de pensar en posibles sospechosos. Deseaba apuntar a Edward como culpable principal; estaba muerto, y eso me habría facilitado mucho las cosas, pero sospechaba que el asesino todavía vivía en Asher Falls. Habían pasado tantos años que el culpable debió de pensar que podía seguir con su vida como si nada. Y entonces descubrí aquella tumba oculta. Empecé a hacer preguntas incómodas sobre Freya. Y ahora me había convertido en alguien peligroso.

Angus gimoteaba en sueños. Aquellos quejidos no parecían más que una manifestación de mi propia ansiedad. El agotamiento empezó a hacer mella en mí y por fin me dormí, aunque mi mente no parecía estar dispuesta a descansar. Soñé con Freya y con su bebé nonato. En el sueño también advertí a alguien, esperándola junto a las cataratas.

De repente, las imágenes se distorsionaron y dieron paso a otra escena. Thane y yo estábamos enredados junto al estanque, con la bruma acariciándonos la tez. El corazón me latía con fuerza; todo el cuerpo palpitaba con la necesidad de sentirlo en lo más profundo de mis entrañas. Me aferré a él con desesperación y le arañé la espalda. Pero el dolor parecía excitarle todavía más. Durante un instante, Thane se transformó en algo más salvaje, más hermoso, más propio de otro planeta.

—Pronto —murmuró.

Y después hundió la boca ente mis pechos; y respondí a sus sacudidas rítmicas. Las criaturas se agitaron. Una por una fueron saliendo de sus madrigueras para observarnos. No eran fantasmas esta vez, ni los espectros que Devlin y yo habíamos invocado con nuestro deseo, sino aberraciones que no pertenecían ni al mundo de los vivos ni al reino de los muertos.

Una ráfaga de viento sopló desde las montañas, alborotando las hojas e impregnando el claro con aromas nocturnos. Aquellos seres espeluznantes empezaron a aullar. ¿O aquel sonido provenía de mí? Traté de empujar a Thane, pero había desaparecido. Estaba sola junto a la orilla, temblando de frío y envuelta en el rocío de las cataratas. Encogí las piernas y me abracé las rodillas. Nunca me había sentido tan perdida, tan sola. Tan aterrorizada.

Levanté la mirada y advertí que alguien me vigilaba desde la cima del peñasco. Pero no era Ivy, sino Luna...

Su mirada resplandecía como la de un felino bajo la luz de las estrellas. Bajó trepando del acantilado, seguida de Bryn y Catrice. El trío de amigas formó un círculo a mi alrededor. Yo hundí la cara entre mis brazos.

Unos labios desconocidos me besaron el cabello. Noté un aliento en el cuello y la caricia gélida de unos dedos por la espalda. Me ayudaron a ponerme de pie. Canturreaban una diabólica melodía mientras me vestían. Me estaban acicalando con el traje de novia de Freya.

Entre los pliegues diáfanos, advertí que asomaba una tripa incipiente. Y sentí un segundo corazón palpitando en mi interior...

Me despertó mi propio grito ahogado. Con el corazón a punto de salirme por la boca, me llevé la mano al estómago. Tardé unos segundos en darme cuenta de que había sido una pesadilla. Oh, gracias a Dios.

La temperatura en la habitación había bajado. Me incorporé sobre el cabezal y me tapé hasta la barbilla. La cama improvisada de *Angus* estaba vacía. Se había acercado al ventanal para echar un vistazo. Cuando me oyó desperezarme,

miró a su alrededor, pero enseguida volvió a pegar el hocico en el cristal, como si estuviera espiando algo que se movía por el jardín.

—¿Qué pasa?—susurré, y me levanté de la cama.

Fui hasta la ventana para echar un vistazo. Al principio, no vi nada extraño. Pero, poco después, justo en el lindero del bosque, vislumbré una sombra más oscura que las demás. Tenía la silueta de un ser humano. Empecé a temblar. Alguien... o algo estaba vigilando la casa.

Capítulo 28

Angus y yo fuimos al cementerio al día siguiente. El cielo estaba despejado y hacía un día tan caluroso y tranquilo que incluso me costaba creer todo lo que me había ocurrido desde la última vez que estuve en Thorngate. Ahora sabía que Freya había muerto asesinada. La habían enterrado embarazada de varios meses en la tumba que yacía en la cima de laureles.

Pero ¿qué podía hacer con esa información? Acudir a la policía era impensable, y no estaba preparada para iniciar una investigación sola. Mi interés por la muerte de Freya y esa tumba ya habían levantado sospechas, y me estaban vigilando. A partir de entonces, debía actuar con mucho mucho cuidado. La revelación del espectro de Freya había sido inesperada. No sabía qué hacer, así que tenía que continuar con la restauración, como si no supiera nada. Estaba ansiosa por regresar a la tumba oculta y buscar pistas, pero no me atrevía a escalar hasta la cima de laureles sola. Estaba demasiado apartada. «Hay rincones ahí arriba donde uno puede esconderse y donde podría pasar días sin que nadie lo encontrara. Puede que nunca lo hicieran» .

Me abrí camino entre las lápidas con un ojo puesto en el mausoleo. Me puse a trabajar de espaldas a la puerta del cementerio, confiando en que *Angus* me alertaría si alguna criatura animal, humana o de cualquier tipo se acercaba por la carretera o rondaba agazapada tras los matorrales.

Armada con unas tijeras de podar y un machete, arrasé con ganas la maleza que crecía junto a la verja. Varios matorrales de kudzu se habían arrastrado desde la arboleda para ahogar a algunos de los monumentos. Los tallos más alargados habían conseguido enroscarse en varias ramas, formando así una espesa cortina de rosas salvajes casi impenetrable.

Enfrascada en mi tarea, oía a las ardillas rebuscando comida bajo las matas y a los pajarillos trinar desde las copas de los árboles. Pese a todo lo que había sucedido, empecé a relajarme. Al igual que mi padre, me encantaban los trabajos manuales. Nada me satisfacía más que arrancar la maleza que se había apoderado de lápidas e inscripciones.

Sin darme cuenta, me había adentrado en un inmenso matorral. De pronto, una sensación de claustrofobia me abrumó. La vegetación era densa e insidiosa. Aunque atizaba con el machete a diestro y siniestro, cada vez estaba más

enredada. Las zarzas se enmarañaban alrededor de mis brazos, y unos pinchos gigantescos me rasgaban los pantalones. A medida que la flora me envolvía, el silencio se iba haciendo más profundo. Aquella quietud era perturbadora. Ahora no oía nada escabullirse bajo el sotobosque, y todos los pájaros parecían haber levantado el vuelo. El único sonido era mi jadeo constante y el latigazo de mi machete. Una sombra tapó el sol. Al levantar la mirada vi un cuervo surcando el cielo él solo. Entonces percibí el hedor de algo muerto, putrefacto.

Quise creer que un animal se habría metido en aquel matorral y habría muerto. Me acordé de aquel olor nauseabundo que se había colado por la ventanilla del coche cuando pasé junto al tipo que llevaba el abrigo de lana. Arrastraba un camión con un animal muerto, aunque ya entonces pensé que la peste provenía de su propia piel.

Me llevé una mano a la nariz, pero una zarza me arañó el brazo y me desgarró la camiseta. Enseguida presioné la herida con los dedos para detener el flujo de sangre.

Había algo extraño en aquel matorral, algo antinatural. Traté de salir de allí, pero varias zarzas se habían enroscado en mis tobillos y me impedían moverme. Me agaché para cortarlas. De repente, otra enredadera trepó por mi cuello. No sé cómo, pero me caí de bruces al suelo. Antes de que pudiera lanzar un chillido, algo empezó a arrastrarme hacia las profundidades del matorral. Las espinas de los arbustos me escocían la piel y tenía la ropa hecha jirones.

Tiré del cepo que me tiraba del cuello y clavé los talones en el suelo en un intento desesperado de oponer resistencia. Me agarré de los zarzales sin prestar atención a los pinchazos de las espinas. El picor era insoportable. Mi esfuerzo no valió para nada porque seguía siendo arrastrada hacia el corazón del bosque...

Angus ladraba, pero el sonido se oía muy lejano. A mi alrededor tan solo veía sombras. Oscuridad. El hedor a podredumbre era más intenso. Oí un resuello, y advertí una silueta que se acercaba para remolcarme de nuevo entre los matorrales...

«Oh, Dios, ayúdame..., que alguien me ayude, por favor...».

De pronto, unas manos desconocidas me sujetaron por los tobillos. Noté un tirón, y después otro. Alguien me estaba empujando de nuevo hacia el matorral y, por un instante, me sentí atrapada en una terrible lucha. La enredadera que me estrangulaba se partió. Oí algo parecido a un chillido. Después silencio. Enseguida empecé a patear la maleza que me había inmovilizado las piernas.

—¡Para, chica! ¡Te arrancarás la piel a pedazos!

¿Tilly?

Se acuclilló a mi lado y me levantó la cabeza.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Levántate entonces. ¡Date prisa!

Esa brisa horripilante volvió a soplar. Ese frío húmedo que se me metía en los huesos, en el alma...

—Se acerca —susurró.

Me entregó un machete y las dos nos abrimos camino entre las zarzas. En la entrada del matorral, el perro trotaba de un lado al otro, ladrando como un loco.

—¡Angus, corre! —grité.

Agarré a Tilly de la mano y salí disparada tras él, mientras una alfombra de hojas secas se alborotaba bajo nuestros pies. Saqué el mando del bolsillo, abrí el coche y los tres entramos de un salto. Justo cuando me disponía a arrancar el motor, un cuervo aterrizó sobre el capó, seguido de un segundo cuervo. En un abrir y cerrar de ojos, el cielo se cubrió de esos animales.

—¿Qué está pasando? —pregunté, muerta de miedo.

—No te preocupes por los pájaros, chica. ¡Vámonos!

Giré la llave de contacto y apreté el acelerador, espantando a los cuervos. Los pájaros se esparcieron por el cementerio, posándose sobre las lápidas, monumentos y encima del formidable círculo de ángeles Asher.

Descendimos la colina a toda velocidad. Tilly se había acomodado en el asiento del copiloto. *Angus* viajaba detrás, pero tenía la cabeza apoyada entre las dos. Tomé la curva hacia la carretera principal sin aminorar.

—¡Más espacio, chica, o nos mataremos! —exclamó Tilly.

La obedecí y la miré de reojo.

—¿Qué ha sido eso?

Tenía las manos inmóviles sobre el regazo.

—No lo sé.

—Pero algo has tenido que ver.

—Tenías un montón de zarzas enredadas. Eso es lo que he visto.

Mi voz dejaba ver mi desesperación.

—Pero había algo ahí.

—Vamos a mi casa —respondió, impassible—. Tienes sangre por todas partes.

—Eso no tiene importancia.

—Oh, la tendrá cuando se te infecten las heridas.

—Tilly...

—A mi casa, chica. Cuando te cure esos arañazos, te contaré todo lo que sé.



No volvimos a cruzar palabra en el trayecto hasta su casa. Me dolía todo el cuerpo, y tampoco me apetecía charlar. Lo único que quería era meterme en una bañera de hielo para aliviar la inflamación de todos los arañazos.

—Tumbate aquí —murmuró cuando entramos en una habitación.

Me tumbé sobre las sábanas frescas sin protestar.

—¿Y Angus?

—Le dejaré en el jardín.

—A lo mejor se escapa. Me da miedo que se pierda en el bosque.

—Tranquila, ni se acercará.

Me recosté sobre los distintos cojines y cerré los ojos.

Se marchó y me dejó a solas en aquella habitación varios minutos. Cuando volvió percibí el suave aroma de hierbas silvestres. Me colocó un trapo húmedo y frío encima de la frente. Con sumo cuidado, me desabrochó la camisa para curarme los rasguños que tenía en el cuello y en los brazos.

—¿Qué es?

—Un viejo remedio de mi madre. Ahora descansa, chica. Esas hierbas tardan su tiempo en surtir efecto.

—Pero...

—Chis. Descansa. Ya hablaremos luego.

Cerré los ojos. Aquella diminuta habitación era muy agradable, no hacía demasiado calor y se respiraba paz. Escuché a Tilly ocupándose de sus quehaceres diarios. Los pájaros piaban tras la ventana. Esos sonidos me reconfortaban. Me tranquilizaban. El insoportable escozor de los arañazos empezó a remitir, y por fin me liberé de la tensión. Allí me sentía a salvo.

Debí de quedarme dormida al menos una vez. Cuando me desperté, el sol de mediodía iluminaba de pleno la estancia. Permanecí en la cama unos instantes más, todavía somnolienta. Entonces me acordé de dónde estaba, y me incorporé. La toalla que Tilly me había colocado sobre la frente estaba seca, así que la aparté. Todavía tenía la piel irritada, pero al menos la inflamación había bajado. El remedio de su madre había funcionado a las mil maravillas.

Me despecé, me senté en el borde de la cama y, después de abrocharme la camisa, miré a mi alrededor. Aquella habitación era entrañable; multitud de platos decorativos de varias tonalidades de azul destacaban sobre la pared pálida, y del techo colgaban varias jaulitas para pájaros pintadas de colores vivos. A los pies de la cama se extendía una colcha de patchwork, y sobre el suelo de madera había diversas alfombras cosidas a mano.

La habitación era acogedora..., pero demasiado impersonal. No había ninguna fotografía sobre la mesita de noche, ni barras de labios o perfumes sobre el tocador. Sin embargo, intuía que había sido la habitación de Freya. ¿Dónde estarían todas sus cosas? ¿Sus recuerdos de adolescencia? Entonces me acordé de que llevaba muerta más de veinticinco años. Aunque su fantasma aparentaba diecisiete, el tiempo en la Tierra había pasado. Tilly se habría deshecho de sus cosas hacía años.

Sobre el cabezal de madera de pino había una estantería con un único gorrión

de porcelana. Tenía una de las alas rotas. ¿Por qué lo habría guardado? Quizá simbolizaba su trabajo con pájaros heridos. O, más probable, había sido un regalo de Freya, así que ahora Tilly lo exponía en un lugar honorífico, sobre la cama vacía de su difunta hija.

¿Sospechaba que Freya había sido asesinada? ¿Cómo ocultarle una verdad tan espantosa? Pero ¿serviría de algo?

Era un dilema terrible, desde luego. Mientras miraba el pájaro, algo se retorció en mi interior. Sabía que ciertas culturas consideraban el gorrión como el portador de las almas de los difuntos, pero en ese momento no quería pensar en más muertes, y menos en un asesinato, así que me deslicé hasta la ventana para echar un vistazo. Estábamos en pleno corazón del bosque. A pesar del cristal, podía percibir el aroma de los árboles perennes mezclado con la estela especiada que había dejado en la habitación el remedio de Tilly.

Me alejé de la ventana. A regañadientes, abandoné aquel santuario azul para buscarla. Tilly estaba en el porche trasero, ayudando a una paloma malherida.

Me asomé a la jaula.

—¿Qué le ha pasado?

—Un ala rota —respondió, y enseguida pensé en el gorrión marrón que adornaba la pequeña estancia azul.

—¿Va a ponerse bien?

—Si Dios quiere.

Había atado el ala herida al costado para mantenerla sujeta. La paloma me observaba con aquellos diminutos ojos negros, y de pronto empezó a batir el ala sana. Mantuve la distancia para no crearle un estrés innecesario.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo Tilly mientras rellenaba de pienso la diminuta cubeta de la jaula.

—Me siento mejor. Gracias. No sé qué habría hecho si no llegas a aparecer. Por lo visto, siempre vienes a mi rescate.

Tilly no respondió, así que, para romper ese silencio incómodo, admiré aquel porche tan hogareño. Había varias jaulas de pájaros colocadas al fondo del porche, un antiguo balancín de jardín y una mecedora muy cómoda. Fuera, docenas de casitas de pájaros descansaban sobre postes, y las copas de los árboles cobraban vida con el trino de multitud de aves. Me acerqué a la tela mosquitera de la puerta. En cuanto *Angus* me vio, salió disparado hacia el porche. Lloriqueó frente a la puerta para que le dejáramos entrar.

—Tilly, ¿por qué había tantos pájaros en el cementerio?

—Sentémonos, chica —invitó. Se deslizó hacia el otro extremo del porche y se sentó en la mecedora, dejándome el balancín para mí.

—Me da la sensación de que siempre que estoy en peligro, tú lo sabes —dije, sin rodeos—. ¿Qué hacías en el cementerio esta mañana?

—Fui a preguntar por un trabajo. Me dijeron que necesitabas ayuda.

—¿Y quién te lo dijo?

—¿Necesitas ayuda, sí o no? —espetó.

—Nunca va mal un par de manos extra, pero me temo que no puedo permitirme pagar mucho.

—No exijo mucho.

Contemplé el jardín, repleto de frondosa vegetación y de plantas exuberantes. Los crisantemos estaban floreciendo. La rica fragancia del romero se colaba por los diminutos agujeritos de la tela metálica.

—Tu casa es muy tranquila —dije.

—Es mi hogar.

Apoyé la espalda sobre el respaldo del balancín y agarré la cadena con la mano.

—¿Podemos hablar de lo que ha ocurrido en el cementerio? —pedí—. Había algo. Lo sé.

Tilly recostó la cabeza sobre la mecedora y soltó un profundo suspiro.

—No tengo todas las respuestas que buscas, chica. Solo sé que es ancestral. Es más antiguo que las montañas. Puede que esté aquí desde el inicio de los tiempos, esperando la oportunidad de manifestarse.

—¿Es un fantasma?

—No, aunque quizá se mezcle con ellos en el otro lado. Algunos lo llaman el Demonio. Otros, la Bestia. Yo prefiero el Mal. Es pura maldad.

Intercambiamos una mirada, y en sus ojos me pareció ver algo firme, reluciente y decidido. Algo que podía estar al borde de la locura.

—Domina esta isla, pero aquí tiene que persuadir a los débiles. Se alimenta de su miedo, de su odio, de su avaricia.

—Por eso dijiste que debía tener miedo de lo que había en mi interior —recapecité, con voz trémula.

Asintió.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Noto cosas —contestó—. Presiento cosas. Desde muy pequeña podía prever cualquier catástrofe, igual que mi madre. La gente nos temía por eso.

—Eso fue lo que te empujó a venir a buscarme al bosque la otra noche. No has venido al cementerio a buscar trabajo. Presentiste que estaba en peligro.

—En cuanto persiste un pie en Asher Falls supe que corrías peligro. Todo cambió cuando viniste.

—¿Cómo? —pregunté, temerosa.

Desvió la mirada hacia el jardín.

—Hace mucho que vivo aquí. He visto cosas en estos bosques, he oído cosas que no se pueden explicar. No son de este mundo —dijo. Se le oscureció la expresión y volví a vislumbrar ese punto de demencia en sus ojos, aunque debía reconocer que había visto y oído lo mismo que ella—. Siempre supe que este

lugar estaba podrido. Lo supe el primer día, lo noté en el viento. Me asustaba salir después del anochecer, y nunca volvía tarde a casa. Sabía que había algo ahí..., vigilando, esperando... —explicó. Cogió aire y continuó—: Pero todo empeoró cuando se inundó el cementerio. Los animales se pusieron agresivos. Algunos desconocidos venían hasta el pueblo y deambulaban por las calles de noche. La gente se volvía en contra de sus vecinos. Hubo quien prefirió mudarse de ciudad; quien se quedó no tuvo más remedio que aprender a guardarse las espaldas. Y también hubo quien acogió el Mal.

—¿Acogerlo? ¿Cómo?

Se llevó una mano al corazón.

—Le dejaron entrar porque les permitía hacer cosas horribles.

¿Como un asesinato?

—¿En qué ha cambiado? —inquirí. Al ver que no contestaba, rogué—: Por favor, dímelo, Tilly. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quiere de mí?

—Te quiere a ti, chica.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Abrí los ojos como platos, presa del pánico.

—¿Por qué?

—Eres especial, pero tú todavía no te has dado cuenta. Puedes caminar por ambos lados del velo, y eso te convierte en una chica peligrosa. Le asustas, y por eso quiere dominarte.

—¿Cómo?

—Consiguiendo que le dejes entrar. Animándote a hacer cosas terribles.

Contuve la respiración.

—¿Y si me resisto?

—Utilizará a todos los que te rodean para hacerte daño y debilitarte —contestó. Se inclinó hacia delante. En su mirada ardía el fervor de una predicadora—. Aléjate de Thane Asher, chica. ¿Me has oído?

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Los Asher están confabulados con él desde hace generaciones —reveló con los ojos centelleantes—. ¿Cómo crees que han conseguido amasar tanto dinero y poder?

—Pero Thane no nació siendo un Asher.

—Da lo mismo, chica. Codicia lo que nunca podrá tener, y eso le convierte en una persona susceptible al Mal. Le convierte en alguien peligroso para ti.

Me esforcé por no tirar.

—No puedo creérmelo.

—Haz caso a lo que te digo, y aléjate de él. Thane Asher no es para ti.

—¿Por qué no dejas que sea ella quien lo decida?

No le había oído entrar. Cuando habló, no pude evitar dar un brinco sobre el balancín. Abrió la puerta y pasó hacia el porche. Llevaba una gigantesca bolsa de

papel en cada mano. Las dejó en la cocina sin mediar palabra. Cuando volvió al porche, nos fulminó con la mirada.

—He dejado la compra encima de la mesa —le dijo con un murmullo a Tilly.

—Tienes las conservas donde siempre —contestó ella.

—Las cogeré antes de irme.

Me dio la impresión de que habían realizado ese mismo intercambio muchísimas veces.

Tras esa breve conversación, se aproximó a nosotras.

—Me conoces desde que era un crío, Tilly —dijo. En ningún momento alzó la voz, pero era evidente que estaba enfadado—. Hace mucho tiempo que somos amigos y sabes que nunca haría nada para hacer daño a Amelia.

Tilly levantó la barbilla.

—Siempre te he tenido en un pedestal. Creo que eres un gran hombre, Thane. Pero sigo opinando lo mismo de tu abuelo, y también de tu tío. Son unas sanguiuélas.

Thane le lanzó una mirada furiosa.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Te guste o no, eres parte de esa familia.

—¿Y esa es razón suficiente para condenarme?

Era evidente que mi vecina era una cabezota de primera.

—Es lo que pienso, y punto.

—¿Y ya está? —protestó él. Y después se dirigió a mí—. ¿Puedo hablar contigo?

—¿Nos disculpas, Tilly?

Quería decir algo más, pero cerró el pico, se levantó y se metió en la casa.

Thane abrió la puerta del porche y salimos al jardín.

—Jesús —exclamó al verme bajo la luz del sol—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Todavía estaba temblando por lo que Tilly me había dicho: «Eres especial, pero tú todavía no te has dado cuenta». Tuve que hacer un gran esfuerzo para apartar esos pensamientos.

—Me quedé atrapada en un zarzal.

—¿Otra vez? ¿Estás bien?

—Tilly me ha curado los arañazos, y ya no me duelen.

—Debes ir con más cuidado —me amonestó. Cogió una ramita de romero que crecía junto al porche y me la puso entre el cabello—. Para alejar a las brujas —dijo con una amplia sonrisa.

Su roce me estremeció.

—Gracias —murmuré, y señalé la casa con la barbilla—. Tilly se la tiene jurada a tu abuelo.

Thane se encogió de hombros.

—Mucha gente se la tiene jurada. Estoy seguro de que Tilly tiene sus razones.

—Pero no debería pagarlo contigo.

—Nunca lo había hecho. Supongo que eres especial.

—¿Qué quieres decir? —balbuceé.

—Tilly siempre ha sido una mujer reservada, pero contigo es muy protectora. Quizá le recuerdes a Freya.

—Quizá —dije—. ¿Crees que Tilly sabe lo del bebé?

Hasta ahora, Thane se había dedicado a admirar los gigantescos árboles que se alzaban a nuestro alrededor, pero, tras asimilar mi pregunta, se dio media vuelta.

—¿Qué bebé?

Ya era demasiado tarde cuando me percaté del error. Sabía que Freya había sido asesinada y que murió con un bebé en sus entrañas. Pero no tenía modo de saber si su embarazo había llegado a ser público, aunque intuía que ella habría preferido mantenerlo en secreto el máximo tiempo posible.

—Estaba pensando en los símbolos de la tumba oculta —rectifiqué—. La rosa y el pimpollo representan el entierro de una madre y su hijo.

—Freya está enterrada en Thorngate. Ya te lo dije.

« Sí, pero no es cierto ».

—Pero no he sido capaz de reconocer su tumba. He buscado por todo el cementerio, así que, a menos que esté bajo esa maraña de zarzas, no está en Thorngate.

—Está ahí —insistió—. Solía ver a Tilly llevarle flores al menos una vez a la semana.

—¿Pasabas tanto tiempo en Thorngate?

—Me encantaba pasear por allí cuando era niño. Me sentía muy solo en la casa Asher, así que recorría el campo. Fue así como conocí a Tilly. Salí de excursión y llegué hasta su casa, y desde entonces la he estado ayudando con los pájaros.

Me quedé muda.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó.

—Es que... no te pareces en nada al tipo que se me presentó en el ferri el primer día.

—¿Y cómo me presenté?

—Sabes perfectamente la impresión que tuve de ti. Me hiciste pensar que eras un hombre superficial, sin objetivos en la vida y que se dedicaba a matar el tiempo hasta que su abuelo muriera.

—¿Y cómo sabes que ese no es el verdadero Thane?

—Porque he visto cómo te comportas con *Angus*. Y con Tilly. Lo quieras admitir o no, tienes buen corazón.

—No para todo el mundo.

Alargó el brazo y me acarició la mejilla con el pulgar. A pesar de la advertencia de Tilly, aquello podía ser un punto de inflexión. Tenía dos opciones: o no hacer nada y dejar que el momento se esfumara, o dar un paso al frente, por muy pequeño que fuera, y salir del pasado.

Thane me sostuvo la cara con ambas manos y estudió mi mirada. Sus dedos olían a romero, así que cerré los ojos y disfruté de ese aroma. Con suma ternura, me ladeó la cabeza para examinar los rasguños de las mejillas.

—Lo digo en serio; debes ir con más cuidado —murmuró.

—Lo intentaré.

—Tilly no siempre estará ahí para salvarte.

—Ahora mismo lo está —bromeé.

—¿Te hago sentir incómoda?

Miré de reojo el porche.

—No querría disgustar a Tilly.

—Yo tampoco.

Pero los dos sabíamos que iba a besarme, con o sin la aprobación de Tilly. En ese momento no pensé en que ese hombre pudiera representar un peligro para mí. Me pasó una mano por el cabello y respiré hondo para tranquilizarme. Mis manos reptaron hasta su pecho y nos besamos. Su corazón latía bajo las palmas de mis manos. Aquella palpitación removió algo en mi interior, y enseguida me aparté.

—Aquí no.

—¿Dónde entonces?

El consejo de Tilly me martilleaba la cabeza: «Codicia lo que nunca podrá tener, y eso le convierte en una persona susceptible al Mal. Le convierte en alguien peligroso para ti».

Me froté las sienes para enmudecer su voz.

—No lo sé. No puedo pensar...

—Esta noche —dijo con urgencia.

—No puedo. He quedado con Sidra en la biblioteca.

—Después.

—Tengo que hacer la maleta. Me voy a Charleston a pasar el fin de semana.

—Entonces me pasaré por tu casa —sentenció—, puedes echarme de una patada cuando llegue, si eso es lo que quieres.

—Thane...

—Solo quiero verte antes de que te vayas —protesté—. Quiero asegurarme de que vas a volver.

—Apenas he empezado la restauración. Claro que voy a volver.

—¿Vas a quedar con él? —dijo con un tono duro.

Devlin. Cogí aire.

—No. Esa historia está acabada.

Angus se plantó junto a mí meneando la cola. Me agaché para rascarle el lomo y agradecí la distracción.

—¿Qué piensas hacer con *Angus* el fin de semana?

—Lo llevaré conmigo a Charleston, ¿por?

Me cogió y me estrechó entre sus brazos, y esta vez no pude resistirme.

—Esperaba poder convencerte de que lo dejaras aquí. Así me aseguro de que vas a volver —murmuró rozándome los labios.

Capítulo 29

A última hora de la tarde fui a Asher Falls para encontrarme con Sidra en la biblioteca. Cuando entré estaba sentada tras el mostrador. Enseguida se llevó un dedo a los labios y señaló el despacho de Luna para que supiera que todavía andaba por ahí. Asentí y fui directa hacia las estanterías donde estaban colocados los registros de Thorngate. Estaba hojeando uno de los libros cuando vino a buscarme.

—Luna acaba de irse —susurró.

—¿Y ahora?

—Por aquí, pero no te acerques demasiado a las ventanas, ¿vale? Se supone que la biblioteca está cerrada, y no quiero que me vean husmeando por aquí.

—Si te ven, asumirán que todavía estás trabajando, ¿no crees?

—A lo mejor, pero no quiero correr ningún riesgo. Luna se pondría como una furia si se enterara de que has venido a estas horas.

—Entonces no deberíamos hacer esto.

—No pasa nada. Sígueme y ya está.

Lo clandestino de nuestro encuentro me preocupaba y me entusiasmaba al mismo tiempo. ¿A qué venía tanto secretismo?

El gato atigrado de Luna estaba tumbado sobre el escritorio de su despacho. Cuando nos vio entrar por la puerta, nos miró con aire de sospecha.

—¿Cómo se llama?

—*Rumor*. No intentes jugar con él —avisó Sidra—. Muerde.

No me quitaba ojo de encima. Aquella mirada torva me seguía a todas partes. Crucé el despacho para observar las fotografías que había enmarcadas en la pared. Ahí estaba el fantasma de Freya. Por fin comprendía por qué parecía tan enfadada.

Noté la mirada de Sidra clavada en la espalda y me giré.

—Por aquí —indicó, y señaló una puerta muy estrecha y arqueada. Después, sacó una llave maestra de una cajita de marfil que había sobre una de las estanterías, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta.

Me fui acercando poco a poco, pero enseguida advertí la vitrina donde Luna guardaba toda una colección de tesoros. Figuritas de vidrio soplado, una serie de relojes de bolsillo antiguos y un muestrario de diversos cuchillos con formas

extrañas...

—¿Pasa algo? —preguntó Sidra.

—No, todo está bien —respondí de inmediato.

La seguí hacia una diminuta sala donde la única iluminación provenía de una cristalera octogonal que había en el techo. Sidra encendió la luz y miré a mi alrededor. Aquella estancia estaba repleta de estanterías combadas por el peso de los libros. Revisé algunos de los títulos: *El animatismo en Polinesia*; *Creencia y práctica*; *Magia y religión*; *El gigante durmiente*.

—¿Por qué guarda estos libros aquí, en lugar de en la biblioteca? —pregunté.

—No lo sé. Mi madre también tiene algunas de estas obras en Pathway.

—¿También las guarda bajo llave?

Sidra hizo una pausa.

—No. Guarda otro tipo de cosas.

—Como, por ejemplo...

—Ni idea, nunca he podido encontrar la llave.

Pensé en la puerta secreta que había en el estudio de Catrice y me estremecí.

—Y bien, ¿qué es eso que querías enseñarme?

—Me preguntaste acerca de los símbolos tallados en el acantilado que hay junto a las cascadas.

—Sí. Me dijiste que no encontraría información al respecto en esta biblioteca.

—Eso no es del todo cierto —dijo, y levantó la cabeza.

Seguí su mirada y ahogué un grito. En el techo de la sala secreta de Luna habían reproducido un *Drudenfuss*.

—Es como la estrella de cinco puntas que aparece en *Fausto* —aclaró Sidra —. Mefistófeles pudo colarse en el estudio del protagonista porque una de las puntas había quedado abierta.

—Y para conseguir que se marchara, había que destruir el pentáculo — proseguí. Recapacité sobre lo que había dicho Thane sobre las Hijas de Nuestros Valientes Héroes y el rumor de que era un aquelarre.

—¿Qué crees que significa? —me preguntó.

—Quizá no signifique nada. La historia es solo una fábula —contesté. Seguía pensando en la colección de cuchillos que Luna custodiaba en la vitrina de cristal. El pulso se me aceleró.

—¿Y si no es una fábula? ¿No deberíamos destruirla? —preguntó con ansiedad.

La miré, atónita.

—¿Destruir una propiedad pública? Podríamos meternos en un buen lío. Además, se supone que no estamos aquí.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué, Sidra?

—Nada.

En la sala, aquella chica parecía muy pequeña y, sobre todo, muy asustada.

—¿Hay algo más que quieras mostrarme? —murmuré—. ¿O decirme?

Y entonces abrió los ojos de par en par.

—Viene alguien.

—¿Estás segura? No he oído nada.

—Chis.

Cerró la puerta con un casi imperceptible chasquido y apagó la luz. Segundos después, oí la voz de Luna al otro lado de la pared. Pero no estaba sola. A juzgar por las risas cómplices, supuse que debía de ser Hugh.

Bajo la luz tenue que se colaba de la vitrina, vi a Sidra con el dedo índice sobre los labios. Asentí. No podíamos hacer nada, salvo esperar. A diferencia de la biblioteca, aquella estancia no tenía pozos de ventilación que magnificaran la voz, pero podía hacerme una idea de lo que estaban tramando. Y habría jurado que Sidra también.

Algo me instó a mirar hacia arriba. Quizá fuera el instinto... o un débil sonido. El gato atigrado estaba apoyado sobre una estantería y nos vigilaba. Se debió de colar en la sala cuando entramos. Parpadeó y se desperezó. Y después maulló.

Sidra se giró como un torbellino. Nos quedamos mirándonos horrorizadas unos segundos. Pegué el oído a la puerta.

—Calla —oí decir a Luna.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugh.

—He oído algo.

—Estamos solos, Luna.

—No, he oído un maullido. Creo que era *Rumor*.

Contuve el aliento.

—Debe de andar por el sótano, persiguiendo ratones. ¿Quieres que vaya a echar un vistazo?

—Muy noble por tu parte, pero no. Prefiero que te quedes conmigo. No tenemos mucho tiempo.

—¿Que no tenemos mucho tiempo? Aún faltan varios días para que Maris vuelva.

—No es ella quien me preocupa.

Hugh se carcajeó.

—Tampoco deberías alarmarte por esa.

—Tu falta de preocupación es estúpida —espetó—. Ya sabes por qué la ha traído aquí.

—No ocurrirá nunca.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Los he visto juntos.

—¿Tú también los has estado espionando? —preguntó Hugh—. Siempre te ha gustado observar. ¿Quieres que invitemos a Bryn y a Catrice? Podríamos celebrar una fiesta, como cuando éramos jóvenes.

Miré a Sidra, que seguía ensimismada mirando al gato.

—¿Qué pasa? —se mofó Hugh—. Antes nunca te molestaba participar en una pequeña competición. Ah, claro, te estás haciendo mayor. ¿Es una cana eso que veo?

Y entonces oí algo parecido a una bofetada.

—¿A qué ha venido eso, bruja viciosa? —preguntó él, furioso.

Esta vez fue Luna la que se rio.

—Sí —dijo—. Supongo que lo soy, ¿verdad?

En todo ese tiempo no había perdido de vista al gato. El animal se rascó y se tumbó sobre la estantería para echar una siesta. Solté un suspiro de alivio.

No quería escuchar lo que iba a suceder ahora, así que despegué el oído de la puerta. Pero, por lo visto, la cita había llegado a su fin. Se oyó un tremendo portazo. Esperé unos segundos y dije:

—Han estado a punto de descubrirnos.

—Sí —murmuró Sidra—. Tendríamos que salir de aquí. Falta poco para que anochezca.

El anochecer. Noté un hormigueo en la nuca al regresar al despacho de Luna. Sidra cerró la puerta con llave, guardó la llave en la cajita de marfil y me cogió por el brazo.

—¡Date prisa!

Sin embargo, ya era demasiado tarde. En cuanto nos adentramos en la biblioteca, sentí aquel frío familiar; aquel que anunciaba una presencia fantasmal.

Capítulo 30

Me agarró del brazo y me arrastró por la biblioteca. Los tablones de madera gruñían a nuestro paso. Noté un aliento gélido en la nuca, un roce frío en el brazo y me concentré para evitar ponerme a temblar.

Salimos de la biblioteca escopetadas. Sidra cerró la puerta con llave y nos giramos hacia la calle. La escuché resollar y me quedé inmóvil.

El crepúsculo se nos había echado encima.

—Ya vienen —bisbiseó.

Fue entonces cuando comprendí su urgencia, el miedo que había ensombrecido su mirada cristalina. En lugar de soltarme el brazo, apretó con más fuerza, clavándome las uñas, y miré a un lado y a otro de la calle. Tras cada ventana se asomaban caras pálidas. Siluetas diáfnas entraban y salían de las casas. Allá donde mirara, fantasmas.

Y con los espectros también llegó la niebla, procedente de las turbias profundidades del lago Bell.

—No los mires —avisó Sidra.

No podía moverme. Me quedé allí, abrazándome la cintura para combatir el frío que desprendían las entidades que se cernían a nuestro alrededor. Una mano gélida me peinó el cabello, y otra se deslizó por toda mi espalda. Por el rabillo del ojo, vi el espectro de un niño que se aferraba a la mano de Sidra. Otro fantasma planeaba justo detrás, y un tercero nos observaba sentado sobre la rama de un árbol. Eran los pobres hermanos Moultrie que Tilly me había mencionado aquel atardecer sobre el muelle.

Cogí la otra mano de Sidra y tiré de ella para que siguiera caminando.

—¿Los sientes? —murmuró—. ¿Los ves?

—Sí.

—Entonces no es solo cosa mía.

—No, no lo es.

—Deberíamos irnos —dijo con voz temblorosa.

—¿Adónde?

—A la torre del reloj. Es campo sagrado.

Atravesamos la plaza, serpenteando entre la multitud de espíritus que se habían agolpado en Asher Falls. Era como ver un desfile infinito de almas

codiciosas.

Sidra me apretaba la mano con fuerza. Me alegré al sentir un calor humano tan cerca y agradecía no haber estado sola después de aquel descubrimiento. Asher Falls no pertenecía al mundo de los vivos. Era un pueblo fantasma, tal y como Sidra me había advertido el primer día que acudí al despacho de Luna.

El frío menguó en cuanto alcanzamos la torre del reloj. Había muy poca luz, pero advertí varias rejillas de metal y un suelo embaldosado cuando empezamos a subir la escalera de caracol. El espacio se iba empujando a medida que ascendíamos, hasta que llegamos arriba del todo, donde una estrecha ventana nos ofrecía una vista panorámica del pueblo.

Eché un vistazo a la plaza. La acera relucía bajo la luz de las farolas, pero, poco a poco, la niebla se estaba apoderando del pueblo. La luz de la luna titilaba al filtrarse por los antiguos robles, bañando de plata el musgo negro que cubría cada rincón. Asher Falls estaba en silencio, y sus calles, vacías de transeúntes.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Nadie se atreve a salir después del anochecer.

—¿Por qué? No todos ven fantasmas, ¿verdad? —dije, un tanto ansiosa.

—No es por los fantasmas. Tienen miedo los unos de los otros.

El resplandor de la luna le iluminaba el rostro y le oscurecía los ojos. En aquel instante la habría confundido con una chica etérea, de otro mundo. Casi... fantasmal.

De repente, las palabras de Tilly me vinieron a la mente, como si algo la hubiera invocado: «Hubo quien prefirió mudarse de ciudad; quien se quedó no tuvo más remedio que aprender a guardarse las espaldas».

Di un paso hacia Sidra, estudiando aquel perfil cadavérico.

—No solo querías mostrarme el símbolo de maleficio, ¿me equivoco? Querías comprobar que veía fantasmas.

No fue capaz de sostenerme la mirada.

—Tenía que saber si tú también los veías —protestó.

—¿Por qué?

—Porque nunca he conocido a alguien como yo —respondió, y cerró los ojos—. No te imaginas lo sola que me siento.

Oh, claro que sí.

—¿Desde cuándo tienes este... don?

Aquella sonrisa lánguida me tocó la fibra sensible.

—Desde los cinco años. Es mi primer recuerdo. Sufrí un paro cardíaco. Cuando volví del hospital, vi un fantasma en mi habitación. Estaba flotando junto a mi cama. Creo que esperaba a que me muriera para llevarme con él.

Se me puso la piel de gallina.

—¿Cómo supiste que veía fantasmas?

—Del mismo modo en que tú intuiste que yo también los veía —respondió—.

Hay algo en tus ojos, algo especial en tu porte. Es como si estuvieras en alerta constante.

Y, a decir verdad, así era.

—¿Por qué negaste ver el fantasma de Freya en aquella fotografía?

—Porque eso es lo que hacemos, ¿no? Negar que vemos fantasmas.

Me coloqué a su lado sin dejar de observar aquella legión pálida que había inundado Asher Falls.

—¿Siempre han estado aquí?

—No, no así. Después de la inundación del cementerio se multiplicaron. Creo que debió de abrir una puerta. Cada vez que caigo enferma, acuden más fantasmas a verme. Pero nunca había visto tantos... —murmuró, mirando la calle—. A veces quieren hablar conmigo, sobre todo los niños. No estoy segura, pero sospecho que quieren decirme que mi muerte está cerca.

—No digas eso.

—Ya he estado al otro lado —admitió—. Y me temo que tú también.

—Nunca he estado al borde de la muerte.

—Puede que sí, pero que no lo sepas. Quizá pertenezcas a ambos lados, como yo. ¿No crees que puedes ser una intermedia?

—¿Una intermedia?

—Un fantasma viviente.

Aquella descripción me produjo escalofríos.

—Eso no existe —rebatí, pero de inmediato oí las palabras de Tilly retumbar en mi cabeza: «Puedes caminar por ambos lados del velo, y eso te convierte en una chica peligrosa».

—¿Por qué crees que ahora hay tantos espectros deambulando por Asher Falls? —preguntó Sidra.

—Acabas de decirme que cuando el lago se desbordó se abrió una puerta.

Percibí lástima en su mirada. Esa imagen me recordó la expresión de mi padre cuando le conté que había visto el fantasma de aquel anciano en Rosehill.

—Están aquí por tu culpa, Amelia. Vinieron cuando llegaste a Asher Falls.

Me quedé petrificada. Sin dejar de temblar, me aferré al colgante que llevaba alrededor del cuello.

—Sabes que es cierto, ¿no? —insistió—. Siempre lo has sabido. Les perteneces.

Capítulo 31

Dejé a Sidra en la torre del reloj y me fui a casa. En cuanto llegué, dejé salir a *Angus* al jardín para que hiciera sus necesidades. Me quedé tiritando en los peldaños, repitiéndole una y otra vez que se diera prisa. Zarcillos de niebla se retorcián sobre el lago, pero las campanas no tintineaban. Me pregunté si los fantasmas ya habrían regresado a sus tumbas.

Me asaltaban pensamientos oscuros; la cabeza me iba a estallar en cualquier momento. « Les perteneces. Eres especial, pero todavía no te has dado cuenta ». No, no y no. Pertenecía a este mundo. Estaba viva. No era un fantasma viviente, ni una intermedia, ni una aberración inquieta que merodeaba por ambos lados del velo.

« Le asustas, y por eso quiere dominarte » .

No podía soportarlo, así que, desesperada, me obligué a pensar en Freya. ¿La habría asesinado alguien dominado por sus instintos más primitivos? ¿Alguien que había cometido aquella barbaridad empujado por su lado más oscuro? ¿Alguien que había pintado un símbolo de maleficio en una sala secreta?

¿Estaría ahora mismo vigilándome?

Me apresuré a entrar en casa. Me di una ducha y me puse el único vestido que había traído. Mientras esperaba a que llegara Thane, no dejé de dar vueltas por toda la casa, nerviosa. Unos minutos más tarde sonó el timbre. Nada más verme, adivinó que algo andaba mal. Me sujetó por los brazos y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

Incómoda, miré hacia la ventana.

—Es este lugar. Me ahoga.

—¿Te refieres a esta casa?

Asentí, pero no era solamente la casa. Era el lago, el bosque, el pueblo. La advertencia de Tilly, el terrible presagio de Sidra y los detalles turbios de mi nacimiento. Todo eso me estaba conduciendo al borde de la locura.

—Salgamos de aquí entonces. Demos una vuelta.

¿Volver a la penumbra nocturna, a la niebla? ¿A los fantasmas?

—Es muy tarde...

—No es tan tarde —rebatí—. Acaba de anochecer.

—Sé que lo haces con buena intención, Thane, pero esta noche me apetece estar sola.

—Pero te has arreglado —dijo después de repasarme de arriba abajo.

Thane llevaba unos vaqueros y una chaqueta de cuero, lo que le otorgaba un aspecto atractivo a la vez que misterioso. Al ver que vacilaba, bajó el tono de voz para persuadirme.

—Vamos. Te irá bien salir de aquí.

Contemplé sus ojos verdes, y enseguida me percaté de lo mucho que deseaba irme con él. Eso era lo que más anhelaba, porque estaba cansada de estar sola. Cansada de estar siempre alerta. Lo único que quería era sentirme como cualquier otra chica de veintisiete años que podía amar y ser amada. Esa noche no me apetece sentirme como alguien que veía fantasmas. Como alguien que era acechada por el Mal.

—No hace falta que vayamos a un lugar especial —añadió—. Daremos una vuelta, y ya está. Además, hay algo que quiero enseñarte.

Se me encendió una luz de alarma, a pesar de mis deseos más profundos. Tilly me había aconsejado que me distanciara de él, pero si me creía a pies juntillas que Thane representaba un peligro para mí, también tendría que confiar en el resto de sus palabras. Acabaría por convencerme de que aquel Mal me acechaba a mí y solo a mí porque podía deambular por ambos lados del velo. Me tenía miedo, y por eso quería dominarme.

Si le contaba eso a Thane, pensaría que me había vuelto loca. Y a lo mejor no andaría tan desencaminado.

—¿Qué quieres enseñarme? —pregunté.

Thane esbozó una sonrisa.

—Tendrás que confiar en mí.

Seguía dubitativa. No debía ir. Lo sabía. Mi sitio estaba allí, recluida en suelo sacro, encadenada a las normas de mi padre.

—Vamos —me animó Thane.

Hubo una época en que habría resistido la tentación, pero la desolación que me acosaría en los años por venir me hacía sentir demasiado sola.

—No puedo tardar en volver —dije.

Me abrazó la cintura con suma ternura.

—Te traeré a casa cuando quieras.

Ignoré el sentido común y salí con Thane de casa. No bajaría la guardia, ni con los fantasmas ni con Thane. La luna estaba suspendida sobre las copas de los árboles, y un búho graznó desde el corazón del bosque. El aire nocturno se respiraba frío y primitivo. Lleno de peligro y promesas. Se me aceleró el pulso. De camino al coche, Thane me rodeó los hombros con el brazo y agradecí su calor. Estaba vivo, lleno de vitalidad. No había nada fantasmal en él. En mitad de aquella quietud, incluso podía escuchar las palpitaciones de su corazón y el flujo

de sangre corriendo por sus venas.

Subimos al coche y me regaló otra sonrisa tras encender el motor. Recosté la cabeza en el asiento y miré por la ventanilla. Serpenteamos entre inmensos árboles de hoja perenne y sombras que se encogían ante la luz de los faros. Cuando llegamos a la carretera, giró hacia la izquierda. Me pregunté si nos estaríamos dirigiendo hacia la mansión familiar. Esa noche no tenía ganas de ver a Pell Asher. No con la insinuación de Tilly tronando en mi cabeza.

Me giré para observar el perfil de Thane. Conducía a toda velocidad, sin aminorar la marcha al tomar las curvas, lo cual me exasperaba y excitaba al mismo tiempo. Agradecí esa dosis de adrenalina porque al menos me hacía sentir viva.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás.

El paisaje pasaba volando tras el cristal como una colección de sueños. Entonces, de repente, redujo la velocidad y encaró el morro del coche hacia la colina del cementerio. Nos deslizamos entre los cedros y ascendimos hasta la entrada, donde Thane aparcó el coche. Allí arriba no había niebla ni siluetas gráciles que se escurrían entre las lápidas. El cementerio parecía casi irreal en aquella quietud. Bajo la luz de la luna, era como contemplar una escena onírica.

Pero algo merodeaba por allí. A lo lejos, las montañas se confundían con una negrura absoluta.

—¿Por qué me has traído aquí? —quise saber.

Thane se giró hacia mí. El coche deportivo era muy estrecho, así que estábamos sentados muy cerca. Estábamos protegidos de esas montañas y del mal que acarrea el viento. O al menos... eso quería creer.

—Un día te dije que habían diseñado el cementerio para contemplarlo bajo la luz de la luna, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—¿Y no quieres verlo?

¿Me atrevería? No habría sido la primera vez que paseaba por un cementerio a altas horas de la noche. Cuando era una cría, solía jugar en mi reino después del anochecer. Pero Thorngate no era Rosehill. No era mi santuario. Algo me había susurrado palabras al oído en el mausoleo y me había atacado en el matorral. Esa misma entidad me había seguido el rastro hasta la tumba oculta y me había perseguido por el bosque. Pero Tilly tenía razón. No era el cementerio el que estaba afligido, sino yo.

Me estremecí cuando Thane me rozó el hombro con la mano.

—¿Y bien?

Asentí con la cabeza y bajamos del coche. Bordeamos el cementerio agarrados de la mano y cruzamos el pórtico. Contuve la respiración cuando pasamos junto a los ángeles. Sus rostros incandescentes me resultaban

espeluznantes. No observaban el alba ni las montañas, sino el astro lunar que se cernía sobre los árboles. Las raíces de culebra y las aquileas titilaban en el sotobosque. La humedad del rocío cubría de lentejuelas todas las plantas.

De pronto, algo cambió en el aire, en mi interior. Me adentré en ese círculo de esculturas y miré al cielo. Di varias vueltas, con los ojos cerrados y los brazos extendidos, tal y como solía hacer de niña en Rosehill. Era mi forma particular de darle la bienvenida a la noche. Liberada de las cadenas que suponían las reglas de mi padre, mi soledad se fue desvaneciendo, mis miedos se fueron disipando y me dejé llevar.

Empezó con un suave zumbido. Al principio, ni siquiera me percaté. No fue hasta más tarde cuando caí en la cuenta de que ese instante de liberación había sido, en realidad, una invitación al jardín blanco, a ese paisaje lunar avasallador. ¿O había estado allí desde el principio?

Ese tarareo fue creciendo y creciendo, hasta que algo en mi interior empezó a responder. Entonces sentí ese extraño latido, esa palpitación prístina que resonaba desde las montañas, que hacía temblar el suelo y que se colaba en mí.

Thane me tocó el brazo. Todo mi cuerpo vibró como la cuerda de una guitarra demasiado tensa. Nunca me había sentido tan en armonía con la noche. Nunca me había sentido tan viva.

De espaldas a la luna, Thane me contemplaba con atención. Su silueta encarnaba mis deseos más secretos, mis sueños más oscuros. Como por arte de magia, volvieron las visiones de aquella pareja enredada junto a las cascadas, retorciéndose y jadeando. La mujer tenía la cabeza echada hacia atrás y le montaba con pasión. No pude verles la cara, ni siquiera cuando él la giró con brusquedad y se colocó tras ella. Las criaturas de la noche empezaron a aullar. Intuía que se trataba de Devlin y su difunta esposa, y una parte de mí se preguntaba si Mariama se las habría ingeniado para invadir mis pensamientos incluso aquí, en las montañas, ante la presencia de Thane. También pensé en si el Mal del que Tilly me había hablado por fin había descubierto mi debilidad.

Sin embargo, la preocupación fue efímera, porque enseguida rodeé a Thane con los brazos y apreté su cuerpo contra el mío. Nos fundimos en un apasionado beso. Su lengua dejaba una estela de magia negra que me tentaba, me fascinaba y me seducía.

Nos arrodillamos en mitad de aquella órbita de ángeles Asher, en mitad de aquel romántico jardín blanco, y no tardé en subirme la falda del vestido. Con las estrellas como testigo me recosté y me entregué a Thane.

Las consecuencias que podrían acarrear mis actos habían dejado de importarme. Ni siquiera me preocupaba profanar un lugar que siempre había venerado. En mi interior solo había necesidad y un hambre avariciosa. Las manos de Thane me recorrían todo el cuerpo, rasgándome los muslos, acariciándome la espalda. Sentía su boca ardiente en la mía. Le acaricié el

cabello. Poco a poco fui empujándole hacia abajo, hacia abajo, hasta que el mero roce de sus labios me produjo un escalofrío. Me besó y gemí de placer.

Mis gruñidos se mezclaban con los sonidos primitivos de mi visión, esos gritos carnales que invocaban a esas criaturas, esas terribles atrocidades que se escurrían desde el submundo para escabullirse por una puerta que jamás podría cerrarse.

La lengua de Thane me estaba empujando al borde del clímax. De repente, la noche cobró vida; la quietud se vio importunada por varios sonidos y movimientos. Con gemidos y sombras que se deslizaban del bosque y revoloteaban en las copas de los árboles. La luz de la luna animó a las estatuas. Podía sentir aquellos ojos de piedra observándonos. Empezaron a susurrar mi nombre una y otra vez, un hechizo que avivó aún más mi frenesí.

Thane se arrancó la camiseta y trepó por encima de mí. Entre jadeos, advertí que no era Thane, sino algo oscuro pero hermoso, algo de otro mundo. Un medallón familiar pendía de su cuello, un doloroso recuerdo del tiempo que pasé con Devlin. Se lo arrebaté de un tirón y oí un grito ahogado, como si le hubiera extirpado el alma. Percibí que vacilaba y se retiraba, pero no estaba dispuesta a permitirlo. Le atraje a mí de nuevo y, con la espalda arqueada, le palpé el rostro y clavé las uñas en la piel.

Thane se apartó tras soltar una blasfemia.

Le había arañado la piel. Ese hilo carmesí me asustó; pero también me excitó. Alargué el brazo para tocar la sangre con la yema de los dedos. Ese gesto codicioso estremeció a Thane.

Los dos percibimos una brisa que circulaba entre los árboles y un aullido lejano. Thane de inmediato alzó la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

—Está cerca —susurré.

Con torpeza, se puso de pie y escudriñó la oscuridad que nos rodeaba. Presa de un extraño letargo, conseguí levantarme. El viento empezó a soplar con más fuerza. Oímos el chasquido de varias ramas y la alfombra de hojas se alborotó. Por puro instinto, me giré hacia el mausoleo. Habría jurado ver una silueta acuclillada sobre el tejado, con la mirada pálida y un abrigo que ondeaba al compás del viento. Después oímos una carcajada estridente. Me quedé sin aire en los pulmones.

—Deberíamos irnos —propuso Thane con cierta urgencia.

En lugar de salir disparados de Thorngate, fuimos andando al coche, pero el trayecto se me hizo más corto de lo normal. No podía dejar de tiritar. Durante todo el camino a casa no cruzamos palabra.

Thane me acompañó hasta la puerta, pero no hizo ademán de besarme ni de darme un abrazo. ¿Por qué iba a querer hacerlo?

—Había algo ahí fuera —murmuró al fin—. Lo sentiste, ¿verdad?

No podía apartar los ojos de aquellos rasguños tan horribles.

—Sí.

Se giró hacia el bosque.

—No solo estaba ahí fuera, también lo noté dentro de mí —reveló. Entonces levantó una mano temblorosa y añadió—: También estaba dentro de ti.

Asentí.

—¿Qué es?

—Tilly lo llama el Mal.

Me sorprendió que Thane no cuestionara a Tilly. Miró de reojo las montañas y dijo:

—Incluso cuando no era más que un niño sabía que este lugar era distinto. Sentía una oscuridad. Una especie de araña que siempre trataba de meterse en mi cabeza. Me convencí de que no era más que mi imaginación, una pesadilla. Soñar despierto. Nunca le permití entrar. Pero esta noche algo ha cambiado, porque quería que entrara. Le abrí las puertas para que lo hiciera. —La tensión que se había creado entre los dos casi se podía palpar—. Sé que parece una locura.

—Ojalá lo fuera —balbuceé.

—¿Por qué?

Me aparté ligeramente de él.

—Porque no fuiste tú quien le dejó entrar, fui yo.

Capítulo 32

Esa noche me levanté de la cama y fui hacia la ventana para admirar la oscuridad. La luna seguía en lo más alto, impregnando de un tinte plateado los pinos del bosque. Su reflejo titilaba sobre el lago. Cuando levanté la mirada para admirar las cumbres lejanas, tuve una sensación de *déjà vu*. Veía mi imagen plasmada en el cristal, y eso me recordó aquel ejército de ángeles de piedra con la mirada puesta en las montañas. Vigilando y esperando, tal como esa entidad llevaba eones haciendo.

Según Thane, siempre había estado allí, pululando por su mente como una araña. Era una entidad tan ancestral como el propio paisaje, una oscuridad que agitaba a los muertos y desataba deseos impronunciados.

« Asher Falls es un pueblo fantasma » .

La conversación que había mantenido con Sidra el primer día tan solo había infundido una mera sospecha, hasta que el redoble de campanas me despertó en mitad de la noche. Entonces vislumbré las siluetas diáfanas moviéndose entre la niebla. Vi con mis propios ojos cómo aquellas manos fantasmales trataban de alcanzarme. No me había inventado aquella presencia en el viento ni aquel terrible aullido. Y, aun así, había preferido quedarme en Asher Falls porque creía en el destino.

Me gustara o no, estaba conectada con aquel terrible lugar.

Me aparté de la ventana, pero algo captó mi atención y volví a pegar la nariz al cristal. ¿El asesino de Freya estaría ahí, en el lindero del bosque?

Vigilé el jardín durante un buen rato, pero no se movió ni una hoja. Pensé que habría sido un árbol o una sombra. *Angus* estaba durmiendo plácidamente a los pies de mi cama. Si algo o alguien hubiera estado merodeando por ahí fuera, se habría puesto a ladrar enseguida.

O eso quise creer.

Me metí en la cama y me acurrugué bajo las sábanas, pero no quería quedarme dormida. Estaba decidida a permanecer ahí tumbada, a esperar a que amaneciera. Pero tras unos minutos empezaron a pesarme los ojos, y cada cinco minutos me dormía y me despertaba con un sobresalto. Durante esos breves sueños me abordaron varias imágenes. Soñé con Devlin y Mariama. Me vi flotando con fantasmas y destruyendo símbolos de maleficio.

Y soñé que regresaba a las cataratas y me tumbaba sobre el suelo, rodeada de rostros desconocidos. Aquellas criaturas intermedias salían de sus madrigueras para contemplar el espectáculo. Noté algo húmedo en el cuello. Tenía los dedos cubiertos de sangre.

—Ya está hecho —susurró alguien, y entonces oí el llanto desconsolado de un bebé.

Me desperté con lágrimas en los ojos. No comprendí por qué aquel sueño me había afectado tanto, pero no volví a cerrar los ojos en toda la noche.

Con los primeros rayos del alba, me levanté, cargué el coche con las maletas, y *Angus* y yo cogimos el primer ferri a tierra firme. Estaba lloviendo a cántaros cuando salimos de casa. Por un segundo creí que el aguacero inundaría aquel maldito pueblo. El capó del todoterreno me protegía de la lluvia, y poco a poco fui dejando las montañas atrás. Sin embargo, no me tranquilicé hasta que el diluvio empezó a amainar y nos dirigimos hacia el este, directos al sol.

La luz que se filtraba por el parabrisas era cálida, revitalizante. Sentí que me quitaba un peso de encima. Enchufé el iPod y tararéé las canciones que iban sonando. Las faldas de las montañas empequeñecían a nuestras espaldas y por fin condujimos por el hermoso paisaje de Piedmont.

Angus contemplaba las vistas con un interés ávido, así que decidí bajar la ventanilla para que pudiera disfrutar del aire fresco. No había nada que deseara más que seguir conduciendo hasta alcanzar la costa. No quería que se acabara esa sensación de ligereza de la que tanto *Angus* como yo estábamos disfrutando.

Hice una parada en Columbia para poner gasolina y desayunar. Pero cuando me aproximé a la salida de Trinity, me volvieron a asaltar las dudas. Sentí aquella necesidad de averiguar mis orígenes para entender mi lugar en este mundo... y en el otro. No quería ser un fantasma viviente. No quería que el Mal me acechara. Quería ser una chica normal.

El plan original consistía en conducir directa hasta Charleston, pero a medio camino decidí tomar el desvío hacia Trinity para visitar el cementerio de Rosehill, donde había visto por primera vez un espectro.

La casita blanca donde me había criado no había cambiado mucho con los años. Las sombras de varios robles de al menos cien años la mantenían fría y húmeda, incluso durante los meses de verano, convirtiéndola así en un refugio más que agradable para mi padre, que se pasaba el día trabajando bajo un sol abrasador. El porche siempre había pertenecido a mi madre. En cada rincón se olía el perfume de las rosas que rodeaban el cementerio. Junto con mi tía, las dos se habían pasado horas allí sentadas, tomando té y cuchicheando.

Desde mi habitación veía Rosehill. Las vistas al cementerio nunca me habían molestado, ni siquiera cuando era niña, ni tan solo después de mi primer

encuentro con un fantasma. Rosehill siempre había sido mi refugio, y el campo sagrado siempre me había protegido. Habían pasado muchos años, pero seguía sintiéndome segura. Ni siquiera mi santuario en Charleston me ofrecía tanta paz.

Una capa de polvo se había asentado sobre el suelo de hormigón del porche. Antes de que mi madre cayera enferma solía barrerlo al menos una vez al día. Se había convertido en casi una obsesión. El polvo, en especial la mugre que mi padre y yo traíamos del cementerio, la sacaba de quicio. Recuerdo que mi tía decía que era un ama de casa demasiado puntillosa, a lo que mi madre un día respondió que era una lástima que Lynrose no hubiera aprendido a pasar la aspiradora con la misma destreza que a meter la pata con su tremenda bocaza. Mi tía se quedó de piedra ante aquella réplica. Le encantaba sacar a mi madre de sus casillas, y por eso envidiaba su relación, porque bromeaban sin ofenderse. Nadie era capaz de hacer sonreír a mi madre como mi tía. Ni siquiera mi padre. Y, por supuesto, tampoco yo.

La casa estaba cerrada a cal y canto, lo que no era habitual. Mi padre jamás habría cerrado con llave la puerta principal a menos que planeara estar fuera varios días, así que deduje que no estaría trabajando en el cementerio ni en su estudio. Se respiraba desolación en el aire, como si hiciera tiempo que nadie pasaba por allí.

Por un instante, me asusté, pero enseguida cogí la llave que había escondida en un macetero y abrí la puerta. Lo más probable era que mi padre hubiera ido a Charleston a pasar unos días con mi madre. La habría añorado muchísimo durante los meses que había durado el tratamiento. A pesar de todo el tiempo que llevaban juntos, nunca les había visto abrazarse, y mucho menos besarse, así que podría decirse que eran una pareja poco efusiva. Sin embargo, quería creer que los unía algo más que la mera costumbre. Y también algo más que los secretos.

Dejé a *Angus* descansando en el porche y entré. El sosiego que percibí nada más cruzar el umbral me dejó perpleja. Di una vuelta por la planta baja para asegurarme de que todo estaba en orden y después subí las escaleras. Me asomé a mi antigua habitación, pero solo eché un vistazo rápido. Continué por el pasillo, hasta llegar a la puerta de las escaleras que conducía a la buhardilla. Encendí la luz y subí los peldaños sin pensármelo dos veces. El desván nunca me había asustado. En los días de lluvia, cuando ya me había hartado de hojear los álbumes de fotografías familiares, me encantaba subir allí. Mi madre guardaba casi todos sus vestidos del instituto, y me lo pasaba pipa revolviendo los viejos baúles. A pesar del estatus de clase media de la familia, la tía Lynrose y mi madre habían sido las reinas del instituto.

Mi padre almacenaba sus recuerdos en un cubo metálico. Siempre había estado cerrado con candado. Siempre. Desde pequeña había sentido curiosidad por ese cubo, pero jamás me habría atrevido a intentar abrir el candado. Ahora dejé a un lado todos mis escrúpulos y utilicé una horquilla para hacer saltar las

clavijas. Tenía la corazonada de que, si en esa casa había información sobre mi nacimiento, estaría escondida en esa vasija.

Cuando por fin pude destaparlo, encontré la parafernalia normal que cualquier hombre de la edad de mi padre habría acumulado a lo largo de los años: medallas de servicio al Ejército y distinciones militares enmarcadas que atestiguan su paso por la armada; un par de botas; una vieja navaja de bolsillo; una caja de puros con fotografías.

El modo más eficiente de iniciar la búsqueda era sacándolo todo. Fui muy cuidadosa y fui colocando todos los objetos en orden para guardarlo de nuevo tal y como lo había encontrado. No me gustaba hurgar en las cosas de mi padre. Era un hombre muy reservado, así que fisgar entre sus tesoros y recuerdos era una violación semejante a la profanación de una tumba. Pero no dejé que mi conciencia me detuviera. Procedí con mi búsqueda porque no podría descansar hasta encontrar algo.

Ya casi me había rendido cuando me topé con una cajita azul atada con un lazo blanco. Asumí que en su interior habría otra medalla del Ejército... o los gemelos que utilizó el día de su boda.

Pero no.

Envuelto en algodones había un pedazo de porcelana marrón. Jamás habría adivinado qué era si no hubiera visto aquel pequeño gorrión en la habitación azul de Freya Pattershaw. No sabía cómo lo había conseguido, pero era obvio que mi padre había guardado el ala rota del gorrión entre sus posesiones más preciadas.

Capítulo 33

Una vez en Charleston, llamé por teléfono a una clínica veterinaria que tenía cerca de casa para concertar una cita para *Angus*. Le acompañé durante la revisión y las inyecciones, pero cuando llegó el momento del acicalamiento le dejé solo para encargarme de unos recados. Cuando nos presentamos en casa de mi tía Lynrose unas horas después, los dos nos habíamos lavado y lucíamos nuestras mejores galas.

Mi tía vivía en una estrecha casita de dos pisos en el corazón del barrio histórico. La había comprado hacía años, antes de que el mercado inmobiliario estallara, de modo que podría sacar una pequeña fortuna si algún día decidía desprenderse de ella. Pero todos sabíamos que jamás lo haría, aunque siempre estaba quejándose de los impuestos que pagaba por vivir allí.

Tanto la casa como la callejuela sombreada donde estaba ubicada me tenían robado el corazón. Era un lugar pintoresco y encantador. Muy del estilo de la vieja Carolina del Sur.

Al verme detrás de la puerta metálica se quedó de piedra. Iba muy elegante, como siempre. Llevaba un conjunto de lino blanco y una túnica de color trigo con florecitas bordadas. Enseguida percibí su inconfundible perfume, que me trasladó a aquellos atardeceres de verano, cuando me quedaba sentada tras la ventana abierta para oír la charlar con mi madre.

Por lo visto, mi visita la pilló por sorpresa, porque se llevó una mano al corazón.

—Madre de Dios, cariño. No esperaba encontrarte aquí. ¿Por qué no nos has avisado de que venías? Habría preparado un buen almuerzo. O mejor, habría pedido algo de comida para llevar —añadió guiñando el ojo. Al percatarse de la presencia de *Angus*, abrió los ojos como platos—. ¿Qué demonios es eso?

—Mi perro. Se llama *Angus*.

—¿Tu perro? —recalcó, y salió al porche—. Jesús, ¿qué le ha pasado a esta pobre criatura?

—Era un perro de pelea. Después lo dejaron suelto en el bosque, para que se muriera de hambre.

—Oh, pobrecito —dijo antes de darle una suave palmadita—. Creo que es mejor que lo dejes en la parte de atrás. Tu madre está en el jardín. Ten cuidado

no vayas a darle un susto de muerte con eso..., con *Angus*. Mientras, iré sirviendo unas tazas de té.

Se escabulló hacia la cocina, así que le indiqué a *Angus* que bajara los escalones del porche y me siguiera por un estrecho caminito que se abría entre macizos de hierba de fuente púrpura. Ya habían empezado a brotar, y todo el jardín parecía estar copado de algodón de azúcar. Si bien mi madre se encargaba de tener la casa perfecta y era una experta cocinera, mi tía había nacido con un don para la jardinería. El jardín trasero era todo un espectáculo en esa época del año; la embriagadora fragancia de las últimas rosas de verano se mezclaba con los olivos aromáticos, que mi tía había plantado en hermosas cajas de madera a lo largo del sendero de piedras.

Mi madre estaba recostada en una tumbona de rayas verdes con un libro abierto sobre el regazo. Estaba muy quieta y con la mejilla apoyada sobre un cojín, así que pensé que se habría quedado dormida. Sentí una punzada en el corazón al verla. Tenía los pómulos hundidos y la tez grisácea. Al igual que su hermana, siempre había sido una mujer delgada y esbelta, pero ahora presentaba un aspecto demacrado. Aprecié nuevas arrugas en su rostro y un ligero temblor en las manos. Todos esos meses de quimioterapia habían hecho mella en ella, pero, aun así, seguía siendo la mujer más hermosa que jamás había visto.

A pesar de su enfermedad, seguía igual de presumida que siempre: llevaba la peluca muy arreglada y se había aplicado un brillo de labios rosa pálido. Ese día se había vestido con una falda de flores a juego con una chaqueta de punto azul, aunque hacía bastante calor.

—Madre —susurré, pero de todos modos se sobresaltó.

Después esbozó una sonrisa y me alegré de haber ido a visitarla.

—¡Amelia! ¿Cuánto tiempo llevas allí de pie? No he oído la puerta.

—Acabo de llegar —dije, y me arrodillé junto a ella.

Me apartó unos mechones de la cara. Quizá fuera mi imaginación, o mis deseos nostálgicos, pero me dio la impresión de que sus dedos gélidos no querían apartarse de mí. No tardó en fijarse en *Angus* y, al igual que *Lynrose*, se estremeció.

—Amelia Rose Gray, ¿qué diablos...?

—Se llama *Angus*. Le encontré perdido en las montañas y decidí quedármelo. Alzó una ceja.

—Desde luego, cariño, si eso es lo que quieres... Ahora tienes tu propia casa y sigues tus propias normas. —Hizo una breve pausa—. Pobrecito, debe de haber pasado un calvario.

—Puedes estar segura de ello.

—Le compadezco.

Angus era una bendición y se estaba portando la mar de bien. No había

gruñido ni había ladrado ni había intentado marcar territorio. Se mantuvo a lo lejos, como si presintiera la reticencia de mi madre. Ni siquiera se acercó cuando ella extendió una mano para ofrecerle una tierna caricia. Optó por retirarse hacia la sombra de un roble para observarnos.

—Lyn me ha dicho que has estado fuera de Charleston. ¿Es por alguna restauración? —preguntó mientras me acomodaba en una silla de jardín.

—Sí, señora. ¿No te dijo dónde estaba?

Frunció el ceño.

—Quizá, pero no lo recuerdo.

Justo cuando iba a decírselo, Lynrose apareció por la puerta con una jarra de té helado.

—Amelia, tendrías que darle un poco de agua fresca a ese perro. Aunque corre algo de brisa, hace mucho calor. Creo que se acerca una tormenta. ¿No sientes ese aire? Es igual de denso que la melaza...

Mientras mi tía parloteaba sobre el tiempo, llené un cuenco de agua y se lo llevé a *Angus*. Cuando volví a reunirme con ellas, ya habían cambiado de tema de conversación.

Mi tía me dio un vaso de té.

—Justo le estaba explicando a Etta que el otro día me topé con un conocido tuyo. Estaba en la cola del supermercado cuando oí a alguien detrás de mí mencionar que se había criado en Trinity. Como es natural, no pude resistirme y enseguida nos pusimos a charlar. Resulta que iba a tu mismo colegio, aunque creo que es un año menor, pero me comentó que os habíais cruzado hacia unos meses.

—¿Cómo se llama?

—Ree Hutchins. ¿Te acuerdas de ella?

Tomé un sorbo de té.

—¿Ree? Sí, claro que la recuerdo. Vino a verme cuando trabajaba en la restauración de Oak Grove.

—Oh, señor. No estaría involucrada en aquel terrible asunto, ¿verdad? —preguntó un tanto afectada.

—No, estaba interesada en la historia del cementerio.

—Ah. En fin..., iba con un jovencito muy apuesto. Hayden no-sé-qué. Por lo visto, es abogado.

—Y también un cazafantasmas —añadí.

Arqueó una ceja.

—No me digas. Y parecía tan normal.

—Seguro que sí —murmuré.

—Bueno, el caso es que Ree me explicó un montón de cosas horribles que pasaban en el hospital mental donde trabajaba: abusos, pruebas médicas ilegales, pacientes admitidos con nombres falsos cuyas familias pudientes querían deshacerse de ellos. Salió en las noticias la primavera pasada. Seguro que leíste

algún artículo. No recuerdo los detalles, pero un médico, creo que se llamaba Farrante, asesinó a alguien. Era bastante famoso y las malas lenguas aseguran que su abuelo había llevado a cabo todo tipo de experimentos espantosos en aquel lugar —dijo, y sacudió la cabeza—. La sangre habla por sí sola, ¿no?

Mi tía continuó cotorreando, pero yo no podía dejar de pensar en mi madre. Tenía la cabeza recostada sobre el cojín y los ojos cerrados.

—Madre, ¿estás bien?

Dibujó una débil sonrisa.

—Estoy un poco cansada. No te molestaría que me fuera a descansar un ratito, ¿verdad?

Dejé el vaso sobre la mesa.

—Claro que no. ¿Te ayudo?

—No, cariño, estoy bien. Solo es que... no tengo mucha energía últimamente.

—Es la condenada quimio —gruñó mi tía mientras la ayudaba a levantarse—. No te preocupes, querida. Ahora te preparamos la cama para que puedas dormir una siesta.

—Puedo arroparme yo sola, Lyn. Quédate aquí con Amelia. Me siento fatal por dejaros solas justo cuando acaba de llegar.

—No pasa nada, madre. Puedo venir más tarde —propuse.

—¿Por qué no te quedas y almuerzas con nosotras? Saldremos a comer algo por ahí. No quiero castigar a tu pobre perro con la comida de Lynrose.

Sonreí.

—Me parece perfecto.

—Eh, ¿a qué viene eso? —la regañó mi tía—. No te he oído quejarte de mi comida últimamente.

—Porque no tengo apetito —la rebatió su hermana.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —pregunté.

—No, prefiero que paséis un buen rato juntas. Luego vuelvo.

Cuando se marchó, me giré hacia mi tía.

—Oh, tía Lyn, está muy frágil. La he visto más débil que la última vez que vine, y de eso hace solo una semana.

—Ha pasado unos días bastante malos, pero el médico es optimista con su progreso. Es normal que hay a contratiempos o recaídas.

—Supongo. Pero la veo tan..., no sé..., mayor.

A mi tía se le encendieron los ojos.

—¡Ni te atrevas a decírselo!

—¡Por supuesto que no! Además, sigue tan hermosa como siempre.

A Lynrose se le endulzó la mirada.

—La chica más guapa del baile. Siempre lo fue.

Alargué la mano y le acaricié el brazo.

—Has cuidado muy bien de ella. Tiene mucha suerte de tenerte a su lado.

—Y yo de tenerla al mío. Si pasara algo..., no sé qué haría sin ella...

—No lo digas.

—Lo sé, lo sé. Va a superarlo. —Mi tía alzó la barbilla con ademán desafiante

—. Pienso asegurarme de que así sea.

—Tía Lyn, ¿mi padre ha estado aquí esta mañana? De camino a Charleston, pasé con el coche por delante de casa y la puerta estaba cerrada con llave.

—Lo más seguro es que hubiera ido al pueblo a buscar algo, y por eso no le encontraste en casa.

—¿Alguna vez viene a verla?

—Ya conoces a Caleb. Vive en su propio mundo. Igual que tú. Etta solía decir que erais como dos gotas de agua —murmuró. Advertí una sombra tras su mirada y, por un momento, el aire tembló un secreto. Aunque no tenía lógica, sentí un pánico momentáneo. Así que tomé otro sorbo de té para tranquilizarme.

—¿Sabe ella dónde he estado trabajando estos últimos días?

Mi tía tenía los ojos pegados en una gota de agua que se deslizaba por su vaso.

—¿No se lo contaste tú? —preguntó.

—No, te llamé antes de irme, ¿recuerdas? Te dije que me había salido un proyecto y que estaría trabajando fuera de Charleston varias semanas. Ella estaba descansando, y me prometiste que se lo contarías. Pero no le has comentado nada, ¿me equivoco?

Lynrose se encogió de hombros.

—No lo sé. Tengo muchas cosas en la cabeza, como todo el mundo.

—La semana pasada te llamé varios días, y siempre me decías que estaba descansando o echándose una siesta. No me dejaste hablar con ella.

—¿Que nunca te dejé hablar con ella? Qué tontería. Lo dices como si hubiera intentado impedirte que hablaras con tu madre.

—Quizá no quisieras que se enterara de que estaba trabajando en Asher Falls.

—¿Y por qué diablos iba a querer eso? —respondió, ofendida. Sin embargo, no dejaba de jugar con el collar de perlas.

—Tengo razón, ¿verdad?

—Tal como lo dices suena manipulador y siniestro —dijo enfadada—, y no fue en absoluto así. No quería preocuparla, eso es todo. Yo sabía dónde estabas, así que si sucedía algo, que Dios me perdone, sabía dónde encontrarla.

—Pero ¿por qué iba a afectarla tanto saber que estaba en Asher Falls? ¿Qué pasó allí, tía Lyn?

Buscó desesperada otra excusa, pero enseguida la vi desinflarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Oh, Amelia, ¿por qué no puedes dejarlo?

—¿Dejar el qué?

—Sabía que el hecho de que te mudaras allí arriba no traería nada bueno. Si hubiera encontrado un modo de pararte, lo habría hecho.

—Tía Lyn...

—Ocurrió hace muchísimos años, en una época ya olvidada, me atrevería a decir.

Le cogí la mano.

—¿No merezco saber la verdad?

Me acaricié el dorso de la mano y cerré los ojos con un suspiro.

—Por supuesto que sí. Pero nunca quise ser yo y quien te lo contara.

—¿Contarme el qué?

Me soltó la mano y se atusó el cabello.

—No es a mí a quien le corresponde esa tarea. Además, no conozco todos los detalles. Tu padre siempre ha sido muy reservado, pero, qué le vamos a hacer, es así. Prefiere guardarse las cosas para él. Si al menos Etta y él hubieran sido capaces de hablar de ello... Pero... —soltó otro suspiro—, pero eso es agua pasada.

La miraba con ansiedad.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Ya lo sé. —Se quedó en silencio unos segundos—. ¿Alguna vez tus padres te han explicado cómo se conocieron? No acostumbran a charlar sobre eso.

—Sé que se conocieron aquí, en Charleston.

Ella asintió distraída.

—Tu padre era uno de los conserjes de la iglesia de Saint Michael, y a Etta le encantaba pasear por los jardines. De hecho, antes de su boda se pasaba días enteros deambulando por allí.

—Pero no se casaron en Saint Michael.

—No me estaba refiriendo al matrimonio con tu padre. Etta se prometió con su amorcito del instituto antes de conocer a Caleb —confesó, y se llevó una mano al corazón—. Formaban una pareja encantadora. Encajaban a la perfección. Todo el mundo lo decía, y Etta, bendita sea, llegó a creer que estaba destinada a llevar una vida de cuento de hadas. Así que cuando él la abandonó, quedó destrozada. No la plantó en el altar, pero casi. Rompió con ella el día antes de la boda, y ninguno de nosotros fue capaz de consolarla. Puedes imaginarte la humillación. Y entonces apareció Caleb. Estaba perdidamente enamorado de Etta. Fue un consuelo y un bálsamo para su orgullo herido. Se fugaron juntos pocas semanas después.

No podía creer lo que me estaba contando. Nunca había oído la historia del noviazgo de mis padres. Un matrimonio precipitado no era propio de ninguno de los dos. Ambos eran tan precavidos y reservados. Tan... contenidos.

—¿Y qué tiene que ver todo lo que cuentas con Asher Falls? —pregunté por fin.

—A eso voy —dijo mi tía. Tras romper un hilo suelto que colgaba de su túnica, hizo acopio de fuerzas y añadió—: Tus padres... vivieron allí un tiempo.

Casi me ahogo.

—¿En Asher Falls?

—Fue hace muchos muchos años. Ese verano a Caleb le contrataron como picapedrero. Adoraba su trabajo, pero Etta detestaba vivir en las montañas. Odiaba aquel lugar. Decía que era agobiante, que jugaba con su mente. Aunque se esforzó por acostumbrarse, añoraba a su familia. Echaba de menos Chaaštun. Así que regresó a casa. Al final, Caleb no tuvo más remedio que dejar el trabajo y seguirla. Se reconciliaron, pero las cosas nunca volvieron a ser lo que eran. He oído a gente decir que lo más duro es compartir tu vida con alguien a quien no amas, pero siempre he pensado que es mucho más difícil vivir con alguien que no te ama.

—¿Crees que tu hermana nunca quiso a mi padre?

—A su manera, supongo que sí. Pero Caleb no iba a ser el amor de su vida, y él era plenamente consciente de ello. Es un golpe duro para el orgullo de cualquier hombre. No sería tan descabellado pensar que podría fijarse en otra mujer.

—¿Mi padre tuvo una aventura?

No podía creérmelo.

—Eso sospechaba Etta. Había una mujer en Asher Falls... Nunca supe cómo se llamaba. No tenía familia ni marido ni hijos. Trabajaba de matrona, o eso creo recordar. Supongo que Caleb y esa mujer se sentían muy solos. Algo ocurrió entre ellos. Etta lo descubrió, pero prefirió pasar página en lugar de hablarlo con su marido. En aquel entonces tenía otras preocupaciones. Otras penas. Sufrió varios abortos naturales, todos devastadores para ella. Los años fueron pasando y se mudaron a Trinity. Al final, Etta optó por rendirse y desechar la idea de formar una familia. Ella decía que era lo mejor. Además, estaban envejeciendo. Y entonces, diecisiete años más tarde, a Caleb le llamaron para hacer el turno de guardia. Volvió a casa a altas horas de la madrugada. Contigo.

El corazón me latía a mil por hora.

—¿Dónde me encontré?

Lynrose se estremeció.

—En aquel horrible lugar.

—¿Asher Falls?

—Eras tan pequeñita. Estabas muy triste; no paraste de llorar durante días.

—¿Por qué?

—Sufriste algún tipo de trauma. No conozco los pormenores de tu nacimiento. De hecho, no estoy segura de que Etta sepa todo lo que pasó. Pero lo que sucedió la noche en que tu padre te trajo a casa..., lo que descubrió en aquel pueblo..., lo cambió para siempre.

Llegada a este punto de la historia, mi tía se había puesto muy nerviosa. No

dejaba de estrujarse las manos, lo cual no era típico de ella. Mi madre era la que tendía a subirse por las paredes. Lynrose siempre había sido su principal pilar.

Fue extraño, pero cuanto más agitada la notaba, más tranquila me sentía. Me daba la sensación de que estábamos hablando de un extraño, de alguien a quien apenas conocía.

—¿Quién es mi madre? Mi madre biológica —aclaré, porque, a pesar de lo que pudiera averiguar, la mujer que me había criado siempre sería mi madre.

—Nunca lo supe, y Dios sabe que digo la verdad. —Se mordió el labio—. Pero Etta y yo siempre tuvimos nuestras sospechas. Mira, la mujer con la que creemos que Caleb mantuvo una aventura, la comadrona..., tuvo una hija.

—¿Cómo lo sabéis?

—Cierta día, tu madre encontró una fotografía entre las cosas de Caleb, mucho después de que te trajera a casa.

Sacudí la cabeza, confundida.

—Y la niña...

—Era la hija de Caleb. Tu madre.

—Pero si esa cría era mi madre, entonces mi padre...

A la tía Lynrose se le humedecieron los ojos. Se secó una lágrima que le caía por la mejilla con la mano y asintió.

Ese momento fue muy surrealista. Hasta más tarde no supe que jamás podría describirlo. Fue como si, de repente, todas las piezas de un rompecabezas encajaran. Si las sospechas de Lynrose eran ciertas, el hombre que había conocido como mi padre adoptivo, mi querido padre, era en realidad mi abuelo. Por eso los dos podíamos ver fantasmas. Había heredado esa habilidad de él.

Mi mente viajó hasta el día en que vi mi primer fantasma en el cementerio. Rememoré la expresión de mi padre cuando le pregunté sobre aquel espectro. Sus ojos transmitían arrepentimiento y lástima, porque ya entonces sabía cómo sería mi vida a partir de ese momento. Los años de soledad que me esperaban.

Me miré las manos. Las apretaba con tal fuerza que tenía los nudillos casi blancos.

—¿Y qué hay de mi padre biológico?

Lyn meneó la cabeza.

Pensé en el ala de porcelana que había encontrado entre los tesoros de mi padre y entonces supe que era verdad. Freya Pattershaw era mi madre, y Tilly, mi abuela.

—¿Por qué nunca me habéis contado nada de todo esto?

—Porque son recuerdos todavía muy dolorosos. Y porque... —No fue capaz de terminar la frase.

—¿Por qué?

De pronto, mi tía me agarró del brazo con tal ímpetu que me hizo daño.

—No puedes decir ni una palabra de lo que voy a contarte. Júrame que no se

lo explicarás a nadie —susurró. Me clavó las uñas en la piel y, al mirarla, me fijé en que su tez había cobrado la misma palidez que la de mi madre enferma.

—¡Tía Lyn, suéltame! Me estás haciendo daño.

Me obedeció, pero el furor de su mirada no menguó un ápice.

—La noche en que tu padre te trajo a casa..., estaba cubierto de sangre.

Cené temprano, en compañía de mi madre y de la tía Lynrose, y después me dirigí hacia la avenida Rutledge. No le había desvelado a mi madre ni una sola palabra de las revelaciones de aquella tarde. Jamás me habría arriesgado a angustiarla en el momento en que necesitaba toda su fuerza para luchar contra el cáncer. De modo que me coloqué una suerte de máscara y actué durante toda la cena.

Sin embargo, ahora que estaba sola en mi jardín, no podía dejar de darle vueltas a aquella conversación. Resulta que mi padre era mi abuelo biológico. Aunque seguía paralizada por la noticia, tenía sentido. Desde niña me había parecido un anciano. Hasta donde me alcanzaba la memoria, le recordaba con el cabello blanco y los hombros caídos. Mi madre también era mayor, pero lucía ese tipo de elegancia y belleza que tan bien armonizaban con la edad y que parecía intemporal.

Me senté en el columpio, perdida en mis pensamientos, mientras *Angus* se familiarizaba con su nuevo hogar. Era una noche fresca. El verano estaba empezando a ceder su lugar al otoño, y eso me hizo pensar en el amor perdido. En mi madre y en su novio del instituto. En mi padre y en Tilly Pattershaw.

De forma inevitable, pensé en Devlin. Me regodeé en mi desgracia durante un breve instante, pero enseguida lo aparté de mi mente.

Y después fue Thane Asher quien ocupó mis pensamientos.

A la mañana siguiente, me levanté convencida de que tenía que hablar con mi padre antes de regresar a Asher Falls. Si es que decidía volver, claro. Le había prometido a Thane que regresaría, pero, si existía un Mal que me acechaba, no teníamos ningún futuro juntos. Ni con él ni con nadie. Mi soledad, antaño una vieja amiga que me había protegido del mundo real, se había transformado en mi enemiga, en un monstruo que amenazaba con tragarme. Necesitaba encontrar una salida, por muy desesperada que fuera, porque no podía fiarme de mis propios pensamientos. Quizás el Mal seguía habitando en mi interior.

Esperaba encontrarme la casa como el día anterior, cerrada, pero la furgoneta de mi padre estaba aparcada justo enfrente. Llamé al timbre varias veces. Al ver que no aparecía por ningún lado, *Angus* y yo fuimos caminando hasta el cementerio para buscarle.

El perfume que emanaba de las rosas embriagaba la atmósfera. Nos abrimos paso entre los frondosos senderos cubiertos de hiedra y flox musgoso hasta dar con él. Estaba concentrado en los ángeles, una colección de cincuenta y siete estatuas que conmemoraban a los niños que habían perdido la vida en el incendio de un orfanato a finales del siglo pasado. Mi padre había invertido muchos años en restaurar esas figuritas angelicales. Me deslicé entre ellos y no pude evitar compararlos con aquellos rostros dulces y meditabundos que atestiguaban el orgullo desmedido de los Asher. Pero no quería malgastar un segundo en aquellos ángeles arrogantes que observaban las montañas. No era el momento más apropiado para pensar en lo que había sucedido entre Thane y yo en aquel círculo de ensueño. Ya tendría tiempo para meditar sobre ello.

Mi padre levantó la cabeza al reparar en mí, pero enseguida reanudó su tarea.

—No pareces muy sorprendido de verme —dije.

—Tu tía llamó —contestó con un hilo de voz.

Al acercarme comprobé que tenía la cara más arrugada de lo que recordaba. Pero el paso de los años no había reducido su dignidad silenciosa ni su lejanía. A pesar de estar apenas a un metro de mí, sentía que nos separaban un millón de kilómetros.

—Entonces sabrás por qué he venido.

—Sí, niña.

Temblorosa, tomé aliento.

—Tenemos que hablar, papá. No más secretos.

—Mantuvimos esos secretos para protegerte, Amelia.

—Lo sé. Pero, ahora, lo único que puede protegerme es la verdad.

En silencio, recogió su arsenal de herramientas y las guardó.

—Sentémonos un rato —me invitó.

Nos sentamos en el suelo, con los ángeles frente a nosotros y la puerta a nuestra espalda. *Angus* vino trotando y se acomodó a mis pies. De forma distraída, mi padre se inclinó para acariciarle el lomo.

—Es *Angus* —dije.

—¿De dónde lo has sacado?

—De Asher Falls —contesté, y se estremeció—. Me han ocurrido muchas cosas extrañas allí arriba. Sentí una conexión inmediata desde el día que llegué, y ahora empiezo a entender por qué. —Hice una pausa y después pregunté—: ¿Quién soy, papá?

—Eres mi Amelia —susurró—. Y te quiero más que a nada en este mundo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nunca me había dicho algo parecido. Desde el día en que apareció el primer fantasma, decidió encerrarse en sí mismo, y jamás me mostró el más mínimo afecto. Durante años me pregunté qué habría hecho mal. Pero ahora, al ver que le temblaba la voz y que su mirada emanaba una tristeza absoluta... no pude soportarlo y tuve que mirar hacia otro

lado.

Me asaltaban multitud de preguntas, pero no estaba dispuesta a interrogarle sobre su época con Tilly. Eso les pertenecía solo a ellos. No aprobaba lo que había sucedido, después de todo era leal a mi madre, pero, en cierto modo, lo podía comprender. Eran dos personas solas y cargadas de secretos; mi padre con sus fantasmas; Tilly con sus premoniciones.

Encogí las piernas y posé una mejilla sobre las rodillas.

—¿Qué somos?

—Antiguamente, nos llamaban «nacidos en manto». Eran bebés que nacían tras el velo y que poseían la habilidad de ver más allá del mundo real, de vislumbrar el mundo espiritual. Hoy en día se considera un cuento de viejas, pero en nuestra familia ocurre en cada generación.

—¿Freya nació tras el velo?

—Sí. Tanto Tilly como ella tenían el don de predecir las cosas. Por lo que sé, debía de ser una niña extraordinaria.

Le miré de reojo.

—¿No la conociste?

Tenía la mirada clavada en el cementerio para impedirme que viera la desolación en sus ojos.

—Era mi niña, mi única hija, pero nunca la vi con vida.

Se me aceleró el pulso.

—¿Has visto su fantasma?

—Vi su cadáver —puntualizó. La melancolía con la que hablaba hizo que no pudiera evitar echarme a llorar.

Rebusqué el ala rota del gorrión en mi bolsillo y se la entregué.

—Encontré esto entre tus cosas. No debería haberlo cogido.

Envolvió el pedazo de porcelana entre sus dedos y cerró el puño. Y entonces empezó a contarme su historia. No había vuelto a tener noticias de Tilly desde que decidió volver con mi madre. Ni siquiera sabía de la existencia del bebé hasta que Tilly, diecisiete años más tarde, le llamó por teléfono en plena noche. Tras una breve conversación, cogió el coche y se marchó a Asher Falls, donde se enteró de que Freya, su única hija, había sido asesinada.

—¿Tilly sabía quién era el asesino?

—Nunca me lo dijo. Supongo que tenía miedo de mi reacción. Pero tuvo una visión de la muerte de su hija. Y eso fue lo que la guio hasta Freya.

—¿Encontró el cadáver?

Asintió.

—Pero si Freya murió asesinada, ¿por qué no acudió a la policía? ¿Por qué permitió que todo el mundo creyera que su hija había fallecido en un incendio?

—Porque no quería que nadie supiera que tú existías.

—¿Por qué?

—Naciste después de que Freya fuera asesinada.

El corazón empezó a martillearme el pecho.

—¿Después?

—Esa noche, la muchacha había salido de casa a hurtadillas para encontrarse con alguien. Tilly no se enteró de nada hasta que una terrible pesadilla la despertó. El sueño la condujo hasta la cima de laureles, donde encontró una tumba.

—La tumba de Freya.

—Y la tuya, niña.

Esas palabras me dejaron sin respiración, aunque tendría que haber presentado la verdad. Por eso me había abrumado tanto mi visita a aquel sepulcro. Ese era el motivo de los terribles sofocos que me oprimían el pecho y me imposibilitaban respirar. Me habían enterrado allí, junto con mi madre asesinada.

Angus también lo había sospechado. Eso explicaría cómo había encontrado la tumba. Aunque pareciera imposible, debió de oler mi esencia, no la de mi madre.

Le acaricié la cabeza y me respondió pasándome el hocico por la mano.

—El asesino no se había molestado en enterrar el cadáver como es debido —prosiguió—. Cuando Tilly llegó, debería llevar minutos allí. Todavía tenía la piel caliente. Tilly rezó para que siguiera con vida. Pero cuando apartó la tierra que cubría el cuerpo de su pequeña, no oyó el latido del corazón. No tenía pulso. Lo único que podía hacer era intentar salvar al bebé.

Me habían enterrado viva. Me dio a luz una mujer muerta. No era de extrañar, entonces, que mi vida estuviera repleta de cosas extrañas.

—No respirabas, ni siquiera cuando Tilly apartó el velo. Te resucitó. Te llenó los pulmones de oxígeno y te ayudó a cruzar desde el otro lado.

Me ayudó a cruzar desde el otro lado.

Se me congelaron todas las terminaciones nerviosas.

—Y entonces me entregó a ti —dije en voz baja.

—Sí, pero, antes de llevarte a casa, quise ver a mi hija. Me sentía en la obligación de ofrecerle un entierro digno para que pudiera descansar en paz.

Pero mi pobre madre no había podido descansar; opté por no contárselo. Quería que, cuando menos, tuviera ese consuelo.

Al menos ahora sabía por qué cuando me llevó a casa estaba manchado de sangre.

—Te has estado ocupando de su tumba durante todos estos años.

—Es lo único que puedo hacer por ella.

—Pero ¿por qué la enterraste con esa orientación? Estoy segura de que no fue porque...

—No quería que mirara esas montañas —me interrumpió.

Contuve el aliento.

—Tú también lo notaste.

El viento, la humedad. Ese aullido terrible.

—Sí, lo noté. Al igual que tu madre cuando vivimos allí. Tilly también lo sintió. —Desvió la mirada hacia los ángeles—. Estaba allí cuando naciste. Estaba contigo al otro lado. Tilly lo vaticinó esa misma noche. Dijo que se produjo un tremendo forcejeo.

Recordé el día en que Tilly me había sacado a rastras de aquella maraña de zarzas y malas hierbas.

—Luchaste con todas tus fuerzas, Amelia. Batallaste para volver a este mundo, pero, tras tu primer aliento, Tilly supo que no había acabado. Temía por tu vida porque creía que vendría a por ti. Sabía que tenía que sacarte de Asher Falls y creyó que conmigo estarías a salvo.

Me abracé las rodillas.

—¿Por qué me excluiste de tu vida, papá? ¿Por qué me diste la espalda cuando más te necesitaba?

Parecía derrotado, exhausto.

—Me daba miedo que el fantasma que vimos aquel día hubiera venido para vigilarte. Me asustaba que el Mal te hubiera encontrado y que utilizara mi devoción por ti, mi debilidad, para llegar a ti.

No podía dejar de temblar. *Angus* se dio cuenta de mi agitación y empezó a gimotear.

—¿Todo esto porque regresé del otro lado?

—Y porque el poder que sería capaz de ejercer a través de ti en este mundo sería inmenso.

—¿Por qué?

—Eres la última de la estirpe Asher —dijo.

Enterré la cara entre los brazos, abrumada por una tormenta de emociones.

—¿Quién es mi padre? —pregunté temerosa.

—Edward Asher.

—¿Era una persona malvada? ¿Estaba confabulado con los demás?

—No lo sé, pero su sangre corre por tus venas. Por eso el vínculo que te une a ese lugar es tan fuerte. Por esa razón volviste allí.

—Pero ¿por qué ahora?

—Las reglas te mantuvieron a salvo, pero las quebrantaste. Ahora que la puerta se ha abierto, eres más vulnerable. Tu entorno más cercano se ha convertido en un peligro, porque el Mal tratará de utilizarlo para debilitarte. Te engañará, te embaucará, te mentirá. No puedes permitirselo. Y bajo ningún concepto puedes regresar a Asher Falls.

Levanté la cabeza.

—Que me tema significa que existe un modo de vencerlo. No puedo vivir así.

No puedo convivir con esta soledad. A veces creo que estaría mejor con los muertos.

—¡No digas eso! Ni siquiera lo pienses.

—Entonces ayúdame a destruirlo.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? —me amonestó. Apartó la mirada, pero, aun así, logré vislumbrar esa misma expresión de lástima y arrepentimiento en su mirada.

Capítulo 34

Angus y yo salimos hacia Asher Falls esa misma tarde. No se lo conté a mi padre porque no quería preocuparle, pero me sentía en la obligación de regresar. Debía encontrar el modo de protegerme. Debía cerrar esa terrible puerta y sabía que para lograrlo tendría que hacerlo en el lugar donde nací, al otro lado.

En cuanto empezamos a serpentear por las faldas de las montañas, sentí un tremendo peso sobre mis hombros. Estaba diluviando, y me pregunté si habría estado lloviendo durante todo el tiempo que habíamos estado en Charleston. Me dio la impresión de que el lago había crecido, de que los muelles estaban desbordados. El aguacero amainó cuando subimos al ferri, pero el cielo seguía gris e inhóspito.

Por primera vez, *Angus* se alejó de la ventanilla y se acomodó en el asiento del copiloto, con el morro apoyado en el cuadro de mandos. Le acaricié la cabeza y enseguida noté que se le había erizado el pelaje.

—Lo sé —murmuré—. Yo también lo siento.

Esa opresión. El peso de aquellas montañas cerniéndose sobre nosotros.

Concentrada en el volante, oí un chasquido repentino. Una tremenda roca rodaba por la carretera hacia nosotros. Se estrelló contra la cuneta, arrojando una lluvia de piedrecitas y gravilla al parabrisas. Atónita, di un volantazo y a punto estuve de perder el control del vehículo. Cuando por fin logré enderezar el coche, aparqué a un lado de la carretera para recuperarme y calmar los nervios.

Aquella roca había estado cerca. Demasiado cerca. Sin duda, un mal augurio.

Quería creer que había sido una coincidencia horrible, pero me temía que era algo más que eso. Había sido una advertencia.

—Se está acercando —baluceé, a lo que *Angus* contestó con un lloriqueo.

Durante el camino a Asher Falls había llegado a la conclusión de que si había alguien que pudiera ayudarme, esa era Tilly. Fui directa hacia su casa, pero la carretera del bosque estaba embarrada, así que no tuve más opción que aparcar el coche y recorrer el resto del camino a pie. Tras varios metros empezó a jarrear otra vez; cuando llegué a su porche estaba calada de pies a cabeza. Toqué el timbre, pero Tilly no contestó. Fui al jardín trasero, pensando que quizás

estuviera curando a alguno de sus pájaros. Las jaulas y los comederos estaban vacíos y el silencio que reinaba entre los árboles resultaba inquietante. Habría confundido esa quietud por otro mal presagio si no hubiera caído en la cuenta de que el mal tiempo había espantado a las aves.

Angus se quedó holgazaneando en el porche. Subió la escalera y abrió la puerta de malla metálica.

—¿Tilly?

No obtuve respuesta.

Crucé el porche y probé por la puerta trasera. Se abrió sin emitir ningún chirrido, asomé la cabeza y la llamé varias veces por su nombre.

Pero tampoco obtuve respuesta.

Crucé el umbral y avancé hasta la cocina.

—¿Tilly? ¿Estás por ahí? Soy yo, Amelia.

Me quedé inmóvil frente a la puerta y miré a mi alrededor. Todo parecía estar en orden, aunque tan solo había estado en esa casa en una ocasión. Era muy posible que no me percatara de si una silla estaba fuera de lugar o de si un armario estaba organizado de una forma diferente. Sin embargo, había algo distinto. Lo notaba. Lo presentía.

—¿Tilly?

El eco de su nombre entre aquellas paredes mudas fue un sonido espeluznante y aterrador. Fui al comedor. Ahí también parecía estar todo en su lugar, excepto por un par de botas manchadas de barro que atisbé junto a la puerta principal, donde sin duda Tilly las había dejado.

Avancé por el estrecho pasillo. La puerta de la habitación principal estaba entreabierta, así que eché un vistazo. Era una estancia pequeña, con el mobiliario justo y necesario, un cabezal de hierro forjado y un tocador de madera de roble. Observé mi reflejo en el espejo; tenía la tez pálida y la mirada ojerosa. Y estaba muerta de miedo. A medida que me iba adentrando en aquella casa, un miedo aterrador se iba adueñando de mí.

Llegué al cuarto de baño y enseguida distinguí unas gotas de sangre en el lavamanos y varios cristales en el suelo.

Todos mis instintos me gritaban que saliera de aquella casa por donde había entrado. Pero no podía. No hasta que encontrara a Tilly. Podría estar herida en cualquier parte de la casa. Podría estar...

Y de pronto un sonido me paralizó. De forma inconsciente, me llevé una mano al pecho, como si así pudiera apaciguar el pánico que me aceleraba el corazón y me dejaba sin aire en los pulmones.

Había alguien más en aquella casa, y algo me decía que no era Tilly. Me habría respondido cuando la llamé.

Los tablones de madera del pasillo crujían a cada paso de aquel desconocido. No me atrevía a moverme por miedo a delatar dónde me encontraba. Pero

tampoco podía quedarme allí. Tenía que encontrar un sitio donde esconderme.

Los crujidos cesaron. Eso no significaba que el intruso hubiera huido. Intuí que se había quedado en mitad del pasillo, quizá porque había oído un sonido o adivinado una presencia. Y ahora me estaba esperando con la respiración contenida al otro lado de la pared.

Levanté un pie y el chirrido del tablón de madera me produjo dentera. En el pasadizo, una sombra se iba haciendo más y más grande en la pared.

Un instante más tarde, Catrice apareció en el umbral. Las dos chillamos del susto.

—¡Amelia! —gritó antes de ajustarse la chaqueta.

No podía dejar de temblar.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Estaba por el pueblo y la vi pasar con el coche, así que la seguí —explicó. Miró ansiosa a su alrededor—. ¿Tilly no está en casa?

—Creí que tenía el coche en el taller.

Esquivó mi mirada acusatoria.

—Ya..., y a lo tengo arreglado.

Aquel ademán nervioso confirmó lo que había sospechado desde el principio: nuestro encuentro en Asher Falls aquel día no había sido ninguna coincidencia. Dudaba incluso de que tuviera el coche en el mecánico.

—¿Por qué me ha seguido? —espeté con gesto serio.

—Quiero hablar con usted —murmuró—. Solo espero...

—¿Qué?

—Estoy muy preocupada por Tilly.

—¿Por qué? —pregunté. Al no contestarme, la cogí por los brazos—. Aquí hay sangre. ¿Sabe algo de esto?

Catrice puso los ojos como platos.

—¿Sangre? ¿Está segura?

—Por supuesto que estoy segura. Compruébelo usted misma si no me cree. Pero antes dígame por qué está buscando a Tilly.

Parecía afligida y consternada. Echó un fugaz vistazo al cuarto de baño.

—Nunca pensé que llegaríamos a esto. Tiene que creerme.

—¿Llegar a qué? ¿Tilly tiene problemas?

Su mirada avellana se empapó de lágrimas mientras asentía.

—Me temo que sí.

—¿Qué tipo de problemas?

—Problemas graves. Creo que corre peligro.

—¿Quién puede acosarla?

Catrice cerró los ojos.

—El asesino de Freya.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Quién la mató?

—Podría ser cualquiera de nosotros —farfulló—. Todos estábamos allí esa noche. Y habíamos hablado de hacerlo. Luna dijo que necesitábamos una ofrenda, y Freya era muy fácil de manipular.

—¿Una ofrenda? ¿Para qué?

—Para una tontería, un juego estúpido —tartamudeó—. Nunca pensé que alguien se atrevería a hacerlo.

—Pero alguien lo hizo.

—Sí.

—¿Quiénes estabais allí?

—Nosotras tres, Hugh y Edward. Freya le había dicho a Edward que estaba embarazada, y que él era el padre. Se quedó conmocionado, como todos, sobre todo porque Freya estaba a punto de dar a luz. Era una chica tan reservada y de constitución tan delgada que nadie lo sospechó. ¿Cómo íbamos a hacerlo? ¿Quién se habría imaginado que tendría tan poco cuidado con alguien como... con una forastera? Luna se puso como una fiera porque tenía planeado ser la primera que diera a luz un nieto Asher. Hugh tampoco se entusiasmó demasiado. Pobre Bryn, se quedó destrozada al enterarse.

—¿Por qué?

—Estaba loca por Edward. Habría hecho cualquier cosa para llamar su atención, pero él la ignoró y se dedicó a acostarse con chicas como Freya Pattershaw.

—¿Y usted?

Temblorosa, cogió aire.

—Oh, sí. Yo también tenía mis razones. Deseaba encajar tanto como Freya, así que les seguí el juego. Y durante todos estos años... —Se miró las manos. Tenía los dedos entrelazados; padecía artritis en las articulaciones—. Debería haberme presentado en comisaría hace mucho tiempo, pero nunca tuve el valor de hacerlo. Me he comportado como una cobarde.

—Nunca es tarde. Todavía está a tiempo de enmendar el error. Catrice... ¿Quién la mató? Debe de tener una idea.

—Le juro que no lo sé —respondió presa de la desesperación—. ¿Es que no lo ve? Fue así como lo planeamos. Nadie lo sabría..., salvo el asesino. La atrajimos hasta allí arriba y después la asustamos para que saliera corriendo. Lo tomamos como si jugáramos al escondite. Nos dividimos para buscarla. Quien primero la encontrara... —No terminó la frase—. Todos seríamos cómplices, pero solo uno se habría manchado las manos de sangre.

—¿Y qué hay del incendio?

—Eso no fue más que una tapadera. Nos entró el pánico cuando nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho... Al ver que Freya no aparecía por ningún lado, Luna acudió a Pell. Le convenció de que Edward había matado a Freya. Y,

como es natural, se ocupó de todo. Del incendio, de los preparativos del funeral, de todo.

—¿Y cómo se quemó Tilly las manos?

—No me explicó cómo, pero se enteró del incendio. Una multitud se había congregado para ver arder el edificio, aunque nadie hizo nada para ayudar. Cuando Tilly llegó, trató de sacar a Freya de entre las llamas. Fue muy duro verla, pues sabíamos que Freya no estaba allí dentro. Cuando Pell provocó el fuego, su hija ya estaba muerta.

Y Tilly lo sabía. Entonces, ¿por qué se arriesgó y entró en el edificio?

—¿No habría sido más sensato dejar el cadáver de Freya dentro del edificio?

—Eso habría delatado al asesino, porque nadie más sabía dónde estaba su cuerpo sin vida. Y todos prometimos no decir ni una palabra a nadie. Tan solo olvidaríamos lo ocurrido. Olvidaríamos a Freya para siempre —añadió. Luego se llevó la mano a la frente—. Pero alguien lo vio. Desenterró el cuerpo y sacó el bebé que llevaba Freya en sus entrañas. Tuvo que ser Tilly. Nadie más podría haberlo hecho.

Visualicé aquella tumba solitaria en la cima de laureles. La tumba de Freya. Mi tumba.

—Si Tilly sabía que Freya yacía en esa tumba, ¿por qué iba a intentar sacar a su hija de un edificio en llamas?

—Quizá por ese entonces ya estuviera desquiciada. O puede que... —Catrice se había puesto blanca—. Puede que intuyera que eso era lo que esperábamos que hiciera. No quería que supiéramos que había encontrado el cuerpo porque temía por su vida, Amelia. Se quemó las manos para protegerla a usted.

Me quedé de piedra.

—¿Sabe quién soy?—pregunté con voz cansada.

—Tiene una forma de ladear la cabeza..., una forma de sonreír... Cuando la miro, veo a Edward.

—¿Quién más lo sabe?

—Luna, Bryn y Hugh. Ah, y Pell, por supuesto, porque fue él quien la trajo aquí. Usted es su última esperanza de tener un heredero Asher con Thane.

La miré sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Qué quiere decir?

—Se encargó de atraerla hasta Asher Falls para que Thane pudiera seducirla.

—No, eso no es cierto. Es imposible que haya tenido algo que ver con eso.

Catrice me observaba con lástima.

—Es cierto. Por puro egoísmo, Pell le puso en un grave peligro porque el hecho de que esté viva demuestra que Freya no falleció en aquel incendio.

—Thane no lo sabía —dije aturdida.

Catrice procuró consolarme, pero al notar su mano sobre el hombro me aparté de ella.

—¿No lo entiende? —preguntó en voz baja—. Haría cualquier cosa por consolidar su posición en esa familia. Apostaría a que se cortaría el brazo derecho por cumplir el deseo de Pell Asher de tener un nieto.

Recordé la advertencia de Tilly sobre Thane: «Codicia lo que nunca podrá tener». Y pensé en aquella noche que pasamos juntos en el cementerio, cuando el mal destapó su debilidad.

Estaba aterrorizada.

—Voy a llamar a la policía.

—No puede —negó Catrice—. No a la policía local. A Wayne le asustan demasiado los Asher, y no estará dispuesto a ayudarnos con esto. Y la policía estatal tardaría demasiado en llegar. Por no hablar de la patrulla del condado, tendría que llegar en ferri, pues todas las carreteras secundarias deben de estar inundadas. Con este tiempo, llegar a Asher Falls es toda una odisea. —Levantó poco a poco la mirada—. Estamos completamente aisladas.

Capítulo 35

No sé por qué fui a la cima de laureles donde descansaba el cuerpo de Freya, pero el instinto me decía que Tilly estaría allí. Quizás hubiera heredado su extraordinaria intuición, o a lo mejor estaba respondiendo a su llamada desesperada. Incluso puede que fuera el fantasma de Freya quien me guiara hasta allí. Lo único que sabía era que la fuerza magnética que me atraía hacia ese lugar era demasiado intensa como para ignorarla. Además, no se me ocurría otro lugar donde buscar a Tilly.

Cuando *Angus* y yo llegamos al cementerio, estaba lloviendo otra vez. Mientras me abría camino entre el bosque armada con el gas lacrimógeno y un puñado de herramientas que había cogido del maletero del coche y que podían hacer las veces de armas letales, me repetí varias veces lo estúpido que había sido pensar que podría salvar a mi abuela por mi propia cuenta. E igual de absurdo podría ser creer a pies juntillas todo lo que había salido por boca de Catrice. Ella misma había admitido que había colaborado en urdir un asesinato. Y, sin embargo... ¿qué otra opción tenía? Había perdido a Freya para siempre, y no estaba dispuesta a perder a mi abuela justo ahora.

Mientras ascendíamos hacia la cima, intenté contactar de nuevo con la policía estatal, pero seguía sin cobertura. Pensé en llamar a Thane, pero ¿y si Tilly tenía razón? ¿Y si había tramado nuestro romance con su abuelo desde el principio?

La idea de que Thane hubiera jugado conmigo me partía el corazón, pero no tenía tiempo para compadecerme de mi desgracia. Después ya me encargaría de rememorar y analizar cada una de nuestras conversaciones para encontrar pistas que pudieran delatarle. Pero ahora no era el momento de eso. No cuando la vida de Tilly pendía de un hilo. Ella me había traído a este mundo, y siempre me había protegido. ¿Cómo no hacer lo mismo por ella?

Sortee los matorrales y zarzas, con el pulso a mil. Nos estábamos aproximando a la tumba. A mi tumba. *Angus* se estaba comportando de un modo muy extraño. Olisqueaba las hojas y rascaba el suelo, como si siguiera el rastro de algo. El rastro de mi olor, pensé. Cuando le llamé por el nombre, me mostró los dientes.

Le observaba con cautela y con un nudo en el estómago.

—¿*Angus*? ¿Qué pasa, chico?

Su única respuesta fue un gruñido grave. Asustada, retrocedí varios pasos. ¿Qué le había pasado?

Agazapado, empezó a dibujar un círculo a mi alrededor. Permanecí inmóvil y, de repente, la terrible advertencia de mi padre resonó en mi cabeza: «Tu entorno más cercano se ha convertido en un peligro, porque el Mal tratará de utilizarlo para debilitarte».

—Tú no, *Angus* —susurré.

Continué trazando el círculo, con el pelaje erizado. No tenía otra alternativa que retirarme de allí con suma lentitud. Y en ese preciso instante *Angus* trotó hacia la tumba, pero sin quitarme los ojos de encima. No probó a acercarse ni a atacarme. Me pregunté si solo había querido asustarme.

Seguía lloviendo. Oía las gotas de agua caer sobre las hojas. Y algo más. Algo familiar a la vez que alarmante. Un sonido de una astilla...

No fui capaz de identificar el ruido, pero estaba segura de que el asesino estaba detrás de ese pasadizo de matorrales, fuera de mi campo visual.

Entonces recordé algo que *Catrice* me había dicho una vez. Las tres amigas, *Luna*, *Bryn* y *Catrice*, eran como hermanas de sangre y conocían esas colinas como la palma de su mano.

¿Y *Hugh*? ¿También podía estar acechándome?

Al igual que *Freya*, había entrado en su juego vil y cruel, pero ahora no podía permitirme pensar en el despiadado final que sufrió mi madre ni el horrible modo en que llegué a este mundo. No podía malgastar un solo segundo castigándome por la doble fachada de *Thane* o la traición de *Angus*. Debía mantener la cabeza despejada...

De pronto, apareció una silueta encima de la cornisa, una figura vestida de negro y con un hacha en la mano. Ahugué un grito y me zambullí entre las malas hierbas para alejarme de esa cima. Por un momento creí que *Angus* se abalanzaría sobre mí, pero se quedó clavado junto a la tumba, contemplando algo que no me atrevía a mirar.

Me arrastré a ciegas por el suelo, con las ramas azotándome la piel y tirándome del pelo. El terror más puro y el recuerdo del fantasma de *Freya* me impulsaban a seguir adelante. Pasados unos minutos, el bosque de laureles fue espesándose. Las ramas se agolpaban las unas sobre las otras y me resultaba muy complicado escurrirme entre ellas. Cualquier rayo de luz que hubiera logrado colarse por las nubes de tormenta se estrellaría contra ese muro impenetrable de madera. Y me perdí.

Fui a parar a un pequeño claro y decidí darme un descanso. Apoyé las manos en las rodillas y procuré recuperar el aliento.

Levanté la cabeza y presté atención a los sonidos de la naturaleza para guiarme, pero todo lo que oía era la lluvia y el zumbido de mosquitos a mi alrededor. Agucé el oído y aprecié el lejano rumor de las cascadas. Intenté

orientarme, pero me había desviado tanto del infierno de laureles que había perdido el norte. No podía concebir una trampa más efectiva.

Me senté en ese diminuto claro, mojada, tiritando y aterrorizada por lo que me esperaba en ese laberinto de maleza. Si bien la monotonía del paisaje me confundía, escabullirme por esa pared sólida me parecía imposible. Di una vuelta muy poco a poco y escudriñé los alrededores en busca de una pista que me condujera hasta Tilly. Hasta un lugar más seguro. Estaba rodeada de figuras esqueléticas, ramas semejantes a brazos fantasmales que trataban de agarrarme.

Entre la lluvia oí otro sonido, esta vez rítmico y constante, y no tardé en adivinar qué era. El asesino estaba utilizando el hacha para trazar un camino entre la maraña de ramas. El cazador se estaba acercando a su presa. No tenía que buscar un sitio donde refugiarme. Ya estaba acorralada.

Con la mano en el pecho, me esforcé por precisar la dirección. El ruido provenía de mi derecha, pensé. No, de mi izquierda. No..., de mi derecha...

Me balanceaba hacia delante y atrás, como una marioneta. Aquel laberinto traicionero me había desorientado y me aterrorizaba la idea de huir y toparme de cara con el asesino.

Presa del miedo, me sujeté de una rama nudosa como si fuera un salvavidas. El aire enmudeció de forma repentina. Ni hachazos ni pisadas ni suspiros rasgados. En aquel silencio contenido, me aferré a aquella rama y me imaginé al asesino blandiendo el hacha.

Y justo entonces, cuando podría haber usado toda ventaja para guarecerme, amainó la tormenta. Distinguí nuevos sonidos, el lejano gorgjeo de un somorgujo, el torrente de agua de la catarata.

Sin embargo, también aprecié una respiración, una inhalación profunda. Alguien había seguido la estela de mi perfume. El asesino estaba justo allí. Justo detrás de mí.

Me desplomé sobre las rodillas y me deslicé bajo las ramas. Las azaleas, una auténtica pesadilla, se habían convertido en mis aliadas.

Una rama con espinas me había cortado el labio, así que presioné la herida para aliviar el dolor. Sentí el sabor metálico de la sangre en la boca y una vez más pensé en Freya. No quería correr la misma suerte que ella. Joven, embarazada y desesperada. Eso hacía de ella una presa fácil. Al menos yo contaba con la ventaja de conocer el juego.

Agachada bajo las ramas, me imaginé al asesino en el claro, esperando pacientemente a su próxima víctima. Me quedé quieta, ni siquiera me moví para apartar el pelo que me impedía ver. No osaba ni respirar. Estaba oculta por una pantalla de hojas y ramas. Lo único que tenía que hacer era quedarme inmóvil. Era imposible que el asesino supiera dónde estaba. Había aprendido una lección importante: el caminito de ramas partidas había delatado mi posición. A partir de ahora, no iba a ponérselo tan fácil.

Sabía que estaba merodeando por el claro. Oía el chasquido de las ramas y la respiración agitada, fruto de la emoción. Me asomé entre las ramas retorcidas hasta advertir una silueta.

No emití sonido alguno. Estaba convencida de ello. Pero, de repente, el hacha empezó a cortar las ramas bajo las que me cobijaba. No chillé. Ni siquiera me sobresalté. Ya no me guiaba por el miedo, sino por un instinto de supervivencia y, sí, también por la ira. Estaba furiosa por lo que le habían hecho a mi madre. Furiosa porque me perseguían como a un animal. No iba a sucumbir al miedo ni al pánico. Me mordí el corte en el labio y sentí un aluvión de adrenalina.

Repté por infinitos túneles de troncos de árboles al mismo tiempo que el hacha iba partiendo las ramas que formaban esa especie de bóveda de madera. El filo me rasguñó el hombro y me tiré al suelo. Permanecí tumbada boca abajo hasta cerciorarme de que estaba fuera de peligro. Serpenteaba con cierta rapidez, así que asumí que el asesino arrojaría el hacha y me seguiría por ese laberinto de ramas. Mi cazador se fue alejando, y fue como presenciar un milagro. Después de todo no me había descubierto. Le oí caminando de un lado al otro del claro, histérico por no haberme encontrado.

Ahora que había dejado de llover, los sonidos se oían con perfecta claridad. Fue entonces cuando oí otro cuerpo arrastrándose por la cima. El asesino también advirtió ese sonido. Fue directo hacia él. Quería gritar, no solo para pedir ayuda, sino también para advertir al desconocido que ahora nos acompañaba. Pero ¿y si había venido a ayudar al asesino? Si hacía algo, podía quedar atrapada.

Esperé en silencio hasta que el sonido del hacha se desvaneció, pero, aun así, no me acerqué al claro. En lugar de eso, avancé a rastras por esa maraña de malas hierbas y ramas. Me sentía sola y condenada a una muerte salvaje. Eso minaba mis fuerzas y destruía mi voluntad, pero me obligué a continuar. No tenía elección. El follaje era cada vez más frondoso, así que el único modo de salir de allí era gateando.

En un momento dado, creí oír los hachazos del asesino a mi lado, pero no fue más que imaginación. Bajo ese túnel de ramas reinaba la oscuridad. Al no tener la menor idea de dónde estaba ni de adónde iba, mi mente empezó a jugarme malas pasadas. Oí que alguien pronunciaba mi nombre en voz baja. Anhelaba tanto el contacto humano que me costó una barbaridad no contestar.

¿Y si no lograba salir de allí? ¿Y si moría allí, sola y sin haber podido despedirme de mis padres ni de mi tía? ¿Sin haber encontrado a Tilly...?

Intenté no pensar en esas cosas. No podía perder el control. Tenía que estar concentrada. Debía haber un camino en alguna parte, el rastro de algún animal que me condujera hasta el lindero de esa maraña.

Seguí arrastrándome. Tenía las rodillas magulladas y cubiertas de sangre. Me había hecho incontables rasguños que me escocían muchísimo. Después de un rato, empecé a sufrir alucinaciones. Veía ojos carmesí espíandome desde cada

rincón de aquel túnel de laureles y sentía que el suelo temblaba, como si se acercara un terremoto. Lo peor fue cuando oí que alguien susurraba mi nombre. Creí que era Thane. Su voz sonaba tan real que le respondí. Entonces tuve un momento de lucidez y me di cuenta de que tan solo había sido mi imaginación o un truco horripilante. Aunque de veras estuviera allí, era posible que estuviera aliado con el asesino. De hecho, podía ser el asesino.

«Amelia... ¿Puedes oírme? Amelia..., respóndeme...».

—¿Thane?

La brisa se llevó su nombre, pero no contestó, porque no estaba allí. Ni él ni el asesino. No había nadie.

Estaba sola en mi infierno particular.

Perdí toda noción del tiempo y del espacio. No sabía cuánto tiempo llevaba reptando por ese laberinto, pero debían de ser horas. La fronda que envolvía el túnel era tan espesa que ni siquiera podía mirar el cielo para calcular la hora. No había modo de seguir la luna ni las estrellas. Ni siquiera avistaba las cumbres de las montañas. Estaba perdida en medio de una red maldita y empezaba a sospechar que durante todo ese tiempo había estado dando vueltas al mismo sitio.

Estaba a punto de desfallecer, así que paré a descansar. Las rodillas me seguían sangrando. Me abracé las piernas y me quedé allí sentada, empapada, temblequeando y desmoralizada. Estaba tan harta que ni siquiera la amenaza del asesino me asustaba. Incluso habría agradecido el sonido de un hacha abriéndose camino hacia mí. Habría preferido cualquier cosa a ese total aislamiento.

Era consciente de que tenía que reunir fuerzas y seguir avanzando, pero, durante un breve instante, me permití hundirme en mi miseria y compadecerme. Comprobé los arañazos de las rodillas y me limpié la sangre de la cara. Las heridas de la corteza del laurel me dolían mucho más que el corte del hacha, pero al imaginarme al asesino rajando ramas y tallos para llegar a mí me estremecí.

Y, sin embargo, no me moví. No me veía capaz de dar un paso más. No quería rendirme, pero se me habían agotado las fuerzas. No me quedaba una gota de energía ni de esperanza, ni siquiera de ira. Ya no me aterraba la idea de quedarme allí hasta que un animal salvaje siguiera mi rastro o hasta que me muriera de hambre. Lo único que quería era... sentarme y descansar.

De repente, tras el denso follaje, oí un sonido. Caí en la cuenta de que no era indiferente a todo, tal como creía. Algo se acercaba, así que levanté la cabeza para prestar más atención.

Quien fuera, o lo que fuera, reptaba por el suelo con una rapidez considerable. Distinguí un extraño olor en el aire, similar al de un cadáver en descomposición. Sentí un miedo espantoso, pero traté de convencerme de que no

sería más que un animal muerto cuyo hedor transportaba la brisa.

Pero ese sonido escurridizo...

Escudriñé la arboleda que se alzaba ante mí y me pareció vislumbrar algo en uno de los túneles. Fue una sombra fugaz, pero creí advertir el brillo de un abrigo de piel. ¿O serían alas?

El hecho de que algo inhumano me estuviera acechando por esa madriguera dejada de la mano de Dios me impulsó a levantarme y a zambullirme entre los matorrales para atravesar lo que parecía una barrera impenetrable de ramas y hojas.

Me castañeteaban los dientes por el frío y el miedo. El escozor en las rodillas era insoportable, y por fin logré meterme en un túnel que me hacía invisible.

Lo oía detrás de mí. Delante. Al lado. Tomara el camino que tomara, siempre estaba ahí. Y ese olor... Oh, Dios mío..., ese olor...

Era incapaz de controlar el pánico y respiraba con dificultad. El entretejido de ramas que hacía las veces de techo empezó a resquebrajarse, como si esa cosa hubiera trepado hasta ahí arriba y se estuviera deslizando. Sentía que el corazón se me saldría por la boca, así que me detuve y levanté la mirada. No vi ni oí nada. Pero aquella peste fétida se filtró entre las ramas y sentí arcadas.

Muerta de miedo, di media vuelta y me escurrí hacia un túnel, y después hacia otro. Noté una lluvia de ramas y hojas sobre mi cuerpo. La criatura me estaba siguiendo.

Tras unos segundos, me di cuenta de que, en realidad, no lo hacía. Más bien me estaba guiando. Se movía sobre el laberinto de túneles obligándome a girar hacia un lado o hacia otro, en un intento inútil de escapar.

Lo más inquietante era que ni siquiera sabía si era real. Quizás había perdido por completo la chaveta y mis propios miedos habían inventado esa criatura.

Volví a mirar hacia arriba y atisbé unos ojos pálidos observándome a través de las ramas, y me tragué un grito. Si me ponía a chillar, el asesino sabría dónde estaba, y tampoco estaba segura del todo de que una mente perturbada como la mía hubiera ideado a ese perseguidor místico.

A lo mejor el asesino no era real. Quizá todo lo que había pasado en Asher Falls había sido una pesadilla...

Seguí adelante, balbuceando para mí:

—No es real, no es real, no es real.

No había parado de llover. Todavía oía el tamborileo de las gotas sobre las hojas, pero, tras unos segundos, noté que me mojaban la cara. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no estaba rodeada de absoluta oscuridad. La luz del día iluminaba los túneles. Ya no veía cosas raras entre los árboles ni oía ruiditos ilógicos en el sotobosque. Esa cosa se había esfumado, y con ella mi pánico. Cerré los ojos y dejé que el frescor de la lluvia me reanimara. Todavía me temblaban las piernas, pero me puse en pie.

Entonces, frente a mí, vi el lindero del bosque.

Capítulo 36

Entre tropiezos inicié el descenso. Como si se tratara de una señal divina, la lluvia aflojó y por fin logré tranquilizarme. En el horizonte veía la silueta de las montañas sobre el cielo y, entre dos nubes de tormenta, advertí el resplandor plateado de la luna. El ambiente rezumaba a naturaleza. El frescor de la inminente noche era más que bienvenido.

No obstante, seguía sin tener la menor idea de dónde estaba. El paisaje no me resultaba familiar en absoluto, de modo que el pánico no tardó en reaparecer. Había encontrado la salida de aquella madriguera, pero todavía estaba perdida. Y el asesino no debía de andar muy lejos. Era alguien que conocía aquel lugar como la palma de su mano. No podía quedarme ahí para siempre a la espera de que me cazara. Tenía que seguir caminando.

Así que reanudé la marcha y empecé a subir entre los árboles. El terreno era escarpado y accidentado, lo que convertía aquel ascenso en todo un desafío. Era evidente que aquel paseo acabaría por mermar mis reservas de energía. Avanzaba con lentitud porque no tenía una linterna y el camino estaba repleto de ramas caídas y piedras resbaladizas. Tuve que parar para quitarme una piedrecita que se me había metido en una bota, pero el daño ya estaba hecho. Tuve que contener un grito de dolor y frustración.

No muy lejos se oía el chorro de agua de la cascada. Pensé que si seguía andando por la base del acantilado al final llegaría a aquella puerta arqueada. Desde ahí ya sabría cómo llegar al cementerio, donde tenía aparcado el coche.

Me arrodillé para atarme los cordones de la bota y me pareció oír el lejano murmullo de truenos. Un segundo más tarde, toda la montaña se sacudió y una avalancha de piedras y guijarros rodó ladera abajo. Busqué refugio bajo un saliente rocoso. Me quedé allí acucillada hasta asegurarme de que el alud de rocas hubiera terminado su curso. Luego salí de mi escondrijo y seguí avanzando.

Aunque nunca había estado en esa parte de la colina, empezaba a orientarme. El terreno estaba mucho más nivelado. Distinguí un caminito rústico que bordeaba la falda de la montaña. La ruta era mucho más llevadera por aquí, pero no podía bajar la guardia porque cualquiera podría verme. El sonido de la cascada cada vez estaba más cerca. De repente vislumbré aquella entrada

arqueada. Se me aceleró el pulso porque, por primera vez desde hacía muchas horas, sabía dónde estaba. Con un poco de suerte, estaría de vuelta en el cementerio en menos de media hora.

Un cuervo alzó el vuelo desde la cima del peñasco. No pude evitar seguirle por el cielo. ¿Qué le habría asustado? Miré hacia atrás y me fijé en el foco de luz de una linterna que se movía agitada por el centro de la pradera.

De inmediato me aparté del camino y me tumbé sobre la piedra, pero el fulgor de la luna me dejaba completamente expuesta. Por un momento consideré dar media vuelta, pero entonces me acordé de que Thane me había dicho que existía un camino alternativo hasta la cima del pedrusco. Así pues, si alguien hubiese sobresaltado a aquel pobre pájaro, a esas alturas ya me habría visto. Tal vez estuviera pisándome los talones y, dada mi condición, sabía que me alcanzaría.

Mi única esperanza era encontrar un lugar donde esconderme. Sin embargo, me espantaba adentrarme en aquel túnel. Recordaba demasiado bien la sensación de estar enclaustrada, esa claustrofobia casi sofocante. Las cicatrices de Wayne Van Zandt.

Aun así, de todos modos, ya estaba asediada por la persona que corría a toda prisa por la pradera. Por lo que sabía, alguien se estaba acercando por detrás. No podía ir a ningún sitio, tan solo pasar por debajo de ese arco.

Si no hubiera oído el ladrido apenado de *Angus*, habría seguido dudando. Sonó un tanto apagado, como si estuviera a varios metros de distancia.

—¡*Angus!* —llamé con un susurro—. *Angus*, ¿dónde estás?

Desde las profundidades de la cueva resonó un lloriqueo.

Cuidado. Podría ser un truco, me advirtió una vocecita.

Asomé la cabeza por la abertura y pronuncié su nombre en voz baja.

—*Angus*.

Palpé los muros de piedra para situarme. Notaba decenas de ojos clavados en la espalda, observándome desde cada grieta y fisura. Las paredes parecían cobrar vida con el espectáculo de sombras. La luz de la luna parecía animar aquel agujero.

—¿Dónde estás, chico?

Sin moverme de la entrada de la cueva, oí un ruido apenas perceptible. Pisadas. Estaba histérica. No sabía qué hacer. No podía esconderme en la cueva..., no tenía salida, así que era otra trampa. Thane había comentado que no tenía más de cuatrocientos metros de profundidad.

Los pasos cada vez estaban más próximos. Todavía no había encontrado un escondite.

Una vez más estudié aquellos muros. Ya parecían traicioneros a la luz del día, así que ahora, en absoluta oscuridad, sin duda sería una escalada suicida...

Me imaginé el hacha rasgándome la piel y no vacilé un segundo más. Me

giré y empecé a trepar por la pared de piedra. El miedo y la desesperación destaparon una agilidad de la que nunca había sido consciente. Incluso en aquella penumbra, me las arreglé para encontrar asideros y puntos de apoyo, aunque algunos se desmoronaron con el peso. Justo cuando estaba a punto de alcanzar el saliente más cercano intuí una presencia. Me escurrí sin hacer el menor ruido, con la esperanza de que, por algún milagro divino, no me descubriera. Me pegué a la pared y eché un vistazo al claro.

Desde mi privilegiada posición, vi a Luna deslizarse hasta el centro del claro. Extendió los brazos de cara a las montañas y empezó a dar vueltas y más vueltas, invocando al Mal, tal como yo había hecho en aquel círculo de ángeles Asher.

Se despojó de su hermosa cabellera, de su piel tersa y reluciente, y de la silueta voluptuosa que el paso de los años no parecía haber estropeado. Se quitó la máscara una vez más, dejando al descubierto un cuerpo y un rostro arrugado y marchito.

En una mano llevaba una linterna; en la otra, algo que destellaba bajo la luz de la luna. Era uno de los puñales de filo curvo que había visto en su despacho. Quizás era la misma arma que había utilizado para asesinar a mi madre.

Abrió los ojos y con una lentitud exagerada dibujó un círculo mientras contemplaba los muros que rodeaban el estanque. Bajó los brazos y se dirigió de nuevo hacia la entrada arqueada. Por un momento creí que se habría rendido.

El alivio me dejó un tanto mareada. Apoyé la mejilla sobre la roca fría y húmeda.

Entonces oí un quejido.

Luna se detuvo y escudriñó la cueva desde la distancia. Incluso en plena oscuridad, la vi retorcer los labios; habría jurado notar la adrenalina corriendo por sus venas cuando acarició el filo del puñal.

Las pulsaciones me iban a mil por hora, pero no porque temiera por mi seguridad.

Me puse en pie sobre el saliente y el súbito movimiento arrojó una lluvia de piedrecitas sobre el claro. Me miró. En sus ojos se reflejaba la luna.

—Ahí estás.

Lo dijo con tal indiferencia que cualquiera habría pensado que estábamos charlando del tiempo.

Me apoyé sobre la pared. Deseé que la roca me tragara. Miré hacia arriba para calcular la distancia hasta la cima del peñasco o el próximo saliente.

—Yo, en tu lugar, no lo probaría —me soltó mientras se acercaba a la base del peñasco—. Si te quedas donde estás, no le haré daño al perro.

La observaba con atención desde el saliente.

—¿Por qué iba a creerte?

—¿Acaso tienes otra opción?

—Mataste a Freya —la acusé.

Luna se encogió de hombros.

—Era una molestia, como tú.

—¿Y por qué soy yo una molestia?

Tenía que dejar que hablara. Estaba decidida a entretenerla hasta que encontrara una salida.

—Eres agotadora, Amelia.

—¿A qué te refieres?

—Mírame. Mírame la cara. Esto es culpa tuya.

—¿Perdón?

—Todo cambió cuando llegaste a Asher Falls. El viento, esta montaña..., hasta los muertos.

De repente me azotó una brisa gélida. Pensé en el cadáver de Emelyn Asher.

—¿Cómo sabes que es culpa mía?

—Oh, eres tú. No sé cómo lo has hecho, pero te has nutrido de nuestra energía y has usurpado todo mi poder —espetó con la mirada ardiente—. Y quiero que me lo devuelvas.

Creía que había escalado esa pared con relativa facilidad, pero Luna trepó como una pantera. En un abrir y cerrar de ojos se plantó en otro saliente del peñasco. Justo cuando cogía impulso para abalanzarse sobre mí, me giré y salté hacia otro saliente de piedra. El borde se derrumbó en cuanto aterrizaron mis botas. Tardé una eternidad en conseguir mantener el equilibrio. Después hundí los dedos en las minúsculas grietas que encontré en la piedra.

—Soy la nieta de Pell Asher. Ten por seguro que, si me matas, vendrá a por ti. Soltó una ruidosa carcajada.

—¿De veras crees que ese vejstorio me asusta? Él cree que tiene el control, pero no es así.

Tenía la sensación de que allí había alguien, pero no me atrevía a apartar los ojos de Luna.

—Si de veras soy una amenaza para ti, ¿por qué me contrataste? ¿Por qué me ofreciste la casa de Covey?

—Oh, de todo eso se ocupó Pell. Y debo admitir que todavía guarda varios ases bajo la manga. No sabía que estuvieras viva. Al principio creí que a ese viejo loco se le había antojado restaurar el cementerio antes de morir. Habría sido muy típico de él. Lo averigüé después de tu llegada. En cuanto a la casa de Covey... —dijo entre risas—. Supongo que Pell pensó que te mantendría a salvo hasta que lograra su hazaña.

Lograra su hazaña...

Me estremecí.

—Una vez que le dieras un heredero, no le servirías de nada. No con tu desafortunado linaje. Sin duda se habría ocupado de ti como lo hizo con Harper y con la madre de Thane.

Di un paso atrás.

—¿Qué tiene que ver la madre de Thane con esto?

—Pell creía que si eliminaba a Riana, Edward volvería a casa, con su familia. Así que planeó el atropello y la posterior fuga. El pobre nunca supo cómo se estrelló.

Procuré que aquella horrible historia no me afectara. Me aferré con todas mis fuerzas a la piedra. Quería pensar que el espacio que separaba nuestros salientes me ofrecía un poco de protección, pero el sentido común me decía que Luna estaba jugando conmigo. Me tenía justo donde quería, así que podía permitirse el lujo de tomarse el tiempo que quisiera.

—¿Edward se enteró?

—Tenía sus sospechas, pero no pudo hacer nada. Aunque al final consiguió vengarse.

—¿Cómo?

—Se suicidó. Se las arregló para incinerar su cuerpo antes de que Pell pudiera reclamar el cadáver.

Me acordé de lo que Thane me había contado sobre Edward: quería liberarse de las cadenas Asher.

—Si sentía tal desprecio por Pell, ¿por qué dejó a su hijo con él?

—No lo dejó. Se lo llevó. Edward estaba demasiado débil para enfrentarse a su tío —explicó. Me fijé que Luna estaba acariciando la piedra que llevaba alrededor del cuello—. Esa es tu familia, Amelia. Tu legado. Es quien eres. Pero eso ya no importa...

El pentáculo estaba *esculpido* en ese mismo peñasco, justo sobre nosotras. Encima del saliente donde estaba Luna, distinguí la punta abierta de la estrella; sobre mi cabeza, una punta cerrada. No sé qué esperaba conseguir. Supongo que actué siguiendo mis instintos. Cogi una piedra y empecé a rasgar esa punta cerrada par intentar borrar el extremo.

—¡No! —gritó Luna.

Sin titubear, saltó la distancia que separaba los dos salientes con aparente destreza. Sin embargo, debía de haber una fisura en la roca, o quizá mi propio peso la había provocado, porque oí un chasquido similar al de un disparo. Luna podría haberse salvado si *Angus* no hubiera aparecido por uno de los oscuros recovecos del peñasco. Gruñó como un demonio y arremetió contra ella. Puesto que había bajado la guardia, Luna empezó a tambalearse. Aturdidas, nos quedamos mirándonos durante unos segundos que se me hicieron eternos. Al ver que perdía el equilibrio, me agarró y las dos caímos en picado.

Logré sujetarme al saliente en el último momento. Me quedé colgando de esa cornisa. De ella dependía mi vida. Un instante más tarde oí un estruendo. El cuerpo de Luna chocó contra el suelo. De inmediato, una bandada de miles de pájaros asesinos voló hacia el claro.

De repente, escuché que Thane me llamaba. Había descendido hasta el saliente.

—¡Cógeme la mano!

La roca se estaba desmoronando bajo mis dedos, pero, aun así, vacilé.

Algo ardía en su mirada, ira..., dolor...

Sin embargo, tras un pestañeo, ese brillo se desvaneció. Me cogió por los brazos y me ayudó a subir. El saliente estaba a punto de derrumbarse. *Angus* salió disparado hacia la cueva y Thane me propulsó hacia arriba. Escalé por el peñasco sin pensármelo dos veces.

Las aves se habían agolpado alrededor de Luna. La oí gritar. Cuando llegué a la cima, me giré para ayudar a Thane. Entonces vi a Tilly. Estaba al borde del peñasco, observando aquel siniestro espectáculo.

Capítulo 37

—Tilly, Tilly, ¿estás bien? —balbuceé.

—Estoy bien, chica. ¿Y tú? —preguntó con ansiedad. Su silueta se veía diminuta sobre el peñasco. Diminuta pero fiel.

—Bien, pero estaba preocupadísima por ti. Fui a tu casa y, cuando vi toda esa sangre en el cuarto de baño..., pensé en lo peor.

—Me estaba tomando un té y me resbaló el vaso de las manos. Me corté el dedo. No me dio tiempo a limpiarlo porque sabía que estabas en un aprieto y tuve que salir rápido para salvarte.

—Pero... vine aquí a buscarte. Cuando Catrice me explicó lo que le ocurrió a Freya...

De repente, la mirada de Tilly se tornó gélida.

—¿Dónde viste a Hawthorne?

—Me siguió hasta tu casa.

—¿Y la dejaste entrar en mi casa? —susurró con tono acusatorio.

—No. Apareció allí sin avisar.

—Sabía que tendría que haber plantado más romero —farfulló.

Miré a Thane. Se había hecho a un lado para dejarnos un poco de intimidad. Bajo las estrellas, tenía el aspecto de un tipo alto, oscuro y muy atractivo. Y fiel.

—¿Qué quería esa mujer? —preguntó Tilly.

—Estaba muy nerviosa. Que yo estuviera viva demostraba que Freya no falleció en el incendio. Oh, es una larga historia —dije, y suspiré—. Pero tú ya la conoces. Me dijo que corrías un grave peligro, y que la policía no llegaría a Asher Falls hasta pasadas varias horas, así que vine aquí para... rescatarte —añadí, aunque no sonó muy convincente.

Se le oscureció la mirada.

—Pues fue una insensatez por tu parte. Podrían haberte matado.

—Y a ti también. Pero eso ya no importa. Estamos a salvo. Y ahora sé la verdad —murmuré.

Me cogió de la mano y la apretó. Luego se giró hacia Thane y le preguntó:

—¿Cómo supiste que Amelia estaba aquí?

Él se dio media vuelta y vislumbré los arañazos que le había dejado en la cara, lo que me recordó aquella siniestra oscuridad que nos había hechizado en

Thorngate. La misma oscuridad que había empujado a Luna a la perdición.

—Vi su coche en el cementerio —respondió—, atravesé la cima de laureles y la llamé varias veces, pero no me contestó.

¿Había algo de recriminación en su voz?

—¿Y qué habrías hecho si la hubieras encontrado a tiempo? —exigió saber Tilly.

—Todo con tal de salvarle la vida.

—Incluso...

—Sí.

Tilly asintió.

—A fin de cuentas, has sido tú quien la ha salvado, ¿no?

Sentí un nudo en la garganta. Miré a Thane, pero, por lo visto, tenía la mente en otros asuntos.

Tilly me agarró por el brazo.

—Apartémonos del borde de este peñasco, chica. Me da la sensación de que se va a derrumbar en cualquier momento.

Tenía razón. El margen se estaba erosionando. Eso no podía ser buena señal. Entonces oí un ladrido. Se me encogió el alma. *Angus* seguía en la cueva. Si las paredes se desmoronaban, se quedaría allí atrapado para siempre.

Sacudí a Thane para sacarle de su ensimismamiento.

—Dijiste que había un camino. ¿Puedes mostrármelo?

—Por aquí.

Descendimos rápidamente. Cuando alcanzamos la boca de la cueva, no pude evitar mirar de reojo el cuerpo sin vida de Luna. No podía soportar esa imagen, aunque Tilly no parecía tener los mismos reparos. Espantó las aves carroñeras y se inclinó para arrancar la cadena plateada del cadáver. Por el rabillo del ojo vislumbré la piedra lunar.

—No deberías acercarte al cuerpo —avisó Thane—. Tendremos que avisar a las autoridades.

Tilly ignoró la sugerencia y continuó observando aquella piedra como si estuviera embrujada.

Me asomé por la abertura y llamé a *Angus*.

—Me he metido en esta cueva decenas de veces —dijo Thane—, y nunca me di cuenta de que estuviera conectada con otra cueva. Si *Angus* se ha colado por ese pasadizo, ten por seguro que sabrá encontrar la salida.

Y, justo en ese preciso instante, apareció trotando hacia mí. Me restregó su hocico frío y húmedo por las manos en un gesto de cariño y alegría infinita. Seguía un tanto desconcertada por cómo se había comportado hacía un rato, pero me negaba a creer que la oscuridad se había metido en él. Si hubiera querido hacerme daño, me habría seguido por los túneles de laureles. Sin embargo, optó por obligarme a huir del asesino, y quizá también de sí mismo.

Tilly miraba fijamente el despeñadero, el pentáculo que ahora lucía otra punta abierta. Me fijé en que movía los labios, pero no logré descifrar lo que había dicho. Después, arrojó la piedra lunar hacia la estrella. La gema se hizo añicos al golpearse con el muro de piedra. De repente, la tierra empezó a temblar.

—¡Sal de ahí! —chilló Thane, que enseguida cogió a Tilly y la apartó del claro. Un segundo más tarde, los salientes se desprendieron y cayeron al suelo.

No tardamos en marcharnos de allí. Corrimos a toda prisa por el bosque, en dirección al cementerio. Thane iba a la cabeza, y tanto Tilly como yo hicimos todo lo posible por seguirle el ritmo. Apenas había musitado palabra, lo que empezaba a preocuparme. Él también había oído lo que Luna había dicho sobre su madre y Harper. Tras varios metros me percaté de que la distancia que nos separaba era cada vez mayor. Entonces adiviné qué se proponía. Tenía prisa por llegar al coche porque no podía esperar un segundo más a reunirse con Pell en la mansión de los Asher.

Angus se quedó en la retaguardia, con Tilly. Alcancé a Thane. Sabía cómo era, y me asustaba pensar en cómo reaccionaría si su abuelo admitía los crímenes. Así que corrí tras él por esos bosques embarrados. Cuando llegué al cementerio, fui directa hacia su deportivo.

Thorngate estaba bañado por el tenue resplandor de la luna. Los ángeles Asher destacaban sobre los demás monumentos. Se alzaban orgullosos, desafiantes, casi con ademán divino. Reconocí algunos de mis rasgos en aquellos rostros, y sentí un escalofrío.

Thane se deslizó tras el volante y cerró la puerta de golpe.

—¿Qué demonios haces?

—Te acompaño.

—Ni siquiera sabes adónde voy.

—A casa de tu abuelo —contesté—. ¿No crees que deberíamos llamar antes a la policía?

—Es imposible. No hay cobertura.

—¿Cómo estás tan seguro? Ni siquiera lo has comprobado.

—Porque intenté llamar antes. Las torres más cercanas se han desconectado por la tormenta. Tendremos que contactar con comisaría desde la casa Asher.

—Pero no vamos allí por eso, ¿me equivoco?

Se pasó una mano por el pelo.

—Deberías irte a casa, con Tilly. No va a ser una charla muy agradable.

—No creo que debas enfrentarte a tu abuelo solo.

—No voy a matarle, si eso es lo que te preocupa. Aunque lo haría encantado.

Puse una mano sobre su brazo.

—No merece que te encierren en la cárcel. No eres así, Thane.

Arrancó el motor y giró el volante sin decir palabra.

Al llegar a la carretera principal de la isla, la luna se escondió tras unos nubarrones y el paisaje quedó sumido en una negrura absoluta. Apenas se distinguía la silueta de los pinos sobre el tapiz de montañas y estrellas. Unos goterones empezaron a salpicar el parabrisas. La cuneta rebosaba de agua.

Pese a que la carretera estaba húmeda y resbaladiza, Thane pisó el acelerador. Me tomé unos segundos para estudiar su perfil. Casi podía palpar su ira, un pasajero inoportuno que coqueteaba con el peligro. Tomó una curva sin apenas frenar. Ese volantazo me dejó sin respiración y anclada al asiento.

De pronto, se giró y me fulminó con la mirada.

—Me oíste que te llamaba cuando estabas en la cima de laureles, ¿verdad? ¿Por qué no me contestaste?

Aquella tampoco iba a ser una conversación agradable, pensé.

—Estaba asustada.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Por algo que Catrice me había contado.

—¿Qué te dijo?

De forma distraída, empecé a acariciarme el brazo.

—¿Recuerdas el día que la llevé a casa? Te comenté que me había dado la impresión de que todas se habían reunido en su estudio para espíarme, y que no podía dejar de pensar que había venido a Asher Falls por un motivo.

—Lo recuerdo.

—Ese mismo día, sentados en el porche trasero, me miraste como si hubieras visto un fantasma. Te pareció ver a otra persona, pero alegaste estar soñando despierto.

Frunció el ceño.

—Sí, ¿y?

—¿A quién viste?

Una pausa.

—A Edward.

—Así que lo sabías.

—Lo supuse. Tenías esa expresión de lejanía en tu mirada y sostenías la cabeza de un modo muy particular. Eras el vivo retrato de Edward.

—¿Me parezco a él?

—Quizás ahora mismo no, pero ya me había dado cuenta antes. Aquel día, en el cementerio, cuando nos pusimos a hablar de los ángeles..., uno de ellos me recordó a ti. En ese momento no le di más importancia, pero después empecé a atar cabos. Tu asombroso parecido con mi padrastro. Tu insistencia en que habías venido a Asher Falls por una razón.

—¿Lo sospechaste el día que nos conocimos en el ferri?

—Te reconocí por una fotografía que había visto en el periódico —dijo—, pero no te relacioné con Edward hasta más tarde. ¿Por qué lo preguntas?

—Catrice me aseguró que lo sabías desde el principio. Según ella, Pell y tú os las habíais ingeniado para traerme hasta aquí para que pudieras seducirme. Porque soy su última esperanza de continuar con el linaje familiar.

Thane se quedó pálido.

—¿Y la creíste?

—No quería, pero tenía miedo. Tilly había desaparecido, y Catrice acababa de revelarme la verdad sobre el asesinato de Freya. No podía asimilar todo eso y pensar con claridad... —murmuré—. Espero que entiendas que su acusación me diera que pensar.

—¿Qué dijo? —preguntó sin alterar la voz.

—Ya te lo he explicado...

—Quiero saber qué dijo palabra por palabra.

—Según ella, harías cualquier cosa para consolidar tu posición en la familia Asher; dijo que incluso te cortarías el brazo derecho para darle a tu abuelo un heredero.

—Ya veo —murmuró, sin despegar los ojos de la carretera—. Catrice lleva algo de razón en eso, no voy a negarlo. Pero de ahí a pensar que te haría daño..., a dudar de si aceptar mi mano cuando estabas a punto de despeñarte... —Soltó un suspiro—. Me cuesta comprenderlo, la verdad.

—Lo siento —me disculpé, y me giré hacia la ventanilla. Tras el cristal, las sombras de la noche pasaban volando a mi lado—. Pero quizá sea para mejor.

—¿Por qué?

—Por quién soy.

Otra pausa.

—Es por lo que sucedió aquella noche, ¿verdad? Dijiste que tú le habías permitido entrar.

—Por lo visto, todo empezó la noche en que nací. Freya Pattershaw era mi madre.

—Entonces, ¿Freya y Edward...?

Le miré. Volví a fijarme en las marcas que le había dejado en la mejilla.

—Hay muchas cosas que todavía no comprendo, pero este lugar es muy peligroso para mí. Y me convierte en alguien peligroso para los que me rodean. Lo que merodea por ahí..., lo que tú y yo sentimos aquella noche..., viene a por mí.

—¿Cómo podemos detenerlo? —preguntó.

Cerré los ojos.

—Me parece que eso es imposible.

Capítulo 38

Las luces de una patrulla de policía nos pillaron por sorpresa. Las encontramos tras tomar una curva. Aparentemente, alguien había conseguido establecer conexión telefónica. Tal vez hubiera habido un accidente. No habría sido extraño dado el tiempo que hacía. Pero a medida que nos fuimos acercando, advertí las luces de emergencia que parpadeaban sobre una barrera que la policía había colocado en mitad de la carretera.

Un agente se aproximó al coche y Thane bajó la ventanilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—La lluvia ha inundado el puente —informó el agente, que se subió el ala del sombrero para echar un vistazo al interior del coche—. No podrá pasar por ahí, al menos hasta mañana. El río ha crecido demasiado.

—Tenemos que llegar a casa —insistió Thane—. Mi abuelo es un inválido.

—Pero no está solo, ¿verdad?

—No sé si hay alguien con él, por eso tengo que pasar.

—Si amaina la lluvia, el agua empezará a recular dentro de pocas horas. La carretera estará despejada por la mañana.

Se acercó otro agente.

—¿Algún problema?

—Ninguno —contestó Thane—. Nos gustaría ir a casa, eso es todo.

—Lo siento, pero esta noche no podrá ser. Si intenta cruzar el puente, la corriente del río se lo llevaría por delante. Les aconsejo que busquen un lugar donde pasar la noche. Manténganse alejados de estos despeñaderos. En varias zonas del condado se han producido aludes de barro. Diversos testigos aseguran haber visto pedruscos del tamaño de un coche rodando por la carretera. Tras una tormenta como esta es cuestión de tiempo que las crestas de las montañas empiecen a desmoronarse.

—Gracias.

Thane dio media vuelta y se marchó por donde había venido. En cuanto tomamos la curva, aparcó el coche en la cuneta.

—¿Por qué no les has dicho lo que ha ocurrido? —le pregunté, un poco inquieta.

—Porque no quería que me avasallaran con todo tipo de preguntas. Voy a

subir a casa —declaró—. Después, puedes contárselo tú misma, o irte a casa y esperarme. Haz lo que quieras.

—Pero... ¿cómo piensas cruzar el arroyo?

—Hay otro puente a unos setecientos metros. Cruzaré por ahí.

—Thane, es una locura. ¿Por qué no esperas hasta mañana para hablar con él?

—No es eso —murmuró. Empezó a tamborilear los dedos sobre el volante—. Tienes razón, es una locura. Ahora que sé la verdad le mataría con mis propias manos, créeme. Ese tipo me lo arrebató todo. Pero no tengo agallas de dejarle ahí, postrado en esa silla de ruedas.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte con él hasta que pase la tormenta? ¿Después de todo lo que has descubierto esta noche? Es una idea terrible. ¿Y si el tiempo empeora? Os podríais quedar atrapados e incomunicados varios días.

—Por eso tengo que ir a buscarle. Mi abuelo tiene un viejo todoterreno que solía utilizar para salir de caza. Si las cosas se ponen feas, lo arrancaré para bajar la ladera.

—Pero ya has oído a los agentes. El río ha crecido mucho. No podrás cruzarlo, ni siquiera con un todoterreno.

Thane estaba furioso.

—Entonces conduciré hasta donde pueda y cargaré con él el resto del camino. No espero que lo entiendas. Ni siquiera yo lo logro entenderlo. —Se quedó en silencio—. Por favor, vete y deja que haga esto.

Miré por el espejo retrovisor. Las ventanas de la mansión Asher estaban iluminadas. Podía imaginarme a Pell Asher allí arriba observando su imperio mientras la montaña se iba derrumbando a su alrededor. No me gustaba admitirlo, pero yo tampoco tenía el coraje de abandonarle a su suerte.

—Te acompañaré.

—No —espetó con determinación—. Es demasiado peligroso. Coge el coche y márchate. Esto no es asunto tuyo.

—Sí, sí lo es. Además, si Pell está solo, necesitarás mi ayuda. No puedes cargar con él tú solo, y lo sabes. Así que vamos.

Abrió la puerta y me bajé del coche. Él rodeó el deportivo y me sujetó por los brazos.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. Vamos. Quiero acabar con esto lo antes posible.

Lo que pasó aquella noche fue, cuando menos surrealista, pero no me di cuenta de ello hasta días más tarde. Repasé una y otra vez lo ocurrido en un intento de hallarle una lógica, un sentido. No conseguía explicarme por qué había decidido poner mi vida en peligro por un hombre que jamás había mostrado la más mínima consideración por mí. Un hombre que había destruido vidas ajenas y se había ofrecido a encubrir la muerte de una muchacha para proteger a su

hijo y el apellido de la familia. Un hombre que había inundado un cementerio y, con ello, había abierto una puerta terrible. Un hombre que había recibido el Mal con los brazos abiertos y lo había invitado a entrar en mi vida.

Y a pesar de eso ahí estaba, caminando arduamente por la orilla del río. La lluvia nos calaba hasta los huesos y teníamos los zapatos llenos de fango. El peso del barro, de la tormenta y de mis propios pensamientos se me hacía insufrible. Por suerte, Thane cogió el ritmo y no tuve más remedio que concentrarme en seguirle. Nos habíamos sumergido en un bosque oscuro y lúgubre. Además del constante goteo de la lluvia, oía mi propia respiración rasgada. No jadeaba por agotamiento, sino por los nervios y las emociones contenidas de las últimas horas. Todo había pasado demasiado deprisa. Me sentía como si me hubieran dado una paliza y veía el peligro en todas partes.

Thane me miró por encima del hombro.

—¿Estás bien?

—Sí.

No quería perderme, así que andaba pegada a él. De vez en cuando miraba las lucecitas que titilaban en la cima de la colina. Visualicé a Pell Asher detrás de aquel ventanal, regio, desafiante y contumaz, a pesar de estar recogiendo los amargos frutos de lo que había sembrado.

Thane señaló hacia delante.

—El puente está justo ahí.

Entre resbalones y tropiezos, avanzamos por la orilla del río. El corazón me dio un vuelco cuando vi el puente, poco más que unos tablones de madera mal colocados y un endeble pasamanos. El agua corría a tan solo un palmo del puente. Con suma cautela, lo empezamos a cruzar en fila india. Cada vez que el río me salpicaba, contenía la respiración. En cualquier momento podía perder el equilibrio y verme arrastrada por la espuma hasta las rocas. Así que me concentré para no patinar.

Conseguimos llegar al otro lado sin percances. Tras pasar la orilla, trepamos por una ladera rocosa que nos condujo hasta la carretera. La ruta debería haber sido mucho más fácil por el asfalto, pero la pendiente era muy pronunciada y el viento soplaba en contra, de forma que ascender por ahí fue todo un calvario. Deseaba acabar con aquello para poder irme a casa y darme un buen baño de agua caliente. Me moría de ganas por dejar atrás esa noche infernal.

De repente, cuando apenas unos metros nos separaban de la mansión, oí un sonido que sonó como un balazo.

Agarré a Thane por el brazo.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé.

Nos quedamos observando la casa y oímos otro estruendo. Y después un tercero. Por un momento me imaginé a Pell disparándonos desde uno de los

balcones superiores.

—Jesús. La casa debe de estar desplazándose de los cimientos. Las vigas se están partiendo.

Me cogió de la mano y salimos disparados hacia el jardín. Había dos coches aparcados en la plazoleta.

—Bryn y Catrice están aquí —informó—. Me pregunto si estarán esperando a Luna.

—Pues se van a llevar una sorpresa —farfullé.

La escalera del porche se había desprendido. Daba la impresión de que toda la estructura vibrara, así que cruzamos ese agujero de un salto.

Dentro, los sonidos de la tormenta se mezclaban con los crujidos y los gemidos de la madera antigua. Las gotas de lluvia se filtraban por el techo y calaban el papel pintado que adornaba las paredes. El suelo estaba repleto de charcos, pero era evidente que las goteras eran viejas. Las luces parpadeaban. A medida que se iban abriendo grietas, se oía un chisporroteo eléctrico que no anunciaba nada bueno. Estábamos en lo que antaño había sido un vestíbulo elegante y opulento. La casa se estaba viniendo abajo.

Thane se puso a gritar el nombre de su abuelo, de mi abuelo, mientras revisábamos cada una de las habitaciones. La mansión rechinaba y se lamentaba como si hubiera cobrado vida propia. Sentí el terrible peso de una oscura emoción sobre los hombros.

—Si ves una estrella de cinco puntas, destrúyela —ordené.

—Te doy mi palabra.

Se había soltado un azulejo del techo; el chorro de agua empapaba la gigantesca mesa de caoba donde habíamos cenado la noche que había anunciado mi hallazgo en la cima de laureles. Me daba la impresión de que había pasado una eternidad desde aquella velada.

—¡Abuelo! —chilló Thane.

—¡Estamos aquí! —respondió Hugh.

Todos se habían reunido en la salita donde tan solo unas noches antes habíamos tomado una copa. Y desde donde Pell Asher había urdido su plan.

Estaba sentado en la silla de ruedas, frente a la ventana, tal como había imaginado. Ni se molestó en girarse cuando Thane deslizó la puerta corredera.

Al entrar en la sala percibí el grito ahogado de Catrice, que parecía sorprendida y asustada. Bryn, en cambio, me miraba desafiante, furiosa. Y Hugh, apoyado sobre la chimenea, tenía los ojos clavados en su copa.

—¿Dónde está el personal de servicio? —preguntó Thane—. Tenemos que irnos de aquí. La casa se está derrumbando.

—Los criados se marcharon hace horas —dijo Hugh—. Solo quedamos nosotros.

—¿Y por qué seguís aquí? —quise saber.

—¿Dónde más íbamos a ir?

—A algún lugar seguro —propuse.

Él se encogió de hombros.

—Siempre hemos estado a salvo entre estas cuatro paredes.

—Ya no —dijo Thane.

Catrice, la única que parecía nerviosa, dio un paso hacia delante.

—Esperamos demasiado. Cuando quisimos irnos, nos enteramos de que el puente estaba inundado y cerrado al tráfico. Por cierto, ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

—A pie.

—Entonces estáis atrapados, como nosotros.

—No del todo —murmuró Thane—. Pienso llevarme al abuelo en el todoterreno.

Eso llamó la atención de Hugh.

—¿El todoterreno? Lleva ahí aparcado varios años. Se habrá quedado sin batería.

—No hace mucho logré arrancarlo para dar una vuelta —rebatí Thane—. Tiene batería, así que nosotros nos vamos. Haced lo que queráis.

—¡Pero no puedes abandonarnos! —lloriqueó Catrice.

—Podéis acompañarnos —propuso él—, pero antes quiero advertiros de que a estas alturas los ayudantes del sheriff del condado ya se habrán enterado de lo ocurrido. Estoy seguro de que querrán haceros varias preguntas sobre el asesinato de Freya Pattershaw, así que quizá preferiréis quedaros aquí para preparar el interrogatorio.

—Si hubieras mantenido el pico cerrado, nada de esto habría salido a la luz —regañó Bryn.

—Habría salido de todas formas, cuando encontraran el cadáver de Luna —dijo.

Catrice hundió la cara entre sus manos y se echó a llorar.

Hugh se tomó la copa de un sorbo.

Bryn, por otro lado, me miraba con desprecio.

—Luna tenía razón. Amelia es una amenaza para todos. Nada de esto habría ocurrido si no hubiera venido a Asher Falls.

Thane cruzó la sala como un rayo y la agarró por el brazo.

—No te atrevas a culpar a Amelia de esto. Vosotros sois los únicos responsables. Y pienso asegurarme de que todos acabéis entre rejas por cómplices de asesinato —dijo. Luego se giró hacia Pell y añadió—: Incluido tú, viejo.

Pero Pell no reaccionó al desafío de su nieto.

Thane se acercó al enorme ventanal y se colocó a su lado.

—Mataste a mi madre y después a Harper porque suponían una amenaza

para tu proyecto.

Pell hizo un gesto de desdén con la mano.

—Ratas de alcantarilla, las dos.

Thane apretó la mandíbula.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

El anciano alzó la cabeza.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? Si no fuera por mi generosidad, estarías viviendo en la calle.

—¿Generosidad? Asesinaste a mi madre y a mi prometida, ¿y te crees generoso?

—Edward estaba mejor sin ella. Le mantuvo alejado de su hogar, de su familia, durante años. Por su culpa, Edward me despreciaba.

La expresión de Thane se había vuelto más pasiva, como si la rabia del anciano le hubiera relajado.

—Ella no tuvo nada que ver, fue culpa tuya y solo tuya —dijo, y se inclinó sobre la silla de ruedas—. Tendrías que haber oído cómo hablaba Edward de ti... Solo tenía palabras de odio.

—¡Cállate! —exclamó Pell—. Cierra esa boca, muchacho. Puedo quitarte todo lo que te he dado con tan solo chasquear los dedos.

Thane se irguió.

—Siempre te has encargado de que no se me olvide, ¿verdad? Pero si siempre he sido tan intrascendente para la familia, ¿por qué me arrebataste a Harper? ¿Qué más te daba con quién me casara?

Otro gesto de indiferencia.

—Esa jovencita solo te habría traído problemas. Habrías tenido una vida miserable a su lado.

—¿Y por eso acabaste con ella?

Pell Asher se quedó callado, pero sonrió con cierta astucia.

—Nunca he dicho eso. La chica sigue viva.

Thane le lanzó una mirada de incredulidad y luego explotó de ira. Jamás había visto a nadie tan enajenado. Antes de que pudiera decir algo que le tranquilizara, agarró la silla de ruedas para que su abuelo le mirara a los ojos.

—¿De qué estás hablando? ¡Contéstame!

—Ya me has oído. Harper Sweeney no está muerta.

El joven se tambaleó, como si escuchar aquello hubiera sido igual que una bofetada.

—Estás mintiendo. Identificaron su cadáver. Hubo una autopsia, se celebró un funeral. Es imposible que esté viva. No después de todo este tiempo. Lo habría sabido.

—Tú no sabes nada —interpuso Pell con tono despectivo—. Lo aceptaste sin hacer una sola pregunta. Un verdadero Asher habría insistido en ver el cadáver

con sus propios ojos.

Thane, que respiraba entre jadeos y tenía los puños cerrados, seguía sin creer las palabras de su abuelo.

—Mientes. Todo esto no es más que una farsa. Te encargaste de que la mataran, y ahora estás intentando encubrir las pistas que puedan inculparte.

—Muerta no me servía de nada. Pero viva... —murmuró, y deslizó la mirada hacia mí.

—Podría utilizarla —finalicé.

Los ojos de aquel anciano titilaron, como si hubiera dado en el clavo.

—¿Utilizarla para qué? —quiso saber Thane.

—Para obligarte a hacer lo que se le antojara —expliqué sin despegar la vista de mi abuelo—. ¿Me equivoco?

Esbozó una sonrisa que me puso la piel de gallina.

—No somos sus marionetas —protesté enfadada—. No puede controlar nuestra vida ni decidir con quién queremos estar.

—Ya lo he hecho —afirmó.

—Si sigue con vida, ¿dónde está? —preguntó Thane con voz rasgada.

—En un lugar donde jamás la encontrarás —sentenció Pell.

—¿Dónde está?

No llegué a tiempo de detenerle. Se abalanzó sobre su abuelo y le cogió por el cuello. Catrice se puso a chillar y me pareció oír a Hugh soltar un juramento, pero de inmediato vino a ayudarme.

—¡Thane! ¡Para! ¡Suéltalo! —grité.

Al fin, y tras un breve forcejeo, Thane se rindió y apartó los dedos de la garganta del viejo. Dejó caer las manos y se retiró. Tenía una mirada salvaje, casi demente.

—¡Echadlo de aquí! —ordenó Pell, aferrándose al apoyabrazos de la silla de ruedas—. ¡Marchaos! ¡Marchaos todos! Necesito un momento a solas con mi nieta.

—Ni en sueños, viejo —dijo Thane, que ya había recuperado el control—. Me llevo a Amelia de aquí. Esta casa está a punto de venirse abajo.

—Los cimientos de nuestra mansión se levantaron sobre esta montaña hace más de doscientos años —anunció Pell con arrogancia—. Y permanecerán aquí por los siglos de los siglos. Y ahora, fuera todo el mundo.

—No pasa nada —le susurré a Thane—. Deja que hable con él.

Esperé a que todo el mundo se marchara para colocarme frente a la silla de ruedas, pero no estaba dispuesta a concederle la satisfacción de arrodillarme ante él.

—¿Dónde está Harper? No puede seguir escondiéndoselo. Debe decírselo —rogué.

—¿De veras quieres verlo en los brazos de otra mujer?

—Thane me importa, y quiero que sea feliz.

Hizo una mueca de desagrado.

—Qué noble.

—¿No se da cuenta de lo que ha hecho? Se lo ha quitado todo. Incluso su tranquilidad. Usted sabe que su nieto no se dará por vencido.

—No la encontrará.

—Entonces, ¿para qué decírselo? ¿Para atormentarle?

Pell alcanzó un libro que había sobre la mesa. Era el mismo volumen de cubierta de cuero que tenía entre las manos la noche en que le conocí. Rozó el emblema dorado de la tapa con la yema de los dedos.

—Os he visto juntos. Es evidente que os sentís atraídos el uno por el otro. Tú no quieres dejarte llevar, quizá porque sigues anclada en el pasado, porque todavía no has conseguido olvidar al detective de Charleston.

Ahugué un grito.

—¿Cómo se ha enterado de eso?

—Lo sé todo sobre ti, querida. Hace años que sigo cada uno de tus movimientos —reveló, y me ofreció el libro—. Echa un vistazo.

Pasé las páginas, horrorizada. No había escatimado en nada. Había fotografiado y había catalogado cada etapa de mi vida con una meticulosidad sobrecogedora. Instantáneas donde aparecía paseando por el cementerio de Rosehill. Fotografías con mi padre. Con Devlin. Me temblaba todo el cuerpo.

—Eres la última de los Asher —anunció—. La estirpe depende de ti.

—¿Y qué tiene eso que ver con Harper?

—La llave de su libertad está en tus manos, Amelia.

Cerré el libro.

—¿A qué se refiere?

—El día que des a luz a mi primer bisnieto, Harper Sweeney quedará libre.

—Lo dice como si la mantuviera encerrada, pero creo que miente como un bellaco. Ni siquiera alguien como usted puede ser tan cruel.

—Tú misma has dicho que mi nieto te importa. Que solo quieres su felicidad. ¿O acaso tus palabras estaban vacías? —se burló.

—Cree que puede jugar a ser Dios con la vida de la gente, pero está muy equivocado.

—Somos los Asher —espetó—. Aquí, somos Dios. Siempre lo hemos sido en estas tierras. No te hagas la tonta, sabes muy bien de lo que estoy hablando. Lo has sentido. Habita en tu interior. Acéptalo.

—¿Como hizo usted? ¿Como hizo Luna?

—Ah, Luna —dijo, como si escupiera su nombre—. Ya era hora, por cierto. Los otros dos parásitos pueden reunirse con ella en el Infierno. Pero tú... —murmuró, y me cogió del brazo. Procuré soltarme, pero me agarró con más fuerza. Sentía sus dedos esqueléticos presionándome el antebrazo—. Tienes más

poder que todas ellas juntas, la oportunidad de empezar una nueva dinastía.

Al fin logré zafarme de él.

—No, gracias.

Endureció la mirada.

—Mi legado jamás desaparecerá, muchacha. Tus hijos y tus nietos serán Asher. Sentirán un imán hacia este lugar, como tú. Estarán conectados por sangre y por tierra, como tú. Lo notarán en el viento, como todas las generaciones de Asher. Y alguno de ellos lo aceptará.

Me estremecí.

—¿Y si no tengo descendencia?

—La tendrás, por el bien de Thane y de Harper. Y también por tu propio bien. Es tu destino.

De repente, Thane entró en la salita.

—Tenemos que irnos.

Miré a Pell Asher.

En silencio, el anciano se deslizó de nuevo hacia el ventanal.

Thane consiguió arrancar el todoterreno a la primera. Los dos nos giramos para mirar por última vez la hermosa fachada de la mansión. No pude resistir la tentación de comprobar el balcón superior, donde había pillado a Pell Asher observándonos la noche que Thane me besó por primera vez. Ese día ya sabía quién era. Sin duda se habría sentido muy satisfecho de que su plan estuviera marchando tal como había ideado.

Apreté el libro contra el pecho.

—¿Y los demás? —pregunté.

—Es su elección —contestó—. O se quedan aquí, o se enfrentan a la policía.

—Difícil.

—Es más de lo que merecen.

Justo en ese momento, el tendido eléctrico se partió y un cable se quedó chisporroteando sobre la acera mojada. Un segundo más tarde, todos los cristales de la mansión se hicieron añicos. La colina estaba cediendo bajo nuestros pies. El vehículo empezó a sacudirse con violencia. Me sujeté al asiento para evitar volcar. Thane trataba de controlar el volante, y por fin empezamos el descenso. Eché un vistazo por el retrovisor. La casa se había separado de los cimientos y se estaba desmoronando por momentos.

—Thane...

Miró de reojo.

—Ya lo veo.

—¿Puedes ir más rápido?

Sabía que la casa no nos alcanzaría. Ese no era el problema, sino la idea de

que la mansión de Pell Asher nos persiguiera colina abajo.

—¡Agárrate bien! —gritó Thane justo antes de que chocáramos contra un pedrusco que había aterrizado justo delante de nuestras narices.

El frenazo me impulsó hacia el parabrisas, pero el cinturón de seguridad evitó que saliera disparada por el cristal.

Thane rebuscó la llave y procuró volver a arrancar el motor. Pero no pudo. La casa se cernía sobre nosotros.

—Oh, Dios mío...

—¡Salta!

Salimos del vehículo de un brinco y bajamos rodando por la ladera cubierta de fango. Cuando llegamos al arroyo, el agua había inundado la pasarela. Aquella estructura endeble se balanceaba de un lado a otro. El agua nos mojaba los tobillos. No solté el pasamanos ni el libro del abuelo, hasta haber cruzado el río. Durante el breve trayecto, ni siquiera respiré.

Luego, los dos nos giramos al mismo tiempo. La casa Asher se había desplomado en la falda de la montaña.

Capítulo 39

Horas más tarde, Thane, Tilly y yo salimos de la comisaría de policía. El pueblo estaba desierto. Habíamos estado un buen rato respondiendo a las preguntas de los dos detectives estatales que se habían presentado en el despacho de Wayne Van Zandt. Wayne se había unido al equipo de rescate, aunque vislumbré un brillo de satisfacción en su mirada al enterarse del fallecimiento de Luna. Me pregunté si algún día sabríamos la verdad de lo que le ocurrió en la cascada. Quizá su amnesia fuera una bendición.

Habían interrogado primero a Thane. Mientras Tilly y yo esperábamos nuestro turno, ella me limpió los arañazos y me curó el corte superficial del hombro con un antiséptico que había robado del botiquín de primeros auxilios. Le pregunté sobre mi madre. Compartió conmigo varios recuerdos en voz baja. Me imaginé a Freya sola y desesperada por encajar en Asher Falls. Una chica que había encontrado consuelo en el jardín de un cementerio.

—¿Y qué puedes decirme de Edward?—continué.

—No pienso hablar de él—refunfuñó Tilly.

—¿Por qué?

—Puede que no estuviera implicado en la muerte de mi niña, pero tampoco hizo nada por tratar de ayudarla.

—Creo que era un hombre débil—opiné—. Su abuelo debía de tenerlo terrorizado.

Quizá también le asustaba el Mal, pensé para mis adentros.

—Eso no justifica su comportamiento.

—Lo sé.

Pero una parte de mí quería creer que había algo de bondad en el corazón de mi padre biológico. Me negaba a creer que Pell era mi única herencia Asher.

Tilly dejó caer una mano sobre mi hombro.

—No te mortifiques por eso, chica.

—No lo haré.

Pero claro que lo haría. ¿Cómo no hacerlo?

—¿Sabías que Luna era la asesina?—pregunté.

—Todos estuvieron involucrados en su muerte, pero Luna era la única que aparecía en mis sueños.

—Pero guardaste el secreto. Lo has sabido durante todos estos años y...

—No tenía pruebas que apoyaran mi teoría. Además... No quería que nadie descubriera que existías.

—Te quemaste las manos para mantenerme a salvo.

—Hice lo que debía —sentenció. Cerró el botiquín y lo dejó a un lado—. Te daré un remedio natural cuando llegemos a casa —añadió.

—Gracias.

Después se sentó a mi lado.

—¿Por qué le quitaste el collar a Luna?

—Tenía un pentáculo dibujado en el dorso —contestó—. Tenía que destruirlo.

—¿Se parecía al del peñasco? —pregunté más ansiosa—. ¿Tenía una punta abierta?

Asintió con la cabeza.

—Hay otro idéntico en la biblioteca. Sidra me lo mostró.

—Dime dónde está.

La miré con recelo.

—¿Por qué?

—Haces demasiadas preguntas.

Después de dejar a Tilly en su casa, Thane y yo nos sentamos en la escalera del porche trasero. Había dejado de llover y se respiraba serenidad. No había neblina ni fantasmas planeando sobre el muelle. Tan solo la luz de la luna titilando sobre las aguas tranquilas del lago.

—¿Cómo es posible que la noche sea tan hermosa después de todo lo que ha sucedido? —pregunté maravillada.

—Quizá ya haya acabado —sugirió Thane—. El abuelo está muerto. Igual que Luna. Y Hugh, Catrice, Bryn... han desaparecido. Puede que el Mal se haya esfumado con ellos.

Deseaba creer en sus palabras, pero tras tantos años viviendo rodeada de fantasmas me había convertido en una persona muy precavida.

Sin embargo, el aire transmitía una ligereza distinta. La brisa también había cambiado. Ahora soplaba dulce, fresca, fragante.

De repente me asaltó una idea sombría.

—Estoy preocupada por Sidra. No debería pasar la noche sola.

—Está con Ivy.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de los detectives lo mencionó.

—También estabas preocupado por ella, ¿verdad?

Él encogió los hombros.

—No es más que una niña. Es muy duro perder a una madre.

Incluso cuando ya estaba muerta cuando naciste, pensé. Pero me sentía afortunada de poder contar con mi madre adoptiva.

—¿Qué piensas hacer ahora?—pregunté—. Te has quedado sin casa.

—No te preocupes por mí. Ya me las apañaré.

—Siempre puedes quedarte aquí a dormir, si lo necesitas.

Se quedó mirándome detenidamente durante unos segundos. Me habría gustado saber qué le estaba pasando por la cabeza en ese momento.

—Gracias.

Admiré las montañas; el reflejo de las estrellas brillaba como un sinfín de motas de purpurina. Había un tema del que todavía no habíamos tenido la oportunidad de charlar. La revelación de Pell.

—¿Crees que estaba diciendo la verdad?

—¿Sobre Harper? No lo sé. No quiero ni pensarlo.

—Es imposible que la tenga encerrada en algún sitio contra su voluntad —dije—. No después de todo este tiempo. Ni siquiera Pell Asher podría haberse ido de rositas con algo así.

—Hay una alternativa. Es probable que la abandonara a su suerte —propuso

—. En fin, si sigue viva, tengo que encontrarla.

—Lo sé.

—Pero eso no cambia lo que siento por ti —murmuré.

—Pero lo cambiará, créeme.

Se frotó la nuca.

—No sé ni por dónde empezar a buscarla. La mansión Asher ha quedado reducida a escombros, así que he perdido cualquier pista que el abuelo pudiera guardar.

Le cogí de la mano.

—No puedes rendirte así como así; busca entre las ruinas. Haz lo que tengas que hacer, Thane. Pero encuéntrala.

Pensé en la conversación que había mantenido con Pell esa misma noche, pero aún no estaba preparada para compartirla con Thane. La conspiración del anciano solo serviría para complicar más las cosas.

—Alguien más tiene que saberlo —sugerí—. No maquinó el accidente él solito. Seguramente sobornó a gente..., a agentes de policía, al forense, quizás incluso a su abogado. Ahora eres el heredero de la fortuna Asher. Puedes hacer que desembuchen.

Thane hizo un gesto de indiferencia.

—¿Quién sabe qué disposiciones estableció el abuelo en su testamento? Además, tú eres la verdadera Asher. Puedes presentar una queja formal al estado.

—Es toda tuya. No quiero ni un céntimo. Este lugar... —murmuré, y sentí un escalofrío—. Prefiero que seas tú quien gestione el legado de Pell.

—¿Y eso?

—Para aportar algo bueno al pueblo.

Me pareció ver la sombra de una sonrisa.

—Restaurarlo, querrás decir.

Contemplé el lago. Se estaba levantando una espesa niebla.

—Si no es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —puntualizó, y luego me besó.

No esperaba conciliar el sueño en toda la noche, pero fue una de esas veces en que el cuerpo ignora la mente; caí rendida nada más tumbarme en la cama. Thane se había marchado minutos antes porque quería unirse al equipo de rescate, pero me prometió que, si necesitaba descansar, vendría a casa.

No sé cuánto tiempo llevaba dormida cuando oí a *Angus* levantarse y corretear pasillo abajo. Estaba adormilada y no tenía ni idea de la hora que era, pero el reflejo de la luna seguía titilando sobre el lago. Me quedé inmóvil, escuchando el silencio. *Angus* se puso a lloriquear en un ruego desconsolado por salir al jardín.

—¿En serio? ¿A estas horas? —murmuré.

Pero *Angus* no cedió y continuó gimoteando, de modo que me levanté de la cama y me puse una chaqueta sobre el camión. Caminé hasta la cocina todavía algo soñolienta. Allí estaba, con el hocico pegado al cristal de la puerta trasera.

Me asomé por la ventana. Sobre el agua se extendía una nube de bruma, pero no avisté ningún fantasma.

Tras abotonarme la chaqueta, crucé el porche y abrí de un empujón la puerta de tela metálica. *Angus* bajó a toda prisa los escalones y corrió como una bala hacia el lindero del bosque. Ladraba desesperado, como si hubiera descubierto algo entre las sombras.

—¿Qué hay ahí fuera? —pregunté tiritando de frío.

Hizo caso omiso de mis advertencias y se adentró en la arboleda. Sin embargo, sabía que no andaba muy lejos porque le oía ladrar. Habría jurado escuchar una voz y, de inmediato, *Angus* enmudeció.

Me alarmé y no dudé en atravesar el jardín para meterme en el bosque. De pronto, emergió una sombra. Me quedé paralizada. Al principio creí que era Sidra. Llevaba una sudadera negra con capucha que le tapaba el rostro. Pero no tardé en caer en la cuenta de que aquella silueta era demasiado alta para ser Sidra.

—¿Ivy?

Se deslizó la capucha y dejó al descubierto su hermosa melena azabache. Con paso desafiante, se fue acercando al jardín.

El instinto me empujó a retirarme hacia la escalera, aunque la lógica me

decía que no tenía razón para temerla.

—¿Dónde está Sidra?

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió con expresión huraña. No obstante, hubo un matiz de emoción en su voz que me inquietó.

—Pensaba que estaba contigo.

—Entonces supongo que estará durmiendo en casa.

—¿A qué has venido? —le pregunté confundida.

—A ver a Thane.

Esta vez sí sentí el inconfundible cosquilleo del miedo en la espalda. Recordé todo lo que Thane me había contado sobre esa chica: había habido algunos... incidentes.

—No está aquí —contesté, e hice un gran esfuerzo para no revelar mi nerviosismo.

—Lo sé. Le he visto marcharse.

—¿Dónde estabas?

—Justo ahí —dijo, y señaló el bosque. ¿Dónde se había metido *Angus*?—. Os he visto juntos —acusó—. Le has besado.

Respiré hondo.

—No es lo que piensas.

—¡Es precisamente lo que pienso! —exclamó. Aquella repentina explosión de ira me dejó de piedra. Se acercó un paso más—. Has estado detrás de él desde el día en que viniste. Te dije que le dejaras en paz, ¿te acuerdas? Te avisé de que nunca escogería a una forastera. ¿Por qué no me escuchaste?

—Ivy...

—Estamos hechos el uno para el otro —aseguró—. Él lo sabe, pero se niega a admitirlo porque tiene miedo a mi padre. Pero, en cuanto cumpla los dieciocho, ya no habrá nada que pueda interponerse entre nosotros, ni siquiera tú.

—Ivy, escúchame —amonesté—. ¿Dónde está *Angus*? ¿Qué le has hecho? ¿Está herido?

—Dios mío —murmuró poniendo los ojos en blanco. Bajo el pálido resplandor de la luna, no parecía más que una niña—. Ese chucho estúpido es la menor de tus preocupaciones. Pero, tranquila, no le he hecho daño. Tan solo le he dado un tranquilizante, igual que el otro día.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso? —pregunté. Y, como por arte de magia, se me encendió una bombilla—. Fuiste tú quien colocó todas esas trampas en el claro del bosque.

—No tuve más remedio —aceptó—. No parecías dispuesta a irte por voluntad propia.

A pesar de estar envueltas por la negrura de la noche, veía a Ivy con perfecta claridad. Su cabellera larga y lustrosa. La curva desdeñosa de sus labios. El brillo de locura en su mirada. Thane tenía razón. Ivy no era como las demás chicas.

Era un alma solitaria y necesitada. Quizá por eso Thane había querido mostrarse bondadoso con ella, pero Ivy se había inventado una fantasía que, con el paso del tiempo, había convertido en su realidad.

Si viviera en otra ciudad, habría superado ese encaprichamiento. Pero en Asher Falls... ¿Quién sabe si el Mal se había aprovechado de la debilidad de aquella pobre adolescente? ¿Quién sabe si actuaba por el impulso de una rabia más intensa que la propia?

Una avalancha de terror me abrumó. Por fin lo comprendí. Siempre habría alguien dispuesto a invitar al Mal. Alguien como Pell y Luna, capaces de todo para satisfacer su sed de poder. Y alguien tan desamparado como Ivy. Aquello no había terminado. Y no acabaría hasta que me marchara de Asher Falls.

Cogí aire.

—¿Llevas un tatuaje en el tobillo? ¿Es una estrella con una punta abierta?

Me observaba con detenimiento.

—Te advertí. El día que nos llevaste a casa te dije que te fueras de aquí. Tendrías que haberme hecho caso.

El destello de algo metálico llamó mi atención. Ivy estaba empuñando un cuchillo curvado, muy parecido a los que Luna guardaba en su despacho. Estaba acorralada. Medité la posibilidad de enfrentarme a ella. No era una enclenque. Todos estos años de trabajo físico me habían ayudado a fortalecer los músculos, pero lo cierto era que la navaja le daba cierta ventaja.

Empecé a pensar en qué opciones tenía. No podía meterme en el porche sin darle la espalda. Sabía que podía ganarle la carrera hasta el bosque, pero, si trataba de esconderme entre los árboles, estaría condenada, porque Ivy conocía muy bien ese terreno. Además, no me cabía la menor duda de que había colocado trampas por todos lados.

La única vía de escape era el lago.

Tenía el caminito de piedras justo delante. Si conseguía llegar hasta el agua, podría ocultarme entre la niebla...

Mientras sopesaba mis posibilidades, la jovencita se acercó otro paso más. De pronto, oí algo en el corazón del bosque. Alguien correteaba entre los arbustos. Pensé en Tilly. Ivy también oyó ese ruido. Desvió la cabeza hacia los árboles. Aproveché esa décima de segundo de distracción para salir huyendo hacia el lago. Fue un milagro que no resbalara y me cayera de bruces, porque las piedras estaban húmedas. La neblina se arrastraba por el embarcadero, así que corrí a toda prisa hacia el muelle. Iba descalza, pero, a juzgar por los quejidos de los tablones de madera, daba la impresión de que llevaba mis botas de trabajo.

Por un momento contemplé la opción de subirme a la barquita que estaba amarrada y remar hasta la orilla más lejana. Pero tenía a Ivy pegada a mis talones, así que cuando alcancé el extremo del embarcadero, bajé por la escalerilla y me sumergí en el lago.

El agua estaba helada, pero eso no me amedrentó y empecé a chapotear a ciegas. Estaba aterrorizada. Cuando saqué la cabeza del agua, ideé un nuevo plan. Me adentraría varios metros en el lago y después nadaría hasta la orilla más cercana. Sin embargo, la niebla era mucho más espesa sobre la superficie, y eso me desorientó. Extendí un brazo en un intento de localizar la escalerilla, pero ya me había alejado demasiado.

Estudié mis opciones, pero allá donde mirara me topaba con ese muro blanco. Quise creer que la niebla se había condensado para cobijarme, pero ni siquiera eso me consolaba.

La voz de Ivy se perdía entre la bruma. Nadé varios metros lago adentro y dejé que la neblina y el silencio me engulleran. Respiraba con dificultad y sentía las piernas y los brazos entumecidos por el frío. El camisón era de algodón, y apenas lo notaba, pero la chaqueta de lana pesaba demasiado, y ya no me quedaban fuerzas suficientes para quitármela.

Me quedé escuchando el silencio durante un rato que se me hizo interminable. Oí que algo rozaba los pilones de madera y avisté una ola. Creí que Ivy se había zambullido en el agua, pero enseguida me percaté de que había botado la barquita, porque escuché el sonido de los remos acariciando las aguas. Me alejé a nado de aquel sonido y di media vuelta hacia el lugar donde creía que estaba el muelle.

De pronto, me golpeé el hombro con uno de los pilotes. Alargué los brazos para equilibrarme y palpé una superficie de madera. La borda de la barca. Miré hacia arriba, y la intensa luz de una linterna me deslumbró. Empujé el bote, pero Ivy me golpeó con el remo. Me hundí como una piedra en el agua.

Me fui sumergiendo lentamente hacia las profundidades del lago, con el resplandor de la luna iluminando las aguas. Vi el ángel de Thane intentando rescatarme mientras las campanas me instaban a volver al redil. Pero había otros ángeles. Ángeles de alabastro con las caras cubiertas de algas. Distinguí varias alas rotas desparramadas en el fondo, junto con otros monumentos derrocados y ataúdes antiguos. Y en el corazón de una selva de juncos y algas se erigía la estatua de un niño. Aquel jardín subacuático era precioso a la par que espeluznante. Hasta ese momento no había pensado que quizás hubiera muerto. Eso explicaría por qué veía todo lo que me rodeaba con tanto detalle: los chapiteles góticos de los mausoleos, las lápidas a medio enterrar. Incluso podía leer algunos de los apellidos: FOUGERANT, HIBBERD. Y, grabado en tres lápidas diminutas: MOULTRIE.

Sin previo aviso, todo se volvió gris y borroso. Ahora tan solo me acompañaban sombras, fantasmas y una colección de criaturas que pertenecían a ambos mundos y a ninguno al mismo tiempo. Abominaciones con miradas ardientes y rostros primitivos.

De pronto, una de esas bestias salió de la penumbra. La reconocí de

inmediato. Era aquella asquerosa monstruosidad que había visto en el cementerio, la misma que se había escurrido por debajo de la valla como una serpiente y se había arrastrado entre los matorrales como una araña. Pero ahora, en su reino, no parecía en absoluto repugnante, sino una criatura ancestral y marchita.

Me di cuenta de que ya no nadaba entre las profundidades del lago, sino en una especie de paisaje de ensueño. Aquel ser estaba ante la entrada de una cueva... o de una tumba. Tras él solo había oscuridad, un vacío negro que rezumaba muerte. Tenía ese hedor pegado a la ropa, a la piel. ¿Quién era? ¿Qué era?

Procuré rodearle para asomarme por aquel agujero, pero no parecía dispuesto a dejarme pasar. Levantó una mano retorcida y me hizo retroceder. Pero logré vislumbrar algo en la tumba que trataba de ocultar. Algo hermoso y brillante. El aura frágil del fantasma de una niña.

¿Sería la hija de Devlin?

La pequeña, desesperada, me hacía señas para llamar mi atención. Sentía el irreprimible deseo de ir junto a ella.

De repente, noté que algo tiraba de mí en la dirección opuesta. Una vez más me encontré atrapada en el juego de la cuerda. El guardián se hizo a un lado. Era inútil que tratara de guiarme o protegerme. La decisión dependía solo de mí.

Cuando por fin alcancé la mano de aquella niña, surgió una zarpa de la tumba y me agarró por la muñeca. Observé el semblante de algo ancestral que exhalaba el aliento fétido del Mal...

A pesar de apalear el brazo que ahora me sostenía por el cuello, me sentía en un limbo de paz y calidez. La misma sensación de regocijo de un bebé acunado entre los brazos de su madre.

Todavía hoy no consigo explicarme cómo sobreviví. Quizás estuve al borde de la muerte, pero el deseo de vivir es un instinto poderoso, incluso para alguien que nació en el otro lado. Incluso para los fantasmas.

No recuerdo haber nadado hasta la superficie ni resucitar.

Cuando abrí los ojos, vi a tres personas observándome.

Me explicaron que Thane, agotado, decidió regresar a la casa de Covey para descansar. Una terrible pesadilla había despertado a Tilly. Por su parte, Sidra, que por lo visto sospechaba de su mejor amiga, la había seguido hasta allí. Pero Ivy se había desvanecido.

Tenía la vista borrosa y sus voces no eran más que ecos lejanos.

—Amelia, ¿puedes oírme?

—Te ha resucitado, muchacha.

Y de pronto noté los labios fríos de Sidra susurrándome al oído:

—Viste tu fantasma.

Ladeé la cabeza. El fantasma de Freya estaba suspendido sobre el muelle. No

hizo falta que me lo dijera; sabía que había ayudado a Thane a sacarme de aquel abismo. Había venido a despedirse.

Capítulo 40

Al día siguiente me marché de Asher Falls. Hacía un sol espléndido. Odiaba abandonar el proyecto de restaurar Thorngate y no me gustaba dejar a Thane cuando más me necesitaba, pero ese pueblo era demasiado peligroso para mí. Como albacea del patrimonio de su abuelo, que heredaría en cuestión de días, Thane rescindió mi contrato y me prometió que buscaría un nuevo restaurador.

Tilly, Sidra y Thane vinieron al puerto a decirme adiós.

—Cuidate, chica —me dijo Tilly sosteniéndome la mano.

—Lo haré, abuela.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sidra le acarició el brazo en un gesto de consuelo. Se mudaría a casa de Tilly durante un tiempo, y me gustaba imaginármela en la habitación azul de Freya. Me parecía muy apropiado. Thane se quedaría en la casa de Covey, lo cual también me parecía bien.

Tras unas breves palabras de despedida, Thane me acompañó hasta el ferri.

—En fin —suspiró—. Volvemos a estar aquí, donde empezó todo.

—Me preocupa Sidra —dijo—. Creo que todavía no ha asimilado la muerte de Bryn ni el arresto de Ivy.

—Quizás el funeral le sirva para pasar página. Cuidaré de ella.

—¿Y qué hay de Tilly?

—También cuidaré de ella, desde luego —dijo. Se agachó y rascó a *Angus* detrás de las orejas—. Y tú tienes que cuidar de ella.

—Lo hará.

Thane se puso derecho.

—¿Estás segura de que puedes conducir?

Ivy me había dado un buen golpe en la sien, con el remo.

—Es solo un chichón. No tengo ningún traumatismo. Estoy bien.

—Aun así, ojalá pudiera convencerte de que te quedaras. Al menos un par de días. No me quedo tranquilo pensando que vas a conducir tantos kilómetros sola. Es demasiado pronto.

—Sabes que no puedo quedarme —murmuré—. Este lugar es demasiado peligroso para mí.

—Sí, ya lo sé.

Pero no solo huía por miedo. Quería volver a casa, adonde pertenecía. Y

ambos lo entendíamos. Los dos teníamos asuntos de los que ocuparnos.

—Thane... Necesito contarte algo que tu abuelo me reveló sobre Harper...

—Ya me he enterado —contestó. El mero hecho de pensar el horrible plan que había urdido Pell le enfureció—. No le des más vueltas, Amelia. No tenía ningún derecho a jugar así con nuestras vidas.

—Me gustaría poder hacer algo.

—Y puedes. Vuelve a Charleston y sé feliz. Eso es lo que quiero para ti.

—Y yo para ti también.

Thane me deslizó un mechón que se me había soltado de la coleta.

—Si nos hubiéramos conocido antes, quizá...

—Quizá. Pero nada ocurre por casualidad. Siempre estaremos unidos, Thane. Me salvaste la vida.

En aquella mañana soleada, sus ojos se veían de un verde distinto. Un verde tan profundo y exuberante como las aguas de una laguna de Carolina del Sur.

—Si me necesitas... —baldécé, con un nudo en la garganta. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba—. Te echaré de menos.

—No es un adiós —prometió—. Volveremos a vernos.

Me regaló una sonrisa, tal como hizo el día en que empezó todo. Con la diferencia de que esta vez sabía que tras aquella sonrisa embaucadora se escondía un hombre complejo, romántico y capaz de remover cielo y tierra por recuperar a la mujer a la que amaba.

El ferri no tardó en zarpar. Me apoyé sobre la barandilla y contemplé la orilla. Al lado de Tilly y Sidra, Thane se confundía con una torre. Decidí que siempre le recordaría así. No como un Asher, no como un títere del juego despiadado de su abuelo, sino como el protector de los desamparados.

Tras la orilla se extendían varias hectáreas de bosque. De pronto, una sombra se asomó entre las copas de los árboles. La brisa marina le agitaba el abrigo. ¿Era real o me lo estaba imaginando? ¿Era un guardián, como el fantasma del anciano que vigilaba el cementerio de Rosehill?

Fuera quien fuese, tenía la corazonada de que, algún día, nuestros caminos volverían a cruzarse. Parpadeé y desapareció. Me giré para admirar la otra orilla, la que me llevaría a casa.

En mitad del lago Bell, sonó mi móvil. Un mensaje de texto.

Al ver que era de Devlin, el corazón me dio un vuelco.

Eran solo dos palabras: « Te necesito» .



AMANDA STEVENS. Creció en Bradford, Arkansas, una pequeña aldea en las estribaciones rocosas de las montañas de Ozark, una zona cargada de folklore. Las viejas leyendas de la región, y una fascinación innata por lo extraño e inusual, le ayudaron a cultivar una imaginación muy viva. Antes de convertirse en una escritora a tiempo completo, Amanda trabajó para el gobierno de Estados Unidos. También ha trabajado en el campo del petróleo y la energía. Siente pasión por la música alternativa de los años ochenta y es una admiradora entusiasta de la teoría de la conspiración.

Actualmente vive en Houston, Texas. Es autora de más de cincuenta novelas. La serie *La Reina del cementerio* ha sido adquirida por la cadena *NBC* para convertirla en una serie televisiva.